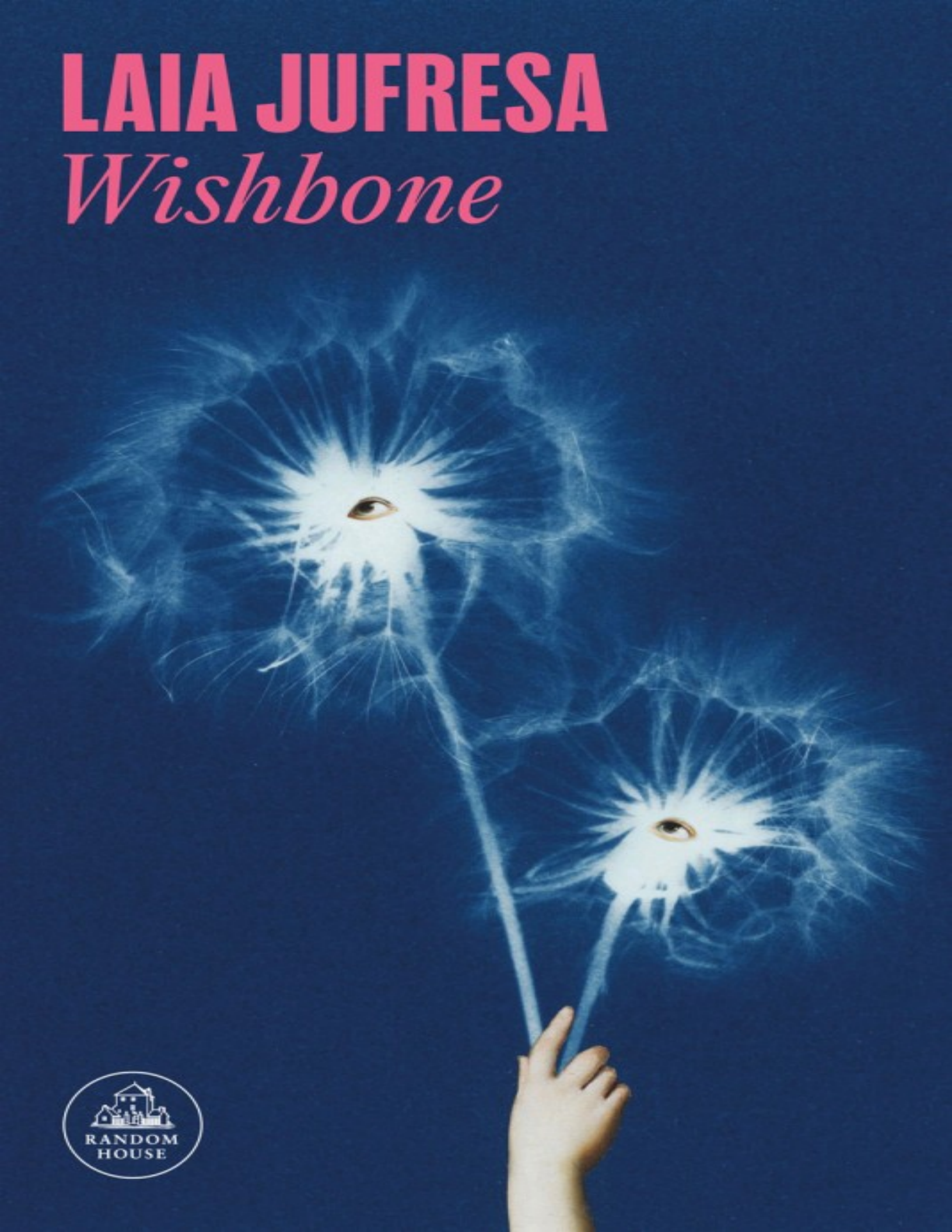
LAIA JUFRESA

Wishbone



RANDOM HOUSE

LAIA JUFRESA

Wishbone



RANDOM HOUSE

Para O y T, en cada encrucijada

Parte de cada cruce ciego […]
Parte de la disyuntiva en el camino donde tomamos las dos direcciones al mismo tiempo, para desaparecer en ambas hacia el ruido que nos parte por la mitad, parte del ruido, parte de lo que no puede regresar.

LARRY LEVIS

Toda vida tiene un núcleo, un eje, un epicentro del que todo brota y al que todo vuelve.

MAGGIE O'FARRELL

COLORPLAY
(Museo del Louvre, 2038)

Suena un gong: una, dos, tres veces. El público se acalla.

Son cientos de personas, de pie en el largo corredor que conecta el museo con el metro: un sitio de paso, donde nadie nunca se detiene, pero donde ahora, de pronto, todos se congelan, como indecisos, como incapaces de decidir qué dirección tomar.

El silencio se abre camino por el pasillo, dejando tras de sí una estela de shh shhs… Tanta gente callándose al unísono, tan pegados unos a otros en las meras entrañas del museo, ya constituye en sí un espectáculo. Pero la gente no se formó por horas para posar como estatuas. Son consumidores, desean ser consumidos. Y después de los tres gongs, el show arranca.

¿O no?

Empieza como una duda. Un cambio tan sutil que nadie está muy seguro de si sí empezó o más bien aún no. Los más familiarizados con la obra de la artista dicen que sí, que sí, ahí: y señalan al piso y se asoman entre los pies de sus vecinos buscando pruebas. Efecto dominó. Cuatrocientos humanos bajando la mirada al suelo cual patos sincronizados. Un anodino suelo de baldosas grises que, es cierto, está cambiando. Lentamente. Es difícil decir cómo o cuándo pasó, pero ahora el suelo es morado. Y comienza a elevarse. El color sube. Los pies se les ponen color vino. Es una inundación lenta y

seca. Ochocientas pantorrillas rosas. De un rosa saturado, rosa mexicano: dan ganas de tocarlo. Pero están tan cerca unos de otros que agacharse es imposible, así que nomás alargan el cuello lo más posible. Cuatrocientos flamingos curiosos, encantados.

El color sube. Las rodillas se tiñen de chicle, los muslos de salmón. Entrepiernas durazno y vientres anaranjados. Sus torsos son tabique, óxido, marrón. Pechos rojos. Cuellos rojos. Los rostros también, ahora: rojos. Y ahora también los cuerpos, todos. Todo rojo. Si sonríen, sus dientes son rojos, pero las sonrisas se están desvaneciendo: el rojo no es gracioso. Es rojo sangre, da impresión. La gente se incomoda. El malestar se extiende por la sala. Pensamientos intrusivos sobre órganos vulnerables, sobre músculos expuestos: a todos de pronto les apetece un escudo, una armadura. Ahora lamentan haber venido, haber aceptado entregar sus teléfonos en la puerta. Se apuntaron voluntariamente a este derramamiento de sangre. A este simulacro de masacre. Podrían morir aquí: se les ocurre como un miedo antes que como una frase. Se agitan, alguien grita. Alguien llora. Los guardias, hasta ahora absortos por el espectáculo, se preparan para ponerse manos a la obra si cunde el pánico. El rojo tiembla y brilla. Quema. Aunque cierren los ojos, sigue ahí: innegable. El rojo está dentro de ellos. Quisieran escapar, poder salir. Salir del rojo, del museo, de ellos mismos. Y entonces, de repente, salen. Escapan. Todos. Libres, idos.

Cuatrocientos humanos desaparecen de golpe. Se los tragó la oscuridad. No es esa penumbra a la que los ojos se acostumbran sino una negrura profunda, una ausencia total de luz.

En su pequeña habitación encima de todo, V se tensa. Éste es el momento clave de la obra. Aquí es donde un Colorplay ofrece lo que

no puede pedir, da lo que no puede tomar. V acaba de sumergirlos en la ausencia y planea traerlos de vuelta. Un milagro que el público, por desgracia, no ve venir. El silencio se erosiona.

En la oscuridad la gente se desorienta, todos necesitan tocar algo. Agarran el brazo de su compañero, pellizcan el interior de sus propios bolsillos, se aprietan los cachetes con las manos. Aquí estoy, le aseguran las palmas frías al rostro sudoroso. Cuatrocientos humanos enterrados vivos, pero aliviados de estar fuera del rojo, todos ellos, fuera del fuego: idos y volviéndose cenizas. ¿Alguien los recordará? Y entonces se acuerdan.

La oscuridad trajo algunos gritos, pero después de unos segundos el orden se reinstaura. Visitantes de museo. Apreciadores de arte. Seguidores de las normas. Esta parte siempre pone nerviosa a V. ¿Saldrá mal? ¿Aguantarán la pausa? Dura sesenta segundos y el público recibió claras instrucciones de guardar silencio. Era la única regla impresa en la tarjeta que recibieron al entrar en el museo esta noche. Cuando oscurezca, por favor guarda silencio. Un minuto de silencio por los desaparecidos. Por el abismo que cada uno ha dejado tras de sí. Y por quienes luego han caído en esas grietas. ¿Puedes tenerlos a todos en tu mente durante el minuto oscuro? A los muertos y a sus vivos y a los que no están ni vivos ni muertos, sino en medio. Por favor, respeto para todos ellos: silencio.

Silencio largo.

Y luego unas gotas.

El color regresa a cuentagotas.

Al principio son gotas escasas, gotas aleatorias. Blancas. Azuladas. Todo tan suave: un soplo de aire, algo parecido a la esperanza. Más gotas, más veloces: como si de golpe todas las cosas invisibles

rompieran a cantar. Gotas de lluvia que van aumentando en volumen, intensidad y frecuencia. Más lluvia más cerca. Un aguacero. Un zumbido, de pronto: un golpe, un rugido. Una catarata.

La gente exclama, algunos ríen. Imágenes reales aparecen proyectadas en las enormes paredes. Una serie de cuevas, un laberinto de cascadas, el todo que desemboca en una enorme vagina de piedra que ruge y explota y espumea. Desde su ventanita, V sonríe.

El rugido del agua da paso a la música. Acordes que acompañan, primero, un periodo azul: un descenso oceánico. Cobalto. Azul marino. Azurita. Medianoche. Interrumpido aquí y allá por algunas criaturas de color ladrillo que se desvanecen hacia un tono blanquecino y regresan al ladrillo. El color de su piel mutando, punzando. Los que lo conocen lo sabrán reconocer: un pulpo. Otro. Otro.

Hay un breve y molesto amarilleamiento de todo que, de nuevo, hace que el público primero se maree y luego se ponga nervioso. Luego viene un momento a la vez tranquilizador e inquietante en el que el pasillo, la gente, todo, se pone sepia. La nostalgia los inunda a todos, y a pesar de que todos nacieron mucho después del tecnicolor. Luego, lentamente, el sepia se despoja de sus matices rojos. Se vuelve beige. Se vuelve arena. De vez en cuando un brote de salvia o de verde oliva. Arena y cactus: el desierto. Y del árido suelo brotan, una a una, sencillas cruces de madera pintadas de rosa brillante: recuerdo de las muchas mujeres asesinadas cada día. Luego, cada cruz empieza a girar y retorcerse, cada vez más rápido, hasta que se disuelven en algo como fantasmas, algo como almas:

mariposas furiosas, volando rápido, chocando metódicamente, golpeando al público en el pecho. Luego vuelan lejos. Arriba y lejos.

Cuatrocientas espinas cervicales, con siete vértebras cada una, reaccionan como si se tratara de un mecanismo con resortes: los cuellos se pliegan hacia atrás, los ojos siguen las pinceladas, los torbellinos danzantes reuniéndose en el techo, girando una última vez antes de transformarse. El techo es un campo. Un campo en primavera: le brotan flores de todos los colores. Flores colgando boca abajo como murciélagos, y que parecieran mecerse con la brisa que inmensos ventiladores empiezan a emitir. La multitud reacciona a la invasión del tacto, no pueden evitarlo: levantan las manos como niños pequeños, quieren tocar las flores aunque saben que no están ahí: que es todo luz y color y… ¿olor? Cuando los ventiladores despiden un dulce perfume, la gente reacciona como abejas ebrias de néctar. Inhalan fuerte, con placer, hasta que las narices se acostumbran y las flores, poco a poco, se secan y se caen. Así empieza la prolongada y apacible sección verde, que cierra el evento no con un estallido sino con la triste y discreta grisificación de todo, porque en todos lados el verde se está volviendo gris. El verde se está muriendo, todo el mundo lo sabe.

Este final, un acorde sin resolver, divide a los críticos de arte pero no al público: los aplausos se prolongan tanto que V casi abre la ventanita para hacer una caravana o indicarles con la mano que se vayan. Pero no lo hace, claro. En vez de eso se pone de pie y agita los brazos cruzados cual gallina que intenta despegar, con la intención de hacer llegar algo de aire a sus axilas mojadas. No se sentía nerviosa, según ella, pero el cuerpo dice otra cosa.

Cuando la luz vuelve al pasillo, sucede tan gradualmente que nadie se da cuenta. Como el amanecer. Como crecer. Cada uno se reencuentra con sus propios pensamientos, se gira y saluda a sus acompañantes como si no los hubiera visto desde hace tiempo, porque, en efecto, han estado de viaje, fueron lejos. Algunos están perturbados, otros, al revés, como apaciguados, la mayoría están, sobre todo, listos para ir a cenar. Se van lento, arrastrando los pies como pingüinos. El pasillo recupera su ritmo y función habituales.

Una vez fuera, los humanos se fijan en las fuentes. O al menos se dan cuenta de que otros humanos se dan cuenta, y entonces se paran en seco, y parpadean, tiernos y confundidos: ¿es real lo que ven o está sólo en sus ojos? ¿Les entró tan hondo el color que no pueden quitárselo de encima? ¿Siguen teniendo las pupilas dilatadas?

Las pupilas siguen dilatadas. Pero no están imaginando nada. El agua de las fuentes presenta un tono entre carmesí y purpurina, según la vista y las referencias culturales de cada uno. Unos verán agua de jamaica, otros vino o sangre. Unos verán belleza, otros protesta. Nadie se preocupará tanto como para indagar más. Lo cierto es que el agua está teñida con grana cochinilla. El color fruto de su muerte diminuta. Para teñir las fuentes hicieron falta dos kilos de insecto. Aproximadamente trescientos mil cuerpitos secos. Molidos poco a poco por V, utilizando la parte trasera del auricular del teléfono fijo del buró de su hotel, y luego mezclados con el mordiente de alumbre en una bolsa ziplock.

Pero, en el informe que redactó para el Ministerio de Cultura, antes de que le permitieran meterse con la casi sagrada y altamente calcificada agua de París, V especificó: «95. Rojo cochinilla: es rojo

laca mezclado con gris azulado. Vegetal: papamoscas marchito. Mineral: cinabrio oscuro. Material: cochinilla seca, muerta y desinfectada. Traída desde Oaxaca, México, donde fuera pulverizada a mano, por la artista, en un mortero prehispánico».

TAMBIÉN SU DESTRUCCIÓN
(Oaxaca, 2018)

¿Es un camello?

Tor se acerca al parabrisas y entrecierra los ojos. Para ver bien los colores hay que entrecerrar los ojos, es lo que se pasa la vida diciéndole a quien se deje. ¿Igual también sirve con los animales? Se quita los lentes de sol, entrecierra los ojos tanto que parece que los cerró, y mira fijo. Cuando por fin se asienta la pequeña tormenta de polvo que ella misma creó al derrapar las llantas junto a la carretera, Tor concluye: ¡camello!

Se baja del coche, azota la puerta, deja que la envuelva el calor seco. Mientras se ajusta el cuerpo, considera el paisaje. Detrás del camello hay una mansión. O, más bien, media. Media mansión, con terrazas y balcones y un ala sin terminar y en el techo una multitud de varillas que apuntan hacia el cielo, llenas de promesa. Detrás de la mansión y también detrás de Tor, al otro lado de la carretera, hay piedra. Montañas duras, casi pelonas, expuestas, donde se entreteje la cantera rosa con la verde: la bella piel rugosa de Oaxaca.

Junto a la mansión hay varias camionetas, pero ni un humano a la vista. De este lado de la barda, además del coche de Tor, hay sólo otro vehículo: una combi Volkswagen, rosa chicle, que es el punto de encuentro, el lugar al que ella debería dirigirse ahora mismo, porque para eso vino hasta acá: para entregarle al dueño de la combi rosa

una cantidad considerable de dinero. Pero en vez de eso, Tor camina hacia el camello.

Conforme más se acerca, más se conmueve. No sabe ni por qué. Ésta es Tor Sima: no una persona particularmente racional. Pero tampoco demasiado espiritual. Entonces por qué se le sale una lágrima, por qué avanza como si el animalote fuera una aparición, un altar, una deidad. Un imán.

Es cierto que un camello no es algo que una vea todos los días a las afueras de la ciudad de Oaxaca ni, en realidad, en cualquier otra parte del continente americano. De hecho, si lo piensa, Tor no ha visto un camello de carne y hueso desde los bajos ochenta, cuando su madre las llevó a un circo y luego las sacó arrastrando de la carpa, sin explicarles que un hombre había empezado a toquetearla desde la fila de atrás, y se negó a regresar a pesar de que Tor y su hermana rogaron y patalearon todo el camino al metro. Así que, por más diplomas que tiene, por más experiencia y credenciales y bizarra capacidad muscular en el párpado, Tor no tiene una referencia cromática clara en este caso. Es decir que ignora cuál sería el tono exacto que sería considerado normal, o sano, para un camello polvoriento, y que no tiene manera de medir lo pálido, lo erróneo, lo maltrecho que está este pobre animal. A ella, al revés, el camello le parece un iluminado: claramente poseedor de un alma vieja. Incluso el modo impreciso en el que mastica, en círculos, Tor lo interpreta como sabiduría zen. Al llegar a la barda le lanza un saludo respetuoso, casi reverencial. El camello lo devora, y luego lo mastica en círculos.

Unos veinte metros más atrás, de una de las puertas laterales de la media mansión, sale un hombre. Tor debería sacudirse la emoción

y pasar a modo autodefensa. Porque este sitio y esta era (2018 en México: una mezcla de futuro estropeado y regreso a la edad media), requiere de toda mujer una sana dosis de paranoia. Pero en vez de huir, ella mira intensamente al camello, como si quisiera memorizarlo. Observa, observa, hasta que el hombre está frente a ella, levantando con efusividad los brazos.

Tor se pone los lentes de sol, que seguían en su mano, y con una voz fuerte y lacónica, que espera disimule lo llorosa, dice: Pantera.

Señora Tor, dice él al tiempo que espanta al camello con la mano, como si fuera una mosca. El camello lo ignora. Pantera entonces camina hacia el portón que separa la carretera del terreno de la media mansión. Es una puerta de hierro forjado, pesada y eléctrica, que se conecta de manera perfectamente incongruente con el resto de la barda, de alambre de púas. Es como si alguien hubiera untado betún y clavado una vela de cumpleaños en una simple tortilla. Y además no sirve. O, por lo menos, después de varios intentos fallidos con los botones, Pantera mejor levanta un alambre, que Tor le ayuda a mantener en alto mientras él pasa por debajo. Ni bien se desdobla de este lado, empieza a lanzarle preguntas a Tor, al mismo tiempo que la jala por el codo para alejarla del camello, sin mencionar la peste insoportable del animal, porque Pantera es un hombre elegante.

Tor contesta. Sí, tiene una pecera decente. Sí, está segura porque es el mismo modelo que tenía para Glück antes del terremoto de hace dos semanas. Sí, esa pecera se hizo añicos, como tantas otras cosas y, no, el pulpo no sobrevivió el terremoto, pero eso no fue culpa de la pecera. Tor va a comprar la misma, nomás que más

grande y… Para de contestar cuando nota que Pantera dejó de respirar.

No era tu Glück, aclara Tor: Ya estábamos en Glück El Cuarto.

Ah, exhala Pantera: Te dije que viven poco.

Tor va a pedir disculpas, por haber comprado sus pulpos de la última década a otros traficantes. Pero en los últimos años ha estado entrenándose para reconocer este impulso constante, el de disculparse por todo, y para no ceder ante él. Lo sortea con éxito, apretando los labios, de modo que Pantera sigue hablando: Entonces, técnicamente todavía no tienes pecera.

Bueno, dice Tor: Técnicamente tampoco tengo nada que poner en la pecera.

Pero lo tendrás, lo tendrás, promete él.

De pronto Tor recuerda que a su compañero le caía muy bien este señor. ¿Debería invitarlo a comer a la casa? ¿Eso es lo que hacen las buenas esposas? Mira, te hice un guisado. Mira, te traje un personaje interesante para acompañar el guisado. Esta pregunta, de cómo darle gusto a su compañero, se ha vuelto una obsesión privada, un acertijo incesante en su cabeza desde que, hace unos meses, él empezó a alejarse, lento pero seguro, un paso casi imperceptible tras otro, de ella. Tor cree que el alejamiento es culpa de ella. Él niega que esté sucediendo.

No, no va a invitar a Pantera a su casa, decide. Porque, al final del día, Pantera es un criminal y Tor es una figura pública. Mejor, lo invita al museo. Pero él no acepta. Le encantaría, dice, pero tiene un largo camino de regreso a la Ciudad de México y trae en la combi una familia de tlacuaches blancos. Se los compró a un veracruzano

en la carretera, que los andaba vendiendo porque en su tierra se los comen, ¿lo sabías?

No lo sabía, dice Tor: ¿Los blancos son albinos?

No, son otra especie, dice Pantera, pero en Veracruz se comen a los machos. A las hembras no porque tienen mucho almizcle.

Tor no sabe qué es el almizcle y le encantaría ver qué tan blancos son los tlacuaches blancos. Le encantaría poder volver a entrar en la combi rosa chicle que apesta a zoológico. Pero él tiene prisa y ella está sudando a mares. Así que más bien abre su propio coche y saca de la guantera un sobre manila. Pantera lo acepta, lo abraza contra su pecho mientras recita el encargo: Pulpo Gigante del Pacífico, una cría de.

Pantera, dice Tor: Tú mismo me enseñaste que no podemos saber la edad de un pulpo.

Era una prueba, Tor, ¡pasaste! Le sonríe y se guarda el sobre en uno de los mil bolsillos de su chaleco.

¿No lo vas a contar?

Él contesta con el mismo gesto con el que intentó espantar al camello. Surte más efecto en ella: disipa la reticencia. Pueden confiar uno en el otro, ambos lo saben.

Él pregunta dónde debe hacer la entrega y ella saca su tarjeta. Pantera emite un silbido al recibir el rectángulo de papel reciclado, con el «Tor Sima» impreso en relieve, en dorado, sobre un fondo teñido con cúrcuma por un artesano local. Tenía sentido cuando las mandó a hacer pero ahora se da cuenta de que es una exageración, una altísima mamonería: quién se creyó que es, ¿el Rey Sol?

Pantera le detiene la puerta y, una vez que ella está sentada, él pregunta: ¿Y sigues con el gringo?

Es alemán, dice Tor: Pero sí.

¿Y siguen sin tener hijos?

En vez de contestar, Tor cierra su puerta. Luego abre su ventana. Mira de reojo al camello: aún ahí, aún masticando en círculos, y dice: Siempre dijiste que era imposible conseguir un gigante del Pacífico, ¿qué cambió en estos años?

Ay, seño, dice Pantera: ¿Qué no ha cambiado?

Tor piensa en decir: la probabilidad, estúpido, ¡la probabilidad de que yo tenga hijos algún día! Pero sólo dice: Ese camello, Pantera, esas camionetas… ¿Debo preocuparme por ti?

Pantera arruga la nariz y dice: Como le digo a mi hija, Tor, calladitos nos vemos más bonitos. Además, no quieres saber lo que tienen atrás de la casa…

No, dice ella, y cierra la ventana a pesar de que lo que más quiere es saber más. No sobre la media mansión sino sobre la hija de Pantera. Pero es hora de irse.

Tor arranca, se echa en reversa, regresa el coche a la carretera y dirige una última mirada al camello. Parece estar en su elemento, encaja perfecto con el paisaje. Qué rápido nos acostumbramos a lo que sea. Por otro lado, se maravilla con las colinas a su alrededor como si las estuviera viendo por primera vez. En el viejo código personal de Tor, verde y rosa significaban Andreas y Tor, respectivamente. Es una de las muchas razones por las cuales eligieron vivir aquí y, uf, ahora ya está llorando otra vez.

Da vuelta en U, abarcando toda la carretera —la defensa de su cochecito olfateando como un sabueso hasta dar con terreno familiar — y toma el camino a casa.

Pero cuando Tor dice «casa», quiere decir «trabajo».

Y

El Museo Internacional del Color se encuentra en una angosta calle residencial a las afueras de la Ciudad de Oaxaca. Al modo de una verruga, sobresale de entre las pequeñas casas de una forma inesperada, casi inadecuada, pero sin duda atractiva. O eso le parece a Tor cada vez que va llegando.

Instalarse aquí fue una estrategia inusual, pero una que le permitió construir de cero en una ciudad donde la mayoría de los museos se han instalado en viejas casonas adaptadas. Al principio, Andreas no estaba para nada de acuerdo con esta ubicación. Demasiado lejos del centro, era su argumento. Y también que Tor iba a cavar un hoyo suburbano y tirar ahí la inmensa cantidad de dinero que le habían dado. Y que el barrio era demasiado nuevo, decididamente no muy oaxaqueño, tranquilo de un modo más bien triste y, bueno, francamente, insípido, incluso para un alemán.

No es insípido, corrigió Tor: es incoloro, es una hoja en blanco.

Bueno, concedió él eventualmente: Yo sé que harás algo muy especial y que la gente llegará.

Y Tor lo hizo y la gente llegó. Hoy en día, todo tipo de artículos y listas de «los cinco mejores» recomiendan el museo. Comprando guías turísticas para convencer a su hija de que los visite, Andreas descubrió que el MIC ya incluso aparece en la *Guide du Routard* y en la *Lonely Planet.* El museo de Tor es *mainstream*. Un éxito insólito. Según el ICOM: sólo un museo de miniaturas en una isla japonesa y un museo de diseño en la Suiza rural han logrado tan rápido, tan explosivamente, convocar a los turistas a lugares a los que de otro

modo nunca se habrían ni asomado. Tor carga el éxito con la espalda orgullosa y derechita, y con una secreta y permanente sensación de pánico. De que todo se venga abajo. De que todo se haga pedazos.

Piensa: Puede que no tenga hijos, Pantera, ¡pero tengo muchas bocas que alimentar!

Detiene el coche frente a una pared marcada MIC en el estacionamiento atrás del museo. Antes de bajarse del coche gira el cuello dos veces hasta que hace crac. Una vez, una curandera le dijo que su cuello es su «órgano de choque». Tor pensó que había encontrando la solución a sus dolores, pero cuando se lo contó a Andreas él destruyó el placentero efecto placebo al contestar: El cuello no es un órgano.

Entre el estacionamiento y el museo, hay una pared hecha de bambú vivo. Ésta fue una mala decisión de Tor. Le advirtieron que el bambú es más traidor que aliado, pero ella se negó a escuchar porque quería un muro verde, una pared viva para su museo y la quería para ayer. Eso es lo que en realidad debería decir su tarjeta de presentación: *Tor Sima. Terca.*

Y, pues sí: ni bien se acerca oye el ruido de los machetes, y pronto ve a dos jardineros dándole al bambú. Saluda primero a Juan, pregunta por sus hijos. Juan tiene nueve hijos, cuatro de los cuales ya trabajan en el museo. Por respuesta, Juan gruñe. Tor nunca ha sabido cuántos años tiene Juan porque parece de edad mediana hasta que sonríe y te das cuenta de que sólo tiene tres dientes. Pero hoy no sonríe.

Buen día, Melitón, saluda Tor.

Melitón es un hombre nervioso y brillante, con un talento especial para detectar plagas temprano. O eso o sufre de hipocondría botánica, Tor no está segura y en general elige confiar en su talento y financiar los remedios, porque no puede permitirse perder las plantas.

Mientras Melitón se queja del bambú, a lo cual nunca resiste la tentación de sumarle un Se lo dije, Tor sigue la mirada preocupada de Juan y rápidamente descubre lo que pasa. Uno de sus hijos mayores, con uno de sus propios hijos al lado, está de pie afuera del museo con un puesto sobre ruedas repleto de banderas chiquitas, medianas y grandotas.

¿Qué día es hoy?, pregunta Tor, momentáneamente perdida en el calendario.

Veintidós de septiembre, dice Melitón.

Eso pensaba, dice ella, y luego tanto Melitón como ella se le quedan viendo a Juan en espera de una explicación. Ya pasó el día de Independencia, ¿por qué su hijo sigue vendiendo banderas?

Son las que sobraron, gruñe Juan.

Tor lo piensa un momento. ¿Será posible que el día de la Independencia por fin perdió su encanto? Ahora que el país es una zona de guerra no declarada, ¿quizá el mexicano promedio ya se hartó y decidió boicotear el nacionalismo? Lo duda.

Juan explica: Pedro pensó que como el patriotismo se acaba luego, después del grito, pues ¿tal vez ahora la gente compre las banderas por coloridas?

A Tor se le sale una risa involuntaria. Luego los dos jardineros se ríen también, frente a esta idea ridícula pero plausible. Y ahora Tor ya no puede enojarse del puesto, después de haberse reído del

chiste. Y aunque lo que quiere es ordenarle a Juan que vaya y saque de ahí a Pedro y a su nieto ahora mismo —porque están arruinando la hermosa fachada neutral del museo con sus rojos y verdes eléctricos sobre rayón barato— nada más inclina la cabeza para despedirse de los jardineros y camina hasta la fuente. Mete las manos en al agua roja, y luego se lleva cada una a cada cachete. El tinte es cochinilla, no mancha la piel. Pero la temperatura es un alivio, una pausa. El arquitecto no quería que pusieran ni fuente ni explanada: vamos a perder mucha superficie, era su argumento. Pero Tor no lo escuchó.

No hay libros sin portada, era el argumento de ella: Y no puede haber museos sin explanada. Esto es lo que Andreas llama un *non sequitor.* O tal vez es un *modus torens*. Quién sabe, la verdad es que Tor casi nunca entiende la lógica detrás de sus bromas sobre lógica.

En defensa propia, Tor diría que a veces es necesario ignorar el pensamiento lógico para poder pararte firme frente a todos los machines parlanchines, tan seguros de sí mismos y de su lógica intrínseca que te hacen dudar de ti misma sin razón. La lista de hombres confiados la agota: Pantera, Melitón, Pedro, Juan, demasiados hombres antes del desayuno.

¡El desayuno!

Tor se gira de espaldas al museo y cruza la angosta calle.

Y

Chingada madre, dice Matilde desde la cocina, jalando con las manos sus pelos crespos, pintados de un rojo casi vino, para arriba en diagonal. Tor nota que se le ven las raíces canas, pero no lo

menciona. Lo único que dice, sentándose en uno de los taburetes de la barra y con una inocencia inverosímil, es: ¿Qué?

Todo el mundo sabe que esa casa es de narcos, susurra Matilde: ¿Para qué te fuiste a meter ahí?

Para empezar, se defiende Tor: Yo no sabía, así que no todo el mundo sabe. Y para seguir, no me metí, me quedé afuera.

En cuanto viste al animal ése, tendrías que haber salido por patas.

Nadie me vio, Mati, no pasé del portón, fui nomás para comprarle un pulpo a Andreas, no hagas esa cara. Y no le vayas a decir, es sorpresa. Ha estado muy triste desde que se murió Glück.

Matilde se suelta por fin el pelo y dice: Sigue comprando la comida de Glück.

Ya sé.

Ah, pensé que no sabías.

¿Qué? ¿Cómo voy a no saber?

En vez de contestar, Matilde enciende la licuadora. Luego la destapa, vierte el resultado —un jugo verde, más fibra que agua— en un vaso gordo de borde azul, y se lo pone enfrente a Tor, que se bebe un tercio de un sorbo. Cierra los ojos para dejar que la dulce acidez la invada, la refresque, la restaure.

Matilde la saca del placer preguntando cuánto le costó el pulpo.

No es de tu incumbencia, contesta Tor.

¿Por qué estás haciendo esto? Matilde insiste: ¿Es una manera de evitar enfrentarte a tu obra de arte?

Mati, Mati, tú siempre con la plática amena, ligerita.

Te anda buscando el arquitecto.

¿Por qué?

Tú sabes por qué.

Ah. Tor bebe otro sorbo, pero esta vez nota la textura densa contra su garganta contrayéndose. Se limpia la boca con una servilleta, la dobla con cuidado, y dice: ¿Porque está lista mi pieza?

Listísima.

Tor levanta las nalgas del banco y, apoyando los talones en el descansapiés y una mano en la barra, estira el brazo libre más allá de donde está Matilde para abrir una estantería de vidrio que contiene pan dulce. Extrae una concha de chocolate y vuelve a sentarse. Pensaba disfrutarla pero la mezcla de dulce y crujiente es imposible de resistir y se la devora en tres mordidas. Tal vez yo pienso con la quijada como los hombres piensan con el pito, se le ocurre. Le debería haber preguntado a esa curandera, ¿es eso lo que significa un órgano de choque?

¿Sabes como quien te andas comportando?, pregunta Matilde.

Tor se prepara para un golpe bajo, la especialidad de su amiga.

Como la Borola Burrón, dice Matilde: La del comic, como el día en que está muerta de miedo porque se enteró de que tiene una calaca adentro.

Tor se ríe tan fuerte que el jugo verde le sube por la nariz y tiene que toser. Cuando se recupera grita de mentiritas: Alguien ayúdeme, ¡hice una obra de arte!

Matilde asiente aprobatoriamente, pero luego cierra la vitrina de golpe cuando Tor intenta agarrar otra concha.

¿Sabes como quién te estás comportando tú?, pregunta Tor: Como Anish Kapoor.

¿Quién es ése?

Un señor que compró los derechos del vantablack, la sustancia más oscura en el planeta.

¿Y?

¿Cómo que y? Pues que no puedes monopolizar un color, Mati.

Un horno hace bip y Matilde se aleja a servir el quiche. El café ahora está lleno de palabras extranjeras. Tor sabe que es culpa de ella, pero de todos modos la irrita. Le da nostalgia de cuando entró por primera vez y lo único que Mati vendía era cerveza y Coca-Cola, nada más, ni siquiera agua.

Esta exposición va a acabar conmigo, Tor dice cuando Mati le trae un café: Mostrar tu propio trabajo es de mal gusto, como un editor publicando su propio libro, va a ser el final de mi reputación.

¿Cuál reputación?

Ouch.

¿Cómo se llama la exposición?

Desaparecidos.

Tanto tacto siempre, Tor. Y luego te sorprende que los internos te digan Torpedo.

Andreas también dice que debo encontrar otro título. Pero no hay una buena metáfora para una persona desaparecida, excepto tal vez «un acorde sin resolver».

¿Qué es eso?

Exacto: buena metáfora, mal título. Se le queda Desaparecidos.

Órale, pero ya ve a verla, chingados. Llevas meses esperando que esté lista y ahora llevas toda la semana evitando verla, me lo dijo el arqui.

Es que…

¿Qué?

Bueno, te voy a decir. ¿Ya ves que soy un poco supersticiosa?

Sí, siempre andas diciendo que para ser una persona tan suertuda tienes muy mala suerte.

Sí, pero más allá de eso, nunca te he contado mi mayor superstición. Nunca le he contado a nadie.

Ok… dice Matilde, retrocediendo un poco. Pero, aunque la nota incómoda, Tor sigue. Porque Matilde no es su empleada, no en sentido estricto, y lo único que Tor necesita es decirlo en voz alta, para escuchar lo estúpido que es, este pensamiento circular que carga desde hace tantos años y que ahora hace semanas que no la deja en paz. Hace mucho tiempo, dice: Me di cuenta de algo sobre mí, sobre mi vida, no es una teoría general, eh, va a sonar muy poco feminista…

Con una chingada, ya dilo.

Ok. Creo que hay una ley del yin yang, o algo por el estilo, una ley sobre mi vida, que dicta que, o puedo tener un buen matrimonio o puedo hacer buen arte, pero no las dos cosas. No al mismo tiempo.

De qué hablas pinche Tor, tú y Andreas ni siquiera están casados, le has dicho que no cada vez que te ha pedido matrimonio.

Sí, pero ¿cuál es la diferencia? Y además sí vamos a casarnos, justo para eso quiero el pulpo, el Pacífico Gigante que fui a comprar hoy, me voy a hincar cuando se lo dé, ¿sabes? En vez de anillo de compromiso. ¡No le vayas a decir!

Matilde pone una cara que podría ser de espanto o de asco. Tor cambia de tema. Le pide que agenden la farsa de los huevos para la primera semana de noviembre, cuando llegará un nuevo grupo de becarios.

Agendando, dice Matilde a la vez que se gira hacia un calendario en la pared con la foto de una canasta llena de gatitos bebés, con

ojos inmensos, como flotando sobre una pradera de color verde saturado. Es feo y, como diría el ex de Tor: totalmente disonante con el branding del museo. Pero Tor no se queja del calendario porque le recuerda los viejos tiempos, antes de que la fonda de Matilde se convirtiera en la cafetería del MIC y se introdujeran el café expreso y los sándwiches planos y las paredes que cada año se pintan de un color distinto, siempre elegido por la propia Tor para que coincida con la exposición de turno. Matilde ha sido solidaria a cada paso, transformándose según las etapas del propio museo, y se merece su rinconcito kitsch que a nadie le hace daño.

Mati avanza hasta noviembre: más gatos, más cursis. ¿Cuántos becarios?, pregunta con la pluma en la mano.

Cuatro, dice Tor: Creo.

Matilde pone los ojos en blanco.

Lo checo, promete Tor.

Cada año, los programas curatoriales y/o museográficos de las universidades del mundo expelen becarios como esporas, que llegan y se quedan —siempre sólo por un rato— suspendidos sobre Oaxaca. Embobados. Tor los recibe a todos, sin pagarles, y los llena de trabajo. El primer día los invita a comer en el café. A veces son dos becarios, a veces siete, pero según cuántos sean, es el número de huevos que Matilde debe hervir y luego, en la sobremesa, presentarle individualmente a cada becario en un platito de barro. Cuando todos tienen su huevo, Tor les pide que lo pelen con cuidado. Para entonces todos llevan unos cuantos mezcales y la sorprendente tarea les hace notar los efectos. Se concentran. Estaban empezando a creer que los rumores eran falsos, Torpedo no es tan exigente como les habían contado, pero ahora piensan, ¿qué

tal que simplemente no se había mostrado? Luego, Tor les pide que separen la membrana exterior, y que la comparen a la clara del huevo. ¿Cuál es la diferencia entre el color del delicado velo y el del óvalo tridimensional que para entonces todos sostienen con respeto, como si se tratara de una reliquia?

Así como a cien grados el agua empieza a hervir, con esta pregunta empiezan las animosidades entre los becarios. El color es su pasión, su especialidad, lo que los trajo hasta acá. Cada uno tiene una teoría o la capacidad de rápidamente armar una. Se saben el Pantone, el sistema ISCC-NBS; algunos incluso, como Tor, tienen memorizada *La nomenclatura del color* de Werner. Llueven las hipótesis y Tor las rechaza todas: No, no, no.

¡Chingada madre!, grita Matilde eventualmente: Son del mismo color, sólo que uno es brilloso y el otro es mate.

Más tarde, a los becarios que se quedan a beber después del cierre, Matilde les dice: Para mí, ese museo es como una pecera.

Tor adora la farsa de los huevos. De hecho, últimamente, en medio de la noche, con tal de parar de imaginar cómo sería su vida sin Andreas (una idea terrorífica pero que no logra dejar de visualizar, como si fuera una película proyectándose sobre el cuerpo de él, girado de espaldas hacia ella), Tor mejor se pregunta cómo sería su vida sin el MIC. Como quien se pellizca la mano para distraerse del dolor de muela. Y de inmediato sabe que, si perdiera el MIC, la farsa de los huevos es una de las cosas que más extrañaría.

Tor sale del café y, mientras cruza la explanada, se reproduce en su cerebro otra película incómoda: las reacciones que tuvo Mati. Primero, a su idea de un pulpo de compromiso, y luego a su

superstición del yin yang amor/trabajo. Agh. Tor se regaña por andar compartiendo sus cosas. Siempre hablando de más, carajo. Le cuesta demasiado trabajo mantener una clara línea divisoria entre su trabajo y su vida personal. Le parece que los hombres eso sí lo hacen mejor. Pero quién sabe, la verdad es que conoce a poquísimas mujeres con un trabajo como el de ella. Se hace una nota mental categórica: Prohibido volver a confundirte, ¡Matilde no es tu hermana!

Tor perdió a su única hermana hace mucho tiempo.



De niñas, en un librero al fondo del largo pasillo, tenían una pecera. El departamento donde crecieron era, sobre todo, ese pasillo del que brotaban todas las puertas. Vivimos en una salchicha, solía quejarse su madre. Pero las hermanas amaban el departamento. Lo amaron hasta el día en que dejaron de amarlo, hasta el día en que destruyó su relación.

Cuando llegaban de la escuela y abrían la puerta principal, el pasillo se alumbraba por turnos: un rectángulo iluminado seguido de uno en sombra, luego otro, y otro, el juego de luz y oscuridad confundiéndolo todo, borrando hasta el librero de fondo, como si fuera un pasillo sin final.

A Tor le gustaba entrar saltando por los bloques de luz, sin dejar que sus pies tocaran los oscuros, ni siquiera sus bordes. El juego se estropeaba si una puerta se había quedado cerrada, o una cortina corrida, cualquier cosa que bloqueara la luz de las ventanas podía hacer que un rectángulo luminoso quedara demasiado lejos del

siguiente. Entonces Tor se quedaba de pie bajo el quicio de la puerta, mientras su hermana y su madre se quitaban las chamarras, las mochilas, los zapatos, todo el rato burlándose de ella, de sus supersticiones absurdas, diciéndole: Ya, métete. Pero Tor no se metía. Esperaba hasta que alguna de las dos se apiadara, o se hartara, e hiciera lo necesario para restablecer el tablero de ajedrez y ella pudiera entrar como le gustaba: saltando sobre la oscuridad, aterrizando sobre la luz siempre.

Desde ciertos ángulos, si entrecerrabas los ojos, podías ver la pecera al final del pasillo. En ella vivían una corriente constante de burbujas, un poco de coral falso, un buzo de plástico, y todas sus «hermanas mayores». Así les decía su mamá a los peces, aunque para cuando las niñas empezaron la primaria, los peces ya eran todos nuevos porque, con cierta frecuencia, aparecían flotando y había que reemplazarlos. El punto era que su mamá, originalmente, no quería ser mamá. Había planeado ser una señora con su departamento y su librero y sus peces, nada más.

Más tarde, cuando las niñas ya no eran tan niñas y la mamá se enfermó terriblemente, lo mejor de ese departamento —que tenía tanta luz— se volvió un problema. ¡Demasiada luz!, gritaba la madre, y luego susurraba, cuando gritar se volvió un esfuerzo demasiado grande y se sumó a la creciente lista de cosas que hizo por última vez: regañarlas; reírse tanto que se hacía pipí y luego culparlas por haberla hecho incontinente; ponerse de pie; cantar.

No hubo una última broma. Hubo bromas hasta el último momento: su mamá era, sobre todo, su sentido del humor. Las hermanas discutieron por meses sobre cuál había sido la última broma que hizo. Pero Tor sentía que la última broma que hizo fue

morirse. Por años, irracionalmente, esperó que su madre regresara, diciendo: Era broma, niñas, ya cálmense, ni aguantan nada.

Con su hermana fue exactamente al revés. Tor no se permitió ni un ápice de esperanza irracional tras la desaparición de su hermana. Pasado un tiempo no se permitió ni hablar de eso. Prohibido mencionarlo. Prohibido pensarlo. Prohibido pensar en su madre, de paso, porque su madre no se hubiera acobardado ni rendido, su madre nunca hubiera dejado de buscar a su hermana. Pero Tor, en cambio, se rindió, se escondió, se fue. Y cuando volvió jamás habló el tema con nadie. Prohibido, incluso, hacer arte con ello. Esta última regla es la primera que, ahora, con esta nueva exposición, Tor está a punto de romper.

Y

Con la panza llena y las intenciones claras, Tor cruza la explanada. El MIC no se parece ni un poquito a una pecera. Es casi lo opuesto, de hecho. El sistema de captación de luz es por tragaluces, porque así es más fácil controlar el brillo y, por ende, el color. Desde afuera, sin ventanas, el museo parece un cubo opaco. La única superficie reflectante es la puerta, que se desliza silenciosamente mil veces al día: se abre, se traga a los visitantes como si fueran krill, se cierra.

La puerta se abre ahora para Tor, pero antes de que la logre cruzar, Pedro la intercepta: con su puesto de banderas abandonado dos metros atrás, su niño pegado a la pierna para puntos extra, y las manos juntas frente al rostro, en posición de súplica.

Órale pues, concede Tor: Pero sólo por hoy.

En agradecimiento, Pedro abre las manos como una ostra que contiene, en vez de perla, un pin con la bandera de México. Tres centímetros cuadrados de mitología dorada. Una versión comprimida de la consigna que precediera la fundación de Tenochtitlán: que debían asentarse allí donde encontraran un águila devorando a una serpiente encima de un nopal. Lo que le gusta a Tor de la leyenda es que, cuando la encontraron, el águila, o más bien la serpiente, había elegido un nopal que estaba en un islote, en medio del lago de Texcoco. Pero eso no los detuvo. Fundaron ahí mismo, sobre el agua, una ciudad enorme que está —desde entonces y para siempre — hundiéndose. Lo que no le gusta a Tor de la leyenda es que pareciera implicar que los mexicas tenían una suerte de guía divina, en lugar de pura inspiración humana. La ciudad precolombina más grande del continente americano, Tenochtitlán, fue enteramente construida sin planos. Y la leyenda menosprecia eso: el arte fino de la improvisación pura. Menosprecia el modus operandi de un país con cero talento para la planificación, pero con excelentes capacidades para la espontaneidad, la impulsividad, y la imaginación. Siete siglos después de que hiciera la digestión esa águila, México sigue inspirándose para resolver lo que sea sólo en el ultimísimo momento, justo antes de hundirse. Y, a la vez, claro, sigue hundiéndose. Pero también girando. La gente sigue avanzando, superando la oscuridad omnipresente a pura fuerza de espíritu. Pero ¿por cuánto tiempo más? Tor seguido se pregunta: ¿cuánto falta para que el remolino de la violencia nos trague a todos? Desde que empezó la llamada guerra contra las drogas, o quizá desde que el águila se tragó a la serpiente, este país quema lo mejor que tiene —naturaleza, humor, talento— como si mañana no

fuera a necesitar combustible. México tritura a la gente hasta el agotamiento mal pagado, escupiendo a algunos al azar, destruyendo miembros, mentes, cuerpos, familias, pero no se detiene nunca. La gente sigue comiendo, riendo, enseñando y esperando poder largarse. O no. En realidad la gente desearía poder quedarse, sentirse en casa en su casa, estar en paz. La gente sigue confiando y creando y procreando y llegando casi casi a tiempo a todos lados. Excepto, claro, los que un día no llegan a trabajar, las que no regresan a su casa después del mandado.

¿Puedo?, pregunta Pedro.

Pero antes de que Tor conteste ya está clavando el pin en su túnica, con mucho cuidado de no tocarla. Tor nota cómo las puntas de sus dedos, donde la piel hace presión sobre el metal, cambian de color, se aclaran. ¿Qué color es, exactamente? ¿Lino, pergamino, cal? Hueso. Eso es. Qué chistoso, que la piel pueda ponerse color hueso. Pedro suelta y el pin se hunde entre las muchas flores bordadas en la túnica de Tor.

Gracias, dice ella, antes de dejarse tragar, ahora sí, por la poderosa quijada de su blanco cubo opaco.

O no blanco.

El MIC no es blanco.

Nunca nada es tan sencillo con Tor y el color. Nunca nada es verde nomás, nunca azul y ya. Para ella todo color requiere adjetivos: «ligeramente más apagado» o «una pizca menos tenue». Contra sus instintos, Tor ha tenido que aceptar que mientras cada matiz es aparente para ella, es simplemente cierto que otras personas no saben distinguir entre perla y porcelana. En la tienda de pinturas para casa en el centro de Oaxaca, donde Tor se ha dado a la tarea

de entrenar al personal al modo en que en la antigüedad los pintores entrenaban a sus aprendices, la apodan doña Blanquecino, porque una vez se pasó semanas rechazando muestras por no ser «suficientemente blanquecino», y eso era sólo la pintura para la cancelería de los baños. Pero todo el mundo la quiere. Excepto los que no la soportan.

La nueva exposición le va a conseguir más detractores, sin duda. Desaparecidos empieza en un cuarto oscuro con un hecho proyectándose a intervalos sobre las paredes. Una vez que lo lees ya no lo puedes des-ver. Ni lo puedes olvidar. Es una sola frase: *En México desaparece una persona cada noventa minutos.*

cada

noventa

minutos

Ese cuarto va a romper corazones y cabezas. Porque la gente no es tonta: sabe que cada persona que desaparece es alguien que no regresa. Aquí cada noventa minutos alguien es catapultado hacia la oscuridad, levantado por un grupo criminal o por las fuerzas de seguridad, da igual: ambos portales al olvido. Y mucha gente no quiere que le digan estas cosas. Pero la exposición está dedicada a quienes no han tenido más opción que enfrentarse a este hecho diabólico, a esta realidad tan surreal. A los que buscan, a los que entregan su vida a ese hueco, porque no tienen más opción, porque la otra opción es imperdonable: es hacer lo que hizo ella: no mirar. No no olvidar (eso es imposible) pero sí no hablarlo. Y Tor ya no puede más de su propia regla, quiere romperla porque quizá eso sea un paso hacia la sanción, aunque sea también su destrucción. Y quiere, sobre todo, pensar que el siguiente cuarto, la pieza más

grande, va a conmover a la gente, arroparlos por un rato. Quiere pensar que su pieza es una exploración sensible y digna del tipo de duelo que un desaparecido deja tras de sí, y que le dará a las familias un momento, un respiro, un espacio para ese dolor sin comparación. Por décadas, Tor ha cargado ese duelo sola. Pero en realidad, para mal, demasiados otros lo comparten. El luto sin resolver de perder a alguien. No perderlo como un eufemismo común de la muerte, sino perderlo de verdad: no poder encontrarlo.

Pero quién sabe si Tor logró construir un refugio o si va a conmover a nadie, porque ni siquiera se ha atrevido a asomarse al cuarto grande, por más que la persigue el arquitecto con mensajes de que es hora, la pieza está lista. Es hora, lo sabe. Tiene que ir ya. ¡Ahora!

Tor cruza la planta baja a zancadas. Ignora las filas de visitantes, los saludos del personal, el tufillo distintivo de su eterna lista de pendientes. La planta baja alberga las colecciones permanentes: la rueda del color tamaño humano, la colección de pigmentos, los cuartos pequeños: Gama, Matiz, Valor cromático. Lo cierto es que la museografía del MIC está muy influenciada por el cerebro científico de Andreas. Tor solía argumentar que debía haber un balance exacto entre ciencia y arte, pero poco a poco ha aceptado que Andreas tenía razón: a este museo los visitantes, los turistas, las escuelas, vienen sobre todo a educarse. Éste es un museo sobre el color. Sobre lo que el color es. Y no tanto sobre las cosas que se hacen con él.

De todos modos, Tor reservó el piso de arriba para el arte. Y ahora ese gran espacio está en su mayoría ocupado por la pieza que lleva un año planeando y que hoy, por fin, verá terminada. Está a punto

de entrar al vestíbulo oscuro, el de la frase espantosa, cuando oye el clic clac de unos tacones, seguido de su nombre. Se gira.

Tienes una llamada, dice una de las recepcionistas: Apolo algo, dice que tienen cita.

Carajo, dice Tor: Les contesto en mi oficina.

La chica parece confundida y Tor le explica: Dame dos minutos para llegar a mi oficina, mientras tú transfiere la llamada, tienes que picar gato y luego siete.

La chica sonríe y asiente cual robot.

Tor no entiende si entendió, si se está burlando, si va a hacer lo que le pide o no. Tor sabe que, en general, el personal la adora y los becarios la odian, pero con las recepcionistas nunca sabe qué pensar, porque todas tienen un talento excepcional para las sonrisas falsas: por eso las contrató.

La escalera del MIC es un guiño a la del MOMA. Y aunque es mucho más pequeña, el color (gris nublado con una tenue pizca de rojo para darle calidez) hace que el espacio sea más acogedor y también francamente más elegante. Tor no nota nada de eso en este momento, con lo rápido que la sube. Al llegar al segundo piso, entra por una puerta marcada PERSONAL, que conduce a otra escalera, más sencilla. Pasa por una sala de reuniones y entra jadeando a Torre de Control: su pequeño despacho privado en el punto más alto del MIC, que goza de una de las pocas ventanas normales del edificio. Esto, además, le da un aire de panóptico solitario que a Tor le encanta. Ama llegar aquí cada mañana pero, casi siempre, en cuanto abre la puerta se rompe el encanto. La dura realidad de su desorden, la decepción de ver el escritorio de sus sueños siempre sepultado por montañas de papeles, la hacen sentir como cuando

tenía ocho años: ofendida de que la mandaran a ordenar su cuarto, y francamente dolida ante la insinuación de que su cosmos era un caos.

Suena el teléfono. El periodista del Apollo Art Journal se presenta como Philip algo y a Tor el nombre le provoca un mareo. O tal vez nomás subió demasiado rápido las escaleras. Pronto se le desinfla el ego que la empujó hasta acá y entra en piloto automático. Resulta que la famosa revista no la está llamando por su arte, ni siquiera por su museo, sino simplemente por su nacionalidad. Esto la irrita. El tema de la entrevista es el Penacho de Moctezuma, una reliquia atrapada en un museo en Viena. Tor no tiene nada que decir al respecto, pero el periodista insiste: ¿Debería Austria regresar el penacho? (¡Sí!). ¿Debería México albergarlo? (¡No!).

Conforme hablan, Tor se va poniendo de peor humor, en parte gracias a una caca de paloma en su ventana.

Estoy confundido, confiesa el periodista: ¿Está usted diciendo que sí o que no?

Estoy diciendo, dice Tor mientras trata de entender, a través del vidrio, si la caca es fresca o ya está seca: Estoy diciendo que la devolución en sí misma podría ser una obra de arte, y que el gesto, no el objeto, podría ser lo que elegimos preservar.

¿Pero sabe que el penacho se desintegraría si lo mueven de lugar?

Ya, dice Tor abriendo la ventana a todo lo que da: Pues como dijo Wittgenstein, hay problemas que no se pueden resolver, se tienen que disolver.

¿Entonces está usted diciendo que el penacho debería dejar de existir?

Sí, dice Tor sacando dos kleenex de una caja y mojándolos en uno de los cafés que dejó a medio beber ayer.

¿Usted no es una conservacionista?

Yo soy experta en color, dice Tor: El color es el opuesto extremo de la conservación, está hecho de luz, cambia todo el tiempo.

Tor se deja el auricular entre el hombro y el cachete izquierdo y alza el brazo derecho con los kleenex hasta alcanzar la mancha. Al ejercer presión, un riito de café frío se escurre por adentro de la ancha manga de su túnica.

Ok… dice Philip Apollo, aturdido: Entonces…

¿Usted cree que las plumas duran para siempre?, pregunta Tor de puntitas, rascando la mancha: Por supuesto que no, las plumas son material orgánico. Eso que llamamos el penacho es en realidad la réplica de una réplica, ¿quién es el conservacionista ahora?

Entonces, si la decisión fuera suya, usted…

¡Yo lo quemaría!, exclama Tor, satisfecha tras haber logrado borrar la mancha. Deja caer los kleenex en la misma taza de café, saca otros dos e intenta secarse el brazo dentro de la manga, y sigue: O por lo menos lo sacaría del museo, lo dejaría desintegrarse en público, en una especie de performance lenta. ¿No sería bueno que pudiéramos hacer eso con todos los viejos rencores? ¿Dejar que se disuelvan? Ya, ya: toca soltar.

Soltar… repite él. ¿Porque es una réplica?

Sí, dice Tor. Cierra la ventana y suma: Y también porque Moctezuma, como casi todos los hombres poderosos a través de la historia, seguramente fue un cabrón muy abusivo. Y francamente ya es hora de dejar de rendirle pleitesía a los señores abusivos.

Entiendo, dice él: ¿Y está de acuerdo en que yo ponga esto por escrito?

Por la ventana, Tor ve una cabellera conocida: esponjosa, color de paja. Andreas, de pie en medio de la explanada, empuja sus lentes nariz arriba y escribe algo en su teléfono. Últimamente se la pasa en su teléfono. Se ve concentrado y hermoso y la imagen la conmueve. Aunque también la estresa. Tor y Andreas están entrando en esa etapa injusta a la mitad de la vida, en la que él va a ponerse más interesante y ella sólo va a ponerse más señora. Todo esto la atraviesa como un rayo, pero dándole una pausa lo suficiente larga como para, por una vez, pensar antes de hablar.

Contesta: Lo del cabrón abusivo publíquelo, sin problemas, pero lo de quemar el penacho que quede entre nosotros, por favor, porque la piromanía está muy mal vista entre museógrafos.

Y

¡No antes de la comida!, le advierte Tor a quien osa acercársele con dudas o peticiones mientras baja la escalera y cruza el lobby, la explanada, la calle. La incredulidad ajena parpadea y se desvanece a su lado, sin detenerla. La hora de la comida pasó hace varias horas. Pero Tor, después de la entrevista, se quedó atrapada en la oficina, resolviendo cosas, palomeando pendientes, contestando correos, el día se esfumó y ahora ya es la hora en la que está socialmente aceptado empezar a beber. Así que comerá y beberá, como una persona civilizada, no como un burro de carga, y luego irá a ver su pieza.

Entra al café de Matilde pero esta vez no se detiene en la barra, sino que cruza la cocina y sale a una zona que hay detrás, un pequeño patio que no está abierto al público pero que ella considera su comedor personal. Allí encuentra a Mati y también a Andreas. Están sentados en la banca de la mesa de picnic, sosteniendo cada uno una rama sobre una caja de unicel.

¿Andan jugando con la comida de Glück?, pregunta Tor.

Ambos suben la mirada hacia ella y luego ambos la bajan otra vez hacia la caja abierta. Andreas ha seguido comprando el camarón congelado y los cangrejos vivos cada martes, como si Glück no se hubiera muerto en el temblor, hace ya varias semanas. Él argumenta que no quiere decepcionar al dueño de la pescadería, pero Tor sospecha que nomás no logra modificar su rutina.

Mati, pide Tor: ¿Me darías una cerveza y lo que haya quedado del menú del día, por favor?

Matilde le da su rama y se mete a la cocina, pero Andreas cierra la caja antes de que Tor pueda jugar con el cangrejo.

Tor se sienta en la hamaca que hay en una esquina del patio, donde pega el sol, y mientras se acomoda, dice: Te quiero mucho, estaba pensando en eso hoy, en serio, me dio un ataque de amor nomás de verte en la ventana, todo guapo mientras intentabas descifrar tu telefonito.

¿Qué te hace pensar que no entiendo mi teléfono?

Nada, fue un comentario tonto: Yo sé que entiendes de tecnología.

Genau, contesta él, pero sin sonreír.

A veces pienso, dice Tor, que mi teléfono inteligente me está volviendo estúpida. El otro día estuve viendo el conteo que lleva el

propio teléfono, y me informó que paso un promedio de cuatro horas al día viéndolo, pathétique. ¿Tú te has metido a ver cuánto pasas al día?

Ni yo te veo cuatro horas al día, dice Andreas.

Tor abre la boca para protestar, pero luego la cierra, porque es cierto. Suspira, se desinfla, avienta la ramita al piso y sube las piernas a la hamaca. Recuesta la espalda. Después de un momento intentando relajar el cuerpo, dice: Mi pieza es una mierda.

No te creo, dice Andreas.

Sí, no, ni siquiera la he visto.

¿Por qué no?

¿Puedes venir conmigo a verla? ¿Tomamos algo y luego vamos?

No vamos a tomar, dice él: Lo que necesitamos es hablar.

¡Agh! Realmente fue un error decirle a Mati de su superstición, seguramente le contó. Y ahora quieren organizar una intervención, mandarla al manicomio. Como prueba de esto, Mati sale al patio con una Coca-Cola de dieta y se la entrega sin comentario. Tor interpreta: Prohibido el chupe para los locos. Suprime la irritación irracional que siente trepar por el cuello y se convence: Mati no compartiría su confesión. Le dice: Fui a ver mi pieza.

Qué bueno, dice Mati: ¿Qué tal está?

No sé, no la vi, dice Tor.

Matilde nomás asiente, como si eso hubiera hecho sentido. Tor destapa su Coca, da un trago, cierra los ojos y vuelve a recostarse. Siente el cansancio de golpe, como si se le hubiera sentado encima. Se podría echar una siesta, se le ocurre: recuperar las fuerzas, la pieza ahí va a estar, nada urge. Además: si la pieza es mala, eso significa que su relación va a mejorar. Que su universo volverá a

ponerse en orden. Y si la pieza es buena, bueno: ya verá. Por un rato lo único que se oye son los cangrejos arañando el unicel.

Tor, no te duermas, pide Andreas.

¿Por qué no? No sabes el día que he tenido. Eso me pasa por madrugar.

No madrugaste, y necesito hablar contigo.

Tú crees que no porque tú estabas roncando cuando yo…

¡No me estás escuchando!

Su voz cae como trueno. Exige respeto pese a la frase quejica. Impresiona a Tor, se había olvidado del sonido, porque Andreas ya casi nunca grita. Antes se peleaban apasionadamente, sobre todo por los hábitos fiesteros de ella, aunque en ese entonces a Tor le parecía que estaban peleando por los hábitos rígidos de él, porque eso es lo que ella estaba criticando. Ahora Andreas se está pellizcando la nariz bajo los lentes, signo de que no sabe qué decir a continuación.

Ok, dice Tor, y se sienta en la hamaca para mostrar que está escuchando. Es un truco que le compartió una vez un terapeuta, no en una sesión de terapia sino en la inauguración de quién sabe qué exposición. Le dijo que la mayoría de los problemas entre parejas se resolverían si una de las dos personas pusiera, o por lo menos fingiera poner, atención.

Te escucho, dice ella, porque él ahora tiene la cara entre las manos, que es raro, incluso preocupante. ¿Estará enfermo? Por favor que no esté enfermo. Tor mira a Mati, que está pegada a una pared del patio como lagartija, mirando el piso y mordiéndose el labio inferior.

Me están espantando, dice Tor.

Andreas la mira, parece haberse desinflado después de gritar, y el sol lo está poniendo rojo, que es de todos los colores el que le sienta peor.

¿Qué pasa?, pregunta ella, honestamente preocupada. Andreas es un hombre callado pero no por falta de palabras.

Chingados, dice Matilde, pero Andreas le alza ambas manos.

A Tor le sorprende, casi le divierte el gesto. Recuerda a Andreas haciéndoselo a Philip con cierta frecuencia, hace muchos años. A ella nunca le alza así las manos, Tor no lo dejaría pasar. Sólo lo hace con gente que le cae mal, entiende Tor de golpe, sintiendo a la par un instinto de proteger a Mati y de protegerlo a él. Andreas nunca ha podido apreciar la insolencia, el tono general —kitsch y pelangocho — de Matilde.

Mati, pide Tor: ¿Nos das un momento, por favor?

Matilde se mete a la cocina y Tor cree que Andreas está a punto de echarse a llorar pero en vez de eso la mira y dice: Estoy teniendo otra relación.

¡No es cierto!, contesta ella.

¿Qué?, pregunta él.

¡No estoy teniendo otra relación!, se defiende ella.

Yo, dice él.

¿Qué?, dice ella.

Yo estoy teniendo otra relación.

Tor se queda quieta, el antebrazo hundiéndose en la textura plástica de la hamaca, pequeños rombos de carne formándose entre los hilos, listos para escapar cual pulpo huyendo de un barco: listos para escurrirse lejos de ella, como si hasta su propia piel la encontrara, de pronto, repugnante. Con su otra mano se aferra al

cuello de la hamaca, para ayudarse a sostener la cabeza alzada. Algo está lentamente reajustándose en su cerebro. Piensa en Anish Kapoor. Puntualmente en una instalación de él que ocupaba una galería entera en Berlín: unos sesenta metros cuadrados para una sola máquina que procesaba grandes cantidades de cera roja. No líquida, pero lo suficientemente caliente como para que el brazo mecánico pudiera transportarla de un lado a otro de la sala. Todo era muy lento e hipnotizador. Eventualmente un montón de cera se desprendía del brazo y caía en el piso con un escandaloso plop. Y eso era todo. El plop aleatorio. Y el modo en que la acumulación de plops creaba esculturas amorfas pero también, quizá sobre todo: el modo en que esculpía las expectativas.

Tor no contrató la instalación por lo que ella bautizó el «post plop». Porque una vez que habías visto el primero, ya sabías de qué iba todo. Sabías qué esperar y por más plops que siguieran, la tensión se había acabado. Sin sorpresas, se volvía un juego de a ver quién aguanta más. De resistencia. Y en una relación de pareja puede pasar lo mismo. En casi todas pasa lo mismo. Entonces no puedes culpar a alguien por ir a buscar un poco de tensión en otro lado. No puedes monopolizar un color, Anish. Y tú, Tor, no puedes monopolizar a una persona. Particularmente no a la persona —la única persona— con quien compartes color. El negro más negro, la herida más oscura. Andreas es su compañero, de pérdida y de vida. Saltan juntos de un rectángulo de luz al siguiente, todo lo otro se disuelve. Lo va a perdonar, por supuesto. No tiene ni que pensarlo. Ya está decidido. Andreas confesó, y eso es lo único que hacía falta para cerrar el episodio. Tor siente incluso alivio: ¡lo sabía! Algo estaba pasando por más que él lo negara. Pero ahora ya lo aceptó, y

ya pueden pasar la página. Tor se recuesta, le entrega el peso de su cuerpo a la hamaca. Se concentra en el sol pegándole en la cara, cambiando la coloración al interior de sus párpados. Recuerda el camello y considera pedirle matrimonio ahora mismo a Andreas, como un pacto de paz. Pero no, no hay que estropear la sorpresa del Gigante Pacífico. Toca esperar. Podría dormirse una siesta. No es que esté contenta, no le gusta nada esto, pero puede ver que van a sobrevivir, van a estar bien. Tor exhala, los cangrejos rascan el unicel.

Pero luego Andreas, siempre a la vez preciso y torpe, va y tira otro gran montón de cera caliente, uno que rebasa lo perdonable, al decir: Con Matilde.

Tor se levanta. Sin gracia pero muy rápido. En un segundo está de pie y en otro ya está metiéndose a la cocina. Andreas la llama pero ni siquiera lo voltea a ver. Camina directo a la pared del fondo, donde Matilde está recargada en la pared, a lado de su estúpido calendario de gatitos. Tor se le acerca tanto que su pelo le pica la cara. Siente los pelos teñidos y crespos rascándole el cachete. El olor empalagoso de alguna crema le provoca náuseas y Tor las deja crecer: todo dentro de ella rápidamente condensándose, una alquimia negativa pero necesaria: el asco volviéndose veneno. Y Tor hace lo que puede para no vomitar mientras susurra, bajito y entrecortado pero bien claro: Nunca. Vas. A volver. A trabajar.

Y

No me acuerdo cómo te llamas, dice Tor deteniéndose con una mano en el techo de su coche: Pero te respeto, a ti y a tu trabajo,

ahora déjame pasar.

El velador, que de ningún modo está obstruyéndole el paso, no sabe qué decir a pesar de que, o tal vez justamente porque, Tor apesta a alcohol. El velador opta por el silencio, y en silencio ejecuta un cómico, casi lírico, salto lateral, para dejarla pasar aún más.

Tor atraviesa la pared de bambú que los jardineros estaban talando esta mañana. Por dentro, va dándose con la misma fuerza del machete de ellos: Pendeja, deberías haber plantado otra cosa, algo más serio, más boscoso, algo de adultos, porque esto es un museo, Tor, no un pinche parque, a ver si ya de una vez por todas creces, carajo.

Cruza la explanada tratando de caminar en línea recta. Han pasado varias horas desde la hamaca. Ha estado en sitios. Bebido líquidos. Pero en su cabeza aún reverberan el rechinido del unicel, el olor de los pelos color vino, los ojos bien abiertos de los gatitos en su canasta.

De pronto, el lugar que Tor se ha pasado todo el día evitando le parece el único lugar seguro. El único lugar donde podría quizá transformarse, dejar de sentirse monstruosa. Pero cuando por fin entra, sólo siente desorientación. No se ve nada de nada.

A ver, Tor, siempre dices que conoces hasta el último rincón del museo, ¿cómo no vas a poder prender la luz? Enciende la linterna de su teléfono y avanza pegada a la pared hasta dar con la caja de electricidad. Su teléfono está tapizado de mensajes sin leer y llamadas perdidas de Andreas. Lo pone boca abajo encima de la caja y decide dejarlo ahí por el resto de la eternidad. Abre la caja y sube todos los switches a la vez. Todo se enciende y Tor tiene que parpadear. Cuando se ajusta la mirada, se gira sin pensarlo y lo que

ve casi la tumba. Una ola de sorpresa se extiende por su cuerpo como papel quemándose. Le viene un recuerdo difuso, de la mañana, parece como si hubieran pasado días desde que vio al camello, y también como si el camello hubiera sido un aviso, una premonición. Porque esto, esto que tiene enfrente, es un verdadero oasis. Es, a la vez, todo lo que Tor se había imaginado, y mucho más de lo que se permitió soñar. Cien veces Tor le dijo al arqui y a su equipo que quería que el espacio se sintiera como una capilla. Y lo lograron. Mucho más que eso, de hecho: esto se siente como un templo respetuoso, como una catedral honesta. Como un homenaje consciente, correcto. La emoción le sube por la garganta y le inunda los ojos. Respira profundo y da un primer paso devoto hacia la pieza.

Repartidos por toda la sala de exposición, hay tanques verticales de sólo veinte centímetros de profundidad pero casi dos metros de altura. Están sujetados del techo con cadenas tensas, y fijos en el suelo gracias a unos rieles de acero laminado. Cada tanque está lleno de líquido y, con sus cuarenta y cinco centímetros de ancho, puede cubrir a una persona del otro lado. O no cubrir, ya que son translúcidos, pero sí disimular, deformar a quien se pare al otro lado. Una visión distorsionada, parecido a ver la cara de alguien a través de una jarra de agua.

Desde donde se encuentra Tor, parecería que se forman caminos entre los tanques, pero enseguida te das cuenta de que esto es un bosque, no un plantío, es decir que el posicionamiento de los tanques es aleatorio, y el modo usual, circular, con el que se suele visitar una exposición, no va a funcionar. Se impone la falta de rumbo como único modo de avanzar. Y, a medida que la gente avance por entre los tanques, los líquidos irán conjurando sombras,

visiones y emociones pasajeras, distintas para cada visitante según dónde se encuentre y quién más ocupe el espacio. O eso espera Tor, eso se imagina. Lo cierto es que ahora mismo está sola en la sala y sus movimientos, su ritmo, es a la vez metódico y borracho. Se queda mirando con la boca abierta, luego levanta una basurita, limpia una huella dactilar, empuja un tanque con las manos, con más fuerza de la que planeaba usar, sólo para ver si aguanta. Tor siempre hace cosas de este tipo antes de una exposición: trata de pensar en todo lo que podría salir mal y luego lo intenta. Son pruebas de control de calidad tan atípicas como útiles. Siempre encubiertas. Ha roto algunas cosas con sus métodos, a veces objetos sumamente valiosos de los que luego ha tenido que dar cuenta al prójimo, y una vez un error tan caro que le echó la culpa a un niño imaginario anónimo, mintiéndole al hombre del seguro a través de lágrimas en los ojos. Pero nunca un error tan grande como uno de estos tanques. Si uno se rompiera habría una inundación resbalosísima, y tantos fragmentos de vidrio que los que no se rompieran un hueso al resbalarse, igual terminarían por cortarse.

El primer tanque ni se inmuta bajo el peso de sus empujones. Los rieles son de acero suizo. Tor empuja más fuerte, con la cadera. El tanque resiste. Tor pasa al siguiente: nada. Empieza a tomárselo como algo personal, como si la inmovilidad de los tanques fuera indiferencia, reflejara su insignificancia. Empieza a enojarse. Ataca el tercero con tanta fuerza que un jadeo involuntario sale de su boca. Va de uno a otro, golpeando los tanques con franco desenfreno y con una fuerza que no sabía que tenía, una fuerza que parece más destinada a herirse a sí misma que otra cosa. Nota todo eso de reojo, pero no puede parar. Nota que está atormentándose pero se

siente identificada, sobre todo, con la tormenta, con el dramático torbellino que parece arrasarla de un extremo del cuarto al otro. Zigzaguea entre los tanques como un animal salvaje, como un animal herido. Sólo logra frenar después de haber golpeado, empujado y pateado al menos la mitad de los veintisiete tanques. Para sólo porque no puede seguir. Sus piernas ceden y acaba en el piso, la espalda contra el muro, empapada. Tiene los nudillos magullados y le duelen los pies. Estira las piernas, recarga la cabeza en la pared, llora. Luego de un rato se seca la nariz con su túnica bordada. Está rasgada en la axila, y ahora además también llena de mocos. Nota ambas cosas con absoluta neutralidad, como si esta prenda que ha cuidado con esmero por más de una década, fuera nada: una servilleta, un recibo.

Tor exhala. Se siente como lavada. Y puede que sólo sea un lapsus de autoengaño, o algo provocado por la catarsis de los empujones o del llanto o de ambas cosas, pero, carajo: esta habitación es el mejor trabajo que ha hecho en su vida.

Por primera vez en horas, ya no se siente como una víctima. Se siente humillada, sí, pero sin rencor ni consecuencias. Extrañamente apaciguada. Qué importa si algo le duele, si todo le duele, cuando hizo esto que tiene enfrente. Aunque, en realidad, ahora mismo siente como si la pieza se hubiera hecho a sí misma. Como si ella no hubiera sido más que un conducto, encargada sólo de recibir unas instrucciones del más allá y de transmitírselas a los hombres del arquitecto. Recuerda haber sentido algo similar hace muchos años, cuando todavía pintaba. Pero nunca antes durante el proceso creativo de esta pieza, que involucró demasiada gente, planeación, meses. Los fabricantes haciendo preguntas serias, preguntas sobre

procedimientos y materiales y seguridad, ellos desempeñando el papel habitual de Tor, y ella el reservado normalmente a los artistas cuya obra expone: portándose tan exigente con los detalles como incapaz de expresar de qué trata la obra porque quería que su obra hablara por sí misma. Y lo hace. Esta pieza habla por sí misma. No grita ni se explaya, pero cien por ciento comunica. Proyecciones líquidas y centelleantes cubren las paredes y el suelo. Todo es hipnótico, sereno, casi demasiado bello para soportarlo. Esto es un problema, claro. Plantea la pregunta de la que Tor ha estado huyendo durante los últimos seis meses, desde que consiguió que el consejo administrativo votara a su favor a pesar de que esta exposición iba a caerle en el hígado al gobierno. La pregunta es vieja como el mar y común como la culpa, tan fácil de desviar como cualquier espejo. La pregunta es: ¿tenemos derecho a convertir en belleza el sufrimiento?

Tor no logra levantarse. Le está bajando la adrenalina y se le engarrotaron los muslos. Se encorva y los rollos de su panza se sienten estorbosos, y pegajosos, y el elástico de su pantalón de lino se le clava incomodándola. Sola, se dice, y abandonada y además gorda. Shhh, se frena sola. Entrecierra los ojos. Mejor mira, se dice.

Tor nunca ha probado meditar, pero cuando la gente habla del tema, y la gente habla mucho del tema, ella cree saber de qué hablan. Porque ella también posee una herramienta para acallar la verborrea constante de su cabeza. Su herramienta es entrecerrar los ojos y mirar. Tor sabe que si observas, en plena presencia, puedes transformar lo que estás viendo a través de la atención y, entonces, a la vez, tú te transformas. O por lo menos te sientes distinto. Algo cambia. Usualmente para mejor. Así que Tor entrecierra los ojos y

mira. Se concentra en el movimiento del agua en los tanques. No en movimientos aparentes, porque no hay, sino en las vibraciones de la luz. Eso es lo que el color es: luz bailando.

Entrecierra los ojos y mira y esto es lo que ve:

Cada tanque está lleno, casi hasta arriba, con una combinación de agua y glicerina y, lo más importante: un tinte específico. Los tonos van desde un rosa muy pálido hasta un marrón muy oscuro. Y como los rieles son del mismo blanquecino que el techo y el suelo, los tonos de los tanques —topo, pardo, avellana, arena, beige, café— dicen la misma cosa: piel. Todos los tonos posibles de la piel humana. Pero translúcida. Personas, pues, pero personas hechas de agua y no de músculo. Hechas de memoria. Los colores de los cuerpos que ya no están con nosotros, pero que tampoco han sido enterrados. Y a través de ellos, la habitación, el mundo entero, teñido por esas ausencias. Así ha sido toda la vida adulta de Tor. Eso es lo que intentó decir. Qué simple parece todo de repente. Qué básico. Intentó expresar su dolor, como lo intentan todos los artistas que ha conocido, lo sepan o no. Durante demasiados años, Tor se guardó ese dolor para sí misma, compartiéndolo sólo con Andreas y un par de viejos amigos. A Andreas lo va a conmover esta pieza, piensa de pronto. Pero pensar en él le produce un dolor tan agudo que amenaza con partirla en dos. Le cuesta respirar. Y como un corazón roto se parece tanto a un infarto, aparece su habitual grito de supervivencia: ¡A trabajar! Sólo el trabajo sana. Levántate ya, ¡ya!

Pero Tor no se levanta y, entonces, siempre solidario, el MIC se levanta por ella.

Estamos hablando de Tor Sima. No una persona espiritual. Pero tampoco una persona excesivamente racional. Así que, cuando a las 23.49 el museo se sacude, ella asume que es porque ella dio la orden. Pensó: ¡Levántate ahora mismo! Y el museo se levantó. El museo la obedeció porque es su museo, su idea, sus reglas. Logra levantarse pero sus rodillas no se doblan lo suficientemente rápido y sale catapultada contra un tanque, luego de regreso al muro. Se pone a cuatro patas pero el suelo la expulsa. Es una réplica, piensa en sus últimos momentos de poder pensar más o menos claramente, una réplica no puede ser tan grave como el terremoto que mató a Glück hace unas semanas.

Pero es grave. El MIC tiembla como si estuviera parado en dos zancos flacos. Cruje, truena, traquetea. Tor intenta gatear, alejarse de los tanques. Consigue pararse pero ni bien da dos pasos la frena en seco una explosión. Un tanque cede y se derrumba frente a sus ojos. Escupe una cascada violenta y veloz, justo antes de que se vaya la luz. A oscuras, Tor siente por primera vez el miedo que ha estado como en segundo plano. El pánico la devora, y vuelve sus movimientos aún más erráticos. Quiere ir hacia la puerta pero ya no tiene idea de dónde está la puerta. Pisa lo mojado, se resbala. Se cae. Excepto una de sus piernas, que hace lo opuesto a caer: sale disparada hacia el techo mientras el resto del cuerpo va a dar al suelo. Tor aterriza de sentón y así, sentada, se desliza buscando algo sólido, una pared que no esté hecha de vidrio y agua. Nota, conforme avanza dando tumbos, que la pierna rebelde va arrastrando detrás de ella como la cola de un animal roto. Cuando encuentra el muro se hace bolita. Desde su ovillo oscuro oye explotar otro tanque, luego otro, y luego pierde la cuenta porque en

su cabeza otros tanques están explotando al mismo tiempo. La pecera al final del pasillo de su infancia, que estalló en el temblor del 85, ve a sus «hermanas mayores» retorciéndose en el suelo, a su hermana humana recogiéndolos con una cubeta. El tanque de su casa, hace menos de un mes. Vuelve a ver a Andreas arrodillado, levantando a Glück entre sus manos: pálido, escurridizo. Con la cabeza entre los codos, Tor se recuesta en el suelo y repite el único rezo que conoce. Sale distorsionado, oxidado por años de desuso, pero tan automático como si aún lo repitiera cada mañana: *una cruz es un secreto, el secreto de una gran dama…*

El MIC por fin para, el temblor cesa. Pero siguen cayendo cosas a su alrededor, y su cuerpo sigue temblando. Un poco como cuando te bajas de un barco y parece que te llevas el vaivén del mar en el cuerpo, así el terremoto continúa arrasando dentro de ella. Tor tiembla. Su corazón late tan deprisa que es como si atravesara mil pequeñas réplicas internas.

Cuando finalmente se permite abrir los ojos de nuevo, Tor no sabe si han pasado minutos o segundos. No ve nada. La única luz en la galería es la linterna de su teléfono que, quién sabe cómo, se quedó quieto encima de la caja de los switches mientras todo alrededor se derrumbaba, y que no sirve de nada ahí donde está. La sala de exhibición está inundada, así que cuando las luces parpadean y luego reaparecen, el temor a electrocutarse atraviesa el cerebro de Tor no como un pensamiento sino como un escalofrío. Como una parálisis. Pero eventualmente se obliga a mover los ojos, a mirarse la pierna. La encuentra torcida de un modo que nadie podría imaginar para una pierna porque ninguna pierna está hecha para torcerse de esa manera. La distrae de ese vértigo un repentino destello en el

centro de su pecho. Una visión extraña, casi irreal, que dura sólo un instante. Tor exhala y el brillo se apaga: es sólo el pin de la bandera mexicana. Pero al bajar la mirada para verlo, Tor nota estar goteando. Se lleva la mano a la cara. Y justo antes de desmayarse nota algo todavía más raro: que el sudor de su frente es espeso, y tibio, y de un rojo improbable.

UNA ROSA ES UN SECRETO
(Edimburgo, 2017)

Calton Hill está cubierta de escarcha. Vica deja la escalera de piedra y trepa directamente por el pasto helado. Le gusta hacerlo crujir. Incluso a través de las suelas gordas de sus tenis impermeables, se siente bien ir rompiendo algo a cada paso.

Últimamente, Vica le recomienda a quien se deje estos zapatos. Le cambiaron la vida al erradicar el agravio de los calcetines siempre mojados. Estos tenis hicieron por ella lo que ni los grupos de apoyo para la diáspora latinoamericana, si existieran, podrían haber logrado. Vica Luft se integró. O, por lo menos, ahora que ha dejado de vivir grandes partes del día como si hubiera una sordina física entre ella y el suelo, ahora que siente sus pies en todo momento, Vica por fin puede aceptar el nuncaverano de Escocia: los vientos verticales y la lluvia horizontal y las temperaturas siempre sólo a dos grados por arriba o por abajo de los diez. En su opinión: el único defecto de este país.

En la cima de la colina pasa de largo el falso Partenón. No importa cuántas veces sube aquí, la fealdad de esta construcción inacabada siempre la desconcierta. La base tan alta, los turistas escalándola alegremente, el simple absurdo del absurdo tamaño de la cosa. Aunque, se le ocurre de pronto, tal vez hoy no está tan mal. Tal vez hoy le siente incluso bien. Porque sentirte chiquita antes de un gran

evento algo debe de equilibrar: el karma o las expectativas o, por lo menos, el ego. Porque para eso existen los monumentos, ¿no? Para enanizar al pueblo.

Vica se detiene en el mirador. A sus pies, los barrios de Edimburgo se concatenan por cuadras, como si la ciudad fuera una manta de cuadritos de tartán: New Town, Broughton, Leith, The Shore, cada cosa en su lugar hasta llegar al estuario: el Firth of Forth. Vica acaricia el agua con los ojos, antes de hacerlos saltar de isla en isla como los dedos de otras personas saltan de cuenta en cuenta en un rosario, repitiendo sin sonido los nombres: Inchgarvie, Inchcolm, Inchmickery, Inchkeith. Podría decirse: un rezo. Excepto que Vica no pide por cosas que desea, sino simplemente por que las cosas permanezcan como están. Es una mujer con suerte, balanceando su vida sobre la cabeza de alfiler de un par de secretos fundacionales. Pide nada más sentir sus pies, no resbalarse, no caer. Que no le quiten lo que tiene. La petición va contenida en los nombres de las islas conforme los repite en un tarareo, en un conjuro.

Inchgarvie, Inchcolm, Inchmickery, Inchkeith: la verdad es que Vica no sabe cuál isla es cual. La tiene sin cuidado la geografía y a la geología le pide algo pequeño, casi lógico: que dure nomás. Que dure mucho. Para algo que medimos en miles de años, unas cuántas décadas es nada. Vica le pide a las islas, amablemente, que no se muevan ni se vayan ni se inmuten. Que cuiden y protejan el orden de las cosas. Y las islas responden sin parpadear: que sí, que cómo no, que aquí están y aquí estarán. Sólo en días de neblina densa, Vica no alcanza a verlas y luego no logra relajarse.

¡Son piedras, mamá!, le grita de vez en cuando su hija Pina: ¡No estrellas!

Pina Luft tiene diecisiete años pero es un alma vieja y, desde más o menos los cinco, exuda un aura dorada y una vibra oracular impenetrable. También goza de recordarle a su madre que este paisaje al cual Vica le pide estabilidad es en realidad inestable. Seguramente va a inundarse cuando se derritan los casquetes polares. El agua va a subir, quieran o no, y va a venir a azotarse a las faldas de Calton Hill. Y entonces Leith, el barrio donde llevan diez años viviendo, quedará sumergido. Y nadie, ni siquiera una mexicana de la Ciudad de México, una ciudad construida sobre el agua, podría quedarse en Leith si Leith se convirtiera en un vestigio submarino.

A lo cual Vica siempre responde: Pues entonces qué bueno que me compré estos tenis, ¿no?

En realidad, Vica sí que a veces se autotortura imaginándose las consecuencias del cambio climático: las sequías, los incendios, las migraciones en masa. Pero le cuesta visualizar el agua invadiendo la ciudad. Esto es un poco irónico, dado que siempre le ha resultado sencillo imaginarse el color inundando cualquier espacio. El color desobedeciendo las reglas de la luz y de la física. Es un juego que juega sola, detrás de sus párpados cerrados, desde que era niña. Puede hacerlo ahora mismo, conjurarlo a voluntad: el mar se vuelve rojo, el puerto naranja, Leith amarillo; el color sube hacia ella reverdeciendo a su paso la avenida Elm Row, pintando el New Town de turquesa, virando al azul marino al trepar por la colina, tiñéndola a ella y siguiendo de largo, dejando tras de sí una estela de lavanda. Vica no necesita ni girarse para calcular que Arthur Seat, el volcán extinto a sus espaldas, ya se puso morado.

Abre los ojos. Ya, ya; ya está. Completó sus rituales. Esto suele acallar su ansiedad por unas horas y funciona incluso hoy, justo antes de una reunión que ha estado deseando y temiendo en igual medida por semanas. Saca su teléfono y se da cuenta de que se le va a hacer tarde. De todos modos está contenta de haber venido. Contenta de haber priorizado sus necesidades, por más bizarras que éstas sean. Sabe de cierto que si no hubiera subido la colina no estaría tranquila, ni del todo presente en la velada: algo dentro de ella se sentiría fuera de lugar, como incompleto, como cuando las copas no chocan al brindar. Como cuando, si un broche no hace clic, se te puede desajustar el brassiere o te pueden robar la cartera o tu hijo puede salir volando por la ventana. Algo a medias, inacabado, como un acorde sin resolver. Eso es lo que los rituales de Vica hacen por ella: clic, clic, clic, un ajuste rápido del engranaje de su pequeño universo. Un no dar nada por sentado. Un: Al menos por hoy, estamos a salvo.

Y

Pero ¿por qué tanto?, pregunta su mamá: ¡Si no tienes nada que demostrar!

Vica termina de pagar, sale de la tienda con la bolsa llena de botellas que tintinean mientras se apresura calle abajo, como si quisiera dejar a su madre atrás. Pero no puede, porque la tiene adentro. Y adentro de su cabeza, la madre insiste: Y ahora, además, definitivamente sí vas a llegar tarde.

Se llama solidaridad, mamá.

¿Con la vinatería?

¡Con Pina! ¿No ves que mi niña tiene un concierto en un teatro tan reputado que lo llaman «la capilla»?

Deja de decirle niña, es casi una adulta.

Pff, adulta bulta.

Tienes razón, el adulto es un animal mitológico.

Vica se ríe. A menudo conversa con su madre muerta como si estuviera allí mismo. Pero nunca cuando Vica más lo necesitaría, por ejemplo cuando está aburrida en el trabajo y el humor de su madre podría alivianar la pesantez de su jefa paseándose en silencio por la oficina. Vica no puede conjurar a su madre a voluntad, como tampoco podía controlarla cuando vivía. Aparece, llena de su particular mezcla de ironía y verdades, sólo cuando Vica está ocupada, frenética, indecisa. Ahora, en cuanto Vica atisba la capilla, su madre interior se disipa. Y en su lugar, conforme aminora el paso, Vica siente cómo el corazón se le acelera.

Lo primero que ve es su pelo. Tiene el pelo de Pina, sobre todo ahora que ambos lo llevan corto: el mismo rubio sucio y esponjoso. La llena de una ternura inesperada, ese pelo bailando en el agresivo viento escocés, unos veinte centímetros por encima de los gorros de lana de los demás. Él también la ve: se acomoda los lentes y levanta la mano como una marioneta. En la otra tiene un periódico. Vica se le acerca temiendo que alguien proteste porque se metió en la fila. Pero no, no va a suceder: Vica está elegante, nerviosa, cargada de vino, claramente es la mamá de alguien, déjenla pasar.

Cuando se detiene frente a él, Andreas Luft coloca sus manos en los hombros de Vica y tiene que inclinarse para poner su cara a la altura de la de ella. Se besan en ambas mejillas, como se saludaban antes de ser pareja o, como dice Pina: «compañeros».

Te ves… dice él.

Navideña, dice ella, que nunca tuvo la paciencia necesaria para dejarlo terminar sus propias frases. Era un problema, cuando «se acompañaban».

Él sonríe, aparentemente encantado de recordar este hábito de ella, aunque solía enfurecerle.

Navideña, repite él, notando el carmesí de su overol, el verde pino de su abrigo: Pero yo iba a decir muy guapa.

La fila empieza a moverse y entran en el recinto: una iglesia de piedra. El pasillo alfombrado, los cojines bordados en las bancas y un corcho de anuncios tapizado de folletos parecen indicar que la iglesia sigue activa. ¿Se puede decir activa para una capilla, como si fuera un volcán? Eligen un banco para sentarse, lo más cerca posible del escenario improvisado frente al altar.

No me imaginé que fuera a ser una capilla de verdad, dice Vica.

Pero Andreas tiene la nariz metida en la postal que les dieron en la puerta y en vez de contestar, dice: No está en el programa.

Vica pone un dedo en la postal, donde dice: «Opening act: π.». El rostro de Andreas se contrae en un gesto inquisitivo. Pero no es su sincera curiosidad habitual, porque en el fondo no quiere saber por qué su única hija se cambió el nombre.

¿3.1416?, pregunta, como si le supiera feo.

A Vica se le ocurre que deben darle a probar salsa Marmite antes de que se vaya. Y también haggis, por supuesto, pero eso ya sabe que le encantará. Es parte de la evolución de las separaciones, el modo en que ciertos datos íntimos del otro permanecerán para siempre dentro de ti, en un archivo arcaico, aleatorio, perfectamente inservible.

¿No la sigues en redes sociales? pregunta Vica.

Las redes sociales son el cloro del tejido social, dice él.

Vica se ríe. Tal vez su archivo sobre él no está tan actualizado como pensaba. Andreas ha vivido casi medio siglo y puede que se haya quedado anclado en el pasado: todavía lee las noticias en papel, y Vica puede ver que aún lleva el mismo tipo de botas que ambos usaban hace veinte años. Pero Vica también sabe que Andreas suele decir que mide dos metros cuando en realidad sólo mide 198 centímetros, y que le tiene fobia a las rosas porque creció sintiendo que su mamá quería más a sus rosales que a él, así que Vica aún cree que, si se diera el caso, ella ganaría la Trivia Andreas cada vez. En cambio, no está tan segura sobre la Trivia Pina. Viven juntas, pero con su papá Pina habla por teléfono. Es decir que de hecho hablan (aunque claramente no sobre su pseudónimo), mientras que con su madre Pina se comunica, sobre todo, a base de rugidos y portazos. Por eso, en este instante, Vica opta por una estrategia básica y sólida: el trueque. Quién sabe qué datos tenga él que ella ignora. Mejor compartir la información que tiene y así poder esperar lo mismo a cambio. Explica en voz alta: Aquí nadie conoce el nombre Agrippina, ni siquiera el apodo Pina, entonces en la primaria sus amigas empezaron a llamarla Pi, pero luego otros en la escuela le empezaron a decir Pipí y por años se burlaban de ella con eso. Entonces, para que eso no le volviera a pasar en la prepa, Pina empezó a escribir su nombre con la letra griega, que en inglés se pronuncia «pay», como el postre.

Ach so! ¿Tú le dices Pay?

Claro que no, yo le digo Pina, o Pi. ¿Cómo le dices tú?

Yo le digo Agrippina, dice Andreas: Porque así se llama. Luego exhala, mira alrededor, a la gente instalándose en las bancas, convirtiendo la iglesia en bar, y cambia tanto de tono como de tema: ¿Conocías el término BYOB? Yo no.

Claro, dice Vica mientras saca una botella de su bolsa: Bring Your Own Bottle, se usa mucho acá.

Andreas se frota las manos en un gesto alegre de anticipación. Luego levanta del suelo su mochila inmensa, que Vica no sabe si es del día o para todo el fin de semana, ambas opciones son igualmente plausibles, y saca dos tazas de peltre blanco con bordes azules que Vica recuerda de hace mil años.

Típico de ti, dice Vica: Yo traje mucho vino pero ningún vaso.

Típico de ti, dice él, mirándola a los ojos. Vica desvía la mirada y destapa la botella: la puso nerviosa. Desde el día en que lo conoció, siempre la ha puesto nerviosa.

Brindan. El tintineo del peltre es mucho más satisfactorio que el choque mudo de los vasos de plástico que trae el resto de los comensales, eso no se puede negar. Junto al altar, empiezan a suceder cosas. Dos jóvenes traen unas bocinas al escenario, mueven cables, se llevan otras bocinas.

Esperemos que el sonido esté bien, dice Vica: Siempre me pongo nerviosa cuando Pi toca en público, ¿y tú?

Yo nunca la he visto tocar así, responde él: Frente a extraños.

¿Quién tiene la culpa de eso?, quiere decir ella. Pero una lástima color pastel invade su pecho por cómo Andreas apretó y torció los labios después de decir que nunca ha visto un concierto de su hija. Vica ha visto a este hombre llorar más que a ningún otro en todo el planeta: he ahí un dato para la trivia en el que nunca había pensado.

También sabe que cada verano, al final de sus tres semanas visitándolo en Köln, Pina da un concierto en el jardín de su abuela. Oma y Andreas piden prestadas sillas y bocinas, invitan a vecinos y amigos, y entre todos logran que Pina se sienta especial y orgullosa de sí misma, algo que Vica solita nunca logra del todo, no sólo por su absoluta carencia de tribu sino también porque su entusiasmo por el arte de Pina suele darse por sentado.

Vica nunca ha ido a esos shows en el jardín, pero habitan sus recuerdos como un vívido collage agridulce, fabricado con los retazos de sus propios recuerdos de la casa de su suegra, mezclados con lo que Pina le cuenta al regresar a casa: cuando se siente en parte aliviada de volver a tener su propio cuarto y en parte deprimida por tener que pasar otro año sin ver a su Oma y a su Dada y, Vica siempre ha sospechado, a la parte de sí misma que sólo existe en alemán, sólo en Alemania. Vica ha visto llorar a Pina más que a cualquier otra persona en el planeta, pero probablemente eso sea cierto sobre cualquier madre y su hija.

Un joven sube al escenario y toma el micrófono. Hace un par de chistes, agradece a algunas personas e instituciones.

¿Ése es el baterista gamer?, pregunta Andreas.

Vica está impresionada de que Andreas esté enterado. Ella también conoce el extraño título doble del novio de Pina, pero nunca lo ha conocido en persona, así que sólo contesta: Tú qué crees.

Bueno, sé que es pelirrojo.

¿En serio?, dice Vica irritada. Ella no sabía ni eso.

Él se explaya: Agrippina dice que si tuvieran un hijo parecería una zanahoria de peluche. Vica se atraganta con su Merlot. Andreas

levanta los hombros y concluye: Incluso los hijos tendrán hijos algún día.

¡No mi hija! Es demasiado joven.

Tú también eras joven cuando la tuviste.

¡Tú también la tuviste!, quiere decir Vica. Pero sólo dice: No tan joven.

Alguien les hace Shhhh desde la fila de atrás, y comparten una mueca de complicidad, justo a tiempo para escuchar al pelirrojo decir: Es un honor, mi gente bonita, esta noche presentarles, a una de las personas más talentosas que he conocido, en toda mi vida, ¡denle un aplauso, a la única, a la inigualable artista conocida como Pay! ¡Pay Luft!

Una sintaxis peculiar, le susurra Andreas al oído, claramente complacido de que su hija haya por lo menos conservado su apellido: Pero al menos sabe hablar.

Se llama Calum, le susurra Vica de vuelta, recordando la estrategia básica del trueque.

Agrippina entra al escenario con calma. Su pelo corto está esponjado y, a la vez, grasoso, de un modo que Vica simplemente no sabe si es intencionado o accidental. Su panza sobresale un poco entre la camiseta corta y los jeans rotos. Es alta y fuerte y tiene la cara llena de brillantina. Vica recuerda una publicación en la que alguien la apodó una «valquiria de la Generación Z».

Buenas noches a todos, gracias por venir, dice Pina con una ligera sonrisa, y luego levanta su guitarra con una mano: Esta es Purple Hue. Pueden llamarla Hue.

Ach so, reacciona Andreas.

Mientras afina a Hue, Pina cuenta al micrófono varios percances que hubo tras bambalinas. La gente se ríe. Ni siquiera ha empezado a tocar y ya tiene fans. Vica recuerda cuando tenía cinco años y la llevó a la prueba gratuita de una clase de ballet. Cuando la maestra le pidió a las niñas que cruzaran la sala de puntitas, Pina, de jeans, siguió al rebaño de tutús con los brazos levantados y doblados por los codos y las muñecas, como un pequeño tiranosaurio. Pero cuando llegó al espejo, levantó los brazos efusivamente, como sorprendida de encontrarse, y se saludó a sí misma en voz alta. Todo el salón se rio y la maestra le dijo a Vica: Esta niña tiene presencia escénica.

Pina tiene presencia. No sólo llena el escenario, sino que también lo templa. Tiene encanto e ingenio y una voz meliflua y ligeramente desconcertante que ha entrenado para hacer lo que quiera. ¿Por qué entonces le molestan a Vica la barriga de fuera y el pelo desordenado? ¿Por qué no puede domar a su niña-clase-media-chilanga interior? Es por el gel, piensa. Por la forma en que su madre la torturaba cada mañana, sumergiendo un cepillo duro directamente en el recipiente de gel verde y luego usándolo para trazar surcos en el cráneo de sus hijas, líneas rectas que no se desvanecían ni siquiera después de que Vica se desatara la coleta en la escuela para masajearse el cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Es posible, piensa, que los surcos hayan modificado para siempre la forma en que se alinean sus neuronas, su visión de la vida. Porque Vica quiere sentirse orgullosa de que su hija no acepte los estándares de belleza tradicionales y opresores. Orgullosa de que establezca sus propias reglas. Pina ya es una mujer joven, pero la impresión que causa es la misma que a los cinco: un aura dorada, y

lo que le falta de gracia lo compensa con talento. Y cuando empieza a cantar, la capilla se queda sin aliento. La mezcla habitual de emoción y miedo se apodera de Vica. El rezo involuntario en la garganta: Que su hija nunca pierda esto. Que Pina pueda brillar siempre, que nunca tenga que renunciar a la expresión, ni a la libertad, ni a la libertad de expresión. Las lágrimas empiezan a caerle por el rostro. Sin apartar la vista del escenario, sin perderse una palabra y sin poder sonreír más fuerte, Andreas le toma la mano y la envuelve en la suya: más grande y más cálida.

Cuando la canción termina y la gente aplaude, Andreas se inclina y le susurra: ¡Estaba tan feliz cuando le compraste esa guitarra!

Vica entonces recupera su mano y se abraza a sí misma cruzando los brazos. Clava cada una de sus palmas en la axila contraria. Parece como si tuviera una armadura de acero. O como si fuera una gallina mojada.

Y

A Vica nunca le hubiera alcanzado para la guitarra morada. Ni para ninguna otra. Purple Hue fue, en realidad, un regalo de Mandíbula. Porque incluso después de que Vica y Mandi se hicieron amantes y dejaron de incluir a la niña en sus escapadas, él siempre trae algo en la cajuela para Pina. Algo que luego Vica le entrega a su hija sin mencionar nunca al verdadero donante. Los regalos son cada vez más grandes, más generosos. Mandíbula bromea (¿o no es broma? Vica nunca sabe, no pregunta porque no quiere tener que enfrentarse a la parte de ella misma que estaría dispuesta a aceptar esto para su hija), bromea diciendo: Un día le voy a dar una casa

con un cuarto aislado donde pueda cantar al volumen que sea, montar su banda, su estudio de grabación, lo que ella quiera.

«Lo que quieras» es una frase típica de Mandíbula, que ya era rico antes de tocar el piso por primera vez, pero es una frase que para Vica no significa nada real, que ella no usa, y que no le dice a su hija. Porque si una quiere algo entonces hay que trabajar para conseguirlo y además hay que tener suerte. Eso es lo que Vica conoce, sabe y espera haber transmitido.

También fue Mandi quien introdujo a Vica a las redes sociales de π. Su personaje público, sus hashtags, sus reels, sus making of. Hoy en día, Vica siente que conoce a su hija tanto como cualquiera de sus seguidores. La vida interior de Pina es como una enorme roca submarina, vislumbrarla se vuelve cada vez más difícil. Atisbos escasos cuando se cruzan en la cocina, donde antes solían hornear su propia granola, o en el sofá, donde se desvelaron juntas tantas veces, viendo telenovelas de vampiros. Cuanto más vulnerable parece Pay en el escenario, más escenificada e inalcanzable la siente Vica.

Tú eres la que le esconde cosas, dice su madre en su cabeza: Tú eres la que se porta como un iceberg medio derretido.

Eso no tiene ningún sentido, se defiende Vica.

Su mamá llevaba años muerta cuando Vica conoció a Mandíbula. Pero desde el primer día el hombre le cayó mal, no le gustaba para su hija, y no importa cuánto crece y cambia la relación, la mamá de Vica aún piensa lo mismo, porque, en sus propias palabras: Los muertitos no cambiamos de opinión.

Incluso en la era de los teléfonos inteligentes, Mandíbula no avisa antes de visitar. Asume que Vica hará lo necesario para estar con él

en el momento en que él se apersone. Y ahora es mucho más fácil, pero cuando Pina era niña era complejo. Mandi aparecía de repente, con dos o tres días libres y muchas ganas de sacudirse Londres, sus negocios, su familia de encima a punta de Right to Roam: el extraño y maravilloso derecho de acceso a la naturaleza escocés. Y Vica, de hecho, hacía malabares para escaparse con él. Iban, siempre, al campo, a una montaña o un loch, daban caminatas largas y frías y mojadas que siempre terminaban en un pub con chimenea. Fue gracias a Mandi que Vica se enamoró del cafeverdegrís de Escocia. Incluso del azul gris de Edimburgo. Fue el primero en hablarle de esta ciudad con su volcán umbilical. Siempre ha sido un amigo fiel. Pero antes fue amigo de Andreas, y es por eso por lo que Vica no le cuenta ni a él ni a Pina de sus visitas.

Pero, con los años, Mandíbula se ha ido amargando. Vica piensa en esto incluso ahora, durante el concierto de su hija. Vica sabe sobre ella misma que, para alguien tan sinsuerte, ha tenido en realidad mucha suerte. En cambio, Mandíbula es incapaz de reconocer su propio exceso de buena fortuna. Y a medida que envejecen, esta diferencia de perspectiva aumenta: Vica cada vez más conforme con lo que le tocó, Mandi cada vez menos. Antes, el miedo a la mediocridad propulsaba todas las acciones de Mandíbula. Últimamente algo cambió: la mediocridad ya no es una fuerza de cambio, sino una especie de cicatriz, o más bien un tatuaje. Algo que no puede eliminar, pero algo que él mismo se buscó. Aunque es rico y exitoso y hace lo que quiere, todavía parece pensar que se le debía algo más, algo más: un golpe de suerte extra. Específicamente: una victoria temprana. Con cierta frecuencia, Mandíbula pontifica sobre el efecto bola de nieve. Una victoria

temprana, explica, habría disparado su carrera a las alturas a las que nunca llegó, a las que ya ni siquiera aspira.

Vica no repite esas tonterías en su casa, pero debe de estar en el aire o, como hasta la fecha dice su mamá sobre cualquier cosa que no entiende: debe de estar de moda. Porque Pina tiene exactamente la misma creencia. La misma prisa implacable por que «la descubran» joven, y así anotarse una victoria temprana que luego la haga rodar como bola de nieve, la convierta en avalancha.

Vica no podría estar más en desacuerdo con todo el asunto. Ella sólo tuvo pérdidas tempranas, y ni siquiera se sentía como ella misma, o como si de hecho pudiera respirar, hasta bien entrada en sus treintas. Pero Pina, Pay, es tan joven y tan brillante, posiblemente la bola de nieve de alguien. Ella misma lo dijo ayer: que hoy habrá cazatalentos en la capilla, que hoy podrían descubrirla.

Esta terminología, en particular, le pone a Vica los pelos de punta. Porque para que te descubran tendrías que haberte perdido, o estarte escondiendo, o que nunca nadie te haya visto, o que seas un continente sano y bien poblado y que alguien pisándote por primera vez opte por el término del descubrimiento como un eufemismo para tapar cómo y cuánto va a invadirte, masacrarte, violarte y, en resumen, dejarte irreconocible.

No, a Vica eso de ser descubierta es lo que menos se le antoja en el mundo.

Y

¿Dónde estás, ma?, dice Pay, creando una visera con la mano para poder ver la iglesia a través de los reflectores. Vica alza la mano a medias, y su hija dice dulce y claro al micrófono: Esta última canción es para ti.

Vica se lleva la mano al pecho. Andreas le da dos palmadas en la pierna. Pina jala algunas cuerdas de Hue individualmente, de un modo concentrado que a Vica le recuerda a las mamás mandriles en el zoológico, haciendo una pinza con sus dedos y despiojando a sus crías sin prisa y sin pausa, inmersas en la tarea como si nada más importara. Vica vacía de un trago su vaso de peltre.

La canción es melódicamente exquisita, pero demasiado compleja, llena de palabras largas y rizadas. Para empezar, es una canción de amor. Y además una triste. Una de pérdida. ¿Por qué Pina le dedicaría esto a ella? El gesto apesta a ironía. No dedicado, sino más bien dirigido hacia ella. Apuntado. Como si tuviera a su madre en la mira. ¿Qué sabe Pina? ¿Qué está preguntando Pina?

No seas paranoica, interviene su madre en su cabeza: La canción no tiene nada que ver contigo. Es tu hija creciendo, tu hija trascendiendo la vergüenza histórica de las hijas para hacerte un guiño en público porque, bueno, quién sabe por qué, pero hay que aceptarlo, hay que concentrarse en las cosas tan bonitas que está haciendo con la voz, ¡hay que disfrutarlo mientras dure!

Vica exhala, acepta, escucha y disfruta. Una amplia y ligeramente estúpida sonrisa se apodera de su rostro. Pero en cuanto se acaban los aplausos y Pina abandona el escenario, Vica se gira hacia Andreas, que también está conmovido, con los ojos húmedos y esa barba que le confiere una sabiduría que ella duda que él de verdad haya adquirido, y dice: Tengo que hacer pipí.

Se abre paso por el pasillo alfombrado, hasta la puerta principal, donde le informan que no hay baño. Si es absolutamente necesario, puede usar la sacristía, al otro extremo de la capilla.

Vica recorre la iglesia en dirección inversa. Suena una música pregrabada y el público bebe y conversa animadamente. Al fondo, Vica cruza una mampara y luego una puerta, como le indicaron, y entra en los aposentos privados, ocultos casi directamente detrás del escenario. No es lo que esperaba. Esperaba algo como una bodega de crucifijos y trajecitos dorados, pero esto es casi un dormitorio. O no exactamente, no hay cama. Es un espacio de trabajo o de estudio, pero un espacio íntimo, con un escritorio y un sofá y una montañita de mantas y suéteres, cuidadosamente doblados sobre una silla. El sacerdote debe de necesitar toda la montaña en un día cualquiera, porque la sacristía está helada incluso ahora, tan cerca de la música y de muchos cuerpos armados con sus propias botellas.

En una esquina, Vica encuentra una cabina equipada con un baño viejo, de esos que tienen el tanque un metro más arriba que el escusado. Se encierra ahí y lucha brevemente con el cierre de su overol hasta que, alivio, éste cede y cae hasta los tobillos. Mientras orina, se seca con papel de baño el sudor de las axilas, la espalda baja y la parte inferior de los senos. No se sentía tan nerviosa, pero su cuerpo dice otra cosa.

Tira de la cadena larga y pesada para jalar el escusado, y luego se toma su tiempo antes de salir. Se mira en el espejo antiguo, lleno de manchas de tiempo, mientras se reacomoda el overol. Se entretiene espiando al sacerdote en su espacio. El jabón es espartano, pero una botella de colonia denota cierta vanidad. Y se rasura, qué curioso. Hay un rastrillo inclinado en diagonal dentro de un simple

vaso, con algunos pelos atrapados entre las cuchillas. Pelos cortos y gruesos, y esto es algo que mucha gente quizá experimenta a una edad mucho más temprana, pero Vica no tuvo una educación religiosa, así que ésta es la primera vez que el pensamiento del vello púbico de un cura se le pasa por la cabeza. Se inclina sobre el lavabo con pedestal y se echa agua en la cara. Por más décadas que Vica pase en el Reino Unido, nunca entenderá, ni aceptará, el sistema local de poner las llaves por separado, la imposibilidad de mezclar aguas, la dicotomía infernal del quémate o congélate. Pero después de mojarse la cara con la fría, se siente mejor. Retoca su pintalabios y, cuando por fin sale de la pequeña cabina, le parece casi lógico encontrar en la sacristía a su hija, sentada en la alfombra, abrazándose las rodillas.

Pina levanta la vista con una sonrisa falsa, pero al ver que es su mamá, se echa a llorar. Vica se arrodilla frente a ella y la abraza. Quiere diagnosticarla: ¡Depresión posparto! ¡Siempre te da después de dar un concierto! Pero sabe por experiencia que cualquier palabra molestará a Pina y posiblemente será utilizada en su contra más adelante. Así que simplemente permite que su hija llene de diamantina y lágrimas su elegante overol rojo, sin comentarios.

Ya, ya, dice y repite Vica sin hacer sonido. Siempre ha dado por hecho que puede enviarle cosas a Pina así, telepáticamente, pero hacía tiempo que no estaba tan segura de que funcionaría. Quién sabe si realmente funciona, pero, en cualquier caso, la niña no huye. Se abrazan, se balancean un poco de un lado a otro, rodeadas por las pertenencias del sacerdote y el intermedio lleno de conversaciones, al otro lado de la mampara. Cuando el abrazo se prolonga, Vica mira a su alrededor buscando pistas. Un montón de

recibos, una carta en el escritorio, infinitas fuentes de ADN. Vica deduce que podría averiguar la identidad del sacerdote en dos minutos, si quisiera.

Se abrazan en silencio hasta que Pina dice: ¿Ya viste que feos sus suéteres? Seguro se los compra su mamá.

Y

Escogen una mesa junto a la ventana y Andreas va al bar. Vica busca sin éxito dónde colgar su abrigo verde. Al final, lo dobla con el forro para afuera y lo acomoda encima de la enorme mochila de Andreas. Cuando se reincorpora, ve a un hombre acercándosele. Para cuando el hombre se detiene frente a ella, Vica ya está roja como un tomate. Nunca antes había visto al escultor fuera del edificio donde ambos trabajan.

¡Mi hija dio un concierto aquí al lado!, dice. Porque Vica tiene este hábito de autodefensa, o tal vez de autodestrucción, de hablar sin parar cada vez que tiene al escultor enfrente.

¿En la capilla?, pregunta él: Debe de ser muy buena.

Tiene diecisiete años, dice Vica, lo cual no significa nada para ninguno de los dos, o tal vez significa demasiadas cosas diferentes a la vez, así que inmediatamente añade: Es buena, es buenísima, canta precioso.

El escultor se despide cuando sus amigos lo llaman desde otra mesa, pero antes de irse hace uno de esos guiños suyos que a Vica siempre le hacen pensar en el efecto mariposa que Andreas le explicó hace muchos años. Tal vez debería aprovechar hoy que lo tiene en persona y preguntarle: ¿Cómo es posible, doctor Luft, que

un aleteo del ojo izquierdo de este hombre provoque en mí un tremor de cuerpo entero? ¿Cuál es la física del asunto y va algún día a culminar en que yo pueda sonreír de vuelta o estoy destinada a quedarme para siempre así, temblando nomás?

Aunque, se le ocurre mientras observa a Andreas pagando en el bar, si el efecto mariposa fuera tal que el escultor acabara metido en la casa de ella, y si fuera incapaz, como era Andreas, de bajar la tapa del escusado después de usarlo, entonces ella está mejor así como está. Vica no necesita mucho en materia de relaciones. La mezcla de un amor platónico, como el escultor, y las ocasionales visitas sorpresivas de su amante, son suficiente para ella. En materia de amor, simplificó. Abrazó el minimalismo. Una vez se compró un dildo con pilas y nunca le encontró la gracia: demasiado duro y artificial y rápido: como las noticias, como el mundo de hoy.

Necesitamos comer algo, dice Vica en cuanto Andreas llega con las bebidas.

¿No deberíamos esperar a Agrippina?

Sí, concede ella, aunque ya ha bebido más vino del que recuerda y siente el estómago desesperado por algo sólido.

Brindemos por Pay, dice él levantando su cerveza: Pero no le digas que le dije así.

Brindan e intercambian un par de comentarios despectivos sobre Las Tetas, la banda incomprensible para quienes estaba teloneando Pina, y cuyo show tuvieron que chutarse por media hora hasta que su hija se apiadó de ellos y fue hasta su banquita para sacarlos de la capilla y señalarles el pub donde podían ir a esperarla.

Me da gusto que vas a conocer Edimburgo, dice Vica: No como Londres.

Sí conozco Londres, dice Andreas: Fui una vez con Mariana.

En Köln, donde nacieron tanto Andreas como Agrippina, hay muchos parques. Después de la Segunda Guerra Mundial derrumbaron las fortificaciones militares, y en su lugar plantaron una serie de semicírculos verdes que empiezan y terminan en el río, abrazando la ciudad como medios anillos de Saturno, o como sonrisas falsas, en todo caso: algo raro y excesivo en el mapa. Se sustituyó a la artillería por la naturaleza, es la idea. Y eso exactamente es lo que está pasando ahora mismo adentro de Vica. Es la ausencia de un aullido al oír ese nombre, el pronunciado por Andreas, lo que le llama la atención. Donde antes hubo dolor ahora hay un prado, una calma. Tal vez Vica sanó, logró plantarse algo de cafeverdegrís interior. Tal vez creció. O, simplemente, envejeció.

Andreas también ha envejecido. Y todavía lo quiere. Se da cuenta en este instante: lo quiere de un modo distinto que antes: Andreas es su familia. Por lo menos el 50 % de toda la familia que le queda en el mundo. La fachada ha cambiado un poco pero es el Andreas de toda la vida: la misma aura verde bosque, los mismos ojos llenos de curiosidad. Y otros detalles que Vica sí había olvidado en diez años: el modo en que su torso largo sobresale tan por arriba de la mesa que cuando levanta su cerveza para darle un trago ella puede ver el vaso desde abajo, las burbujas disparándose hacia la superficie como pequeños cohetes. Y cómo, vista desde cierto ángulo, su cabeza parece demasiado pequeña para sus amplios hombros, casi como una posdata del cuerpo, como una esferita añadida a posteriori.

Vica se pone a hablar de su trabajo. Más que nada porque quiere parecer animada en caso de que el escultor mire en su dirección, así

que se esfuerza por hacer reír a Andreas. Y lo logra a costa de Fiona, su jefa: un personaje.

Una mañana, para lograr ejecutar sus rituales en un día de mucho trabajo, Vica subió Calton Hill antes del amanecer. En la falda de la colina hay una iglesia, y afuera de ésta había una mujer dando vueltas. Cuando Vica bajó, la mujer seguía dando vueltas donde mismo, y le preocupó.

¿Todo bien?, preguntó Vica.

La mujer contestó: Así se escriben los libros.

¿Acechando en la oscuridad?

La mujer se rio. Y dijo: Sí, también, pero quería decir caminando, caminando de ida y vuelta, es el ir y venir lo que genera las ideas.

La mujer se presentó como Fiona y explicó que era escritora, pero que sufría del síndrome de túnel carpiano. Entonces tenía que componer primero en la cabeza y sólo escribir cuando lo tenía todo bien pensado.

Deberías aprender taquigrafía, sugirió Vica, que se sentía cómoda dando consejos porque no tenía ni idea de que estaba hablando con la escritora de novela policiaca más famosa de Escocia.

Ya nadie sabe taquigrafía, dijo Fiona.

Yo sí, dijo Vica.

Y así fue como, de madrugada y en el espacio de media hora, Vica consiguió su trabajo actual y pudo dejar de limpiar casas, que era de lo que había vivido por casi una década. Y que era algo, siempre había sospechado, que no debía de gustarle mucho a Andreas; pero sobre eso no dice nada.

Fiona Murray es sensible como poeta y metódica como detective. Una criatura de hábitos, que exige que Vica se presente de lunes a

sábado en su oficina, a las nueve de la mañana en punto. La primera hora del día está reservada para el dictado, haya dictado o no. A veces la hora transcurre en silencio y Vica agradece cuando el reloj da las diez y se puede ir a trabajar en las transcripciones, los correos, las invitaciones a las que Fiona es incapaz de decir que no, así que Vica lo hace por ella. Otras veces, el dictado dura la hora entera: el torrente de palabras brotando de la boca de Fiona trae tanta fuerza que Vica necesita toda su energía para poder atraparlo con la punta de la pluma. Ésta es su especialidad. Usa unos blocs amarillos, un sistema fonético y toda la concentración de la que es capaz.

Una vez, Vica conoció a una pareja que bailaba tango. Se puso a platicar con ellos en la calle, sólo porque escucharlos le dio nostalgia de hablar en español. Y la pareja hablaba del tango como algo casi místico, como un «flujo» con el que conectaban y que podía sostenerlos por horas, sin importar lo tarde que empezara, o lo temprano que terminara, una milonga. Escuchándolos, Vica sabía exactamente de qué hablaban, porque la taquigrafía es así: un asunto de saber fluir, de mantenerse a flote y en paralelo al caudal, gracias a una mezcla de escucha total y gestos diminutos.

Maravillosa metáfora, opina Andreas sobre esto.

El comentario la irrita y concluye la conversación diciendo: Hoy no fue un día de tango.

Es un eufemismo, porque hoy fue un día particularmente árido en la oficina. Fiona se pasó la primera hora pensando, murmurando, moviendo la cabeza de arriba abajo en un movimiento típico de ella que, aunque mínimo, provoca en su doble papada unos saltitos tragicómicos. Por su parte, Vica se pasó la hora sentada en silencio

agónico, nerviosa por el día que se venía y extrayendo con los dedos bolitas que se habían formado en su suéter, pensando en qué se iba a poner para el concierto, para el encuentro: ansiosa y molesta, como una adolescente.

El verdadero problema con los días lentos es que Vica empieza a escribir por su cuenta, en su cabeza: elimina adjetivos, ajusta el fraseo, amarra moñitos al final de párrafos que no son suyos. Un par de veces, Vica sí ha sugerido algo en voz alta, pero sólo cuando es una palabra que ella inventó. Terminologías compuestas, tales como «nuncaverano» o «cafeverdegrís», que a Fiona le encantaron y que, de hecho, han aparecido impresas en sus libros. Vica piensa mucho en esas palabras, en cómo andan sueltas por el mundo. Nunca va a saber quién, si es que alguien, sonreirá o se estremecerá al descifrarlas, y esa incertidumbre es distinta a todas las otras que ha vivido. Es un no saber que en vez de estresar cosquillea. Las echó al mar y no espera una respuesta, sólo disfruta la posibilidad de que lleguen a buen puerto, hagan a alguien reaccionar.

Claro que esas palabras no viajan solas; van arropadas entre las otras 89.998 del más reciente libro de Fiona.

Vica sueña con un día juntar sus propias noventa mil palabras y soltarlas al mundo. Se imagina —una imagen medio ridícula, pero bien clara— su libro batiendo las tapas como si fueran alas y volando quién sabe hacia dónde. Y aunque ha trabajado para Fiona el tiempo suficiente para haber vivido varias veces el proceso de publicación, y sabe que su libro-pájaro no tiene nada que ver con la realidad, de todas formas siempre acaba pensando: Algún día.

Fiona insiste en que sus libros deben tener noventa mil palabras, y como es la única escritora que Vica ha conocido, ella también se

toma en serio la consigna. Pero cada vez que intenta escribir una historia, el impulso se disipa alrededor de las setecientas palabras. Puede llegar a mil, pero para entonces ya no es una historia. Su escritura empieza a girar sobre sí misma, agarra un ritmo, una cadencia hipnótica; quiere bailar y cantar más de lo que le importa tener sentido, y al final termina con algo más parecido a un poema, que a una escena. Algo colorido, bonito pero inútil, justo lo que Vica ha estado toda su vida adulta intentando expulsar de su alma, obligada a volverse sensata y práctica porque, si no, ¿cómo iba a crecer, ser mamá, pagar la renta?

Algún día… se repite mientras ve a Andreas, que aunque es medio torpe, siempre ha tenido un ingreso, un guardadito para emergencias, el cerebro como una hoja de Excel. Vica sabe que algún día será capaz porque ¿cómo es posible que detecte los hoyos en los primeros borradores de Fiona pero no pueda tejerse una trama propia? Ése es su reto ahora. Superar sus impulsos artísticos, ese deseo innato de pintar el mundo de colores, y lograr entrenarse para contar una historia de pe a pa. Para poder venderla. Para poder verla volar por la ventana, como en su fantasía. Y para luego sentarse al día siguiente a inventar la continuación.

Por ahora, estudia. Toma dictado y lee. Los noir, los cozy, las novelas de enredos. Pregunta casualmente cosas como: ¿Cuál es la verdadera diferencia entre un thriller y una novela policiaca?, y luego escucha con toda su atención las respuestas de Fiona. Vica practica todo el tiempo, pero en secreto. Y así está bien, así nadie la puede ridiculizar.

Pero de todos modos, cuando Andreas regresa a la mesa, Vica siente en la garganta floreciendo las ganas de contarle de su

escritura. La corta de raíz hablando mejor del clima. Y terminan platicando de más —más de lo que jamás había logrado con otra persona— sobre sus zapatos impermeables. Tal vez esto, el buen gusto en zapatos, siempre fue lo único que Andreas y ella tenían en común.

De pronto, Andreas se inclina sobre la mesa. Su cara demasiado cerca a la de ella como para no remover algo en su interior. ¿La va a besar? Sería lindo. Pero ella no va a besarlo a él primero, ni de chiste. Debe de ser el vino en su panza vacía hablando, y el escultor, que ya se fue del pub pero no sin dejar en ella, como siempre, una estela semiépica de efervescencia pélvica.

V… dice Andreas, con los puntos suspensivos palpables.

¿Sí?, dice ella, alargando la vocal más de lo normal, en un tono invitador, no del todo involuntario.

V… repite él, enderezándose, y no en el tono de alguien que está a punto de besarte sino más como un doctor usaría tu apodo, para acolchonar las noticias que trae consigo: que estás enferma, terminal, rota más allá de cualquier posible reparación.

Vica se reacomoda en su asiento, tratando de realinear la momentánea desviación de sus intenciones con una postura recta.

Él hace lo mismo: se incorpora. Incluso se levanta, da un paso a la derecha. De pie, junto a ella sentada, parece inmenso, y tiene los labios apretados en una sonrisa traviesa. Está jugando. Pero ¿a qué?

Andreas ahora baja, un descenso de cuerpo entero, hasta quedar hincado sobre una rodilla, la otra apuntada directamente hacia ella. Vica mira a su alrededor avergonzada.

Andreas le toma las manos y la mira a los ojos mientras dice: Vica Luft, ¿te quieres divorciar de mí?

Y

Una hora después, Andreas de nuevo la desconcierta al preguntarle a Calum: ¿Tu orina huele cuando comes espárragos?

Vica está a favor de interrogar al baterista gamer, pero esa pregunta es demasiado rara, sobre todo justo ahora que por fin les sirvieron la cena.

Pero Calum contesta impávido: Sí, dice: ¿Y la tuya?

Andreas asiente. Pina se suma: La mía también.

Vica está confundida. ¿Ha bebido tanto que ya ni siquiera logra seguir la conversación? ¿De qué coños hablan?

¿De qué hablan?, pregunta.

De pipí, dice Pina: De cómo huele cuando comes uno de éstos.

¿La tuya no, V?, pregunta Andreas.

¡No!, dice Vica: No sé.

Puedes ir a checar, dice Pina: Sucede de inmediato.

Genau, dice Andreas.

¿En qué parte de México creciste?, le pregunta Calum a Vica, sabiamente cambiando el tema. Pero al mismo tiempo vierte tanto vinagre sobre sus papas fritas que a Vica le cuesta soltar el pensamiento de la orina olorosa.

Crecí en una ciudad que ya no existe, contesta. Suena cursi, pero también cierto. No que Vica haya vuelto desde que se fue, pero algo sabe desde lejos: sabe de los segundos pisos, de cómo la Ciudad de México se ha llenado de puentes elevados, sólo para coches, sólo para quien puede tener un coche.

Claro que existe, dice Andreas: Yo tomé el avión ahí, hace menos de cuarenta y ocho horas. Se está hundiendo pero existe.

¿Cómo que se está hundiendo?, pregunta Calum.

No es una metáfora, asegura Andreas: La Ciudad de México se hunde cincuenta centímetros cada año.

Wowza, dice Calum.

Vica le mira las manos. Sus dedos están permanentemente marcando un ritmo que sólo él oye. Cuando presentó a Pina en la capilla, sostenía sus baquetas en una mano y, mientras hablaba, se golpeaba rítmicamente la palma de la otra. Vica se pregunta si a veces para, si no le molesta a Pina que nunca pare, si para por lo menos cuando están… no, no quiere pensar en eso. A ella sí le molestaría, tanta música muda. Y, dado que su profesión es tocar la batería, ¿este tamborileo constante no lo convierte en adicto al trabajo?

Lo que desaparece en México no son las ciudades, dice Pina Pay cortando su bistec: Sino la gente.

Por un instante, su cuchillo yendo y viniendo es el único movimiento en la mesa. Vica y Andreas se quedaron como congelados, y Calum los mira como un venado al que le echaron las luces. Cuando Pina por fin se lleva el bocado de carne a la boca, cacha a sus padres mirándose intensamente. Vica sabe que Pina nota que hay un lenguaje sucediendo entre Andreas y ella, pero se dice que es uno tan viejo que para Pina debe de ser incomprensible, como atisbar unos jeroglíficos. En cambio, Andreas y ella se entienden, porque Andreas le dice que no con la cabeza dos veces, y Vica exhala, y luego ambos siguen comiendo como si nada hubiera pasado.

Treinta y seis mil, dice Calum tras un silencio corto pero raro.

¿Qué?, dice Vica.

Los desaparecidos, dice Pina, aunque lo pronuncia tan mal que Vica casi podría fingir no haberle entendido. Pina sigue: Calum y yo hemos estado ayudando a contarlos.

Ach, so?, dice Andreas, demasiado descolocado como para no reaccionar en alemán.

Somos voluntarios, dice Pina: Una noche a la semana.

Ei, dice Calum: Me gustaría poder hacer más pero luego nos cuesta procesarlo, es realmente horroroso.

Es horroroso, corrobora Andreas: Los admiro por participar.

¿Participar en qué? Pregunta Vica: No entiendo.

Es una página de internet, explica Calum: Un esfuerzo civil, porque los números oficiales no son confiables, hay quien dice, que hay que, por lo menos, multiplicarlos por dos.

¿Qué números? Vica está perdida y no es sólo por la sintaxis del muchacho.

Los números de los desaparecidos en México, le dice Pina a su mamá, como si su mamá fuera una niña: Los números semanales con los que tenemos que trabajar, porque los mensuales no sirven, porque la información también desaparece.

Andreas conoce la página de la que hablan, conoce los esfuerzos civiles y, personalmente, a través del trabajo de su novia, a un grupo de madres buscadoras. Los tres hablan un rato sobre todo eso, pero a los oídos de Vica todo suena demasiado peligroso y oscuro como para comprenderlo, así que su cabeza se va a otro lado, se va al baño. A la regadera. Al modo en que, antes de usar el pelo corto, Pina solía recolectar todo el pelo que se le caía al bañarse, y lo

amasaba en unas pelotas que luego dejaba ahí pegadas, como arañas monstruosas en la pared de azulejo. Se pelearon tantísimas veces por eso. Pina decía hacerlo por consideración. Pero Vica nunca entendió consideración para con quién. ¿El plomero? ¿El océano? ¿La ciudad? ¿La reina? Porque no había ninguna consideración por la persona que siempre acababa despegando la pelota de pelo de la pared: Vica.

Esta vez Vica no tiene energía para vocalizarlo: ¿De qué coños hablan? Pero eventualmente siente cómo la conversación baja de las cimas del Máximo Malestar, hasta las praderas del Qué Le Vamos a Hacer: un territorio que conoce bien, una resignación que ningún mexicano puede desaprender. Es un instinto de supervivencia. Y luego, cuando la charla de los otros se instala en esta nueva planicie, Vica encuentra un nuevo filo, un pico al cual aferrarse en autodefensa, aunque nadie la está atacando, por si las dudas. Vica le dice a su hija: Qué bueno que por fin entiendes lo peligroso que es México, y ¿supongo que eso significa que no irás a la boda?

¿Cuál boda?, dice Pina.

La de tu papá, dice Vica.

¿Te vas a casar?, pregunta Pina.

Ei, dice Andreas, tratando de imitar a Calum, pero nadie se ríe.

Felicidades, aventura Calum.

¿Y le dijiste a mi mamá antes que a mí?, dice Pina: ¡Nadie me dice nada!

Tú no nos dices nada a nosotros, yo me acabo de enterar de que andas contando muertos.

¡Desaparecidos!

Es lo mismo, dice Vica.

En realidad…, empieza Calum.

Shhh, dice Vica.

¡Mamá!

Perdónenme, dice Vica: Pero no saben de lo que están hablando.

V, dice Andreas: Creo que sí saben, creo que…

Tú eres la que no tiene ni idea, dice Pina, encontrando su propio pico al cual aferrarse: Tú ni siquiera lees las noticias.

Vica se pone roja, la cabeza le da vueltas. ¿Será que se ha descuidado? ¿Ha estado dejando indicios? Porque Vica lee las noticias. Las lee en exceso. Por lo menos la nota roja. No la mexicana, que es demasiado dolorosa. Sino la local, porque aquí los crímenes sí se resuelven. Y aunque eso le da paz, también encuentra injusto, y frustrante, lo poco que la prensa explica de cómo exactamente se resolvieron los crímenes. Así que Vica rellena los huecos ella misma. Vive su mejor vida en el papel, como una detective ficcional y, supone, perfectamente anónima. Porque escribe en taquigrafía y esconde los cuadernos. Pero ¿será que Pina lo sabe?

No. Pina no es una espía. Pina es una niña. Una armada con poca experiencia de vida y muchas ganas de realidad. Está diciendo: No que se pueda confiar en las noticias mexicanas, porque no dicen nada, y no puedes echarle la culpa a los periodistas, porque en este momento México tiene el segundo lugar mundial de los países más peligrosos para los periodistas, ¡en todo el planeta!

Silencio. Vica se pone blanca. No pálida, sino blanca como una hoja en blanco. Piensa en decir: ¡Exacto! ¡Es un lugar muy peligroso!, pero lo desecha por patético. No tiene nada que decir, no

dice nada, se calla y permite que la vergüenza, por sus cuentitos policiacos primermundistas, que escribe a escondidas, la invada.

¿Cuándo es? Calum, dios lo bendiga, intenta de nuevo: La boda, ¿cuándo es?

Depende, dice Andreas: Primero necesito que Vica se divorcie de mí.

Vica levanta la mano abierta, pero en vez de «chócalas», dice: Divorciados. Andreas levanta su propia mano y chocan las palmas. Luego ella se para y se retira de la mesa.

Y

Por segunda vez en la velada, Vica Luft se echa agua fría en la cara. Se dice que menos mal que no usa rímel. Se dice que lo sabía. Sabía que este simulacro de reunión familiar para el concierto no era buena idea. Va al baño y percibe un olor raro. Y luego se tiene que reír. Conoce este olor, pero como sólo le da cuando está con Mandi, siempre se lo ha atribuido al sexo. Cada vez que aparece este olor, Vica triplica su ingesta de agua porque, sin ningún fundamento científico, lo interpreta como el inicio de una infección vaginal. Sólo ahora entiende que su truco no funciona, en realidad, porque en realidad no había nada que prevenir. El olor nunca fue el aviso de una cistitis, sino la consecuencia de comer espárragos. Tiene sentido. Vica sólo va a restaurantes con Mandíbula y sólo come espárragos en los restaurantes. Le encantan, pero nunca los ha cocinado en casa. No sabría cómo. Una vez, en las hortalizas cerca de su trabajo, una mujer le regaló un manojo de espárragos frescos

y Vica los trató como si fueran flores: los puso en un vaso con agua, desde donde embellecieron la cocina hasta pudrirse.

Antes de volver a la mesa, Vica compra una ronda de bebidas, y añade una pinta de agua con gas para ella misma. No por el olor, sino porque tiene la impresión de no estar caminando en línea del todo recta. Calum viene al bar para ayudarla y, en lo que Vica considera un exceso de familiaridad, le pregunta: ¿Estás bien?

Mi orina no huele, miente ella.

Él asiente con toda seriedad y, cuando se sientan, pregunta: ¿Y disfrutaron escuchar a Las Tetas?

A mí me pareció mucho más interesante la artista conocida como cierto símbolo matemático fundamental, dice Andreas.

Ei, dice Calum: Cien, por ciento, de acuerdo.

Cien por ciento, dice Vica y levanta su copa. Todos brindan y luego Vica no puede evitarlo y comenta: Pero hubo una canción que no entendí.

¡Sí! Dice Andreas: La de la gravedad.

No, dice Vica: La de…

La de la gravedad es un cover de Neko Case, interrumpe Pina, como si eso explicara todo.

¡Pero la fuerza de gravedad no funciona así!, protesta Andreas: Lo sabes muy bien desde que tenías tres años.

¿Ya ves, Luft?, se pronuncia triunfal Vica: Siempre te dije que era demasiado chica para entender esas cosas científicas. No, Pi, yo me refería a la canción que me dedicaste a mí. Pero ni bien lo dice, Vica entiende. Una canción de amor que sólo habla de quiebres y finales y vías del tren, cantada hoy enfrente de ellos dos y, sin pensarlo

más, Vica pregunta: ¿Es una canción sobre tu papá y yo separándonos?

Con esto a Andreas, que ni siquiera había entendido que no había entendido, se le abren los ojos como platos. Como si su cuerpo entero exclamara: Ach, so!

¿Es en serio?, pregunta Pina frustrada, luego a su padre: Tú sí entendiste, ¿verdad, Dada?

Andreas tuerce la boca aceptando la derrota.

Pina exhala y dice: No lo puedo creer, estaba segura de que ustedes dos serían los únicos que sí entenderían esa canción que es, muy obviamente, una canción sobre Lulú.

Una vez más, una ola de tensión invade la mesa y los padres de Pina se congelan. Los ojos de Calum van de uno a otro, de uno a otro, en un ping-pong que apaga incluso el tamborileo constante de sus dedos. Calum ya no soporta esta comunicación extraña y silenciosa entre los Luft. De golpe saca sus baquetas y con una en cada mano levanta los brazos, abiertos en diagonal. Parece una versión pelirroja, y artificialmente alargada, del hombre de Vitruvio. En voz bien alta y con su sintaxis peculiar dice: Hoy, después del concierto, a Pay se le acercó un famoso, manager, y le pidió un demo. Eso quiere decir que… Luego baja los brazos y con las baquetas toca una coda sobre el borde de la mesa antes de concluir: ¡Que hoy la descubrieron!

Y

Ayayay… opina la mamá de Vica en cuanto llegan al mirador.

Todavía en el pub, Vica convenció a los demás de que si querían que el famoso manager no cambiara de opinión, debían subir Calton Hill y pedir juntos por un poco de estabilidad. Pero los otros apenas vienen subiendo mientras que ella, acostumbrada al camino, ya está en la cima y en la orilla, de cara al mar. Sólo que no hay mar. No hay nada más allá de las luces de la ciudad. Su madre tiene razón: Ay, ay: las islas no están.

Aparte de los puentes a Fife, más allá del puerto sólo hay un charco de oscuridad. Se le hace un nudo en el pecho pero, al mismo tiempo, Vica se tiene que reír. ¿O llorar? Podría ser cualquiera de los dos. Claro que no se pueden ver las islas de noche, debió haberlo pensado. Y aunque su superstición dicta que esto es un mal augurio, un contraargumento se forma al instante: era la petición misma lo que estaba errada. Porque pedir que nada cambie es como pedir que nunca se ponga el sol. ¿Y luego qué? Odiarías una vida sin noches.

Ahora Vica va a tener que improvisar, inventar un ritual distinto para que los otros no digan que los hizo subir la colina en vano. Pero no se le ocurre nada, la desilusión parece haber ralentizado los engranes de su cerebro, llevando su pensamiento en una dirección contra intuitiva, e inesperada. De pronto, lo que se pasa la vida negando le resulta evidente: todo cambia. Todo se abre, se destruye, se repite sólo en espiral. El mundo opera por ciclos y por reciprocidad. Si quiere que su hija confíe en ella, Vica tiene que confiar en su hija primero. Estrategia básica de trueque. ¿Por qué Pina le contaría cosas de su vida a su madre, cuando su madre le oculta casi todo lo que le importa? No le habla de Mandíbula, no le habla de su escritura, y, desde luego, no le ha hablado nunca de lo

que la hizo exiliarse en primer lugar. Es hora de hablar, se le ocurre de pronto, sin precedente. Es hora de la revelación, diría Fiona Murray. ¿O es nomás que está borracha?

Vica está bastante borracha, pero no lo suficiente como para no tener frío, está abrazándose a sí misma como si el nuncaverano le hubiera entrado en los huesos. ¿O es su madre armando tormentas allá adentro? Su madre, con firmeza y cariño y en una rarísima orquestación de todas las otras voces, personajes, el collage de poesía accidental y sabiduría encontrada que Vica ha ido coleccionando para navegar y sortear todo tipo de dificultades: el coro entero de voces interiores cuya función suele ser criticarla, perseguirla, hacerla dudar, parece en este instante sedado, o por lo menos en paz: el coro entero se alinea con la voz de la madre al decir: Es hora, es hora de romper el iceberg, es hora de decirle.

Pero Calum, dios lo bendiga, aparece a su lado y Vica aprovecha su presencia para esconderse de sus propias multitudes.

Aquí, dice Vica: Es donde se tomó la foto de la portada de Sunshine in Leith.

Todo el mundo piensa eso, dice Calum.

Vica lo mira incrédula: ¿la está contradiciendo?

Él sigue: Pero en realidad esa, foto se tomó desde la azotea de, John Lewis. Levanta una baqueta y señala a la tienda departamental, no muy lejos pero bastante más abajo de donde están. Nunca lo permitirían hoy, concluye Calum: Pero los ochentas fueron una, selva.

¿Ya habías nacido?

No, admite él.

Vica está irritada. Claro que hubiera encontrado Calton Hill de todos modos, porque la colina sobresale como una verruga hermosa en medio de la ciudad donde vive. Pero el hecho es que la primera vez que subió fue porque Mandíbula quería que se fueran a parar a donde los Proclaimers habían tomado esa foto. Y ahora el baterista gamer quiere robarle ese mito fundacional.

Calum no parece tener frío, ni siquiera trae calcetines. ¿Y qué significa esta superposición de chamarra de pana café con pantalones de deporte grises? ¿Que nada le importa? ¿Que es demasiado talentoso como para tener que esforzarse con sus apariencias? ¿Y qué es lo que quiere parecer? En el fondo, ¿es más baterista o más gamer? ¿Más artista o más asistente de artista? ¿O acaso sus elecciones de color están cargadas, como la brillantina en la cara de Pina, de un significado que Vica ignora? Tal vez Calum está apostando por un look cafeverdegrís, tal vez es un nacionalista. Y cuál es exactamente la diferencia, Vica ha querido preguntarle desde que por fin lo conoció, hace unas dos o tres horas, ¿cuál es la chingada diferencia entre ser un gamer y ser un jugador? Pero Vica no pregunta nada. Gira sobre sus talones y va a sentarse en la banca más cercana.

Si alguien piensa demasiado en los colores de Escocia, ésa es Vica Luft. Tiene un estante en su memoria para el modo en que el cafeverdegrís admite ciertos amarillos, vía las hojas en otoño y la flor aulaga que, en primavera, invade el volcán, el ojo y la nariz humana. Para los azules que brotan cuando se abren las nubes: el profundo de un lago, el difícil de creer de un cielo abierto. Para liath, una palabra gaélica que significa, a la vez, gris y azul claro, lo cual puede entenderse perfectamente en cualquier playa de cualquiera

de las islas al oeste de Glasgow. Para la espuma parda, el marrón del kelp, el negro resbaloso del lomo de una foca. El verde del pasto omnipresente de los prados de golf; el naranja terrible de los bronceados artificiales; el neón de los ciclistas que pasan zumbando junto a ella mientras recorre un sendero, cualquier sendero donde se sienta libre, que es cualquier sendero en Escocia porque aquí todos los caminos están abiertos siempre, para todos. El turquesa inesperado de un martín pescador. Los pasteles atípicos de una hilera de casas en East Lothian. El rojo cereza de los uniformes de la escuela junto al estudio de Fiona. El morado contundente en una fachada en el East Neuk. Perlas de color, suficientemente pocas como para poder recordarlas. Éste sería un pasatiempos imposible en México, donde el color está en todos lados, en todas las cosas, y es por lo tanto fácil de olvidar, imposible de archivar. Si alguien quisiera catalogarlo haría falta un diccionario de tres pisos, un listado infinito, un museo que lo contenga. Nada más pensarlo, la agota.

Perdón, ma, dice Pina sentándose al lado de Vica en la banca: Por lo que dije hace rato. Ya sé que no te gustan las noticias y está bien.

No, tienes razón: Vivo en la ignorancia.

Tal vez eso es medio inteligente, concede Pina.

Vica acepta la tregua al no sumar más nada. Mira a Calum y Andreas, platicando en el mirador. Es interesante que se parezcan tanto sus siluetas.

Pina… dice Vica.

¿Ajá?

Pero de inmediato se arrepiente: no va a poder hacerlo, cambia de tema antes de empezar. Improvisa: Me cae bien este muchacho.

¿Calum? Es una leyenda.

¿Te trata bien?, pregunta Vica sin pensarlo.

Pina arruga la nariz. Mierda, pregunta equivocada. Vica ve venir una lección precoz sobre las muchas disfunciones de la mera noción del amor romántico. Pero no: Pina nomás sonríe. Sonríe como una niña enamorada, y asiente.

Qué bueno, concluye Vica.

Y, dice Pina: ¿Qué piensas de que Dada se va a casar?

Vica encuentra que no piensa nada, que no tiene nada que contestar, ni siquiera un gesto. Un divorcio suena serio. Complicado. Un poco demasiado. Claro que lo discutieron alguna vez, en los muchos años desde su separación, pero siempre estuvieron de acuerdo en que era innecesario. Ambos se habían beneficiado de la simbiosis burocrática, involuntaria, que su matrimonio les supuso. A Vica, tener un pasaporte alemán le había permitido establecerse en el Reino Unido previo al Brexit. Y a Andreas le encanta tener un pasaporte mexicano aunque Vica imagina que, más allá de ahorrarle algún papeleo en su vida cotidiana, no debe cambiar nada al trato excesivamente deferente que Andreas seguro recibe en México, nomás por ser tan güero y tan alto. A estas alturas, un divorcio no afectará ninguna de sus nacionalidades, Andreas se lo aseguró. Es sólo un procedimiento, explicó él, en el tono condescendiente en que toda enfermera dice «Vas a sentir un pellizquito», justo antes de apuñalarte.

Yo lo que pienso, dice Pina ante el silencio de su madre: Es que una boda es demasiado grande, es algo que no me puedo perder, ¿estás de acuerdo? Además, alguien tiene que traer el espíritu escocés para animar el evento. ¿O me vas a decir que una fiesta mexicana es más prendida que un ceilidh?

La sonrisa burlona de Pina se disuelve frente a la expresión de su madre, deformada por cómo, dentro de su cabeza, se están reacomodando ciertas placas tectónicas, rechinando, doliendo, a la par que Vica intenta alcanzar y remover los sedimentos de lo que lleva tanto tiempo enterrado, inerte, comprimiéndose. Pero es ahora o nunca, es lo que está pensando a caballo entre la decisión y el pánico: Si Pina va a ir a México tiene que saber por qué nunca la llevé, por qué nunca volví.

Tengo que… empieza Vica. Pero de nuevo se frena. ¡Esto no es la manera de hacerlo! Esto sí es demasiado grande, demasiado grave, debería planearse. Planearse y ensayarse. O qué, cómo se lo vas a decir, ¿como un presentador de noticias? ¡Si ni siquiera lees las noticias!

¿Ma?

Vica está a tiempo, todavía podría virar, arrepentirse. Es decir confesar, sí, pero otra cosa. Decirle a Pina de las noticias que sí lee, obsesivamente. O contarle de sus cuentitos policiacos, de sus poemas coloridos. Contarle de sus dos palabras publicadas. O decirle que sabe leer auras. O que aún ve a Mandíbula, que son amantes desde hace años. Podría decirle tantas cosas: ¡cualquier cosa menos ésta!

Pero, por alguna razón, no.

Vica no puede mentir ni un minuto más. Es como que, quiera o no, hoy ha sido descubierta. Igual que un día, queramos o no: el agua subirá. Su secreto ya está ahí, en la punta de la lengua, a punto de desbordarse. Sólo que, como se tardó en contestar, Pina se recostó sobre sus piernas. Y, en automático, Vica acaricia el pelo corto y crespo de su hija, y el movimiento de su mano la arrulla, la

transporta. Vica decide entonces, de manera orgánica, cuál es el tono correcto: ese que usaba siempre al caer la noche, por cientos y cientos de noches sin tregua ni pausa, siempre una decisión medio consciente, de hablarle suave a su hija sin importar cuán agotada estuviera, de contarle algún cuento luminoso por más oscura que hubiera sido su jornada laboral, de generar una burbuja de asombro, un pasillo breve pero claro, para salir del día y entrar a los sueños: un portal hacia el descanso, para ambas. Más una postura que un tono, ahora que lo piensa, o más bien que lo intuye en un segundo, con el cuerpo y todo de golpe: una decisión, una postura, un compromiso. El amor, podría decirse. La voz del amor si el amor hablara.

Y es con ésa, con su voz de cuentacuentos, que Vica por fin le dice a su hija: Érase una vez, yo tenía una hermana.

LA REPARACIÓN DE SU INJUSTICIA
(Distrito Federal, 2010)

Es inconfundible.

Incluso así, a contraluz, sería imposible confundirlo con un desconocido. Tor tampoco piensa que lo está alucinando. Está realmente ahí, de pie en la puerta de su oficina, con el violento sol del patio iluminándolo por detrás. Y la certeza le causa gracia. Porque, durante diez años, cada vez que Tor veía a un hombre alto (aunque nunca lo suficientemente alto, entiende de pronto) su corazón daba un salto esperanzado.

Qué tonto es el corazón y que menjurje tan raro es el tiempo. Qué gracioso el modo en que mil instantes pasados pueden repentinamente condensarse en uno solo, y evaporarse. Todos esos avistamientos de hombre alto, que la dejaban siempre destanteada, desilusionada, todos esos sobresaltos resultan ahora mismo absurdos porque, ahora sí: aquí está él y es inconfundible.

Así que cuando Andreas Luft por fin entra en la oficina de Tor, agachándose para proteger su cabeza del marco de la puerta, ella tiene que reírse. Y luego Andreas, un hombre más propenso a exhalar fuerte por la nariz cuando algo le divierte, se ríe también. Es una risa profunda, la suya, como un árbol crujiendo desde adentro.

Ay, dice Tor, secándose las lágrimas. A veces le pasa que de las lágrimas felices pasa a otro tipo de lágrimas, sin transición. Le pasa

ahora mismo. Un cambio tan rápido que él no lo capta y por un momento él se sigue riendo mientras ella ya está llorando.

Tor nunca ha olvidado cómo, para acariciarle la mejilla a este hombre, ella tenía que levantar el brazo entero. Ahora, por fin, es hora de repetir el gesto. Pero no lo logra. De pronto, el proyecto creativo más largo de su vida —sus fantasías sobre Andreas— le pesa tanto que no consigue moverse. Es hora de levantarse y tocar al hombre de carne y hueso, pero no puede.

Qué raro.

Aterrador, incluso.

Debe de ser la adrenalina causada por la sorpresa. Debe de ser algo de la hormona o la bioquímica. Lo intenta de nuevo, usando ambas manos para empujarse de los reposabrazos. No pasa nada. Bueno, sí, algo pasa: lo opuesto a lo que buscaba. No sólo Tor no logra levantarse, sino que ahora está hundiéndose en la silla. El espacio entre ambos crece. Intenta, sin éxito, pedirle ayuda, para él sería tan fácil levantarla, pero él no la ve. Él no se entera de nada: está entretenido, mirando con curiosidad, casi con alegría, algo justo detrás de ella. Tor gira el cuello y descubre, colgada en la pared, una pintura inmensa. Es el retrato de un pulpo gigante del Pacífico.

Tor envía órdenes a su lengua, a sus piernas y sus brazos, pero nada le obedece. Nada funciona. Está como atrapada en la silla. Encerrada dentro de sí misma y retrocediendo, hundiéndose cada vez más en el pliegue del asiento, hasta que todo termina. Éste es el punto donde todo esto suele terminar, el punto donde Tor siempre despierta.

Algunas veces se encoge en lugar de sentir esta parálisis. Otras, es él quien se infla y luego se va flotando por los aires. Pero la

angustia de estarse alejando uno del otro sin querer, justo cuando acaban de reencontrarse, y de que él ni siquiera lo nota, es siempre la misma. Y cada vez hay un momento enrarecido al despertar de esta angustia, cuando la evidencia de Andreas —sus ronquidos, el olor y la temperatura de su cuerpo tan cerca al de ella— se mezcla con el pánico, aún candente, del distanciamiento. Lo atempera. Eventualmente lo disuelve.

Pero esta mañana Andreas no está en la cama. La luz de primavera contradice, y de algún modo subraya, el miedo en el pecho de Tor. La ventana abierta promete aire fresco pero trae nomás calor y ruido. Motores escupiendo veneno, niños respirándolo al reír, vendedores tratando de venderte algo que no necesitas: la cantaleta cotidiana de la Ciudad de México.

Tor se para de la cama. Levanta una camiseta de Andreas del piso y se la pone. Le queda como un camisón. Sale del cuarto. El pasillo huele a pan tostado: un olor que Tor encuentra indistinguible del cariño. Se detiene justo antes de entrar en la sala/comedor/cocina del departamento. Es como una versión en espejo del sueño: él adentro, ella recargada en el quicio de la puerta. Lo observa.

Andreas mide y muele granos de café, antes de recordar que no lavó la cafetera de ayer, que ahora abre y vacía sobre su bote de composta, enjuaga el filtro bajo el chorro de agua, rellena la parte de abajo con agua de garrafón y la cubre con el filtro limpio, luego da vueltas por la cocina hasta encontrar los granos que recién molió, rellena el filtro, atornilla la cafetera para cerrarla, la pone en la hornilla, se sienta, desdobla un periódico, luego se levanta de un salto porque no le había prendido al fuego. Todo lo que Andreas

hace lo hace con esta misma mezcla de precisión y distracción. A Tor le hace pensar en los relojes derritiéndose de Dalí.

Pero eso ya es demasiado surrealismo antes del desayuno, cuando le sumas el sueño. No la primera parte del sueño, que es una representación hiperrealista de cómo Andreas volvió a entrar en su vida hace casi dos años, sino la segunda parte, donde se convierte en una película de Buñuel.

Otra vez tuve el sueño ese, dice Tor con una voz que le sale más chiquita de lo que esperaba.

Andreas se gira desde la estufa y camina hasta ella. La abraza. Descansa su barbilla sobre la coronilla de ella. Tor descansa la mejilla en el pecho de él. Embonan bien.

Es sólo un sueño, dice ella.

Genau, dice él, y la abraza fuerte hasta que el café empieza a hervir. La suelta y se apura de regreso a la estufa, diciendo: ¿Qué es eso que siempre dices sobre el arte?

Que no paga las cuentas, dice Tor.

No, no eso, dice Andreas: Lo de que el arte existe para experimentarse, no para interpretarse. Yo digo que lo mismo es cierto sobre los sueños.

Eso dejaría sin chamba a los terapeutas, dice Tor, sentándose en un banco alto.

Tengo algo que te va a hacer sonreír, dice él, pasándole una taza de café y un *New York Times*. Le señala un titular. Andreas solía leer cuatro periódicos al día, en cuatro idiomas distintos, todas las mañanas. Desde que se mudó a México extraña el ritual, así que compra todos los periódicos locales decentes, y encima paga una cuota para que le guarden el *Times* cuando lo consiguen. Tor teme

el día en que descubra los puestos de los barrios más fresas y empiece a pagar renta por noticias importadas.

El título de la nota es: «El final de la infancia digital de Francia». Esto no le provoca nada a Tor. Escanea el texto, con la taza entre las manos. ¿Por qué una bebida caliente tiene la capacidad de anclarte al mundo, incluso en días calientes? Luego entiende la nota. Y Andreas tenía razón, le brota una sonrisa en la cara. Dice: ¿Jubilaron al minitel?

Sí, corrobora Andreas: Francia por fin oyó hablar del internet.

Teníamos un minitel en La Fourche, ¿te acuerdas? La Fourche también es el último lugar donde Tor vio el verdadero retrato del pulpo, pero eso no lo menciona, no quiere revisitar el sueño. Mejor dice: Claudine lo regaló porque Vla lo usaba para pornografía y se peleaban por los costos, o tal vez por las implicaciones éticas, ya no me acuerdo.

¿Pornografía en el minitel?

Le minitel rose, se llamaba.

Pero ¿cómo funcionaba?

Y como Claudine se deshizo del de la casa, sigue Tor sin contestarle, todos teníamos que usar el de La Poste, que era la versión más anticuada posible. Y si pedías ayuda para usarlo, te trataban con la punta del pie. Una vez tuve que agendar un aborto en ese minitel arcaico de La Poste, fue muy deprimente.

Con esto Andreas, que estaba sopeando su pan tostado, detiene el movimiento rítmico y la mira fijo, las cejas juntándosele de preocupación.

Para una amiga, miente Tor.

Y

Tor tiene un chiste que cuenta en todas las fiestas. Empieza así: ¿Sabes cómo hacer una pequeña fortuna?

¿Cómo?, pregunta la otra persona.

Empiezas con una gran fortuna, dice Tor: Y luego abres una galería de arte.

Como broma siempre funciona, la gente se ríe. Pero en términos de incentivar a los inversores, Tor se dio cuenta hace poco de que tal vez ha estado enviando el mensaje incorrecto. Porque ella no empezó con una gran fortuna. Tenía una reputación reciente, algo de experiencia, aunque adquirida nomás por ósmosis, y un poco de dinero. Pero no una fortuna, de ningún tamaño. Tor tiene mala suerte, para alguien tan suertudo, eso es lo que dice siempre. Y Fortuna es la misma diosa que Suerte.

Algo en lo que sí tiene mucha suerte Tor: puede ir caminando al trabajo. La paleta de su camino a pie, entre la Narvarte y la Nápoles, es gris cemento punteado por azulejo verde, loseta color ladrillo y líneas amarillas en las banquetas que, con buenas intenciones pero casi sin pigmento, intentan separar a los peatones de los coches. Conforme avanza, Tor reconoce en el cuerpo la rebaba de un malestar. Esta vez el sueño no se le deslavó del todo. Ésta es la hora más tranquila, la media mañana, con toda la porción productiva de la sociedad metida en la escuela o la oficina, dejando las banquetas a los ociosos y los pintorescos: las viejitas con la compra, los que pasean seis perros, un vendedor de globos fumando como chacuaco. Pero adentro de ella persisten el alejamiento, la extrañeza, el retrato.

En una esquina, a Tor le llama la atención un niño que definitivamente no está en la escuela, sino parado en la banqueta, con los codos en un ángulo de 90 grados, sosteniendo una cajita de chicles, vendiendo sin vender, inmóvil, con los ojos jugando ping-pong sobre el desfile infinito de la avenida Insurgentes. A su lado, en el piso, una mujer amamanta a un bebé. Tor se frena, se agacha, y le dice a la mujer: Disculpe, ¿usted los hizo?

La mujer mira a Tor, luego al bebé, luego al niño con los chicles, y finalmente pregunta: ¿Los niños?

Tor se disculpa: No, perdón: los bordados de su blusa.

Yo no los hice, dice la mujer, como defendiéndose.

Bueno, dice Tor: Sólo quería decirle que son la cosa más bonita que he visto en todo el día.

La mujer la mira nomás, y Tor compra todos los chicles rojos que el niño tiene en la caja. Los vierte en su bolsa para dárselos a Andreas más tarde. Le gustaban cuando era niña, el sabor dura nada pero es muy original: canela. Estos chicles son una Institución Mexicana, le dirá cuando se los entregue, y el apreciará tanto el gesto como el dulce, y atesorará unos cuantos como perro escondiendo un hueso, para la próxima vez que visite a su hija. Porque, en Europa, Andreas tiene una exmujer que le chupa el sueldo, una hija que no le hace caso, y una madre que envejece. Tor ha sido muy clara con que no quiere saber nada sobre ninguna de las tres. Tor eligió no formar una familia y no va a cambiar de opinión sólo porque él eligió otra cosa en su pasado. Cada vez que él se va, ella se dice a ella misma que está teniendo una residencia de artista. Si titubea, si le entra por ejemplo la curiosidad cuando Andreas está al teléfono con su hija, Tor se recuerda a sí misma que

hace años, para vergüenza eterna de su madre, quien por suerte ya había muerto, ella eligió dejar de buscar a su hermana desaparecida. Y que con esa decisión perdió su derecho humano a tener una familia. Es una superstición, y lo sabe, y quizá también un castigo, y también lo sabe, pero eso no quiere decir que no lo viva como algo también cierto e, incluso, justo. Tor hace una excepción para Andreas, pero para nadie más. Y él no insiste en contarle nada sobre su familia al otro lado del océano, y cada vez que se va le asegura que volverá, que no tiene nada que temer, que su vida está aquí, con ella, ¡que ni crea que se va a deshacer de él tan fácilmente! Entonces ¿por qué insiste tanto la pesadilla?

Una cuadra después se le ocurre que tal vez el sueño no es sobre Andreas, que está con ella, sólido y presente, sino sobre la galería: que está con ella pero comportándose, cada día más, como una especie en peligro de extinción. Si es así, ¿el retrato del pulpo entonces qué significa? Hacía siglos que no pensaba en ese cuadro, nunca lo había soñado. ¿Qué mensaje trae su aparición? ¿Por qué un pulpo? ¿La está llamando cobarde su inconsciente, como si se estuviera escondiendo como se esconden los pulpos? ¿O camuflajeándose? ¿O en plena metamorfosis?

La ciudad sí que está en metamorfosis. Este último tramo de su trayecto diario se ha vuelto una carrera de obstáculos gracias a una construcción a una cuadra de la galería. El famoso Hotel de México —un inmenso rectángulo con la fachada como de espejos, coronado con un restaurante que gira y sirve la peor comida en la ciudad, el único punto que Tor es siempre capaz de ubicar desde el avión cuando despega o aterriza en el DF— está cambiando de nombre. Ahora se va a llamar World Trade Center, y va a expandirse más allá

de toda lógica. O con la lógica, en todo caso, del colono, del depredador, del conquistador. Ya era difícil, pedirle que mostrara algo de humildad a un edificio de cincuenta pisos que refleja, día y noche, una ciudad monstruosa. Pero ahora de verdad se está saliendo de control: sería un ególatra, si tuvieran ego los edificios. Va a tener mil departamentos nuevos, prometen, sin ninguna aclaración de cómo van a suministrarlos de agua en un barrio en el que ya escasea. La obra es tan grande que la gente le dice «mega». La megaobra tomará años en completarse, pero en un sólo día cortó el flujo entre la galería de Tor y el sano tráfico de la avenida Insurgentes: una de las arterias principales de la ciudad. Es decir que separó a la galería del mundo. Una vez, su hermana le dijo que Insurgentes es la avenida más larga del planeta. Tor nunca ha querido checar el dato, porque le gusta atesorarlo junto con otras perlas de sabiduría marca Mana. Dentro de ella, Tor tiene un altarcito para su hermana que acumula, cada año sin verla, más capas de polvo. Y de dolor. Y de asombro.

Una roto excavadora anaranjada se echa en reversa de pronto, y Tor tiene que literalmente saltar hacia atrás para quitarse de su camino. La furia sube y el corazón se le acelera. Pero también, es en ese instante de confusión y enojo que la posible solución a todos sus problemas se le ocurre. Un plan ilógico. O tal vez simplemente improvisado desde la lógica de la presa. Un plan con ocho patas. Porque lo que no te mata, te hace más creativa.

Y

Un día a los dieciocho años, Tor abre la puerta de su departamento y encuentra ahí a su hermana, con una bufanda en las manos y el gesto decidido de un marinero a punto de tirar el ancla.

¿Qué onda, Mana?, pregunta Tor, galvanizándose por dentro para el tipo de noticias que alguien esperándote junto a la puerta seguramente te va a dar.

Pero su hermana sólo hace una sonrisa pícara, levanta la bufanda y le dice: ¡Bienvenida, Mana!

Se dicen así una a la otra: Mana, diminutivo de hermana.

Tor deja que Mana le tape los ojos con la bufanda, a pesar de la angustia que este extraño recibimiento le provoca. Antes de que se muriera su mamá, Mana estaba pidiendo becas, juntando montañas de papeles para irse a estudiar al extranjero. El cáncer y el largo periodo de cuidados intensivos detuvo sus esfuerzos y Tor se convenció de que el impulso y las ganas debieron esfumársele; de que su hermana ya no se irá a ningún lado porque ahora significaría dejarla a ella sola. Pero ¿qué otra cosa puede tenerla así de emocionada?

Tor deja que Mana le tape los ojos y le dé vueltas, como haces con un niño antes de entregarle el palo de la piñata, y luego que la guíe por el departamento. Y aunque el departamento tiene un único pasillo largo del que brotan todas las puertas, a Tor le da gracia comprobar que las vueltas funcionaron. Porque cuando Mana le destapa los ojos, Tor no tiene ni idea de dónde está. Hay tanta luz que tiene que parpadear hasta que se le ajustan los ojos. Está en un cuarto que no ha visto nunca, ¿cómo es posible? Por un momento lo único que siente es desorientación.

¿Qué te parece?, pregunta Mana.

Es un atisbo de amarillo lo que por fin le permite ubicarse. Una ola de luto: están en el cuarto de su madre. Tor casi no ha entrado desde que su madre murió hace ya varios meses. Después de su muerte, Tor aceptó turnos dobles en el museo, donde es la asistente de todos y la mascota de algunos, para que Mana pudiera volver a sus estudios aquí y se olvidara de andar buscando posgrados en el extranjero. A cambio, Mana se ocupa de las labores domésticas. Quién sabe cómo, además de estudiar, mantiene la casa limpia y la comida siempre lista. Tor a veces bromea con que ahora ella, Tor, tiene el papel del padre prototípico que nunca tuvieron: el proveedor que llega a la casa sólo para cenar y dormir. Tor no estudia. Por un lado porque trabaja todo el día. Pero también porque la rechazaron de todas las carreras de artes plásticas en universidades públicas y ni aunque pudiera pagarla consideraría una privada. Mana a veces insiste en que vuelva a intentarlo, pero Tor repite lo que su mentor, Iker Larrauri, le dijo: Que una universidad te rechace ya es un título de artista en sí mismo. Pero quién sabe porque lo único cierto es que, desde los rechazos, Tor ha hecho cero coma cero arte.

El enojo la inunda: tan ácido y agudo como el amarillo de la pared. Falta la cama de su mamá. De hecho, el único mueble que queda en el cuarto es un armario de madera. ¿Qué hizo Mana con todo lo demás? ¡Y sin preguntar! Un cuarto que siempre fue alegre, efusivo, atascado de objetos y tesoritos, ahora está vacío y como envuelto: todo tapado por telas blancuzcas. A Tor le recuerda la obra de un tal Christo, que tuvo que estudiar para los exámenes de admisión que no sirvieron de nada. Excepto la pared amarilla, el espacio es todo blanco, beige, crema. En resumen, el cuarto parece un fantasma. En el centro de todo, hay un objeto grande y vertical,

también cubierto de tela, que le da al cuarto la apariencia de una carpa de circo desinflada. O como si el fantasma tuviera una erección.

Mana entra al cuarto y camina hasta el armario, lo único al descubierto. Lo abre. Tiene un espejo por dentro de la puerta. Un espejo en el que las hermanas se han reflejado juntas toda la vida: jugando a disfrazarse cuando eran niñas, jugando a maquillarse antes de salir cada viernes cuando eran… pues, igual, niñas. Eso es lo único que fueron antes del cáncer: niñas.

¿Qué hiciste con su ropa?, pregunta Tor.

Pero Mana ignora la pregunta, va sacando los pocos objetos del armario, uno a uno, levantando cada cosa con ambas manos, imitando los gestos y la sonrisa de un infomercial: ¡Prit! ¡Tijeras! ¡Masking tape! Un paquete de pinceles, un bote con lápices de colores, un rollo de papel Kraft: esta televendedora tiene muy poca mercancía. Pero una sonrisa que convence a cualquiera. Esa sonrisa no ha vendido mucho, pero a veces sí les consigue descuentos, algunas cosas gratis: incluso Tor, que ha crecido a su sombra, no es inmune al carisma de Mana.

En fin, dice Mana: Que aquí es donde puedes guardar tus materiales.

¡Ah! ¿Entonces este cuarto envuelto es para ella? Mana cierra el armario. Al ver pasar su reflejo en el espejo de la puerta, Tor se avergüenza. Tiene los brazos cruzados. Le dan asco su ceño fruncido, su corazón cerrado. Quisiera mostrar emoción, agradecimiento. Quisiera sentir emoción y agradecimiento. Pero lo único que siente es irritación.

Por último, con ustedes… dice Mana descubriendo el objeto al centro de la puerta. Es un caballete de madera, viejo, todo lleno de pintura, simplemente hermoso.

¿De dónde sacaste eso?, pregunta Tor. Ahora sí: una chispa, un cosquilleo. La curiosidad siempre le gana a la irritación.

Me lo dio Iker, dice Mana: Cuando fui a preguntarle qué necesita un pintor para empezar.

¿Te dijo que un caballete?

No, el caballete nomás me lo dio, para ti, pero esa no fue su respuesta.

¿Cuál fue su respuesta?

Luz. Para pintar se necesita luz. Y pues hay mucho de eso, aquí.

Tor sonríe: ahí está. Eso es. Hay mucho de eso y eso es lo que se siente tan diferente. Cuando su madre se estaba muriendo, no soportaba la luz. Se quejaba todo el rato, y las cortinas nunca eran suficiente para ella. Así que las hermanas apilaban más y más tela, tratando de tapar los huecos entre el riel y la pared. Sábanas, toallas, sudaderas que desertaban la casa para volverse parte de la ventana. En las últimas semanas de su vida, este cuarto era una cueva a cualquier hora del día. Cuando murió y Tor vio su cara, tan delgada que las mejillas parecían hundidas, se odió a sí misma por no haber registrado los cambios. Había estado ahí todo el tiempo, pero siempre a oscuras, que era como si no hubiera estado. No había visto ennegrecerse las ojeras, amoratarse las irritaciones alrededor de las agujas, y ahora todos los colores de su madre ya no existen, nunca podrán recuperarse. Las cortinas tampoco ya no existen. Las ventanas están pelonas. La luz es abrumadora. Tor no

está segura de merecer, ni de querer, tanta luz. No deja ni un lugarcito para esconderse.

Bueno, dice Mana: ¿Te gusta o qué?

El caballete no puede estar ahí, dice Tor: Porque la luz viene de allá, si el caballete está ahí, me haría sombra con mi propio brazo.

Ok…

Y ese amarillo distorsiona todos los otros colores, sigue Tor: Voy a tener que pintar esa pared de blanco.

¡Una pintora tiene que pintar!, dice Mana.

Tor finalmente entra al cuarto, y toma las manos de su hermana. El alivio es visible en el rostro de Mana, y Tor se siente mal por haberla hecho dudar de la belleza, de la importancia de este regalo. Un espacio para pintar. El proverbial cuarto propio. Nunca lo ha confesado, posiblemente ni siquiera lo había entendido del todo antes, pero éste es su mayor sueño. No sabe qué decir, así que dice: Perdóname, soy una mamona, lo primero que pinte aquí será para ti, lo que tú quieras.

¿Lo que yo quiera?

Excepto una mamona. Ni una mamada.

Mana hace una pose de *El Pensador*. Tor espera un reto serio, pero de todos modos se sorprende cuando su hermana dice: ¡Un pulpo!

¿Un pulpo?

Dijiste lo que yo quiera.

Sí, pero… Tor sólo ha visto pulpos en la pescadería: de un gris perlado y brilloso, algo que quizá requiere óleo, que ella nunca ha usado. Por un lado le gusta que la petición de Mana sea algo real, no algo alegórico como en los exámenes de la universidad. Pero por

otro lado no cree tener la habilidad técnica para retratar algo tan feo. Dice: ¿Estás segura? ¡Ni siquiera tienen color!

Al revés, dice Mana: Un pulpo tiene todos los colores.

Pero son como… babosos, ¿no? Yo no tengo las herramien…

¡Compositores sordos!

¿Qué?

Mozart era sordo.

¿Quieres decir Beethoven?

Quién sabe, dice Mana: El punto es que si un señor sordo puede componer música, tú puedes pintar. Te he visto dibujar toda mi vida, eres muy talentosa, y lo sabes, todos lo sabemos y no voy a dejar que…

Compositores sordos, repite Tor, muerta de risa: Tienes razón, tienes razón. Y es buenísima tu expresión, me la voy a robar.

Durante los siguientes meses, cada minuto que Tor no está en el museo, está aquí, pintando. Trabaja en muchas cosas a la vez y Mana nunca vuelve a mencionar su encargo. Tor no le muestra nada, no la deja entrar. Trabaja sola, en silencio total. Se siente más segura así. Si lo echa a perder, nadie sabrá. A veces se imagina que es una suerte de embarazo fuera del cuerpo, este gestar algo de la nada. Parece haberse topado con un pozo infinito de serendipia: a diario encuentra algo en el museo, o en la calle, que se graba en la cabeza y trae de regreso al estudio: un tono, una sombra, una textura. Sin importar en qué estado llega a casa, Tor pinta. No interpreta, no lo piensa demasiado, pero intuye que, pincelada a pincelada, en este cuarto donde murió su madre, ahora ella está conjurando un renacimiento.

Un día Mana llega de la universidad y Tor está esperándola, bufanda en mano. Le venda los ojos, la hace girar sobre su eje, la guía hasta el estudio: ya no el cuarto de su madre, sino su estudio. Y en el momento en que Mana se destapa los ojos, Tor aprende una lección para toda la vida: que mostrar tu trabajo modifica cómo lo ves tú.

Mana aprieta la bufanda contra el pecho, los ojos se le llenan de lágrimas. Después de un largo rato, dice: Es enorme.

No es lo que Tor esperaba, pero es cierto. La pintura es enorme. Pronto en el proceso, le había quedado chico el caballete y había optado por un lienzo sin bastidor, directamente clavado en la pared. Pensaba dejar márgenes, pero al final siguió pintando hasta la orilla.

Muy colorido, suma Mana.

También cierto. O no exactamente. La pieza no es colorida, es rica en color. No está llenísima de distintos colores —lo que para Tor es señal de un expresionista alemán o de un aficionado, y ella espera no ser ninguno de esos dos— sino que juega con una paleta limitada, diversificándola con tantos matices cálidos y subtonos fríos como le fue posible.

Mana se sienta en el piso, se limpia la nariz y propone: Vamos a nombrarlos todos.

Podemos probar, dice Tor: Empieza tú.

Rojo bermellón, dice Mana: Coral rojo, cinabrio, manzana de Java, número 85.

Y 82, dice Tor: Rojo teja.

76, Naranja oropimente, dice Mana.

Y 67, también, Amarillo real, cabeza de… O no, no: seis. 66: Amarillo gutagamba: jilguero, jazmín, azufre.

Sí… dice Tor: Pero te parece una mierda ¿o qué?

¿El amarillo gutagamba? Pues no, nomás nunca entendí lo que signi…, pero se calla al caer en cuenta de que entendió mal. Se dobla hacia enfrente y exclama, ofendida: ¿El cuadro? ¿Cómo va a ser una mierda el cuadro, Mana? No te mides. Es lo opuesto. Es perfecto. Mana se levanta, se acerca al cuadro y de espaldas a Tor, dice: Perdón si no dije nada, creo que estoy en shock. Shock de admiración, ¿existe eso? Yo sólo quería que estuvieras bien, aunque pintaras pésimo, pero esto es lo opuesto a pésimo, ¡esto debería estar en un museo!

Ok, ok, Tor exhala aliviada: Qué bueno que te gustó, es tuyo.

Mana empieza a protestar pero Tor no la deja: Tú pediste un pulpo, ahora tienes que adoptarlo. Pero te lo llevaré a enmarcar, eh, va a ser un regalo de verdad, como el que tú me diste. Hace un gesto vago con la mano, indicando la totalidad del estudio.

¡No!, dice Mana: Lo quiero así. Si lo enmarcas no me lo podría llevar, y yo lo quiero conmigo para siempre.

Pasan un buen rato desmontando el lienzo grapa por grapa, clavo por clavo. Luego lo transportan al cuarto de Mana y lo clavan en la pared sobre la cabecera de su cama. Tor no duda ni por un segundo de que esto era lo que su hermana quería decir: llevárselo, para siempre, pero no más allá de su habitación al final del pasillo.

Y

Bajo el gran árbol, Tor pausa. Levanta la vista. Trata de ignorar el ruido de la construcción y evocar la alegría que solía sentir cada vez que doblaba esta esquina. Se enamoró de esta callecita incluso

antes de verla. Acababa de volver a la Ciudad de México después de pasar varios años en el extranjero, y estaba buscando un local para abrir una galería. Cuando vio el anuncio, contuvo la respiración: avenida del Porque, decía. Le gustaban las implicaciones y acepciones y, como diría Andreas cuando vino a buscarla, la metáfora. Y si bien decayó ligeramente su entusiasmo cuando el agente inmobiliario corrigió la errata —la calle se llama avenida del Parque— y luego encima admitió que no había ningún parque, y que la avenida era en realidad una callecita estrecha, Tor volvió a sentir una fuerte corazonada cuando, todavía al teléfono, el agente dijo: ¡Pero tiene un arbolote!

Y qué árbol. En este mundo, muy pocas cosas tienen un nombre que corresponda exactamente a su color, pero las flores de este árbol lo tienen. Jacaranda, 17-3030 en el Pantone. No del todo floreando todavía, pero pronto. A punto de brotar. Como su idea.

La Galería Rosa Mexicano es otra cosa así: su nombre, sus persianas metálicas, incluso su espíritu, son todo de un mismo color: uno lleno de connotaciones pero que, en este caso, se posicionan en contra. Tor reivindica el término para contradecir todos los usos pasados, despectivos, del color rosa. La galería exhibe exclusivamente arte hecho por mujeres mexicanas. Ése es el trabajo de Tor, ésa es la misión con la que llegó a la ciudad, a esta calle, a estas cortinas metálicas que son tan endemoniadamente difíciles de levantar. Una vez que lo logra: detrás del rosa mexicano hay vidrio. No espejos, como tiene el WTC, sino ventana. Transparencia. Luz. Ésa es la idea. Siempre la llena de ilusión volver a ver el espacio desde afuera. Pero hoy, cuando está a punto de entrar, alguien a sus espaldas le grita: ¡Rosa!

Sólo una persona la llama así, como si Tor fuera la galería o, peor, como si le hubiera puesto a su galería su nombre, así que Tor sabe lo que viene. Respira hondo y exhala. Aún de espaldas al llamado, Tor neutraliza el rostro para no parecer ni fastidiada ni amigable, en caso de que Nayeli venga a reclamarle o a pedirle algo. Al girar se encuentra un ceño bien fruncido, enmarcado entre dos enormes aretes dorados de filigrana. A veces, antes de entrar a la tienda de Nayeli, algo que hace al menos una vez al día, Tor juega una apuesta consigo misma, porque está convencida de que puede percibir, antes de entrar, simplemente por las emanaciones de ondas negativas, si Nayeli está teniendo uno de sus ataques de mal genio. Pero hoy parece no ser en contra de ella. Porque después del primer grito, Nayeli ni siquiera se detiene, nomás le informa, antes de seguir de largo: ¡Otra vez se fue la luz!

Tor se queda de pie, mirándola alejarse para diseminar las malas noticias por toda la cuadra, cual pregonero medieval. Luego mira a través del ventanal y localiza el panel eléctrico, donde habitualmente hay unas luces rojas y verdes. Están apagadas. Otra pinche vez se fue la luz. Pero ahora los ojos de Tor trepan por la pared más alta, aterrizando en una extensión blanca y vacía, un espacio que nunca ha usado, no por falta de ganas, sino porque para poner algo ahí harían falta andamios, trabajadores, presupuesto. La pintura del pulpo sería perfecta para esa superficie. Aunque, se sacude la fantasía mientras por fin entra a la galería, seguramente la recuerda mal. Seguramente la nostalgia y el cariño de su hermana le hicieron ver con amor algo que en realidad era mediocre, y que seguramente acabó en algún basurero en China, o donde sea que Francia manda su basura. Probablemente Portugal.

Una vez dentro, Tor presiona algunos botones por puro hábito, antes de recordar que no hay luz.

Te lo dije, acusa una voz dentro de su cabeza: Te dije que el videoarte está lleno de limitaciones.

Nunca deja de sorprenderle a Tor lo mucho que su crítico interior aún suena exactamente como su ex. De inmediato, otra parte de ella se pone a la defensiva. Estas piezas son, ciertamente, artesanales y, de acuerdo, se apagan si no hay luz. Pero todas incomodan, duelen, remueven: son todas excepcionalmente poderosas. Hacen sentir y hacen pensar. Aunque también es cierto que a los coleccionistas no les interesa el videoarte. O quizá no les interesa ni sentir ni pensar. Lo que quieren son cuadros. Pinturas. Los más alternativos: esculturas. Quieren las esculturas de Tor, las pinturas de Tor. Y cuando Tor les explica que ya no pinta, que ya no esculpe, que ahora su misión es dar a conocer el trabajo de otras mujeres marginadas, marginadas, sobre todo, por ser mujeres, los coleccionistas congelan sus sonrisas condescendientes y dicen que pueden esperar. Pueden esperar a que cambie de opinión, a que vuelva a pintar y a esculpir, a que entre en razón.

En este instante lo que Tor siente es dual. Por un lado, percibe cómo la nueva idea va inflándose dentro de ella y, por el otro, intuye la voz de su ex acechando, alfiler en mano, para pincharla. Para callarlos a ambos, Tor sale al patio de la grana.

La Galería Rosa Mexicano ocupa la planta baja de un edificio de tres pisos y tiene acceso exclusivo a un patio amplio. En éste se encuentra la oficina de Tor, en un viejo cuarto de servicio, y, al aire libre, las macetas. Son siete. Una tiene un limonero chiquito pero prodigioso. Las otras seis contienen, cada una, una penca de nopal:

el cactus más común del mundo, el que puede vivir tanto en la nieve como en el desierto. El que en México se come y está hasta en la bandera. Pero los nopales de Tor no son cualquiera. Estos presentan grandes manchas de un velo blanco, algodonoso. El nopal quizá opine que el velo es un parásito. Pero para Tor se trata de un tesoro. Es una plaga, sí, pero una que Tor cuida con paciencia de jardinera y ambición de coleccionista. Cada mancha blanca esconde cientos de insectos. Es grana cochinilla: donde el rojo empieza.

A Tor le gusta recibir a los invitados en el patio, llevarlos hasta algún nopal, pedirles una mano. Luego extraer del velo una bolita cubierta, limpiarla de su algodón protector. La coloca en la palma de la mano del visitante: es una cochinilla, como un escarabajo minúsculo, está cerrada sobre su propio eje: negra e inmóvil. Luego, Tor la presiona con el dedo. El bichito explota, dejando sobre la mano una mancha dramática, color vino. Tor dice: E120. Y explica cómo, desde que en los años setenta se descubrió que la mayoría de los tintes sintéticos son cancerígenos, cualquier producto comestible o de maquillaje que quiera ser rojo tiene que venir de aquí: de esta muerte diminuta, llamada E120 o carmín.

Después de esto, aunque sólo si el visitante muestra sorpresa y curiosidad, Tor arranca un limón del limonero y vierte una gota de jugo sobre la mancha, que al instante vira del vino al anaranjado. Es química, pero parece magia. A Tor le parece que la química y la magia son, en realidad, la misma cosa. La grana genera asombro y, casi siempre, alegría. El problema, claro, es que la alegría no vende nada. De hecho, la grana ha espantado a más de un coleccionista, quizá porque la asocian con la artesanía, no con el arte, y porque insisten en dividir la artesanía del arte. Tor casi puede oírlos:

Gracias, Tor, qué bonito, de verdad, ahora aquí vamos a esperar, bien sentaditos sobre la tapa de nuestros cofres, al día en que vuelvas a esculpir y a pintar y a pensar en lo que te conviene de verdad. Pero ahora mismo Tor no está escuchando a los inversores imaginarios, sino al debate, a la intensa partida interior de ping-pong, entre Tor y Tor. Va recogiendo hojas secas y basuritas de las pencas, mientras lo sigue como si lo estuvieran pasando en la radio:

Tor Uno quiere hablar de su idea pulpística.

Tor Dos quiere recordarle a Tor Uno que sus ideas brillantes nunca brillan. Últimamente, la galería no sólo ha recibido acusaciones de lucrarse con la tragedia, sino que además no ha obtenido ni un peso. Tor debe tres meses de renta. No se necesita ser un experto en color para ver que sus números están en rojo. La Galería Rosa Mexicano ha existido por menos de tres años y ya tuvo sus cinco minutos de fama, y ya hasta pasó de moda.

A Tor Uno la fama le chupa un ovario. Ella está orgullosa de la galería, en particular de esta exposición en donde cada artista ha hecho una declaración de principios, armada sólo con su inteligencia, valentía, y una cámara de video. Una serie de televisiones viejas muestran a una mujer entrevistando a su abusador y a la gente que lo encubrió, la artista actúa todos los roles en un cuarto de interrogación. En otra pantalla hay una sola toma, de hora y media, de una mujer caminando por Ciudad Juárez, deteniéndose en cada punto de su barrio donde una mujer desaparecida fue vista por última vez, y colocando ahí una maceta, llenándola con tierra, plantando unas semillas. La pantalla principal de la galería muestra, en loop, una serie de escenas del desierto. Arena, piedras, viento. Funciona porque genera aprensión. Da reparo mirarlo porque se

sabe que, en este país, levantas una piedra, encuentras unos huesos. Estas artistas están diciendo las cosas como son, argumenta Tor Uno.

¡Exacto!, salta Tor Dos: Hay problemas en el mundo y tú quieres dejar la política por… ¿biología marina para diletantes?

No, contesta Tor Uno: Sería una buena exhibición. Elegante, llena de matices y metáforas, capaz de despertar el espíritu lúdico de cualquiera.

Tor Dos no está convencida, pero cede una pulgada. Tal vez podría funcionar, dice: Pero tendría que gustarle tanto a los críticos como al público en general. Y tiene que vender. Tiene que abrir mentes y corazones y carteras.

De acuerdo, dice Tor Uno: Pero ya sabes que no pienso claro cuando me presionas.

Tor Dos sigue: No es presión, es la neta: todo el mundo está distraído. ¿Cómo vas a hacerlo más interesante que los nuevos telefonitos? ¿Cómo vas a hacer que quieran movilizarse, vencer el tráfico, llegar hasta acá? Tendría que ser una exposición de verdad excepcional, una exposición viva y atractiva, un show en vivo.

¿Cómo en vivo?

O sea que valga la pena sólo en persona, que nadie se la quiera perder, que haya fila para entrar, que…

El debate se corta cuando la Tor corporal, que entró a la galería para tirar las hojas y las basuritas, se queda viendo algo por el ventanal. Un grupo de vecinos está en medio de la calle, mirando hacia arriba. Tor sale, cargando su cenicero de pie. Enciende un cigarro y levanta la mirada. Se trata de una grúa inmensa, una que nunca había visto antes. Tor no se acerca demasiado al grupo pero

para la oreja para escuchar mejor. Están Nayeli, una enfermera, un vendedor de tacos de canasta, dos trabajadores de un banco que a diario comen su almuerzo bajo la jacaranda y que la calle ha adoptado. Pero la única persona hablando es Guardaparques: quejándose como siempre.

Cuando Tor abrió la galería, este señor estaba muy feliz con su llegada. Pero al año cambió de opinión. Empezó a quejarse amargamente cada vez que había inauguración y los invitados bebían en la calle. Al principio, solía elogiar la fachada rosa —como de Barragán, decía él, y Tor nunca lo corrigió— pero el día en que una minúscula porción de las persianas comenzó a escarapelarse, Guardaparques empezó a decir que la galería estaba descuidada, venida a menos, que había que expulsarla. Sobre la causa feminista, Guardaparques no opina con palabras, sólo con diminutivos y desdén. Tor tiene bien localizado que la enemistad empezó el día en que sus perros causaron un desastre dentro de la galería y Tor le pidió, amablemente, que viniera sin ellos la próxima vez. Guardaparques no volvió a entrar a la galería, pero su desprecio se hace sentir constantemente, a nivel de calle, en voz siempre alta y segura. Tor no tiene idea cómo se llama este señor porque, desde el día en que lo conoció, Tor lo apoda en secreto Guardaparques. Lo odia y lo tolera a partes iguales y, también, quién sabe por qué, le tiene algo de lástima. Para ella, él es parte del paisaje, un guardaparques sin parque en una avenida que no es tal. Guardaparques vive en la última casa que queda en esta calle, que es una de las últimas calles tranquilas que quedan en La Nápoles, que es uno de los últimos barrios semi residenciales que quedan en la Ciudad de México. El señor es una reliquia de la clase media. Y,

desde que empezó la megaobra, ha redirigido su furia y dejado a Tor relativamente en paz. Ahora mismo se está quejando de la grúa, de que si podría caerse encima de ellos, dañar la jacaranda o su techo, de que si hace mucha sombra. Luego pasa a quejarse de la megaobra en general: Es el diablo, dice.

Es más como un pulpo gigante, dice Tor en voz alta, sin pensarlo: Sus tentáculos arañando cada rinconcito del barrio.

Uno de los del banco silba, como corroborando. La enfermera asiente, consternada. El vendedor de tacos, igualmente consternado, niega con la cabeza.

Nayeli dice: Rosa tiene razón, la megaobra tiene muchos brazos y todos son malos.

Bueno, dice Tor, dándose cuenta de su error: Los pulpos no son malos, eh, son animales maravillosos.

Guardaparques resopla: Estos artistas, mientras más malo y más raro es algo, más les fascina.

Y en ese instante, gracias al desprecio abierto de Guardaparques, Tor lo ve: el último brazo de su idea brillante. La Solución. Es tan simple que apaga su cigarro, levanta su cenicero y vuelve a entrar a la galería sin despedirse de nadie.

Lo que necesitamos para montar una exposición en vivo, Tor les informa a todas las Tor presentes en la desordenada sala de juntas de su cabeza: Es un ser vivo.

Y

En cuanto se va el repartidor, Tor llama por teléfono a Andreas. Luego se queda mirando la caja en el piso, sin animarse a tocarla.

Ha pasado más de un mes desde que tuvo la idea para la exposición, pero abrir la caja sin esperar a que llegue Andreas, que ha ayudado tanto con el proceso, se sentiría como una traición. O tal vez simplemente no se atreve sola. La caja tiene una de esas cintas que ponen FRÁGIL, y una colección de etiquetas. Podría declararla como una obra de arte, mandarla a la bienal, probablemente sería un éxito. Es difícil de creer que adentro hay vida. Sabe, por tanta investigación que ha hecho, que adentro debe de haber otra caja más, seguramente de unicel, y adentro de ésa una bolsa. Una mise en abîme, es lo que dirían los críticos franceses.
Es como el gato de Schrödinger, es lo que dice Andreas en cuanto llega.

¿El gato de quién?, pregunta Tor, ahora sí arrodillándose junto a la caja y atacando la cinta con el cuchillo que usa para los limones del patio: Ah, es un cuento del Struwwelpeter.

Nein, reacciona Andreas: Es una paradoja de la física. El gato de Schrödinger está dentro de una caja, y puede estar vivo y muerto al mismo tiempo.

Ah, sí, contesta Tor, recordando que Andreas ha intentado, en vano, explicárselo un par de veces antes. Abre la caja de cartón y descubre la caja de unicel. Son casi del mismo tamaño y no va a ser fácil sacarla. Dice: ¿Me ayudas?

Genau, dice Andreas y, antes de acuclillarse para ayudar, deja encima de una de las televisiones todas las botanas y cervezas que traía en las manos. Es por culpa de Andreas que Tor ya nunca acepta las bolsas de plástico que le ofrecen con cada compra. A veces, Tor piensa que si ella tiene conciencia es por culpa de Andreas.

Ella detiene las solapas de la caja de cartón abiertas mientras él jala la caja blanca hacia arriba. El unicel emite un rechinido peculiar y Tor se pregunta, irracionalmente: ¿será el animal?

Dentro de la caja de unicel encuentran la bolsa llena de agua. Andreas la saca y la sostiene colgando entre él y Tor, a la altura de los ojos de ella. Esperan, miran. Ambos presienten que algo, algo más allá de lo turbio del agua y lo raro del animal, no está del todo bien. Y sí: pronto les queda claro que cualquier movimiento que percibieron había sido causado por ellos. El pulpo no se está moviendo para nada. El pulpo es, Tor cree, aunque es difícil de determinar con el agua tan oscura, de un gris perlado.

Está muerto, dice ella.

¿Cómo sabes?

Por el color, gris perlado es el color de los pulpos en la pescadería. Con esa última palabra, la voz se le quiebra.

¿Por qué lo mandaron en agua sucia?, pregunta Andreas.

No, dice Tor: Eso debe de haber sido por estrés. Seguramente sintió miedo y echó tinta y su tinta lo mató. Firmé un formulario que decía que yo sabía que esto podía pasar.

Ah.

Sólo no pensé que fuera a pasar.

Vamos a asegurarnos, propone él, y se dirige hacia el baño con la bolsa.

Ayer pasaron un buen rato los dos en el baño, preparándolo para este momento. Hay toallas, cubetas de varios tamaños, una red, unas tenazas de silicona: todo lo que necesitarían para transportar al pulpo, por etapas, de la bolsa hasta su nuevo hogar en la gran pecera al centro de la galería, que llevan semanas curando, es decir

tratando de colonizarla con bacteria buena para establecer el ciclo del nitrógeno, mediante el cual los desperdicios tóxicos, como el amoniaco, se transforman en nitritos y nitratos. Andreas encuentra esta pequeña alquimia más excitante que cualquier pieza de arte que Tor haya podido mostrar en el pasado. Se cura el tanque por la salud del animal pero ahora, con un animal muerto, Tor no logra sacudirse la sensación de que el largo proceso fue, en sí mismo, un desperdicio tóxico.

Tor destapa una cerveza y se bebe la mitad de un trago, antes de seguir a Andreas hasta el baño. Se mantiene un metro atrás de él, como si eso pudiera protegerla de lo que están por ver. Pregunta: ¿Cómo quieres que nos aseguremos?

Buscándole el pulso, dice él.

Pero dónde, dice ella: Si el cabrón tiene ocho patas y ni una sola muñeca.

Buen punto, dice él, y vacía la bolsa de plástico en la cubeta mediana. Miran flotar al animal, lento pero seguro, hacia la superficie. Los pulpos tienen tres corazones, pero Tor no sabe si se apagan todos al mismo tiempo. Para no llorar, Tor entrecierra los ojos y observa. Luego dice: Número tres, blanco purpúreo, es blanco nieve con una pizca de rojo carmesí y azul Berlín, y una cantidad mínima de gris ceniza. ¿Animal? Unión del cuello y la espalda de la gaviota tridáctila. Su voz se va haciendo más chiquita con cada palabra: ¿Vegetal? Geranio blanco o cigüeña. ¿Mineral? Aragonita…

Observan la textura, absorben el brillo, ambos esperan secretamente que un tentáculo se levante de pronto, un puño al aire, como sucedería en cualquier película gringa. Pero no pasa. El

pulpo flota apacible. Y cerca de él flota algo verde que Andreas pesca con las tenazas.

Es un alga, explica Tor: Se la ponen en la bolsa para que tenga de qué agarrarse durante el viaje.

Como un objeto transicional, dice Andreas

Eso irrita a Tod, ¿qué quiere decir? ¿Que la galería está transicionando hacia un zoológico, una tienda de mascotas, una tiendita de regalos? Él la ve ofenderse y aclara: Es lo que le das a un niño cuando empieza la guardería, algo que le recuerde a casa, que huela a su mamá y le dé confianza.

Tor se sale del baño y empieza a caminar hacia su oficina, no tiene paciencia en este instante para esta faceta de Andreas: su sabiduría de padre, sus paternalismos que ella ni pidió ni tiene por qué soportar. Pero alcanza a oírlo gritar: ¿No deberíamos enterrarlo?

¡Sí!, contesta antes de salir al patio. Pero piensa: Que lo entierre él.

Tor se encierra en la oficina, llora un rato. Una mezcla de «pobre de mí» y «soy una idiota» exprimiéndola por dentro como a un trapo. Se le está haciendo tarde. No se siente como la galerista sofisticada que quiere ser, sino como una ama de casa neurótica. La mesa está puesta, las invitaciones repartidas, pero no ha llegado el pastel y ella intuye que tampoco vendrán los invitados. ¡Pero tiene que haber cena! La pecera al centro de todo es el plato fuerte de la exposición. Es inmensa y le han instalado varias capas de seguridad, porque, como parte de su investigación, Tor y Andreas estuvieron viendo videos de pulpos escapándose por los huecos más inverosímiles. Criaturas enormes escurriéndose por un orificio del tamaño de su pico minúsculo: la única parte dura que tienen. El

resto de su cuerpo está hecho de ventosas, y de algo que sólo puede describirse como un moco mágico y musculoso.

¿Qué va a hacer ahora Tor, sin su Houdini de mar? ¿Llenar la pecera con guppys? ¿O dejarla vacía, en un gesto a la Duchamp? O tal vez podría llenarla con agua teñida de algún color poderoso. Si hay un Klein azul, un Malevich blanco, un Reinhardt negro, ¿por qué no un Tor Transparentoso? Esto sólo la hace llorar más.

Probaron el acuario, el zoológico, la universidad: nadie podía ayudarlos. Recurrieron a las tiendas de mascotas de los barrios más pudientes: ahí donde los perros tienen pedigree y los gatos títulos. Donde se asume que algo es más valioso simplemente porque cuesta más. A Tor le deprime, pero no le sorprende esta actitud. En el mundo del arte pasa igual: la calidad de una pieza importa mucho menos que su provenance. Pero a Andreas el asunto lo enloquece. Tor tuvo que sacarlo a fuerzas de varias de estas tiendas, cuando no paraba de pedirle al pobre vendedor ofuscado que por favor considerase, por un momento al menos, las implicaciones éticas de ponerle precio a un ser vivo.

En una de las tiendas les dijeron que no tenían un pulpo, pero que sí podían conseguirlo. Tor pagó por adelantado. Tres semanas después, le dijeron que no se había podido, pero le ofrecieron el cincuenta por ciento de descuento en la inmensa pecera. Tiene una capacidad de sesenta galones y seguramente llevaban sesenta años intentando venderla. Fue una ganga. Pasaron semanas curándola. Ahora, además del agua salada, la arena y el coral, la pecera tiene una lámpara fluorescente, un filtro biológico externo, un skimmer y una bomba de circulación. Todo lo puso en la tarjeta de crédito.

Andreas entra a la oficina, secándose las manos con una toalla.

¿Lo echaste por el escusado?, pregunta ella.

Él hace un gesto de asco y dice: Lo enterré bajo la jacaranda.

¡Espero que no te haya visto Guardaparques!

Hasta me ayudó, contesta él: Es broma. Vine a preguntarte si quieres que le haga una pequeña lápida.

No, dice ella: Ni nombre tenía.

Buen punto, dice él: Es mejor así, mi Oma siempre nos decía: No le pongan nombre a las gallinas, pero yo no le hacía caso y siempre que cenábamos pollo me pasaba toda la cena angustiado, preguntándome: ¿nos estamos comiendo a Greta? Yo a todas las gallinas les ponía Greta.

Tor sonríe, le gusta Andreas otra vez. Así es todo con él últimamente: un segundo siente que podría estrangularlo y al siguiente tiene cálidas visiones de envejecer con él. Le pregunta: ¿Estaba resbaloso?

Muy, dice Andreas, pero no entra en detalles sino que propone: ¿Por qué no vamos a caminar? Siempre tienes tus mejores ideas mientras caminamos.

Ya tuve una idea, dice Tor: Voy a llamar a Teko.

Andreas frunce el ceño.

No para comprar drogas, asegura Tor: Sólo para ver si conoce a alguien.

A Andreas le cae muy mal Teko, pero como él no conoce a nadie, o quizá porque ella tiene los ojos tan rojos, no protesta más. Repite: No para comprarle drogas, sólo para poner a prueba el 3GST.

Andreas también tiene una broma que hace en las fiestas. La suya gira alrededor de la famosa teoría de los seis grados de separación. Andreas sostiene que, en México, sólo hay tres grados de separación

porque en México siempre conoces a alguien que conoce a quien tú necesitas.

La gente se ríe del chiste, pero lo cierto es que antes de que Andreas extrapolara esta teoría a la clase media mexicana entera, había asociado el fenómeno exclusivamente con Tor, y lo había nombrado «Tres grados de separación de Tor». Suele resumirlo, al menos dentro de la privacidad de su hogar, como: 3GST.

Y

Cuando, tres días después, Teko por fin le regresa la llamada, Tor está sentada en la sala de espera de la embajada de Francia, donde las cornisas doradas contradicen las sillas de oficina azul marino con patas negras, bajo una luz que no perdona. Una luz como de probador de ropa. Imposible parecer inocente bajo estas lámparas. Nada de «estaba en el barrio y pasé nomás a saludarte». No, el que está aquí es porque algo quiere sacarle al otrora imperio. Mientras espera, suena su celular.

Tus deseos son órdenes, dice Teko: Es broma. ¿Para qué soy bueno?

Como una embajada, Teko sabe que Tor no lo llamaría sólo para saludar, aunque ella aún intenta encubrirse con un: Tekito, ¿cómo estás?

Cada día más joven, contesta él: ¿Y tú?

Bien…. dice Tor, y ya está, ya se le acabó la gasolina del pretender. Va directo al grano: Quería saber si sabes quién podría venderme un pulpo.

¿Qué es un pulpo?, pregunta él.

Pues, técnicamente, dice ella: Es un molusco.

¡Ah! Dice él: O sea, un pulpo, ¿el animal?

Sí.

¿Hecho de qué?

¡De carne y hueso! O bueno, de tendones, piel, ventosas, no sé bien. Tengo una pecera enorme y quiero que viva ahí.

Suena medio satánico, Tor.

No, no, como mascota nomás. Lo quiero de mascota.

Combinaría bien con tu jirafa.

Tor sospecha que esto es un comentario sobre Andreas, pero no va a caer en la provocación y, además, en ese momento una mujer joven, vestida de más mayor, entra a la sala de espera y dice su nombre.

Perdóname, Tekito, tengo que colgar, dice Tor y, cuando lo hace, la mujer se presenta como la asistente de la consejera cultural. Tor la sigue por pasillos y escaleras. Un día, va pensando, yo también tendré una asistente. Alguien perspicaz y proactivo. Alguien que maneje y hasta mejore el 3GST, que siempre sepa quién es quién y quién puede ayudarnos. Alguien como Teko, pero sin el ego, ni las adicciones, ni las disfunciones.

Tor entra a una oficina donde la embajada se pone mucho más elegante, empezando por la mujer poniéndose de pie detrás del escritorio. En la pared hay arte abstracto. Tor recuerda en un flashazo el sueño que la lanzó en este proyecto, que finalmente la trajo hasta aquí hoy. La mujer, Madame la Conseillère, está vestida de negro y blanco. Parece un cormorán, derechita y elegante. Lentes rojos que se quita para tenderle la mano a Tor, aunque sonriéndole nomás a medias. Algo que Tor interpreta como reticencia y que

encima se toma como un reto, como si el cormorán hubiera graznado: ¡Sorpréndeme!

Tor no trajo grana cochinilla, por miedo a ensuciar la embajada, así que va a tener que depender de la perorata que preparó especialmente para conseguir los favores de la République. Se lanza ni bien sentarse, empezando por Rosa Bonheur, una figura bastante olvidada hoy pero quien fuera, en el siglo XIX, la pintora más exitosa de Francia. Pasó de una infancia paupérrima a ser la primera mujer en recibir la Legión de Honor en las artes. Con esto Madame parece interesarse, o por lo menos asiente, y Tor expande la anécdota: La emperadora Eugénie, la esposa de Napoleón III, fue hasta su castillito para entregarle la medalla en persona. Y fue ahí cuando Eugénie famosamente declaró: «La genialidad no tiene sexo».

Madame sonríe con eso, así que Tor se encarrila. La verdad es que ama hablar de Rosa Bonheur, que es una de las muchas inspiraciones detrás del nombre de su galería. La venta de su cuadro más famoso le permitió a Bonheur comprarse ese castillito, en el que pasó el resto de su vida, libre de marido e hijos, con su compañera y su arte y sus mil mascotas. ¿Cómo logró Rosa este éxito anacrónico?

¿Pintando?, aventura Madame.

¡Pintando animales!, dice Tor. Y luego traza para Madame el puente que ha estado usando también para convencerse a sí misma sobre por qué la Galería Rosa Mexicano, cuya misión original es mostrar el trabajo de mujeres, ahora de pronto va a dedicar una exposición a un animal. Y es porque, como tantas otras formas del cuidado, querer a los animales ha sido minimizado cuando ha sido hecho por mujeres. Tratado como un tema menor, cotidiano, femenino. Rosa Bonheur tenía un tigre y un león en su castillo.

Madame hace caras pero Tor sugiere que considerar a los animales salvajes es considerar al Otro con mayúscula. Considerar al desconocido como igual. Autrui, dice en francés. Y no hay nada más Otro que un pulpo. ¿Sabía Madame que las mamás pulpos dejan de comer mientras cuidan sus huevos y luego se mueren cuando los hijos nacen? Madame se retuerce un poco en su silla, pero Tor le asegura que, en su exposición, habrá espacio tanto para Eros como para Tánatos. El primero con los shunga japoneses, el segundo con viejos mapas que representaban al imperio astrohúngaro como un pulpo vicioso e invasor. Y aquí, Madame, aquí es donde Victor Hugo, concretamente sus grabados conocidos como *La pieuvre*, encajaría tan bien con la visión de esta exposición de la Galería Rosa Mexicano.

Llegada a este punto, si Tor siguiera hablando entraría en una versión oral de la carta que adjuntó al dosier de su solicitud, hace ni una semana. La respuesta llegó tan rápido que Tor hoy vino segura de que la consejera estaría interesada… pero ahora mismo la consejera parece interesada sólo en que Tor ya se calle. Tor barajea posibles causas en su cabeza: ¿la aburrió? ¿O fue grosero saltarse las charlas tontas sobre el clima? Por si las dudas, mejor se calla. Pero esto genera una pausa tan abrupta que por un momento nadie habla. La consejera baja la mirada, junta las palmas y entrelaza los dedos dejando sólo alzados los dedos índice, que se lleva a los labios. Toma aire, baja las manos y dice: Tor, antes que cualquier otra cosa, yo quisiera darle mi pésame.

Wow. Tor ni siquiera ha empezado a pedir dinero, pero la mujer ya está asumiendo que la galería está en bancarrota: ya de plano la dio por muerta. Tor se pone a la defensiva, en su pecho se alza una

muralla. ¿Quién se cree esta señora? ¿Y quién la tiene al tanto de todo? Tor revisa mentalmente el 3GST pero hay demasiados eslabones, demasiadas conexiones posibles entre ambas.

Pardon?, intenta Tor, como si su francés oxidado fuera a aceitar la comunicación.

Ahora la consejera parece entrar en un pánico controlado: sabe que cometió un error. Tor no tiene ni idea de cuál podría ser su error y sólo lo reconoce por cómo la consejera se aclara la garganta y se vuelve a poner los lentes rojos para mirar sus notas. Todo esto provoca que Tor se sienta muy cómoda de repente, como si llevara la ventaja. Pero ¿de qué se trata el juego? Espera y verás, se dice a sí misma.

¿Su marido?, intenta de nuevo la consejera.

¿Andreas?

Ah, no. No, perdón, debe de haber un malentendido. Madame levanta un teléfono pero no se lleva el auricular a la oreja, sino que sólo presiona unos botones. Dice: Tengo una asistente nueva, y en mis notas la puso a usted como la esposa de Philip Coats y yo…

¡Ah!, dice Tor: Sí, yo soy la esposa de Philip. Pero, espera, ¿qué?

La consejera cuelga el teléfono, revisa sus notas y con un tono más humano del que Tor la creía capaz, dice: El señor Coats murió hace varios meses, en Londres. Sus abogados han intentado contactarla, pero…

Pero no hay contacto posible con Tor.

No en este instante. Tor está hundiéndose en la silla como en su pesadilla recurrente. Está yéndose a otro lado: fuera, lejos. El cormorán sigue hablando pero Tor sólo lo sabe porque puede ver que su boca se mueve, pero ya no oye nada. Clava las manos en los

antebrazos de la silla como si pudiera frenar su caída y luego dice en una voz aguda, irreconocible: Yo vine a hablar de Victor Hugo.

Madame La Conseillère se estremece y de inmediato se recompone. Asiente y abre el dosier de Tor por primera vez en la cita. Dice: Leí *La pieuvre* en la universidad. Levanta una copia del grabado que Tor anexó a su solicitud y que alguien aquí, seguramente la asistente, debe de haber impreso. La consejera habla del poema, de los grabados, del pequeño museo en la Place des Vosges donde…

¿Está muerto?, la interrumpe Tor. Madame parece confundida por un segundo, claro que Victor Hugo está muerto. Tor aclara: Philip, ¿está muerto?

Sí, dice la consejera, desinflándose. Baja el pulpo negro y junta otra vez las manos. El señor Coats murió, repite lento: Lo siento muchísimo, asumí que usted lo sabía.

Sus abogados han estado llamando aquí desde hace meses, dice la asistente. Quién sabe cuánto tiempo lleva paradita bajo el quicio de la puerta.

¿Nombre del abogado?, pregunta la consejera, como si un enunciado completo fuera excesivo cuando se trata de hablar con la asistente.

Aquí lo tengo, contesta: Maître Ou… a… tta… ra.

La asistente lee el nombre tan lento, que antes de que lo termine Tor ya ha sido catapultada por encima del Atlántico, una década hacia el pasado, y aterrizado en una cocina donde Philip y Claudine le están proponiendo un trato, escrito a mano en el mismo cuaderno donde anotan todas las reglas y todos los acuerdos, y que Tor Uno firma sin leer. Un trato supuestamente diseñado para protegerla,

porque está en duelo y es extranjera y no sabe de números. En esta cocina Tor tiene 22 años, tal vez 23. Ha vuelto a pintar por primera vez desde que la desaparición de su hermana la lanzara en una larguísima espiral de miedo y depresión. En este punto de su vida, Tor pinta literalmente para no hundirse de nuevo y, en cuanto empieza una pieza, no le importa nada lo que hagan con la anterior. Philip las vende cada vez mejor, y Claudine insiste en que deben establecer un sistema para la repartición de las ganancias. Suena bien, Tor confía en ellos ciegamente y agradece no tener que ocuparse de vender su trabajo cuando lo único que le interesa es producirlo. Tor firma todo. Pero, al final, Claudine protegió sólo a Philip. Parece que aún lo hace.

No tenemos permitido darle sus datos a Maître Ouattara sin su consentimiento, aclara la asistente: Ella dice que ha llamado muchas veces a la galería pero…

Pero me cortaron el teléfono, dice Tor. Este hecho, clara evidencia de su fracaso monetario, era hasta hace minutos un secreto vergonzoso, pero ahora flota ligero como burbuja, se le sale de la boca con toda naturalidad y sus implicaciones resultan francamente banales junto al efecto ancla pesada de la muerte de alguien. Porque, es verdad, la Galería Rosa Mexicano está en peligro de extinción, pero la galería no es una persona. La gente sí se extingue. Incluso gente que quiso mucho, gente con la que estuvo casada, gente de la que nunca se molestó en divorciarse, no importa cuántas cartas mandaba Claudine que, para ser honestos, Tor jamás leyó. Se las imaginaba nomás y, así como a los 22 firmaba todo, sin leer, ahora tira todo: también sin leer. Tira sin responder, sin siquiera abrir el sobre. Cada vez que llega una carta de Claudine, Tor la intercepta

en el buzón, la esconde en su bolsa como un niño robándose dulces, y luego la tira en algún basurero público de camino a la galería, porque no quiere que Andreas la descubra. No quiere que Andreas la regañe, ni por evadir a Claudine, ni por evadir reciclar el papel.

Después de que escampara la tormenta de su separación, Tor y Philip siempre se mantuvieron en contacto. Sólo hablaban de trabajo. Estaban de acuerdo o en desacuerdo, se peleaban sin más consecuencias que hacerse la ley del hielo hasta que se les olvidara por qué habían peleado, o hasta que volvían a requerir la opinión del otro. Alguna vez sí que Philip le pidió a Tor que por favor leyera las cartas de Claudine. Pero Tor no le hizo caso. Ni abrió las cartas ni estuvo nunca dispuesta a cuestionar su resentimiento, mucho menos a soltarlo.

¿Puedo ofrecerle un café?, dice la asistente: ¿O un vaso de agua?

Tor quiere ambas cosas pero no logra más que asentir porque esta silla se ha convertido en una máquina del tiempo. Y no tiene intención de viajar sola al pasado. Dice, a nadie en particular: ¿Saben que yo recuerdo el momento exacto en el que me enteré de que una mujer también puede ser pintora?

Tanto la Madame como su asistente la están mirando con expresiones neutrales idénticas, algo que seguramente te enseñan a hacer en las escuelas de relaciones exteriores.

Pero Tor sigue: Tenía siete años cuando me encontré un cuadro muy especial, uno que hasta el día de hoy visito con cierta frecuencia, y que aún me parece tan impactante como infravalorado, un cuadro de la Carrington, pero ése no es el punto, el punto es que también puedo decir el día y la hora en que dejé de pintar. Principio y fin. Philip estaba ahí, en el final, él…

Madame le pasa unos kleenex. Más gente se materializa a su alrededor, alguien le da agua, y alguien más un café. Tor piensa que quizá las embajadas son como platos petri donde se multiplican los asistentes como cormoranes diplomáticos, todos vestidos en combinaciones distintas, pero igualmente bien planchadas, de ropa negra y blanca. Los secuaces de Madame la Conseillère. Como en una versión burocrática de Marina Abramovic y sus Marinitos. Como Frida y los Fridos. *Madame la Cormorant y sus cormorancitos*.

¿Saben que también el minitel se acaba de morir?, dice Tor. Y luego dice: Debe ser un error, si Philip se hubiera muerto me lo habría dicho.

La miran raro y ella enmienda: *Alguien* me hubiera dicho.

Los cormorancitos bajan la vista al suelo y Tor toma esto como un mal presagio, como si Philip no estuviera muerto pero sí fuera a morirse pronto si ella no hace algo para prevenirlo, si no los detiene de algún modo. Le están temblando las manos. Lo sabe sólo porque alguien le quita el café que ni ha probado, la mitad regada en su platito. Alguien más le pone enfrente una tableta electrónica, con un obituario. Tor lee el nombre y la fecha y nada más. Piensa: Qué bueno que Andreas no consigue los periódicos británicos. Se levanta de la silla, se quiere ir. Como si hubiera venido a corroborar el obituario nada más. Junta su bolsa, su chamarra, empieza a caminar pero alguien debe indicarle por cuál pasillo. Cuando está en la calle descubre que Madame la siguió, que ella misma le está llamando un taxi. Tor le dice, como si fueran íntimas amigas: He estado posponiendo llamarle porque lo del pulpo vivo no iba a gustarle a Philip, sólo los perros le gustan, pero sólo los perros esos que sirven para la caza. Y ahora, piensa, ahora no voy a poder llamarle más

nunca. Por primera vez en su carrera, cuando necesite un consejo o un contacto o un jalón de orejas, no va a poder contar con él. Philip estaba lleno de comentarios patriarcales y paternalistas, que ella aguantaba porque eventualmente él soltaba las perlas: los consejos concretos, puntuales, prácticos. Llega el taxi y una asistente le abre la puerta. Antes de que Tor se suba, Madame le da un pequeño apretón en el antebrazo y le habla de tú. Cuenta con el grabado, dice: Cuando estés lista.

Tor asiente, y alguien cierra la puerta. Tor piensa que pieuvre es una palabra espantosa. Pulpo es una palabra roja, rechoncha, como con pulpa. Pero pieuvre es una palabra seca. ¿Por qué Victor Hugo, que fue un gran poeta, escogió pieuvre en vez de pulpe? O tal vez es el gusto de ella lo que es cuestionable. Tal vez, sin Philip, Tor ni siquiera tiene buen gusto. ¿Cómo va a verificar ahora sus intuiciones? Philip es su archienemigo, le robó todo, le echó una maldición, pero también es su mejor amigo y su mentor y la vara con la que, a veces en contra, a veces a favor, Tor mide cada una de sus decisiones profesionales. Una vez me salvó la vida, dice Tor en voz alta, pero encuentra sólo los ojos del chofer, en el retrovisor, esperando.

¿Adónde la llevo?, pregunta él. Y ella se sorprende dando no la dirección de su departamento, sino la de la galería.

El taxi avanza lento a través del tráfico y Tor desobedece sus instintos chilangos y baja la ventana hasta abajo, deja que el aire lleno de smog le pegue en la cara. Piensa: Philip está muerto. Está intentando convencerse a fuerza de repetición pero cuando su teléfono emite el ping-ping de un mensajito, Tor sabe que es Philip. Su pinche humor inglés retorcido. Sabe que cuando abra los ojos va

a leer sus disculpas. T'was a tasteless joke, my darling! Just checking you still care about me! Pero no. El mensaje es de Teko y sólo dice: Pantera, y un número de teléfono.

Tor ahora trata de concentrarse en eso. Punto para el 3GST: ¡lo hizo una vez más! Por lo menos asumiendo que esta pantera pueda conseguirles su pulpo… Conforme se acercan a la megaobra, el taxi prácticamente se detiene. Tor debería bajarse, a pie llegaría más rápido. Pero no quiere. Está agradecida con este asiento y quiere mantenerse así lo más posible, como suspendida entre dos realidades y sin nada que pueda hacer o resolver, ojalá pudiera quedarse así todo el día. Desde niña, ir le gusta mucho más que llegar. Desde siempre, y a pesar de ser una persona tan suertuda, Tor tiene muy mala suerte.

Un pulpo, se pone a pensar con la cabeza recargada en el marco de la ventana, como si estuviera a punto de vomitar: es una criatura fuerte, impresionante, casi indestructible, mientras que la palabra pieuvre conjura algo débil, frágil, indefenso. Algo a la vez atrofiado y a punto de desmoronarse. Como la palabra polvo, o como la palabra polilla. Como la palabra viuda.

Y

¿Señora Cef?, pregunta una niña diminuta pero imponente. Tiene una carita en forma de gota de agua y, al centro, dos ojos negros muy redondos y muy abiertos que saltan de Tor, a Andreas, a sus platos de pozole sin terminar.

¿Perdona?, contesta Tor.

¿No anda usted buscando un cefalopoide?

Querrás decir un cefalópodo, la corrige Andreas.

Eso dije, dice la niña.

Hace sólo unos días que Tor depositó su fe en Teko al comunicarse con el tal Pantera, y ya puede ver a qué grado fue mala idea: un apodo sin pistas, una cita en el mercado, un mensajero infantil.

La niña dice: Pantera los está esperando.

¿Dónde? Pregunta Tor, mirando para todos lados. Andreas mira a su alrededor también: podría ser cualquiera. El mercado está lleno a reventar y no tienen ni idea de a quién están buscando. Entre otras cosas, Tor y Andreas comparten un miedo irracional, pero certificado por especialistas como estrés postraumático, a los mercados sobre ruedas. Para dos personas tan distintas, es interesante que una misma idea cotidiana —ir al mercado— pueda catapultarlos igual de fácil hacia la paranoia. De hecho, aunque llevan dos años viviendo juntos en DF, una ciudad llena de estos establecimientos temporales, ésta es la primera vez que entran a uno. Reconocieron y conversaron sobre su reticencia. Decidieron que era tiempo de enfrentarla. Pero Andreas insistió en que llegaran temprano, y Tor en que comieran algo, y ambas estrategias han dado resultados adversos: ahora llevan una hora ahí adentro, están llenísimos, acalorados, igual de nerviosos, y cuando la niña mensajera les pide que la sigan, Tor encarga otra orden de quesadillas.

Tor está agotada antes de empezar. Tanto pinche misterio innecesario. Desde el apodo hasta el sitio de encuentro. ¿Por qué todo tiene que estar medio escondido en este país? A veces desearía vivir en un lugar más recto, aunque sea más cuadrado. Un lugar como Alemania, donde seguramente llenas tu formulario y pagas tus impuestos y en la siguiente ventanilla te entregan tu pulpo.

Tienen que seguirme, repite la niña, esta vez más lento, como si no hablaran español. Se ven medio extranjeros, es la verdad. Incluso Tor que, por sus ropajes de todo el mundo, no parece de ningún lado.

En un minutito, dice Tor: ¿Cómo te llamas?

¿Cómo te llamas tú?, contesta la niña.

Yo me llamo Tor.

¿Como un toro?

O como un dios, dice Andreas.

Dios sólo hay uno, responde la niña.

¿Cómo puedes estar tan segura?, pregunta él.

Eso suena a pregunta capiciosa, dice la niña, y esto hace a Andreas sonreír por primera vez en toda la mañana. Le encantan las mentes ágiles. A Tor le irrita que Andreas naturalmente inicie una conversación filosófica con la niña, mientras que a ella lo único que se le ocurrió fue comprarle un plato de comida. Tor no sabe si esta diferencia se debe a que Andreas es maestro, o a que ella es una clasista.

¿Y el cef?, pregunta Tor, tratando de sonar casual.

Fritos o empanizados, dice la niña: Son los únicos cefalopoides que yo he visto en mi vida.

Andreas suelta una carcajada y la niña se sonroja. Luego dice: Me llamo Violeta.

A Tor le entregan un paquete de papel estraza, paga y se levantan. Siguen a Violeta por un laberinto de colores, pasando un despliegue casi infinito de cajas de fruta, piñatas colgantes, verduras que parecen a punto de escapar de sus huacales. Torres de tupperwares, apilados como matrioshkas. Ropa, bolsas y zapatos de

marca sin la marca. Libros, discos, aparatos de segunda mano. Baterías. Cables. Trampas para ratas y ratones. Todo tipo de productos para el pelo. El sonido es tan escandaloso como el color, las bocinas de cada puesto compitiendo contra las de al lado. Mientras más entran en el mercado más rápido late el corazón de Tor. En un mercado sobre ruedas fue donde testigos vieron a su hermana por última vez. La vieron entrar. Pero nadie la vio salir. Pero no era este mercado, se recuerda Tor: Y no estoy sola. De todos modos, a cada paso el mercado le parece más agresivo, las voces más amenazantes, los toldos más claustrofóbicos. Violeta se detiene por fin. Hay niños, se dice Tor a sí misma: Está todo bien. Violeta señala un puesto lleno de jaulas con pájaros, y dice: Es ahí.

Gracias, le dice Tor y le entrega las quesadillas.

La niña se pone contenta y cierra los ojos un instante, como buscando algo dentro de ella que ofrecer a cambio. Lo encuentra: Les recomiendo que digan por favor y gracias, cuando hablen con mi papá, digo, con Pantera. Luego se despide de ellos con la mano, y se mete detrás de las jaulas y del vendedor que, Tor nota, también ofrece tortugas, hámsters, conejos.

¿La señora Cef?, pregunta el vendedor. Trae puesto un chaleco como militar con muchos bolsillos, encima de un juego de pants y sudadera de la misma tela brillosa. Mira todo desde atrás de un par de lentes de fondo de botella.

Pues todavía no, dice Tor: Pero Teko me dijo que Pantera me podía ayudar.

El hombre es chaparro y compacto. La indecisión de su bigote lo hace parecer, Tor sospecha, más joven de lo que es. Constantemente extrae, de los muchos bolsillos de su chaleco, heno,

alpiste y quién sabe qué otras cosas, para darles a los animales. A Tor le parece más un tic que una estrategia de entrenamiento o de alimentación, pero puede estar equivocada. El hombre se limpia las manos contra el pantalón y tiende ambas a la vez, como si no tuviera tiempo para estrechárselas una por una.

Yo soy Pantera, dice: Soy ambidiestro.

Claro que Tor sabe lo que «ambidiestro» significa, pero mientras Andreas y ella estrechan las manos de Pantera y se presentan, por un momento la palabra le suena a otra cosa. Le suena como lo que teme ser: como una persona doble. Una que por afuera está lo suficientemente relajada como para iniciar una negociación, pero que por dentro está derritiéndose, a punto de gritar. Una persona que engaña, en quien no se puede confiar. Una persona que, por más de dos años, ha evitado compartir con su compañero el pequeño detalle de que, en realidad, ella está casada. Y ahora, encima, el de que ahora es viuda.

Quiero comprar un pulpo gigante del Pacífico, dice Tor, con un tono que le aprendió a Philip: uno que indica que deseas algo, pero que no lo necesitas. Que se trata nomás de un antojo: podrías tomarlo o dejarlo. Un tono blindado contra los que saben oler la desesperación.

Pantera emite un largo silbido. Pregunta: ¿Tiene una pecera del tamaño de un cuarto?

Tal vez, miente Tor.

Incluso si la tuviera, dice Pantera: Sería pésima inversión. Le costaría miles de dólares y se le podría morir a los tres días, o podría ser muy viejo, no hay manera de saber cuánto ha vivido un pulpo, pero sí sabemos que todos viven poco.

Tor intercambia una mirada con Andreas. Es verdad: los pulpos mueren jóvenes y es imposible saber su edad. Incluso reproducidos en un laboratorio, un espécimen puede resultar diez veces más grande, o más chico, que sus hermanos que nacieron al mismo tiempo y comieron lo mismo. En el mar, las diferencias varían todavía más. El hecho de que Pantera sea frontal sobre esto significa que no va a estafarlos vendiéndoles un pulpo chiquito como si fuera un bebé. Les inspira confianza. Están en buenas manos: el 3GST no les falló. Todo eso se dicen con una mirada, mientras Pantera sigue: Puedo conseguirle un Caribbean Reef, de Los Cabos de Florida. Un contacto mío anda por allá ahora mismo, y luego tiene que venir acá para traerme unos eslabones de lagarto, en tres o cuatro días aproximadamente.

¿Y con «eslabones» quieres decir las pieles?, pregunta Andreas.

La cara de Pantera se contorsiona y exclama: ¡No! Quiero decir los huevos.

Ach, so!, dice Andreas

Caribbean Reef, dice Tor, tratando de evitar que se desvíe la conversación: ¿De qué tamaño son?

Medianos, dice Pantera: Unos dos kilos.

Tor se esfuerza por mantener el rostro neutral. Eso está bien lejos del gigante del Pacífico con el que ha soñado tanto, y que promedia los 45. Pero hay prisa y con el tanque bien arreglado, la luz bien puesta, podrían ser dos kilos de un espectáculo maravilloso.

¿Y cuánto costaría?, pregunta.

Diez mil pesos, dice Pantera: Por uno rechoncho.

Qué tal seis mil, dice Tor: Ya que se me puede morir en cualquier chico rato.

Nueve, dice Pantera.

Siete, dice Tor.

Sale, dice Pantera: Trato hecho.

Y

Ich glaub'ich spinne!

Esta expresión —«creo que estoy hilando telarañas»— es la máxima expresión de sorpresa en Andreas, pero Tor ni siquiera voltea a verlo. Andreas está de pie en el balcón, vigilando el camellón que separa los carriles de su calle y al que él siempre ha llamado «camello». Tor nunca lo ha corregido porque le parece una metáfora accidental no sólo encantadora sino también correcta. Porque al modo en que un camello almacena agua en su joroba, los camellones conservan pequeñas áreas verdes en una ciudad que está hundiéndose a la par que secándose. En esta calle tienen suerte, porque el camellón es igual de ancho que los carriles, y cada diez metros presenta una palmera. Bien pronto, el sol de la primavera quemará el pasto y el camellón quedará color camello. Pero por ahora está verde y, si lo miras de fijo desde el balcón y por entre las palmeras, casi podrías creerte que estás en el trópico, o algo por el estilo. Aunque el único ser en la ciudad capaz de creer semejante babosada es Andreas Luft, que ahora vuelve a insistir: ¡Tor, ven!

Tor va. Sale tratando de adivinar qué le generó tanta alarma. Seguramente alguien dejó basura tirada. Pero después de mirar para abajo, también Tor cree estar hilando telarañas. Dice: No puede ser.

Tres pisos abajo, junto al camellón, hay un taxi estacionado. Un hombre rubio saca maletas de la cajuela mientras que, al frente, una mujer negra, vestida de amarillo, sostiene una serie de monedas en la palma de su mano. A través de la ventana, el chofer del taxi las va señalando una por una, como si se las estuviera presentando. Andreas dice: ¿Son ellos?

No puede ser, repite Tor.

Andreas se inclina sobre la barandilla y grita: ¡Cu-cú!

El hombre y la mujer miran para arriba, con sonrisas enormes a las que el tiempo no ha podido distorsionar. Funcionan como flechas, atraviesan y destruyen el escepticismo de Tor. Por supuesto que son ellos, Vladislav Novak y Claudine Ouattara: el yin yang que siempre fueron, y aparentemente siguen juntos.

La emoción de Andreas se expande, lo hace gesticular, el balcón le queda chico. Se mete al departamento. Se va del departamento.

Tor en cambio está paralizada, ha dado un paso atrás para ver sin ser vista, y no puede registrar más que los colores: el vino con dorado del taxi, el brillo del pelo de Vladislav, que parece haberse vuelto blanco mientras que Claudine parece haberse quedado pelona, Tor espera que por elección y no por quimioterapia. Ahora, como para descartar toda hipótesis de enfermedad, Claudine abre los brazos en cruz y recibe a Andreas en un abrazo enorme. El taxi se va. Andreas abraza a Vla y lo levanta por unos segundos del suelo. Tor esta sintiendo tantas cosas a la vez que no siente nada con claridad. Piensa: «Interferencia en láminas delgadas». Así se llama el fenómeno gracias al cual, a veces, un charco de aceite en el pavimento parece contener un arcoíris. Eso es lo que siente: esa mezcla aceitosa y tornasol de suciedad y color.

Andreas carga las maletas y los tres desaparecen bajo el balcón. Tor sabe que, irremediablemente, vienen hacia ella. En cuanto deja de verlos, el arcoíris confuso dentro de su pecho se disipa, y en su lugar aparece algo distinto. Algo opuesto: una idea muy nítida. Una hipótesis. Sobre el gato aquel. Sobre cómo en este instante y hasta que terminen de subir la escalera, o hasta que Vladislav o Claudine le den las malas noticias a Andreas y entonces Philip muera su última muerte dentro de su viejo amigo, cómo hasta que eso suceda Philip está suspendido, doble.

Como el gato de Schrödinger, como la hermana de Tor, en este instante y no por mucho tiempo más, Philip Coats está vivo y muerto al mismo tiempo.

Y

Vla, dice Tor, con los pies subidos a la mesa de centro y las manos abrazando su tercer café de la mañana: Me gustaría hablar de negocios contigo. Vladislav la mira y alza las cejas, pero sigue tocando la armónica. Está frente a ella, en el otro sofá, sentado en cruz sobre sus talones. Lo único que trae puesto es un par de boxers amplios y grises que, Tor sospecha, alguna vez fueron negros. Cuando se dobla con la música, su panza plana presenta una serie de pliegues flacos. Su piel es sumamente pálida excepto en el cuello y los brazos donde, empezando en unas fronteras bien definidas: una bajo las clavículas y dos bajo los hombros, presenta un café rosáceo preocupante. El efecto Cuba. Vla ha estado yendo mucho a Cuba, en una búsqueda personal de La Sabrosura. Habla de este concepto constantemente. La sabrosura no sólo significa sabroso,

sino también libertad, expansión, alegría, deseo, amor. La frase «la sabrosura me cambió la vida» ha salido varias veces de su boca en los últimos días, y Tor y Andreas han logrado no reírse ninguna de las veces. Incluso tarde por la noche cuando se quedan otra vez solos. No se están riendo de nada juntos, la verdad, porque en cuanto se quedan solos Andreas le da la espalda para no recibir disculpas, para no hablar de por qué ni el día en que él llegó a buscarla a la galería, ni en ningún otro momento de los siguientes dos años, Tor pensó en mencionarle que estaba casada. ¡Y con Philip!

El matrimonio no significa nada para Tor y, aunque sabe que hizo mal en ocultarlo, está francamente sorprendida de que Andreas respete tanto un papelito.

¿Como metáfora?, preguntó ella.

¡Como institución!, aseguró él.

Tor considera que el matrimonio es una idea tan manoseada, edulcorada y procesada como la sabrosura. Y los muchos adjetivos caramelizados que Vla ha estado usando para describir la sabrosura, le parecen sacados de una guía para turistas. Pero en este instante, viéndolo improvisar una canción lenta que engrosa el aire, Tor cree por fin entender la pasión de Vla. O por lo menos intuir de qué va. Se imagina a la deliciosa sabrosura cubana como una de esas serpientes del Oriente, intentando desenrollar su largo cuerpo dentro del rígido tórax de un hombre blanco, europeo, heterosexual, generacionalmente condicionado para estar, sobre todo, tieso… y el único caminito que la serpiente encuentra es la música.

Al lado de Vla, contrastando con él en todo aspecto, como siempre, está Claudine: piernas cruzadas, pantuflas de cuero,

prístinas pijamas. Tor nunca asoció ese adjetivo con unas pijamas, pero no hay otro que funcione para las de Claudine: de seda azul marino con los bordes y los botones de un blanco perfectamente perlado, y que posiblemente cuestan más que una semana de renta de la Galería Rosa Mexicano.

El pelo de Claudine consiste en diminutos caracolillos pegados al cráneo, es tan corto como larga es la barba de Vla, tan larga que se la trenza y, a veces, para que no le estorbe, la echa por encima de su hombro donde se queda sentada, obediente, como el perico de un pirata. Su armónica es plateada, los lentes de ella dorados. La pijama de seda contradice a la vez que refuerza el común marcador amarillo neón con el que está subrayando la Guide de Routard que tiene abierta sobre la rodilla. Estos dos amarillos —dorado y neón— describen bien a Claudine, decide Tor: estudiosa, filosa, visible. Tor la quiere. Los quiere a los dos. Se había olvidado cuánto los aprecia, a este par de humanos, cuánto la ayudaron. Se había olvidado o se había convencido de ignorar, de borrar. Porque en todos estos años el que le servía era Philip, y era sencillo volver a Claudine la villana del cuento, un repositorio para el necesario, para el justo resentimiento. Tor hablaba con Philip de arte y de trabajo, nunca del pasado ni de la justicia ni del resentimiento o, de hecho, de ningún sentimiento. Y Tor no abría las cartas de Claudine porque eran un disparador de todo eso. Y porque no podía ni imaginar lo que Claudine tuvo que venir hasta acá a decirle: que a su trabajo le ha ido muy bien. Que Claudine se ha asegurado de guardarle lo que le corresponde. Bueno, más o menos.

Vla baja la armónica por fin, y contesta: Hablemos de negocios, pues.

Empecemos por lo básico, propone Tor: No te puedo pagar.

Claudine suelta una risita irónica sin levantar la vista del libro. Tor la ignora. No llevan ni setenta y dos horas juntas y ésta ya es la rutina. Cuando Tor menciona sus dificultades financieras, Claudine menciona el testamento de Philip. Pero el testamento viene con hilos que Tor no desea jalar. Ahora una versión económica, e irónica, del gato de Schrödinger se ha mudado al departamento y ronronea sobre todas las conversaciones: Tor está, al mismo tiempo, al borde de la bancarrota y al borde de la riqueza. Vladimir mira a Claudine y ésta se tapa la cara con el libro, como para disculparse por romper la promesa que hizo anoche, con todos francos y borrachos en una cantina, de dejar de entrar en el tema durante los días que les quedan de visita.

La portada de la *Guide Du Routard Mexique 2010* tiene, al fondo, la foto de la pirámide del sol de Teotihuacán y, en primer plano, un hombre en una bicicleta, jalando una podadora de pasto. Tor está de acuerdo en que es una foto más interesante que la pirámide sola, pero ¿por qué la habrán elegido los editores? ¿Qué se supone que significa? ¿Que los mexicanos son pobres en materia pero ricos en cultura? O es una especie de reivindicación del mestizaje: que los mexicanos son indígenas e ingeniosos. ¿Incluso tal vez que son ingeniosos porque tienen la herencia indígena y por ende son capaces de pensar fuera de la camisa de fuerza del canon europeo? Todas estas posibilidades se barajan en la cabeza de Tor más rápido de lo que Claudine baja el libro.

¿Pagarme qué?, pregunta Vla, haciéndola volver.

Bueno, regresa Tor: Si tuviera dinero te encargaría una pieza para mi nueva exposición porque, imagínate el cuarto central que viste

ayer, con la pecera. Incluso cuando ya tenga un pulpo adentro, la verdad es que es posible que el pulpo pase largos ratos escondido.

Ah, dice Vla.

Sí, dice Tor: Son tímidos. Y no hay nada que podamos hacer si decide esconderse, sería cruel no darle dónde esconderse, pero cada vez que lo haga el espacio principal quedará, básicamente, vacío. Y el público podría desilusionarse. Estuve pensando en cómo llenar el espacio de algo interesante sin quitarle protagonismo a la pecera. Y la respuesta es, creo: con música. No puede ser cualquier música de elevador, tiene que ser algo genuinamente interesante. Y siempre me ha encantado tu trabajo, es oscuro y complejo y fluido, muy como un pulpo, ¿alguna vez has visto un pulpo, Vla?

Sólo en plato, admite Vladislav: Espolvoreado con paprika.

Mais non, dice Claudine: Vimos pulpos en el acuario de La Rochelle, ¿no te acuerdas?

Sí, dice Vla con un tono que significa lo contrario. Sigue: Me encantaría componer algo para ti, Tor, no tienes que pagarme. A mi manager no le va a gustar la idea pero puedo convencerla a base de cosquillas, dice y mete los dedos en la axila de Claudine.

Claudine atrapa la mano de Vla y le dice: Antes de aceptar deberías ponerle algo de tu trabajo reciente a Tor. Lo dice en su tono sabio e incuestionable, el mismo que usa para sugerirle que cargue la mochila enfrente cuando toman el metro, a Andreas que haga estiramientos para su molestia en la cadera, y a Tor que acepte la herencia para su propósito más loable: un tono que implica que sería una estupidez no hacerle caso.

Claudine tiene razón, dice Vla: Porque ya no soy oscuro, para nada.

¿Qué eres ahora?, pregunta Tor.

Pop, dice Claudine, y Vladislav se clava la armónica en el pecho como un cuchillo, y se deja caer muerto sobre las rodillas de ella. Claudine sonríe, y se corrige: Tal vez no pop pero si más… ¿qué es algo que hará sentido para Tor, Vla? ¿Más pastel? ¡Más turquesa!

Soy más ligero, dice Vladislav: Desde que aprendí sobre la sa-bro-su-raaah.

La sonrisa de Claudine se evapora, baja el libro y el marcador y saca una bolsa de cuero de su otra bolsa de cuero.

Ponme algo, dice Tor, viendo cómo Claudine extrae un paquete de tabaco, otro de filtros y empieza a hacerse un cigarro, con los brazos sostenidos en diagonal para no dejar caer tabaco en la cara de Vla, pero todo sin mirarlo.

La sabrosura, repite Vla, esta vez como una sola palabra y no como una colección de sílabas comestibles: Te cambia de adentro para afuera. Entonces es normal que mi trabajo también cambiara. Porque cuando logras reconectar con los genes de la sabrosura, todo, adentro y afuera, se vuelve más seductor, el modo en que miras el mundo se transforma. Lo ves todo distinto. Lo recibes distinto. Y entonces también lo que ofreces cambia. Como tú sabes mejor que nadie, Tor, el trabajo artístico es inseparable, o debería ser inseparable, de nuestra sensualidad.

Tor nota que mientras más habla y más se relaja Vla, más se tensa Claudine. Cuando su cigarro está listo, ella se para de golpe y la cabeza de él cae al sofá. Ella camina hacia el balcón y él se queda acostado, acariciándose la panza con la punta de su barba trenzada mientras habla y habla. Para de hablar sólo porque Andreas, que había salido para comprar comida y los periódicos del domingo,

irrumpe en el departamento cargando bolsas. Las deja en la barra, se lava las manos, llena una canasta con pan dulce, se regresa por un rollo de toallas de papel, y luego empieza a repartir pan dulce por la sala y el balcón. Cuando vuelve a entrar, se para en el centro de todo y con su voz grave, imposible de ignorar, le pregunta a nadie en particular: ¿Por qué sesenta y cuatro?

Todos lo oyen pero todos parecen, de pronto, más interesados en su pan dulce. Es una pregunta obvia, y también justa, pero Tor se da cuenta en ese instante que nadie más la ha hecho desde que Claudine les leyó el testamento, hace dos días, en este mismo espacio. Después de varias horas de confesiones y kleenex y todo tipo de bebidas, cuando Andreas se había recuperado, o por lo menos recuperado a medias, del shock de la muerte de Philip y del shock del matrimonio de Philip y Tor, Claudine había sacado el documento. Tor se rindió a los dos párrafos de un francés incomprensible, y Claudine lo tradujo para todos: el testamento es como uno de esos libros de Elige tu propia aventura. Se tiene que tomar una decisión. La tiene que tomar la heredera, la viuda: Tor.

Opción A, explicó Claudine: El dinero es tuyo pero lo puedes utilizar única y exclusivamente para planear, construir, montar, o de cualquier modo financiar tu museo.

¿Cuál museo?

Claudine, leyendo en voz alta y señalando el párrafo exacto, con su uña perfectamente manicureada, dijo: El Museo Internacional del Color.

Al oír eso, Tor se quedó tan quieta y tan callada, que incluso Andreas, diciendo Mein Gott bajito una y otra vez, y Vladislav, que se

había tapado la boca con ambas manos, parecían más afectados que ella.

Te prometí que te iba a cuidar, dijo Claudine, tomándole una mano a Tor. Pero Tor se descongeló lo suficiente como para quitar su mano, y dijo que no con la cabeza, y pidió escuchar la opción B.

La opción B… dijo Claudine, recuperando su mano sin mostrarse ofendida: La opción B es que puedes gastarte el dinero en lo que quieras…

¿Eh?, dijo Vladislav.

…en cuanto cumplas sesenta y cuatro años, terminó Claudine.

¡No!, dijo Vla con un gesto perfectamente operático. En ese instante, Tor sintió más sorpresa ante su reacción que ante las opciones A y B.

¿De verdad no sabías?, le preguntó a Vladislav, y luego a Claudine: ¿No le habías contado?

Claudine simplemente frunció los labios y empujó hacia enfrente la barbilla, en el gesto francés que significa: Qué pregunta tan estúpida. Dijo: Soy la abogada de Philip, allô? ¿Confidencialidad?

¿Sigues siendo su abogada, técnicamente, si está muerto?, preguntó Andreas, pero nadie le hizo caso.

¡Pero Vla es tu esposo!, dijo Tor, ignorando sus sumamente recientes discursos sobre lo insignificante que es el matrimonio. En cuanto lo dijo recordó a la contradictoria de su madre, que produjo dos hijas sin casarse pero que siempre soñó con verlas casarse a ellas, enamoradas y vestidas de blanco. Tor se corrigió: ¡Es tu compañero! ¡Y nos conoce a todos! ¡Y seguro que éste es el testamento más raro de tu carrera!

Y así fue como la conversación se desvió hacia qué significa «confidencialidad». Qué significa en Francia, en Alemania, en México. Qué implica confiar y qué constituye un exceso de confianza. Claudine insiste en que cualquier persona debería compartir absolutamente todo con su abogado, pero no con sus amantes. Para conservar el misterio, es su argumento. Vladislav no está de acuerdo, porque él le cuenta todo de todo a Claudine. A lo cual ella contestó: Porque tú no tienes amigos. Y así siguieron. Por días. Tor lleva tres días desviando la conversación con cierta facilidad. Todo es más difícil en las noches, con Andreas dándole la espalda. Andreas por lo menos sí logra conciliar el sueño, tiene la conciencia limpia. Ella, en cambio, no está pudiendo dormir bien. Se pone furiosa en medio de la noche. Cuando estaban juntos, Philip solía moldearla como plastilina. Y ahora que está muerto sigue haciéndolo. La hace enojarse, sobre todo, consigo misma. Siempre se dejó de todo con él, nunca supo ponerle un hasta aquí. Se sale al balcón a las tres de la mañana, sólo las palmeras la ven. Trata de pensar, de mirar hacia adelante en vez de para atrás. De sopesar la opción A con la misma energía que la B. Va a esperar, decide. Va a aceptar el regalo de Philip como una inesperada pensión para su jubilación, nada más. Claudine dice que el dinero está bien invertido, que si lo deja ahí, marinando en la bolsa, le dará seguridad en su vejez.

Ninguno de los otros tres, ni siquiera Claudine, o no abiertamente, ha tratado de convencerla de tomar la opción B. Pero Tor igual siente que la juzgan. Porque desde que la conocen habla y habla de cómo y cuánto debería existir un museo dedicado al color… y ahora

que puede hacerlo realidad, ¿se va a conformar con una galería medio moribunda?

Sí.

Moribunda o no, es su galería. Su responsabilidad. Aunque, por otra parte, Tor está tan agotada de mantener Rosa Mexicano a flote, que le cuesta pensar claro. Sola en el balcón en medio de la noche, pasa horas chapoteando —sin ahogarse pero sin avanzar— en la disyuntiva. Encuentra difícil recordar qué era lo que amaba tanto de los museos, e igualmente difícil reconectar con el impulso feroz que la llevó a fundar la galería. Un museo es una obra faraónica, pero desde donde está parada pareciera la salida fácil. No, no está pensando claro: no hay nada fácil en un museo y ella lo sabe. Es francamente vergonzoso, casi un sacrilegio, que lo que más le apetece de la opción museo, en este momento, es la posibilidad de mostrarle al público obras de arte sin tener que intentar vendérselas. Y ésa no es una razón para aceptar el reto. ¿O sí?

Grandes nociones y palabras cargadas —tales como sacrificio, deber, misión, implicaciones éticas, género, las siempre elusivas nociones de valor y de valía— han abundado en las conversaciones entre los cuatro cada vez que regresan (y siempre terminan por regresar) al tema del testamento. Así que en medio de tanta actividad cerebral y discusiones engrandecidas, a nadie se le había ocurrido esta pregunta tan básica, hasta que Andreas la sirvió junto con el pan: ¿Por qué a los sesenta y cuatro?

Las preguntas de Andreas con frecuencia son así: vampíricas en su simplicidad, directo a la yugular del asunto. Tor culpa a los adolescentes. Toda su vida adulta, Andreas ha sido profesor de física

en secundaria. Y su mantra en el salón es que no hay preguntas tontas.

A veces, sus preguntas como de niño vuelven loca a Tor. Como la vez que rentaron un coche para ir a Acapulco y no habían ni salido de la Ciudad de México cuando un policía los paró sin razón, y Tor no encontró su licencia en la cartera, así que de pronto había una buena razón, y entonces Tor le dio unos billetes al policía, para que los dejara pasar de ahí hasta la caseta. Ni bien arrancaron, Andreas la atacó con preguntas: ¿Cuánto dinero dio y por qué? ¿Cómo iba a ser posible para el policía asegurarles el paso? ¿Cómo podía quejarse de, y al mismo tiempo participar en, la corrupción? ¿Cómo hacía para distinguir entre el bien y el mal? Y siguió así hasta que Tor orilló el coche y le dijo que se bajara si tanto le disgustaban sus métodos de salvar las vacaciones, y cuando se bajó se puso a gritarle por la ventana que se metiera, que si estaba pendejo o qué chingados; y desde la orilla de la carretera él le gritó a ella: ¿Cómo puedes enojarte tanto conmigo sólo por haber hecho lo que me dijiste que hiciera?

La fuerza de las preguntas de Andreas yace precisamente en su simplicidad. Como la vez que le preguntó a Nayeli dónde creció, y ella contestó: Oaxaca. Y Tor se llenó de sorpresa y de vergüenza porque aunque ve a Nayeli a diario nunca se le había ocurrido preguntarle eso. Oaxaca es territorio común, una tregua entre vecinas: Tor piensa que Oaxaca es el lugar más fascinante del planeta, y Nayeli está de acuerdo, hasta cierto punto.

A veces las preguntas de Andreas son simplemente La Pregunta que todos tienen pero que nadie más se atreve a formular. Por ejemplo: fue él quien finalmente preguntó por el cuadro del pulpo.

Tor le había dado vueltas al asunto, preguntando cosas más generales sobre La Fourche, el departamento donde todos se conocieron y donde Vladislav y Claudine aún viven. Aunque, dijeron, ahora también lo rentan. Porque ahora que Vladislav dejó de dar clases (porque no hay suficiente sabrosura en el conservatorio) y que los precios de todo siguen subiendo en París (al modo, especificó Claudine, en que sube una nube de hongo) necesitaban una entrada más estable. Así que de vez en cuando se van a la casa de la mamá de Claudine unos días, y le rentan La Fourche a alguna pareja de turistas. Pero cuando lo hacen, lo único que encierran bajo llave es el cuadro del pulpo. Ambos explicaron todo esto llenos de efusividad, casi como ofendidos. ¡Claro que aún tienen el pulpo! Jamás lo venderían. Entre otros, Philip había intentado comprárselo cada vez que los visitaba, pero ellos jamás cedieron. El léxico de la propiedad está claro: el cuadro les pertenece. Y, escuchándolos sin opinar, Tor se dio cuenta de que está de acuerdo. Tor pintó el pulpo para Mana, Mana lo colgó en la casa de ellos: fin.

Las preguntas de Tor no son malas. Tiene sus categorías fuertes. Sus preguntas de arte son perfectas: logra preguntar sobre una pieza sin que el artista se ponga a la defensiva, o recurra a un discurso precocido y/o demasiado abstracto. Y con sus seres queridos, que puede contar en los dedos de una mano, Tor es bastante buena haciendo preguntas íntimas, del tipo que requiere una mezcla de tacto y de falta de tacto, un equilibro que Andreas, por ejemplo, nunca lograría sostener. Cuando se quedó a solas con Claudine en la segunda noche de su visita, Tor la interrogó, sin incomodarla, sobre su deseo sexual en esta época de su vida. En el pasado era una leyenda, una broma entre amigos, un hecho sabido

por todos en La Fourche, que Claudine y Vla tenían una vida sexual muy activa. Pero Tor no le pregunta de frente, lo hace en una espiral, empezando en la suburbia de la cuestión: hablando primero de ella misma.

Después de sólo dos años viviendo con Andreas, Tor dijo, el sexo ha cambiado. Aún lo disfruta pero la intensidad, la urgencia, ya no son lo mismo

Bien sûr, dijo Claudine sin darle importancia: Y seguirá cambiando, y la sequía será más seca pero las cimas pueden ser más altas.

Hablas de la libido como si fuera una montaña rusa, dijo Tor.

Ahí Claudine se soltó sola: por primera vez en sus dos décadas juntos, la libido de ella es más baja que la de Vla. Cumplieron cincuenta años y, de pronto, los roles se invirtieron: él quiere coger más (él lo llama «conectar» pero Claudine llama a las cosas por su nombre) justo cuando ella está experimentando sequía vaginal y bochornos diabólicos.

Interesante, dijo Tor: Pero el cambio de roles, ¿se debe a tu menopausia o a su descubrimiento de la sabrosura?

Los dos, dijo Claudine: Más la novia cubana.

Tor abrió la boca muy grande pero Claudine la silenció con una de esas trompetillas francesas que le restan importancia a cualquier cosa. Y sentenció: No seas ingenua, poulette, nadie se moviliza tanto sólo por abstracciones, ni siquiera los compositores clásicos contemporáneos.

Tor preguntó más cosas: ¿cómo le sienta eso de la novia? ¿No se siente traicionada, rechazada? ¿O es algo que siempre han hecho? ¿Ella también ha tenido amantes en sus dos décadas con Vla? ¿Y Vla lo sabe?

Claudine contestó una sola cosa: Es como decía tu madre, Tor, tenemos una vida privada, una vida pública, y una vida secreta.

No puedo creer que te acuerdes de eso, dijo Tor, conmovida: ¿Yo te lo enseñé o fue Mana?

No sé, dijo Claudine, una rara ola de tristeza nublándole el rostro.

¿Cómo está tu mamá?, preguntó Tor, sobre todo para no ponerse a hablar de Mana. Pero tras un buen rato recibiendo noticias de familiares de Claudine que en realidad no recordaba, Tor soltó de pronto: Todos estos años pensaba que me habías robado.

Los abogados estamos acostumbrados a la desconfianza, dijo Claudine: Pero de todos modos, ouch.

Creo que no podía enfrentar lo que estabas haciendo con mi trabajo.

Salvé tu trabajo de tus vaivenes, Tor. Yo vivo con Vla y conozco a suficientes artistas para saber cómo es: un día aman su obra, al día siguiente la odian, un día están furiosos de que no se venda bien y al día siguiente la regalan como si fuera un pañuelo usado. Cuidar tu trabajo ha sido el trabajo de mi vida.

En ese momento Tor experimentó la nítida, no del todo desagradable sensación, de tener que cavar muy hondo dentro de ella antes de poder decir, en voz alta: Gracias.

That's alright, dijo Claudine, en una perfecta imitación de Philip excepto por la erre francesa.

Ahora que Tor había llegado al fondo, podía extraer más cosas, podía sacar oro. Dijo: No sé por qué me cuesta tanto trabajo aceptar ayuda.

¿Sabes qué te enseñaría a delegar?, dijo Claudine: ¡Hacer un museo!

Tor se rio pero estaba demasiado lejos en su autoexcavación profunda como para dejar de abrirse, así que siguió: Es como que una parte de mí siempre está segura de que puedo hacerlo todo sola, y hasta de que puedo hacerlo mejor que los demás, lo cual es, no sólo una estupidez, sino también una receta para la bancarrota.

Entiendo, dijo Claudine: En ese sentido no eres el artista típico sino que eres más como un burro de carga.

Andreas dice que soy workaholic.

También cierto, pero ¿sabes como Vla saca todas sus ideas de la meditación, de no moverse? Tú sacas tus ideas de hacer realidad proyectos imposibles. Tu forma de meditación es resolver problemas. Tu talento es ser tan terca. Un burro.

También cierto, copió Tor sin ironía. Y sumó: Siento que acabas de ahorrarme años de terapia.

Hay un dicho senegalés que me encanta, dijo Claudine y pausó un momento para traducir en su cabeza: Después de pegarle mucho a la leche —dijo golpeando la palma de una mano con la otra— se obtiene mantequilla.

A Vladislav, Tor le ha estado haciendo preguntas menos íntimas, nunca fueron demasiado cercanos. Pero siempre se ha sentido cómoda con él y en un tour del Museo Nacional de Antropología —que Tor considera su alma máter e insiste en que sea la primera parada en cualquier visita a la Ciudad de México— terminaron pasando un rato solos en el patio. Tor le había explicado esa mañana que en el patio hay una escultura que ama, hecha por su mentor, Iker Larrauri. Se llama Sol de Viento, y es un inmenso caracol de bronce, con una serie de bocinas escondidas. Todos los días a medio día emite sonidos de instrumentos de viento prehispánicos. Vla

declaró que eso no se lo podía perder, pero que no confiaba en la puntualidad mexicana, así que se fue a sentar junto al caracol desde las once y media. Claudine hizo caras de exasperación y anunció que se iba al café a tomar una Coca-Cola. Mientras esperaban junto al caracol, Tor le contó a Vla diversas anécdotas sobre su infancia, transcurrida en gran parte en ese mismo patio. Vla escuchó concentrado, con la cara levantada al sol. Le preguntó muchas cosas, sin abrir los ojos, sobre el trabajo de su mamá y, luego, sobre el de ella cuando era jovencita y le daban un sueldo bajo el agua, por hacer de todo. Fue la mejor escuela, dijo Tor, y le vino un recuerdo visceral, inconfundible, de hasta qué punto el museo había sido importante en su formación. Si no hubiera hecho tanto pinche calor, tal vez se hubiera emocionado hasta las lágrimas. Pero sólo dijo: Nos vamos a tatemar, ¿tú te pusiste bloqueador?

Yo no uso bloqueador, dijo Vla: Irrita mucho a Claudine pero yo no puedo creer en él porque huele a coco falso, a turista americano. Abrió sólo un ojo en un guiño pausado: Supongo que por eso lo hago, dijo: Para molestar a Claudine. La misma razón por la cual ella bebe Coca-Cola, para molestarme a mí. ¿Se te ocurre alguna otra razón por la que alguien podría meterse esa mierda en el cuerpo? ¿Sabes cómo le dicen los cubanos a la Coca-Cola? ¡Las aguas negras del capitalismo!

Tor no tenía ganas de oír ni una palabra más sobre la sabrosura, pero el tema de irritar a tu pareja no lo iba a dejar pasar. Le contó a Vla sobre La Irritación con I mayúscula que siente a veces por Andreas. Describiéndolo, se sintió tonta y también liberada. Vladislav fue generoso, sin abrir los ojos le aseguró que La Irritación era

Normal con N mayúscula. Le sorprendía solamente la sorpresa de ella: ¿no le irritaba igual Philip?

Muchísimo más, dijo Tor: Pero de manera distinta. Philip estaba siempre pegado a mí, mientras que a Andreas me pasé una década idealizándolo de lejos. Descubrir sus defectos se siente como caerme desde muy alto, desde una pared que construí yo sola, a base de fantasías.

Yo creo que es muy buena noticia, concluyó Vladislav: Quiere decir que es real su relación, es de las buenas. Tuvieron los inicios más irreales posibles, pero ahora…

Vla se detuvo a media frase al escuchar un tintineo. Tan sutil, al principio, que era difícil saber si el espectáculo había comenzado o no. Tor miró su reloj: las doce en punto. Le dio escalofríos, ese inicio tenue, esa apertura que te toma como por sorpresa aún cuando llevas media hora esperándola. Vla no volvió a abrir los ojos hasta que la música terminó. Para ese entonces, Tor ya estaba bebiendo Coca-Cola con Claudine en el café.

¡No lo sé!, contesta por fin Claudine, regresando del balcón.

Le gustan los Beatles, dice Vladislav, su barba llena de azúcar. Mira para abajo pero no se sacude, sólo dice: Le gustaban, a Philip le gustaban los Beatles.

Cuando vivíamos juntos le impuse una regla, dice Andreas: Podía poner a los Beatles un máximo de veinte minutos al día. La respetaba siempre y cuando yo me acordara de poner el cronómetro. No puedo creer que está muerto, dice sin pausa entre una idea y otra, de modo que la pausa aparece tarde, dura unos segundos, y él se queda habitándola, de pie, en medio de la sala, con su café en una mano y las toallas de papel en la otra, y una ola

de emoción que le impide dar el siguiente trago. Luego mueve los hombros arriba y abajo, arriba y abajo. Dice: ¿Se acuerdan cómo hacía así, así al caminar?

Caminaba como pelota rebotando, dice Claudine, volvía loco a Vla.

Por eso tú lo llevaste al altar y no yo, contesta Vla.

Tor interviene: No creo que puedas llamar altar a esa oficina marrón y deprimente. Mira a Andreas, pero la referencia a la boda parece no haberle llegado, o no lo suficiente como para lastimarlo: parece más interesado en los gráciles dedos de Vladimir desarmando la concha como si fuera un entomólogo diseccionando un escarabajo. Pero ella también, nota Tor, ella también mira a Andreas como doctora, buscando síntomas: ¿esto duele? ¿Y esto?

Andreas pregunta: ¿Tor tiene derecho a casarse otra vez?

¿Por qué me preguntas a mí?, dice Vla, así que Andreas se gira hacia Claudine.

En France, Claudine responde cual abogada autómata: Toute personne ayant perdu son conjoint a le droit de se remarier.

¿Qué?, pregunta Tor, su francés demasiado oxidado como para entender a alguien que no pausa entre palabras.

Quien quiera que pierde a su compañero puede volverse a casar, dice Claudine.

¿Pierde a su compañero?, repite Tor, maravillada con los eufemismos sensibles de la ley francesa.

Pero antes tienes que resolver lo del testamento, dice Claudine, y luego emite un ruidito atípico, casi un lloriqueo: ¡Por favor, no me gustan los cabos sueltos!

A nadie le gustan los cabos sueltos, dice Tor. Luego trata de suavizar el tono haciéndose sonar digna pero un poco víctima, como

cegada por el privilegio, exactamente como se imagina a la ley francesa: con un pezón picudo asomándose de la toga, el cuello largo, los ojos tapados con un trapo, y pregunta: ¿Tengo una fecha límite para la decisión?

Wishbone, dice Vla.

¿Qué?, dice Tor.

No lo pienses como una decisión sino como una disyuntiva en tu camino. ¿Seguro que tu corazón te está jalando hacia un camino más que hacia otro?

Uno es camino, dice Tor, pero el otro es como una carretera de doce carriles, con un precipicio al lado y con…

¡Compositores sordos!, grita Claudine.

Todos se ríen menos Vla, que tiene cara de confusión. O tal vez se ofendió, dado que él es el único compositor en el cuarto. Claudine le explica la expresión y sus orígenes y de nuevo Tor se conmueve de ver que su amiga no olvidó nada: ni las categorías de privacidad de su madre, ni la original respuesta de su hermana frente a las malas excusas.

Mientras cuentan entre todos la historia de cómo Mana le regaló a Tor su primer estudio, una tristeza vieja, pacificadora, los envuelve. Los une. La ausencia de Mana fue siempre el lazo más fuerte entre ellos: lo que los hizo una familia.

Andreas debe de sentirlo también, porque sin soltar ni el café ni la canasta de pan, con el rollo de toallas de papel todavía bajo la axila, se gira hacia Tor y le pregunta: ¿Te casarías conmigo?

Y

Parecen los Reyes Magos, dice Violeta.

Tor se ríe. La niña tiene razón. Con un mínimo de utilería sus amigos perfectamente podrían pasar por los tres Reyes Magos. Hasta traen ya incluidas partes del disfraz: la barba del rubio, el turbante de la negra, la altura del alto. Caminan en fila con Pantera al frente, Vla, Andreas y Claudine siguiéndolo en fila y, hasta atrás, Tor y Violeta van de la mano.

Es la primera vez que Tor toma de la mano a un niño. Le sorprende lo seguro del agarre, que le ayuda a sentirse firme, casi enraizada, aun mientras caminan por el mercado. De pronto Tor comprende el atractivo, que nunca antes entendió, de ir para todos lados con una persona pequeña adosada al costado, como una especie de sidecar. Ella siempre ha imaginado el acto de cuidar a un niño como un flujo unilateral, en el que das das das hasta vaciarte. No sabe si esta idea de sacrificio total le viene del catolicismo o más bien de los pulpos, pero sabe que nunca antes se le ocurrió que podía fluir de regreso. Esto que siente de la mano de Violeta, no sólo que la hizo reír cuando está nerviosa sino algo también físico, algo que empieza donde se juntan las palmas y le sube por el brazo y se le expande por todo el cuerpo: una corriente de energía silenciosa, estable, dorada.

Todo alrededor de esa pequeña burbuja luminosa que forman caminando las dos juntas pulsa. El exceso de colores, olores y sonidos les impide conversar. Una cacofonía de cantos, éxitos musicales, regateos, merolicos describiendo un único remedio milagroso capaz de curar síntomas de toda índole. Cuerpos. Cuerpos rozándose, cuerpos evitando rozarse. Tantos estímulos que casi se anulan entre sí, casi entumecen. El mundo reducido a un mosaico de

toldos de plástico de colores, no muy distintos a las tiendas de telas por las que ella y Claudine solían caminar hace años, buscando algodón, wax, significado, rincones donde pasar el duelo, retazos que pudieran devolver algo de color a sus espíritus jóvenes y rotos. Claudine tampoco tuvo hijos, y Tor se pregunta ahora si ella sabrá de esta aura constante que puede irradiar un niño por la mano, y también se pregunta si su decisión de no tener hijos tiene algo que ver con la pérdida de Mana. Hay tantas cosas que Tor nunca le dijo ni le preguntó a Claudine, y de repente se llena de remordimiento, por la facilidad con la que dejó ir esa amistad. Y se llena de vergüenza, también. Ha sido francamente injusta con Claudine. La respeta; debe hacérselo saber antes de que se vaya. Por ahora, choca contra ella, cuando Pantera se detiene sin previo aviso, provocando una carambola.

Pantera indica con la mano que van a girar. Debe de ser un error porque está señalando hacia un callejón sin salida. Pero luego mete la mano entre dos toldos que parecían uno solo, creando una abertura en forma de óvalo en la pared de mentiras. Una entrada. O una salida. Una suerte de puerta por la que, uno por uno, el grupo va pasando: agachándose, dando un paso afuera y luego deteniendo la abertura para el siguiente. Cuando Tor se desdobla del otro lado, se encuentra en una calle angosta. O una calle normal, pues, pero que con el mercado encima ha quedado convertida en un callejón misterioso. Mira el pavimento alrededor de sus pies: normalmente por aquí pasan los coches. No debería sorprenderle, así es como funcionan los mercados sobre ruedas: aparecen, venden, tragan, desaparecen. No le sorprende pero le inyecta un miedo mudo. Suda frío, aprieta la mano de la niña. El corazón le da brincos anormales

aunque todos siguen caminando en fila, como si nada. Ahora tienen de un lado los toldos y del otro las fachadas de pequeñas casas cerradas. Ya no ven el mercado pero siguen oyéndolo y por alguna razón a Tor esto le parece aún más amenazador. ¿Por qué Pantera los llevó a la parte de atrás? ¿Será una trampa? Tor mira a sus amigos, siguiendo a este desconocido en total confianza. Mira a Violeta de reojo y la encuentra con el ceño fruncido. ¿Es porque ahora están caminando bajo el sol o es porque está preocupada? ¿Será que la niña es más bien su guardaespaldas? La tensión vira al pánico, la respiración se le dificulta. La última vez que Tor vio a su hermana, Mana tenía una mochila colgando del hombro: para ir al mercado sobre ruedas a comprar. La policía usó la mochila para descalificar las declaraciones. Si se llevó una mochila es porque planeaba no volver, dijeron.

Pero Tor sabía que la mochila estaba vacía y sabía que a su hermana se la llevaron. Y para no pensar en qué o cómo o quién exactamente se la llevó, Tor se ha construido una imagen borrosa: que fue el mercado quien se la tragó. En un buen día: que fue el color del mercado. Fue el color que se la llevó.

Pero en un mal día, Tor se la imagina en una calle justo como ésta: reducida a callejón por los toldos. Una calle llena de ruido pero vacía de gente: el tras bambalinas del mercado. Las fachadas indiferentes, esperando pacientemente que pase el sábado y puedan volver a ver a sus vecinas del otro lado. Y se imagina un brazo o más, jalando a su hermana para siempre en cualquier umbral, hacia adentro de quien sabe qué infierno.

¿Estás bien?, pregunta Violeta.

Tor cae en cuenta de la presión que está ejerciendo en su manita: la debe de estar lastimando. La suelta, se disculpa. Mira sus propias manos y se da cuenta de que está temblando. Intenta sonreír pero también el rostro le tiembla. Hay un vendedor fumando atrás de su puesto y saluda efusivamente a Pantera. ¿Un conocido o un cómplice? Estás paranoica, se dice.

Tor busca con los ojos algo a lo que agarrarse. Los entrecierra y obliga a su mirada a saltar de un color a otro, nombrándolos. Va del azul eléctrico del turbante de Claudine al plateado de la punta de los tenis de Violeta, al verde botella de una pared a su derecha, al azul cielo cuando por fin dejan atrás el mercado y están otra vez en una calle normal, completa, al amarillo de la banqueta, al rosa chicle de una camioneta Volkswagen. Pantera se frena afuera de esta última, y los demás evitan otra carambola. Luego abre la puerta corrediza y hace un gesto de invitarlos a entrar.

¿En serio?, pregunta Tor, el miedo aflojando las riendas. En realidad, no hay ninguna razón por la que no pudieran secuestrarlos en una camioneta rosa, nomás le parece poco probable y, conforme sus amigos se van subiendo, en vez de angustiarse más, por fin se relaja un poco.

Mi mamá tenía un nombre para este color, dice Tor: Rosa-chíngame-la-retina.

Pantera susurra: Dejé que Violeta escogiera…

Tor acepta que confía en este hombre y camina hacia el frente de la camioneta. Pantera se sube al volante y ella de copiloto. Cierra su puerta y se gira para apreciar la parte de atrás: más casa que coche. Hay una hielera de plástico azul haciendo las veces de mesa de centro y, a su alrededor, un puf rojo y una banca plegable. Los reyes

magos acomodándose en la sala/zoológico. Hay pájaros en jaulas, conejos en cajas, tambos de croquetas. Tor nota que no hay vidrio en las ventanas, sólo reja. La camioneta misma es una jaula. De todos modos el aire no fluye lo suficiente para la cantidad de fauna. Pero fuera de eso: impresionante. Claramente Pantera ha puesto mucho esfuerzo para que estén cómodas todas las especies.

¿Les ofrezco algo de tomar?, pregunta Violeta, ya sirviendo Pepsi tibia en vasitos de plástico.

La omnipresencia de alambres negros intriga a Tor. Es un poco como mirar al cielo en la ciudad y encontrar ese enredo de cables que unen un poste a otro. Luego lo entiende: si la camioneta avanza, los alambres impedirán que las cosas caigan. En una esquina hay una pecera con una boa dormida. Está cubierta de forma precaria con un pedazo de triplay que parece hacer las veces de bar. Encima, Violeta juega a la cantinera. Todos le dan las gracias cuando les entrega un vaso. Incluso Vladislav, sentado con las piernas cruzadas sobre el puf y en contra de sus principios, da un sorbo. Tor no puede evitar sonreír. Es como si todos estuvieran jugando a la casita de muñecas. Claudine se abanica la cara con un extremo suelto de su turbante. Vladislav cierra los ojos. El calor es seco y denso, el olor espantoso.

Bueno, dice Tor: ¿Dónde está?

Pantera tamborilea los dedos en una cajita de unicel que sacó de quién sabe dónde mientras los demás bebían Pepsi. Es más pequeña que una caja de zapatos y el corazón de Tor se encoge. Su cabeza contribuye: Esto es lo que pasa en cautiverio, los animales se reducen al tamaño de su jaula. Seguro que fuera de su pecera, esa boa se vería mucho más grande. Y eso pasará también con el pulpo,

se expandirá para llenar la pecera que han estado curando en la galería, mucho más grande que una caja de zapatos.

¿Ahí lo tienes?, pregunta Andreas, su cabeza apareciendo entre las de Tor y Pantera.

Pantera asiente y, al igual que con el pulpo anterior, de la caja de unicel sale una bolsa con agua. Pero ésta no está ennegrecida por la tinta. Está algo peor. A Tor se le contrae la quijada: no debió confiar en este hombre. La bolsa está vacía.

Pantera, no obstante, tiene una sonrisa enorme que a Tor le provoca un escalofrío en las cervicales. ¿En qué se metió? ¿Es un estafador nomás o algo más grave? ¿Un psicópata? Parece loco de atar cuando dice, sobre la bolsa: ¿No es divino?

Las cabezas de todos están asomándose a la parte de enfrente y, tras inspeccionar la bolsa, Claudine dice: Cool.

Cómo que cool, piensa Tor.

Muy, dice Andreas: Muy cool.

Tor mira hacia atrás, tratando de encontrar a algún cuerdo que le confirme la locura de todos, pero Violeta está acariciando un conejo y Vladislav parece estar meditando.

Tor le arrebata la bolsa a Pantera y se la coloca frente a la cara. Entrecierra los ojos. No ve nada. Coloca una mano detrás de la bolsa y no ve nada. Hasta que ve todo. Todo. Cada órgano, cada tentáculo. Lo único que no puede ver es la piel. Es como uno de esos dibujos en tercera dimensión que le gustaban tanto de niña, donde tenías que hacer algo con los ojos, no tanto una gimnasia como un relajamiento, un expandirse en la superficie del papel hasta que de pronto lo veías todo. Y entonces era como que habías encontrado la llave. Podías ver, dejar de ver, volver a ver: a voluntad.

Esto es igual sólo que empiezas con una bolsa llena de agua y te enseñas a ver en ella un pulpo.

Los ojos saltones de Pantera aparecen del otro lado de la bolsa, como preguntando: ¿Te gusta?

¿Qué es esto?, pregunta Tor.

Bueno, empieza Pantera: Es que resulta que mi contacto en Florida me falló, y como mi lema es la satisfacción del cliente, fui con el Duende, a la que sólo acudo en ocasiones verdaderamente especiales.

3GSP, ¡tres grados de separación de Pantera!, dice Andreas, pero nadie le entiende, más que Tor, que lo ignora.

Es demasiado chiquito, dice Tor: No puede ser el centro de mi exposición.

¡Pero es transparente!, protesta Pantera: ¡Es perfecto para un museo del color!

Tor se defiende: Transparente no es un color y mi galería no es un museo.

Claudine, muy bajito, suma: Todavía…

Ok, concede Pantera: Pero este pulpo cambia cuando la luz cambia.

Todos los colores cambian cuando la luz cambia, dice Andreas.

¡Por eso!, dice Pantera.

Pero ¿va a crecer?, pregunta Tor.

Claro que va a crecer, dice Pantera: Es un cachorro. Es como con los hijos humanos, que parpadeas y ya hay que comprarles nuevos uniformes, ¿sabes?

No, dice Tor: Yo no tengo hijos.

Entonces el rostro de Pantera hace algo tan increíble como inesperado: como si su cachorro interior hubiera asomado la cabecita desde su madriguera y encontrado, justo afuera, una carnicería. Una mezcla de preocupación, curiosidad y desprecio paternal frente al espectáculo de una mujer sin hijos. Se nota cómo, sobre todo, quiere preguntar: Pero ¿por qué…? Pero se contiene. Mientras pasó todo eso por su cara, Andreas estuvo hablando de mamíferos, cachorros, moluscos, crías de pulpo, pero nadie le prestó atención.

Desde atrás, Violeta dice: Los brazos no.

¿No qué?, pregunta Tor.

No le van a crecer mucho.

Ah.

Sí, acepta Pantera: Es un pulpo de brazos cortos.

¿Un pulpo de brazos cortos?, pregunta Tor. Su desilusión se derrama, ocupa espacio, casi como si alguien más se hubiera subido a la camioneta.

Pantera sigue: Y si quieres que el cuerpo crezca, tienes que aprender a alimentarlo bien.

Claro, dice Tor: Como no he tenido que alimentar niños, ¿qué tal si mato de hambre al bicho? Está tratando de invocar otra ola de ese complejo y tierno Pantera que avistó antes, pero Pantera no muerde el anzuelo: está de regreso en su rol profesional, es un traficante de animales, pero un traficante muy profesional. Palpa sus mil bolsillos hasta dar con un botecito negro, de los que antes servían para guardar rollos de cámara. Lo deja sobre el tablero.

No se parece nada a alimentar niños, dice Pantera y luego, a Violeta: ¿Hija?

La niña estaba preparada, tal vez hasta lo ensayaron, porque al instante le entrega al padre un bote de yogur vacío y lavado, de un litro. Pantera se lo coloca entre las piernas y vacía en él los contenidos de la bolsa de plástico. El pulpo parece tieso un instante, y luego se arremolina, como explorando su nuevo hábitat. Hay un suspiro colectivo de asombro, o quizá nomás de alivio.

Pantera palpa de nuevo los bolsillos y extrae un gel de alcohol. Se limpia las manos y luego se lo pasa a Claudine. Uno por uno, todos se limpian las manos.

¿Qué tipo de pulpo es?, pregunta Andreas.

Y Tor pregunta: ¿Y cómo podemos creerte que es bebé? Tú mismo nos dijiste que no se puede fechar a un pulpo.

Éste es un bebé, asegura Pantera: Yo confío en Duende y ustedes pueden confiar en ella también.

¿Por qué?

¡Porque el duende es muy importante!, grita Vladislav desde su puf, haciendo su única contribución de la tarde: ¡El duende es como la versión flamenca de la sabrosura!

Ajá… dice Pantera: Y la mía es una bióloga marina especializada en camuflaje, tiene un laboratorio en la UNAM.

Esto de hecho sí le inspira confianza a Tor. Supone que al final del día es una snob más, fácilmente impresionada por credenciales académicas.

Es un Japetella diaphana, dice Pantera: Viven en el Golfo de México. Les gusta estar a mil metros de profundidad, del lado con luz.

Porque en la oscuridad… empieza Tor, pero se detiene cuando Pantera destapa y le coloca frente a la nariz el botecito negro. No

contiene un rollo de cámara. Huele a pescado. Tor hace una pinza entre dedo gordo e índice, y extrae un camarón diminuto deshidratado, o tal vez disecado. Su cuerpo translúcido y sus ojos negros saltones parecen familiares tanto del Japetella como de Pantera, pero nadie se confunde: éste es presa. Es la comida.

Pantera levanta el bote de yogur y Tor mete el camarón al agua. El pulpo se lo arrebata y se va con él al otro extremo del bote, muy como un perro llevándose su hueso para esconderlo. El contacto fue mínimo pero significativo. A la vez firme y resbaloso. Tor quiere sentirlo de nuevo, o más bien quiere que el pulpo la toque otra vez. Pero primero le ofrece a los demás un turno. Hasta Vla se para del puf por el suyo. Luego, sí, Tor toma el bote y mete los dedos, sin camarón. El pulpo la explora y luego se abraza entero a su dedo índice, como inspeccionándolo. No la está oliendo, no exactamente, pero podría decirse que la está probando. Sus ocho brazos están llenos de ventosas capaces de sentir de maneras que Tor es incapaz de entender de verdad, desde su cuerpo humano. Sabe que no debe sentirse halagada con el interés: la vida es aburrida dentro de un bote de yogur. La sensación es fría, pero no desagradable. De pronto, Tor saca la mano del bote, con todo y pulpo. Claudine suelta un gritito.

No pasa nada, dice Tor, inspeccionando ahora ella al pulpo: No es un pez, puede estar un rato fuera del agua.

Parece un cristal, dice Andreas: Una joya.

Cierto, dice Claudine: Parece tu anillo de compromiso ideal, poulette.

¿Te gusta para tu museo?, pregunta Violeta.

No es un museo, dice Andreas con su voz de maestro, como para frenar en seco el inicio de otra discusión más sobre el testamento que bien podría arruinar este hermoso momento.

Pero un día tal vez lo sea, dice Tor, mirando sólo a Violeta, pero notando, no hay manera de no notarlo, la energía que irradia la sonrisa repentina de Claudine, como si una criatura mítica hubiera abierto las alas.

Los interrumpe un teléfono. Tor mete el pulpo al agua, le da el bote a Andreas y saca su celular: está esperando la llamada de un distribuidor al que le pidió fiado para la inauguración. Pero ni bien lo saca se le frunce el ceño. Es Nayeli. Tor a veces la llama a ella, para hacerle un pedido, pero Nayeli nunca ha llamado a Tor. Se baja de la camioneta y le contesta.

Mientras Tor escucha los desvaríos urgentes y desordenados de su vecina, los demás se turnan para cargar al pulpo en un dedo y darle paseos por el aire, Vladimir orquestando con la armónica. Tor cuelga en una especie de niebla mental, y aunque le pesa interrumpir la feria improvisada, tiene que hacerlo. Se sube otra vez a la camioneta y su cara larga los silencia a todos.

Pantera, dice Tor, pálida: No tengo hijos. Pero la galería… es como mi bebé, ¿sabes? Tú amas tu puesto y tu camioneta rosa, ¿verdad? Sabes cómo es esto de tener un changarro propio, que levantaste desde cero, tienes que protegerlo, ¿no?

Claro, dice Pantera: Es la responsabilidad del emprendedor.

Exacto. Y ahora mismo necesito tu ayuda para proteger el mío, por favor.

¿Qué pasó?, pregunta Andreas poniéndole una mano en el hombro.

La temperatura de esa mano, la solidez de la presencia de Andreas, la aterrizan. Tor regresa, se enfoca, la niebla se disipa, entra en modo ejecutivo. En modo emergencia. Y no quita los ojos de los de Pantera: saltones y como de vaca, rebosantes de una benevolencia sabia detrás de sus lentes gruesos, mientras le dice: Mi bebé se cayó en un hoyo.

Y

Claudine. Vladislav. Andreas. Tor.

De la mano de Tor, Violeta. En la otra mano de Violeta, el bote de yogur.

En el bote de yogur, el Japetella diaphana.

Frente a todos, un socavón. Un hoyo increíblemente grande: treinta metros de profundidad, seis de diámetro. O así lo declararon los noticieros de la tarde, reservados para las tragedias de último minuto. Ya hasta le pusieron nombre: «El boquete de la Nápoles». Pero aunque uno quisiera creerles (y Tor no les cree, porque vio cómo lo midieron, con una piedra amarrada a una cuerda), las medidas no significan nada. Es difícil relacionar cualquier cifra con la imagen frente a ella. A Tor el socavón le parece un abismo sin fondo, una entrada al infierno: mitad advertencia, mitad tentación. Tan amenazante como invitador. O al menos una metáfora de algo, aunque no sabría decir exactamente de qué. Lo único que sabe es que tuvo suerte, su bebé no se cayó en el hoyo. La Galería sigue en pie. De milagro, al borde del precipicio, pero entera. Intacta. Y dentro de la Galería, al otro lado del socavón, está el tanque. Y en el

tanque está la bomba de oxígeno, sin la cual el pulpo de brazos cortos, muy pronto, va a asfixiarse.

También se salvaron la tienda de Nayeli y la casa de Guardaparques, cuyos dos perros, eso sí, se quedaron atrapados adentro. Guardaparques está que arde, desesperado por sacarlos de ahí y enconado contra el mundo. Hace media hora, Nayeli de plano lo agarró de la mano y se lo llevó quién sabe adónde, pero lejos, porque ya no se oyen sus quejidos. Sin su presencia justiciera hay menos alboroto, pero la mayoría de los curiosos está de acuerdo con él: la culpa la tiene la megaobra. A Tor no le interesa tanto echar culpas. Le interesa mucho más cómo clasificará el socavón su aseguradora. Tiene cobertura contra desastres naturales, pero… ¿esto qué es? A ella le parece un desastre más bien antinatural. Casi selectivo. Malintencionado. ¿O al revés? Es casi como si alguien lo hubiera trazado con precisión. Porque se tragó sólo la calle. El asfalto. Como si el mensajero del infierno hubiera recibido instrucciones claras de detenerse en las apenas visibles líneas amarillas de la banqueta. El socavón es de color chocolate amargo. El pavimento quedó perdido entre la tierra. Por aquí y por allá, se divisa un trozo, pero nada que recuerde la superficie plana que todos conocían y transitaban, la que estaba ahí hasta hace unas horas. El socavón es como el hermano oscuro de un mercado sobre ruedas: se tragó la calle, ¿qué más va a llevarse?

¿Cómo iba ese poema?, pregunta de pronto Tor: Ese que Philip recitaba a gritos… ¿algo de que el infierno era el cielo, o al revés? And in the lowest deep a lower deep threatens to devour me… ¿así era? Era el diablo que hablaba, cree recordar Tor, pero decide no

decirlo en voz alta, para no espantar a Violeta. También ha logrado no fumar cerca de ella en todas estas horas.

Vladislav, como queriendo encontrar sabrosura hasta en medio de una catástrofe, ha estado repartiendo cervezas que quién sabe de dónde obtiene Nayeli para venderle, en bolsas de plástico a rayas, apenas disimuladas. Como resultado, los amigos de Tor están platicadores y medio pedos, mirando el socavón como si fuera la alberca de su hotel.

Tor nota que si se queda mirando fijo el hueco, puede sentirse cerca del fondo, casi como si estuviera acostada boca abajo, con la panza en la tierra, como cuando de niña ella y Mana cavaban túneles en el jardín del museo cuando nadie las veía. A China. A California. A los antiguos incas del Perú. Así que, se le ocurre por primera vez ahora, décadas después, cada túnel conectaba no sólo lugares distantes sino también épocas diversas. Era, a la vez, puente y máquina de viajar en el tiempo.

El hechizo se rompe cuando levanta la vista. Los edificios sobrevivientes parecen atónitos, y la jacaranda, también salvada, aunque apenitas, con muchas de sus raíces expuestas, colgando por el borde del hoyo, le redimensiona la escala. Es un ilógico. Un desastre siniestro, insólito. Otro pico de susto e incredulidad la sacude. Una ola de terror callado, llegando a destiempo. ¡La Avenida del Parque! ¿Dónde quedó? ¿Adónde está todo eso de lo que estaba hecha, eso sobre lo que Tor tantas veces caminó? ¿Cómo pueden evaporarse tantas capas de materia así, de golpe? ¿Todo lo sólido se desvanece en el aire? Lo cierto es que la Avenida del Parque es una desaparecida. El poder del socavón está en el tamaño de su ausencia. Tor no cree en Dios, pero se imagina que es así como la

idea de Dios ejerce su violencia: por su tamaño. Por la monumentalidad del poder que le atribuimos.

¡Paradise Lost!, grita Tor.

¿Qué?, dice Violeta.

El poema que Philip recitaba, dice Tor, pero nadie le responde.

¿Quién es Philip?, pregunta Violeta.

Tor la mira, mira al pulpo, y se marea. Siente que va a tener que meter la cabeza entre las piernas o comer algo con azúcar. Después de traerlos a todos hasta acá, Pantera tuvo que regresar al mercado a levantar su puesto y dejó a Violeta a cargo del pulpo y a Tor a cargo de Violeta. Por un lado, Tor siente que no está a la altura, que debería ser Andreas el encargado. Pero, por otro, Tor no quiere soltar a la niña porque, en un giro inexplicable, siente que es la niña quien la está protegiendo. El pequeño pero firme apretón de la mano de Violeta, a la vez muleta y amuleto, la ha mantenido anclada a la realidad en un día completamente surrealista. Por eso mismo, Tor se ha quedado unos metros atrás de los demás, en la esquina donde termina el socavón. Sin beber ni fumar, casi sin hablar. Desde ahí ve su galería, al otro lado, en diagonal, y siente unos engranajes muy dentro de ella reacomodándose a su pesar. La puerta rosa brilla. Tor sabe que es porque el metal refleja la luz del farol de la esquina, el único farol que quedó en pie. Pero si entrecierras los ojos parece que la galería misma emite luz. Sola pero radiante. Tor entiende el mensaje cifrado. Sabe a despedida. El diablo se llevó la calle pero no la Galería. Eso va a tener que derribarlo ella solita.

Este es el fin, ensaya Tor en un susurro, de la Galería Rosa Mexicano.

¿Qué?, dice Violeta. Aunque, de nuevo, la niña no insiste en obtener respuesta. Así han estado comunicándose todos conforme avanza la tarde, preguntas abiertas como quien lanza piedritas a un canal, sin que nadie realmente conteste. Están sentados en fila, frente al cerco que improvisó la policía: una línea de conos naranjas llenos de arena. No hay espacio para hablarse de frente, así que la conversación va rebotando como en un partido de frontón. Y eso sólo cuando las máquinas se callan. Como ahora: una grúa que traía cubos plásticos enormes acaba de apagarse. El silencio que se abre se siente como aire fresco, un descanso, casi una primavera. Hasta se oye cantar a los pájaros.

Vla, dice Tor: ¿Cómo era eso que siempre dices, sobre los cierres?

Todo cierre es también una apertura, dice Vladislav.

Entonces ¿esto qué es? ¿Esta apertura? ¿Es un cierre?

Según la propiedad conmutativa de la multiplicación, dice Andreas, el orden de los factores no altera el producto.

Pero esto no es une multiplication, dice Claudine. Para mí, este hoyo es definitivamente un cierre, Tor: un final.

¡Mi papá dice que lo del orden de los factores no es cierto!, grita Violeta, brincando. Es la única lo suficientemente joven y sobria como para seguir con energía. Explica: Porque si comes guayabas, haces caca, pero si comes caca no cagas guayabas.

Andreas suelta una carcajada. Claudine asiente, con los labios fruncidos.

En ese momento, un nuevo sonido se suma al silencio y a la charla recién nacida y a los pocos pájaros: Ladridos.

Tor voltea justo a tiempo para ver, al final del pasillo improvisado, a Guardaparques avanzando rápido, jalado por las correas de sus

dos perros, demasiado emocionados. Se dirigen lo más rápido que el señor puede, hacia la otra calle donde Tor sabe que dejó su coche. ¿Cuántas veces ha oído Tor a Guardaparques quejarse por no encontrar donde estacionar sobre Avenida del Parque? Ahora eso le salvó la vida. O por lo menos el auto. Otros no tuvieron tanta suerte. A la vuelta, una docena de dueños de coches desaparecidos esperan y protestan. Aquí donde están sólo se les permite la entrada a los residentes. Y eso gracias al esfuerzo conjunto de Guardaparques, Nayeli, y hasta Claudine que, con ayuda del traductor de su Blackberry, les brindó a los vecinos el vocabulario legal necesario para exigir este palco privilegiado.

Yo invito la siguiente ronda, dice Tor poniéndose de pie. Había supuesto que Nayeli estaba comprando las chelas en alguna otra tienda y revendiéndolas, pero ahora, con el milagro de los perros rescatados, se pone en alerta. Le encarga la niña a Andreas, y va a buscar respuestas.

Resulta que Nayeli sobornó a un vecino cuyo patio colinda con su tienda, pero cuya fachada da a la calle de atrás, así que su casa no es parte de la tragedia de hoy. Desde ahí, Nayeli puede pasar al patio de su tienda con ayuda de unas escaleras. Y desde ahí, piensa Tor, al patio de la galería.

Tor se prometió a sí misma, después del fracaso de la investigación de su hermana y del episodio en la carretera a Acapulco, que no volvería a recurrir a mordidas. Pero… ¿no hay situaciones extremas? ¿De vida o muerte? Es cierto que sus animales son más pigmento que mascotas, pero igual son su responsabilidad.

Nayeli, le dice mientras paga las cervezas: Como sabes, el color es mi patria.

Tor espera a ver cómo le cae eso, pero Nayeli tiene su cara de póker bien puesta, reforzada por sus aretes dorados, enormes y complicados. Así que Tor se sigue nomás: Me conmueve y me preocupa el color. Yo sé que tú eres de Oaxaca y me pregunto si, como yo, tienes esa sensibilidad. Si te sería más fácil ayudar a alguien de Oaxaca que a alguien que no lo es.

¿Me vas a decir que tus amigos gringos son de Oaxaca, Rosa?, dice Nayeli.

No, los altos no. Pero ¿sabes lo que es la grana cochinilla?

Ay, claro. Mi mamá tenía detrás de la casa, toda mi infancia. Me hacía quitarla con pincelitos de las pencas.

¡Sí! Así lo hago yo también, dice Tor: Mi patio, detrás de tu tienda, está lleno de grana.

Ah… Nayeli, si eso fuera posible, parece ablandarse un poco.

Tor añade: Y también Violeta, la niña… ¿viste el pulpo que trae?

Sí, muy raro.

Ya sé, pero la cosa es que necesita oxígeno. Si no lo metemos en su pecera, no sobrevive la noche. ¿Puedes hablar con el vecino? No me importa cuánto quiera, mientras no sea una locura.

Sígueme, dice Nayeli, y se voltea tan rápido que los aretes le tintinean y Tor apenas tiene tiempo de hacerle señas a los otros para que las sigan. Violeta la ve y les avisa a los demás. Todos se paran y siguen a Nayeli en la misma formación en hilera que llevan usando todo el día.

Un policía se pone feliz de verlos por fin largarse y, aunque los tiene bien cerquita, vocifera a través de su altavoz: Les dije, ¿no les

dije? Nada que ver aquí. Síganle, ándenle, ¡circulando!

Y

Suavemente, con la punta de un cepillo de dientes de la tienda de Nayeli, Tor empuja un racimo blanco y esponjoso afincado en el nopal, hasta que se desprende. Cae en la cubeta que sostiene Violeta bajo la penca. Están trabajando en equipos: Violeta y Tor; Claudine y Nayeli. A cada equipo le tocan tres nopales maduros. Cada penca mide un metro de alto y tiene una docena de hojas. Mientras tanto, Vladislav hace guardia al otro lado del muro del patio, y Andreas y Pantera se encargan de la pecera. Va a haber que vaciarla, sacarla al patio, subirla por la escalera adosada al muro de este lado, y bajarla por la del otro. Luego cruzar el patio del vecino ganón, que por el mismo precio les dará paso por su casa para que la pecera llegue sana y salva hasta la camioneta.

La tarifa que impuso Nayeli debía incluir no sólo el soborno al vecino, sino también sus propios servicios como vigilante, pero en el último momento la nostalgia, el recuerdo de cosechar cochinillas con su madre en Juchitán, le pudo más, y le anunció a Vla que él iba a ser el vigilante. Tor siempre aprecia encontrar a alguien más mandona que ella, y además le alegró poder reclutar a alguien con experiencia. Ahora trabajan todas juntas, a la luz de velas y linternas. Debido a los apagones, Nayeli tenía buen surtido. Y como también tienen escaleras que los conectan con el patio de Nayeli, la tienda se ha convertido en su fuente de provisiones. Por supuesto, Nayeli lleva la cuenta y simplemente sumó el soborno del vecino a la cuenta de Tor. Todo muy civilizado.

Ahí vienen los niños, dice Violeta. Tor se gira y recarga la frente contra una pared, para no presenciar la operación. No vaya a ser que su pecera, o su hombre, o ambos, se caigan y hagan trizas. Nadie respira mientras dura la travesía de un patio a otro. Cuando Vla levanta un pulgar alzado por encima del muro, Violeta jala de la manga a Tor, que exhala y regresa a sentarse frente su nopal.

Niñas contra niños, dice Violeta. Ninguna de las adultas contesta. Habría mucho que decir sobre esta división del trabajo improvisado sin cuestionar: el motor fino, ellas, el grueso, ellos. Tor recuerda y le dice a Claudine: ¿Te acuerdas que cuando vivíamos juntas había una división de género por idioma, porque los hombres sabían alemán y nosotras no, y podían conspirar sin que entendiéramos?

Yo lo único que sé de alemán, interviene Nayeli: Es que usan la misma palabra para decir suerte que para decir felicidad.

¿En serio?, dice Violeta.

Tiene sentido, dice Tor: La suerte genera la felicidad, diría yo.

¿Cómo puedes decir eso?, pregunta Claudine: Una hace su propia suerte.

No estoy de acuerdo, dice Tor: Mana no eligió su suerte, la Avenida del Parque no eligió su…

Tienes razón, concede Claudine: La suerte no lo es todo pero sí pesa, es como el privilegio. Tal vez son la misma cosa, de hecho.

Yo creo que una hace lo que puede, dice Nayeli, levantando su cepillo de dientes por los aires: Usando lo que tiene.

¡Cuidado!, pide Violeta, arrodillándose para recoger tres pequeñas nubecitas que el arrebato de sabiduría de Nayeli tiró al suelo.

Nayeli abre la boca para decirle algo a la niña, pero antes de hablar se encuentra con la mirada suplicante de Tor, y no dice nada.

Parece entender que, si bien Tor dio instrucciones, no dio explicaciones. El actual espíritu de equipo se debe en gran parte a la voluntad compartida por salvar la cochinilla. Sería cruel, o al menos contraproducente, decir la verdad. Pero claro que Nayeli y Pantera deben saber la verdad. Es simbiosis básica. La cochinilla sólo puede vivir pegada al nopal. No están salvando a los miles de bichitos, sino condenándolos. Es muerte por cepillo de dientes. La suavidad que pidió Tor no es para evitar dañar a los insectos, sino para preservar su tinte. Lo que están protegiendo aquí no es la vida, sino el color.

Es una actividad meticulosa. La cochinilla es blanca y las espinas del nopal traicioneras. El material blanco se tiñe de rojo a menudo. A veces por la sangre de un dedo pinchado, a veces por los bichos que estallan. Los demás exclaman y se quejan del rojo, pero Tor lo encuentra casi demasiado hermoso para soportarlo. Si no hubiera aprendido, como galerista, que hay que dejarle la fotografía a los fotógrafos, estaría tratando de capturar la escena de alguna manera. Siguen trabajando en silencio hasta que Violeta pregunta: Tor ¿cómo le vas a poner a tu cefalopoide?

Al igual que los albañiles sincronizan sin querer el ritmo de sus martillazos, pronto ellas caen en una especie de canción común. La letra consiste en sugerencias de nombres para el pulpo de brazos cortos, que sigue girando dentro de su bote de yogur como si tuviera adónde ir. Es una canción sin melodía, suena como las palomitas de maíz. Un nombre salta aquí o allá, y luego otro más. Y Tor los rechaza todos.

¡No Pulpis! Eso es una tautología.

¿Qué es una tatualojía?, pregunta Violeta.

Cuando dices lo mismo dos veces, dice Claudine: Pero sería más interesante un oxímoron: ¿Cuál es el opuesto de un pulpo? ¿Un unibrazo? ¿Un sinbrazos?

¿Qué es un oximorrón?, pregunta Violeta.

Es cuando dices dos cosas que se contradicen, dice Claudine: Como sol negro.

Los hombres regresan de su misión. Pantera guardó la pecera en su camioneta. Andreas termina de bajar la escalera y le dice a Violeta: Un sol negro no es algo real, es sólo una metáfora.

¿Qué es una metáfora?, pregunta Violeta.

¡Dejen en paz a la niña!, dice Nayeli: Le va a explotar la cabeza.

En ese momento, desde lo alto del muro entre patios y olímpicamente ignorando la escalera, Vladislav salta, aterrizando como un gato. Se toma un segundo para ponerse de pie y cuando lo hace todos exhalan aliviados.

Ahora que ha captado su atención, anuncia: Deberíamos hacer un octubramiento.

¿Qué es un octo… qué?, pregunta Violeta.

Un octubramiento es la forma socialmente aceptada de bautismo en un régimen socialista, le explica Vla.

Es un bautismo, aclara Claudine: Pero sin iglesia.

Me gustaría ver eso, dice Nayeli: ¿Es bonito el ritual?

Todo es bonito cuando Tor está a cargo, dice Vla.

Tor sonríe ampliamente y dice: No había pensado en los octubramientos por años.

Me gustaría verlo, repite Nayeli.

No podemos octubrear al pulpo hasta que yo decida el nombre, dice Tor. Y luego, porque teme haber sido grosera, le pregunta a

Nayeli: ¿Tú cómo crees que debería llamarse?

El Emperador, dice Nayeli.

Ah, ¿por el traje transparente?, dice Andreas: ¡No es mala idea!

Nayeli sabe algo de alemán, le dice Tor a Andreas.

No, Rosita, no, dice Nayeli: Realmente sólo sé que suerte y felicidad son la misma palabra, pero ni siquiera sé cuál es esa palabra.

Glück, dice Andreas: La palabra es glück.

En ese momento, Tor levanta los brazos y, al verla, todos guardan silencio. ¿Tal vez oyó a la policía?

¿Qué?, le pregunta Andreas con las manos.

Pantera susurra: ¿Vámonos?

No, dice Tor en un volumen normal que relaja a unos y desconcierta a otros: Nos falta una cosita y ya.

Y

Incontables veces, Andreas ha intentado explicarle a Tor cómo funcionan las cosas, cómo está todo entramado, cómo todo es una red: la fascia, el micelio, la gravedad cuántica en bucle. Tor lo entiende sólo a medias, pero en este instante lo ve claro o, por lo menos, lo puede visualizar: el universo como tejido. «El boquete de la Nápoles» jalando todo hacia abajo, amenazando con tragárselos, pero aquí están ellos, resistiendo por pura terquedad, insistiendo en vivir, jugar, reírse, trabajar aunque sea al borde del precipicio. Andreas sostiene la linterna sobre una caja que hace años no abrían, mientras Tor, hincada, va sacando pedazos de telas exóticas: wax africano, ikat de Cambodia, yuzen japonés, un rebozo de Michoacán.

Tor no necesita entender cómo están hechas estas telas para amarlas. Y ahora intuye que lo mismo es cierto para su relación de pareja. Van a estar bien. No se trata de casarse, ni siquiera de entenderse cabalmente, sino de mantenerse así, cerquita, tejidos uno en el otro. Ella y Andreas: trama y urdimbre.

Siete, dice él cuando ella saca un retazo de un sari. Ella había dicho uno por persona y él llevó la cuenta, ella no.

Uno más, dice Tor y sigue hurgando en la caja. Él sostiene la linterna en silencio, hasta que ella extrae un cuadrado de seda azul claro, cierra la caja y se levanta.

Mientras caminan de regreso al patio, Andreas dice: Cuando llevamos la pecera a la camioneta, oí una nueva hipótesis. Parece que se cayó una barda enorme de la megaobra y eso fue lo que causó el socavón.

Tor considera la idea y, tan pronto, la descarta. No tiene sentido para ella: ¿no se supone que el suelo es donde terminan las caídas? ¿Qué pasaría si ella se cayera en el socavón? ¿Se rompería en mil pedazos o la tierra oscura la cacharía?

De vuelta al patio, encuentran que Nayeli sacó una botella de mezcal y unas naranjas, una de las cuales Violeta se está comiendo gajo por gajo. Tor pone un banquito en el centro del patio y le pide a Violeta que coloque encima el bote de yogur. Luego cubre el respaldo de una silla vacía con la seda azul y la coloca a un metro del banquito. La señala y dice: Ése es el lugar de Philip.

Luego le da a cada quien una tela y les pide formar un círculo alrededor del banquito. Vladislav le hace un saludo torpe a la silla con la seda azul, que forma parte del círculo. Luego le pregunta

seriamente a Tor: ¿Este octubramiento también es una sesión espiritista?

¿Qué es una sesión espiriti… eso?, pregunta Violeta, envolviéndose en el sari.

Claudine responde: Philip era nuestro amigo y tenía los ojos azules.

La niña asiente, como si eso lo explicara todo. Pantera y Nayeli parecen divertidos, al borde de la burla, pero ambos toman un sitio alrededor del bote de yogur y aceptan una tela —el yuzen y el ikat, respectivamente— sin chistar.

Tor explica el procedimiento. Cada tela representa un deseo. Cada persona está invitada a hacer un deseo para el bebé pulpo y luego a colocar su tela alrededor del Japetella diaphana, como una ofrenda.

¿Por qué no empiezas tú, Vla?, dice Tor.

Vladislav se aclara la garganta y dice simplemente: Sabrosura. Y envuelve cuidadosamente el rebozo alrededor del bote.

Te deseo la vida más larga posible, dice Pantera, y enreda el yuzen alrededor de las patas del banquito.

Después de que pasan todos, hay un breve silencio. Ahora el banquito parece un pastelillo gigante, con el bote de plástico en el lugar de la cereza. Tor enciende la linterna y la apunta hacia su rostro, sosteniéndola bajo su barbilla como hacía su hermana cuando le contaba historias de fantasmas.

En lo profundo del océano, comienza Tor: Digamos, más allá de los mil metros, donde ya no alcanza a entrar la luz del sol, muchas criaturas son rojas o negras. Eso las protege, porque a esa profundidad, las ondas rojas no penetran, así que ser rojo te vuelve invisible. Y lo que no se puede ver, no se puede cazar. En cambio,

más cerca de la superficie, digamos en los primeros quinientos metros, donde todavía hay luz, si fueras rojo o negro serías fácil de detectar, así que una mejor protección es no tener color, no tener ni bordes visibles.

¡Ser transparente!, interrumpe Violeta.

Exacto, dice Tor: Ahora, en lo profundo del océano, hay luminiscencia…

¿Qué es…? Empieza Violeta pero Pantera le hace, Shhh.

Ciertos depredadores tienen fotóforos, continúa Tor: O sea que vienen con su linterna integrada. Eso es la luminiscencia. Para encontrar a su presa, emiten una luz azul. Tor saca la seda azul del banquito de Philip y la envuelve alrededor de la linterna. El haz de luz se vuelve azul. Su rostro también. Sigue hablando: Si eres rojo o negro, puedes evitar reflejar esas ondas azules y así evitar que te vean con la linterna azul. Pero ahora imaginen que un pez viene iluminando con su propia linterna de luz azul, y que se acerca a nuestro amigo de brazos cortos, que es transparente, como si estuviera hecho de vidrio.

De golpe, Tor apunta la linterna hacia la puerta corrediza de la galería. El vidrio refleja y expande, casi podría decirse: multiplica la luz.

Claudine dice: Ah, non!

Eso sería muy peligroso para el Japetella, dice Violeta: Si brillara tanto así, sería muy fácil de ver, y el pez luminiscencio se lo zamparía.

Correcto, dice Tor: Por eso ciertos cefalópodos, incluido éste, tienen un truco bajo la manga. Acérquense, por favor.

Tor espera a que todos se acomoden lo más juntos posible alrededor del banquito, luego sostiene la linterna, apagada y envuelta en la seda azul, sobre el bote de yogur, y la enciende.

De inmediato, el Japetella diaphana adquiere un borde. Se oscurece. En dos segundos se ha vuelto color óxido. Por primera vez en todo el día, ven al pulpo que han estado cargando, arriesgando mucho con tal de salvar.

Tor apaga la linterna y el Japetella vuelve a ser transparente. Repite varias veces, entre muchos «oooooohs» y «aaaaahs». Cada vez más rápido: óxido, transparente, óxido, transparente, óxido.

Finalmente se detiene y deja la linterna sobre el pastel de telas exóticas. Dice: Este pequeño cef no la tiene fácil, pero, usando lo que tiene, lucha por mejorar su suerte. Luego, Tor levanta el bote de yogur en sus manos y concluye: Te nombro Glück.

Todos aplauden hasta que Nayeli los calla, recordándoles el socavón y la mucha policía. Tor deja a Glück sobre su banquito tapizado, y alza otra vez los brazos, esta vez sosteniendo la seda azul con cierta solemnidad, o tal vez nomás teatralidad, por encima de su cabeza.

Philip, dice Tor: Hoy se partió el mundo. O al menos nuestra calle. Es una noche de octubramientos en abril. Es una noche para ofrecer y para recibir. Esta noche acepto tu regalo y te agradezco desde el fondo del alma.

Sigue un silencio. Vladislav saca la armónica y toca una brevísima melodía. Mientras, Nayeli alcanza unas florecitas blancas del limonero del patio y las coloca sobre la seda. Claudine se limpia las lágrimas. Violeta está como pasmada, pero no de miedo sino de seriedad y respeto.

Vla baja su armónica y dice: Adiós, hermano.

Entropía, es lo único que dice Andreas.

Ahora sí se quedan callados, y poco a poco, van notando los sonidos a ambos lados de la galería. Del lado de la fachada, el caos del boquete: los policías, los gritos de gente resolviendo cosas a gritos. Desde la parte trasera, el zumbido permanente de la Avenida de los Insurgentes.

El octubramiento está a punto de acabar de forma orgánica, indiscutible, como termina una bocanada de aire. Pero justo antes de que el momento expire, Tor alza la seda azul una vez más, cierra los ojos y hablando fuerte y claro, dice: Y también, Philip, chingas a tu madre. Yo siempre voy a volver a trabajar.

EL SECRETO DE UNA GRAN DAMA
(Londres, 2009)

Vica baja hacia el sótano, haciendo rechinar el vinilo de la escalera a cada paso. Va dejando tras de sí un rastro húmedo, como el de las babosas. Cuando llega se baja la capucha, se sacude el fleco, argh, hasta los pies los tiene empapados. Se extrae a sí misma del impermeable como si pelara un plátano y, una vez que logra separarse del plástico mojado, hace el ademán usual para colgarlo en la pared sin que la salpique. Pero se le queda trunco el impulso. Baja la prenda indignada. Hay un abrigo, un abrigo de lana color camello, ocupando su perchero. Es decir su clavo. El clavito que ella misma martilló en la pared del pasillo, justamente para ocasiones como ésta: con el propósito de que su impermeable escurra fuera de su jurisdicción. Y ahora resulta que su jefa, seguramente con la lana extra que gana al mantener bajos los sueldos de Vica y sus compañeras, fue y se compró un abrigo de ídem y, además, usurpó el clavo de Vica. El invento de Vica. Su creación. Vica deja caer su impermeable morado en el piso, donde formará un charco melodramático que luego le podrá señalar a Ginny como evidencia del agravio, y nota la cima del insulto: el suave (tuvo que tocarlo) abrigo de camello está seco.

Pinche Ginny, ¿ahora hasta toma taxi al trabajo? A Vica le sube una ola extraña, pero no del todo desagradable, de furia por el

cuerpo. Ésta es la historia de su vida, carajo. La historia de su imaginación, que siempre termina o desperdiciada o convertida en ganancia ajena. Como esta oficina en el sótano que es poco más que un huacal sin ventanas pero que Ginny, su jefa, insiste en llamar «la central», y que Vica ha gastado mucho tiempo y esfuerzo embelleciendo. Pero lo cierto es que, en cuanto optimiza una esquina de la central, otra ya se está desmoronando, y así se pasa la vida Vica: consiguiendo el tornillo preciso, rogándole a control de plagas por un descuento, retando a otro duelo a muerte a la impresora: nada de lo cual es parte de la descripción de su trabajo. Son labores sisifoicas (si Sísifo hubiera sido una latina inmigrada a Londres, en vez del rey de Corinto) que ella la verdad ejecuta con orgullo excepto en días como hoy, cuando un puto abrigo le recuerda que lo hace todo nomás por amor a la belleza, y todo, siempre, sin más reconocimiento ni remuneración que el que ya recibía cuando nomás limpiaba.

Vica entra a la central y va directo a su casillero, ignorando las voces que salen del cubículo privado de su jefa. Gira la combinación del candado (2000) y hurga en el desorden de lo acumulado. Tiene que cambiar esa combinación. Le recuerda innecesariamente que Pina pronto cumplirá nueve años, y todo en su interior grita: ¡Cómo, cuándo, qué pasó! La inunda una amnesia bizarra: ¿dónde estaba yo mientras mi hija crecía? Y la respuesta es, siempre: trabajando.

Encuentra un par de calcetines que no son pareja, y se agacha para ponérselos en vez de los mojados. Nunca es fácil poner calcetines secos en pies mojados. Aún está inclinada cuando el parloteo de Ginny empieza a acercarse y se vuelve claro. Dice:

Llevamos siete años en el negocio pero sólo despegamos de verdad cuando llegó Vica.

Las orejas de Vica se levantan como las de un perrito en alerta.

Ginny sigue hablando de ella, con nombre y apellido: Vica Luft realmente ha sido clave para que esta empresa prospere.

Vica se endereza con incredulidad, lista para responder a esta retahíla de elogios, seguramente irónicos, pero al ponerse de pie casi se desmaya. Porque se levantó muy rápido pero también porque, junto a su jefa, está el verdadero dueño del abrigo camello. Un hombre con el que ha fantaseado infinidad de veces, que también ha resentido muchas otras, y que para estas alturas casi había olvidado. Detrás de él, ahora Ginny está haciendo gestos indiscretos, abriendo y cerrando la boca sin sonido. Este hombre siempre ha tenido, sobre ciertas mujeres, efectos adversos.

Es su viejo amigo Mandíbula, ahora prácticamente encima de ella, dándole un beso en la mejilla y ambos riéndose de lo imposible que está darse un abrazo porque él viene cargando, al frente, un bebé de ojos grandes y mejillas rojas.

Ésta es mi amiga Vica, le dice Mandi al bebé. Y a ella: Este es mi hijo, Rupert.

Mucho gusto, Rupert, dice Vica, y luego produce con la boca una serie de sonidos que siempre lograban distraer a Pina cuando Pina era bebé, o sea: ayer nomás. Rupert responde a los sonidos con la breve pero absoluta atención del infante, una sonrisa enternecedora, un charquito de baba acumulándose en la comisura de los labios.

¡Tienes que enseñarme ese truco!, dice Mandi, y la familiaridad irrita a Vica.

¿Qué haces aquí?, pregunta ella.

Mi esposa está destetando, dice él: Así que me tocaba cuidar al bebé justo cuando tuve que volar a Londres porque…

Pero aquí en la central de Genevieve House Cleaning Services, aclara Vica: ¿Qué haces aquí?

¡Necesito un cigarro!, dice Ginny, palmeándose los bolsillos. Cuando encuentra la cajetilla, le pellizca la mejilla a Rupert, y luego a Vica, y se va diciendo: Pórtense bien.

Nunca me había dicho eso antes, dice Vica, dirigiéndose a la esquina que hace las veces de cocina.

¿Qué te portes bien?

No, todo eso de despegar y prosperar y no sé cuántos.

¿En serio?, dice Mandi sin parar ni un momento de hacer genuflexiones, rebotando con el entusiasmo exagerado de los padres primerizos.

Vica le cuenta la historia en lo que hierve el agua. Llevaba un par de años trabajando para Ginny, limpiando casas y departamentos (Vica nunca aceptaba limpiar oficinas porque con frecuencia tenía que llevar a Pina a cuestas y a escondidas y las oficinas tienen cámaras), cuando un día llegó a la central a devolver unas llaves y encontró a Ginny teniendo un colapso nervioso porque tres de nueve compañeras se habían reportado enfermas. En una hora, Vica reacomodó los turnos, llamó a los clientes con ese tono extradisculpatorio que se le da tan natural (así hablamos en México, ha intentado explicarle a Ginny: nos enseñaron a decir perdón hasta antes de decir por favor) y cubrió los turnos de la tarde ella sola, con Pina de ayudante secreta, sin que se enteraran ni los clientes ni la jefa de esta pequeña violación de las reglas. A partir de ese

momento, sus tareas empezaron a redirigirse, poco a poco, del trabajo de limpieza al trabajo administrativo.

Pero muy poco a poco, aclara Vica: A la velocidad a la que se reacomodan las placas tectónicas, y todavía me pagan lo mismo por hora que por limpiar.

¡Eso no está bien!, protesta Mandi, cuyo sentido de la justicia brotó siempre del privilegio.

Tampoco está mal, dice Vica. Mandíbula no la ayudó cuando ella más necesitaba ayuda, así que no va a aceptar su compasión ahora. Le dice: Todo es un juego. Le señala un enorme corcho en la pared, cubierto de papelitos de colores. Es mitad proyecto de manualidades, mitad tablero de Tetris. Explica: Así organizo los turnos, ¡es divertido! Pero al decirlo siente, más bien, ganas de llorar. La inunda una vergüenza aguda. Por su trabajo, por la central, por su vida, por sus calcetines desparejados. Se agacha para ponerse los zapatos y deja a Mandi mirando el corcho.

Impresionante, dice Mandi. Se termina el té girando el cuello hacia un lado y, con la palma de la mano libre, protege la cabeza del bebé, empujándola suavemente hacia el lado contrario. Luego toma la taza de ella y, mientras lava ambas, con toda naturalidad le pregunta: ¿Y qué planes tienes hoy para después del trabajo?

Voy a recoger a Pina.

Maravilloso, dice él: ¿Me dejarías llevarte en el coche?

Ah, dice ella: Así es como los ricos no se mojan.

Y

Vica ve auras. O no es que las vea, no exactamente, pero sí posee la capacidad de asociar a un individuo con un color muy preciso. Y de, luego, usar el color para entender la personalidad, o por lo menos para obtener una noción clara, y con frecuencia, de quién es realmente esa persona. El color guía las acciones, asociaciones y decisiones que Vica toma sobre el individuo en cuestión: ¿es amigo o enemigo? En otras palabras: a esta persona, ¿hay que mantenerla cerca o más cerca todavía? Pero su instinto cromático nunca ha funcionado del todo bien con Mandíbula. Desde que lo conoció no logra decidir entre un puñado de azules. Y no sabe si esto se debe a las cualidades engatusadoras de él, o simplemente al azul de sus ojos, que cambia según la luz y la ropa, y que no la deja pensar. Algo que sí ha cambiado, nota mientras él maneja y ella lo mira de perfil: un nuevo par de paréntesis le enmarca la boca. Tanto sonreír le dejó huella.

¡Niña, niña!, advierte la mamá de Vica. Nadie puede hablar en voz alta ahora mismo, porque las bocinas del coche rentado emiten una sonatina de Beethoven a todo volumen y en bucle. Mandi prometió que tres vueltas harán que el bebé duerma. Así que su mamá aprovecha y toma el micrófono dentro de la cabeza de Vica: Te recuerdo amablemente que ya te salvaste una vez de este cabrón.

Vica piensa: Ya, ya…

Es un nuevo truco que ha estado practicando para silenciar a su madre, que es a veces amiga y a veces enemiga como, Vica supone, lo son todas las madres, independientemente de que estén vivas o no. «Ya, ya» es lo que su madre solía decirle a ella cuando estaba triste o se había lastimado, y ahora Vica intenta usarlo a la inversa: para calmar al fantasma. A veces funciona, otras no.

Mandi para la música. El bebé va acostado de espaldas en su sillita, pero Vica puede verlo gracias a un espejo en la esquina posterior del coche.

Está *out*, dice.

Nunca falla, presume Mandíbula: Porque su mamá le ponía esa sonatina desde que estaba embarazada.

Vica sospecha que el vaivén del coche hubiera sido suficiente arrullo pero, en vez de eso, dice: Eso me recuerda cómo, cuando nos mudamos acá, tuve que aprender que Londres funciona como mujer embarazada.

¿Cómo así?

Sólo el mercado de rentas en Londres y las mujeres embarazadas de todo el mundo cuentan el tiempo por semanas.

Es una cosa hermosa, la manera en que se expande su sonrisa conforme entiende algo. Es como ver uno de esos videos time lapse de una flor abriéndose. Y ahí Vica recuerda otra cosa: que por más que lo intente no puede odiar a Mandi. Lo quiere bien desde el día en que tocó su puerta y él, sin conocerla, no sólo le abrió la puerta sino que también adoptó de inmediato una actitud generosa, una inclinación por protegerla.

Nunca lo había pensado, dice él: Y, según tú, contar por semanas, ¿es mejor o peor que por meses?

Es mejor y es peor, dice ella. E intenta explicarle cómo, cuando llegó a Londres, le costaba lo de las semanas, que pasan demasiado rápido. Su situación era de por sí precaria —madre soltera, inmigrante, alemana en el pasaporte pero no en la piel, sobreeducada pero infradiplomada— y lo de las semanas nomás le sumaba incertidumbre. Vica hubiera preferido poder asegurarse el

techo y el sueldo de mes en mes, y no tener que vivir pensando: ¿cómo garantizo el bienestar de mi hija a partir del próximo lunes? Porque eso era lo que importaba siempre: mantener a la hija a flote, que no note las grietas, que pueda ser niña. Niña que acompaña a su mamá al trabajo, pero niña con colores y cuaderno, capaz de sentirse en casa en la mesa de quien sea. Porque Vica tiene un talento para convertir cualquier situación en una aventura. Y es un talento particularmente útil, le informa a Mandíbula, cuando vives una vida muy tediosa.

Él va a contestar algo pero ella no lo deja, no ha terminado. Ahora le presenta el otro lado. Dice: Pero ahora prefiero lo de contar por semanas.

Vica explica que pagar renta por semanas te facilita salir corriendo de departamentos sin perder demasiado, lo cual desgraciadamente han tenido que hacer varias veces. Y también que el conteo semanal te otorga la ilusión de infinitas posibilidades, y te hace sentir como que las cosas cambian constantemente. O como que podrían cambiar en cualquier momento. Cuando en realidad nada nunca cambia, excepto el tamaño del léxico y de los zapatos de Pina. Londres prometía ser una feria: autobuses de dos pisos, ¡desayunos todo el día! Pero en realidad Londres es puro pinche esfuerzo y transporte.

Bueno, dice Vica: Aunque aquí arriba se ve más bonito, debería tomar el autobús más seguido. El metro es más rápido pero ni tan panorámico ni tan luminoso.

¿Has visto la luz?, pregunta él.

Como los de la caverna de Platón, concluye ella.

Mandi se ríe y dice: Tú siempre estuviste llena de ideas y de ocurrencias, no hay diplomas para eso.

No que un diploma cambiaría nada para mí, la verdad, dice ella: En Londres, los sectores de servicios y de cuidados están llenos de migrantes muy educados pero cuyos diplomas aquí equivalen a un papelito insignificante, a una servilleta usada.

¿En serio?

Sí. Lo ves en limpieza y también en prostitución. Muchas de mis compañeras trabajan en las dos, algunas acaban dejando a Ginny por sus pimps, es más riesgoso pero mejor remunerado.

Se le queda viendo, curiosa de cómo reaccionará, qué temerá. Si no le cree, Vica ha conocido suficientes mujeres que, como ella, tuvieron que abandonar sus ambiciones profesionales, sus identidades pasadas, como para sostener su argumento. Y si le pregunta directamente por la situación de ella, dirá la verdad: que no puede decir que estuviera tentada a prostituirse, pero sí que ahora puede entender la lógica detrás del salto en modos que antes no veía. Y que tampoco está segura de que se sentiría igual si no tuviera a Pina. O tal vez Mandi más bien entrará directamente en un ataque de culpa. Vica recuerda de pronto que en realidad él siempre fue veloz a la hora de pedir disculpas por los sendos pasados colonialistas de sus dos patrias. Pero no pasa ninguna de esas cosas. Lo único que Mandi responde, tras un par de cuadras en silencio, es: Te he extrañado muchísimo, V.

A lo cual ella quiere contestar: ¿Y quién tiene la culpa de eso?

Pero como no contesta nada, él sigue: Yo te podría enseñar a manejar del lado izquierdo.

¿Para qué? Nunca tendré un coche.

¡Nunca digas nunca!

Hay otro silencio durante el cual el tráfico parece desatorarse y Mandi maneja y Vica mira al bebé por el espejo, su boquita abierta, sus tres pelos pegados a la frente por el sudor. Salió el sol y está pegándole al coche en los lugares correctos. Se da cuenta de que lo que quisiera realmente, en este momento, sería echarse una siesta. ¿Estará a punto de enfermarse? No, no es eso. Es algo distinto. Algo mucho menos común que una gripa. Vica se siente segura.

¿Viajas mucho nomás con Rupert?, pregunta.

Nunca. Esto fue una improvisación porque mi tía Harriet se rompió la cadera y…

¡Ay, no!, dice ella.

¿Te acuerdas de Harriet? Es la dueña de…

Qué pregunta, ¡obvio que me acuerdo de Harriet! ¿Por eso estás en Londres?

Sí, y cuando le dije a mi mujer que tenía que venir, ella me puso a Rupert en la maleta. Está un poco agotada, y está convencida de que nunca va a volver a dormir si no logra destetar y que nunca va a destetar con Rupert en la isla.

¿Qué isla?

¡Mallorca!, dice él: Eso ya lo sabías.

Supongo que nunca te creí del todo, confiesa ella: Pero ahora sí, porque ese bronceado que te cargas es prueba suficiente.

El rostro de Mandi se arruga y tergiversa, como si no lograra decidir entre el drama y la comedia. Opta por el melodrama: ¿Pensabas que te mentí?

Tienes que girar a la izquierda en esa avenida, contesta Vica como cerrando el tema.

Ok, mira, dice él: Voy a ir directo al punto porque esto es una proposición de negocios y quiero hacértela antes de que nos entretengamos entreteniendo a Pina.

¿Proposición de negocios? ¿Entretenimientos? ¿De qué habla?

¿De qué hablas?, pregunta Vica.

Harriet necesita cuidados. Y tú eres la única persona en todo Londres en quien yo confío. Si aceptaras volverte su cuidadora, tú y Agrippina podrían vivir en el departamento de Harriet, que es precioso, tiene un jardín, quizá un poco oscuro, pero precioso, yo prácticamente crecí ahí, y te pagaríamos el doble de lo que sea que te paga Jennifer.

El cuerpo entero de Vica se contrae, como esas hojitas que se cierran cuando les tocas el borde.

Se llama Ginny, dice: Es diminuto de Genevieve.

Perdóname, Ginny. Triple. Te pagaría el triple de lo que sea que Ginni Diminutivo de Genevieve te paga.

¿Por eso viniste a buscarme?, pregunta ella: Para contratarme.

Dentro de su cabeza, su mamá dice: Claro, y no por tus ideas ni por tus ocurrencias, sino porque tienes manos y brazos y siempre necesitas trabajo.

Y para verte, dice él.

Vica puede sentir, con el peso de una sentencia, el resoplido interno que emite su madre en su cabeza. En voz alta, Vica nomás dice: Ésa es la escuela, al final de la cuadra.

Voy a poner la sonatina, dice Mandi: Para que Rupi no se despierte cuando pare el coche. Voy a darle la vuelta a la cuadra y las recojo en este mismo punto, ¿ok?

Vica no contesta, Beethoven llena el coche y ella está sintiendo tantas cosas a la vez que no siente nada de nada. Los sentimientos, hace mucho que lo sabe, actúan como los rayos de luz de color. Uno o dos pueden transformar cualquier experiencia, pero si mezclas más, lo único que obtienes es luz blanca. Si mezclas demasiados sentimientos dentro de Vica lo que obtienes es un entumecimiento. Un estupor metálico que se traduce en una cara sin expresión.

El coche para donde está prohibido, justo afuera del portón de la escuela. Vica tiene ya un pie fuera cuando Mandi le agarra el brazo y pierde la calma por un momento gritando por sobre la música: ¿Vas a considerar el trabajo? ¿Y te recojo aquí para tomar el té todos juntos?

El trabajo no, grita Vica: Pero el té sí, aquí te esperamos.

Y

Empiecen, por favor, pide Mandíbula. Con un brazo carga a Rupert y con el otro gesticula hacia el pequeño banquete de sandwichitos y pastelitos que descansan en dos bandejas sobre la mesa rústica, en la cocina de su tía. Pina, sentadita y aún en uniforme, obedece. Elige un macarrón violeta y lo transporta a su plato. Luego lo observa, como si fuera una joya o un escarabajo, hasta que Mandi le dice: Come, come, por favor.

Vica está mirando todo menos la comida. Porque a pesar de que por su trabajo siempre está descubriendo nuevos y sorprendentes interiores de Londres, no había visto un lugar tan encantador en mucho tiempo. La cocina tiene una pared que es casi pura ventana: una puerta corrediza que da al jardín. Vica vio otra igual cuando

cruzaron la sala. Es como si alguien hubiera extraído una cabaña de algún bosque mágico para, seguramente sin permisos, instalarla en medio de la ciudad. Harriet es una viajera, una coleccionista, una maximalista. Se siente su espíritu en cada objeto y en cada planta, aunque desde su accidente está metida en la cama, en alguna otra parte del departamento. En cuanto llegaron, Mandi abrió las varias cajas de canapés que había encargado, y armó una selección que le llevó a su cuarto, junto con una buena dosis de analgésicos. Luego repartió el resto en las bandejas, exprimió limón en una jarra de agua, distribuyó servilletas de tela. A su hijo, en cambio, le suministró una sustancia dudosa, de color ocre pardo, y ahora, con toda razón, Rupi está furioso.

Siempre dijiste que nunca se iba a retirar, dice Vica, mordiendo un cuadrito de pan con una única rebanada de pepino encima de una cosa que parecía mayonesa pero sabe a pescado.

Me equivoqué, dice Mandíbula, mientras acomoda a Rupert en una especie de silla voladora colgada de la hermosa mesa de un modo que, le angustia a la mamá de Vica en su cabeza, va a dejar marcas en la madera. Rupert protesta a gritos, pero Mandi lo ignora y se sienta por fin. Se sirve un montón de canapés y sólo entonces Pina se desinhibe y se sirve también del buffet. Mandíbula le saca el aguacate a todos los canapés que lo tienen, y se los pone al bebé en la charola de la silla voladora. Funciona. Rupert deja de gritar y se pone a aplastar aguacate como si le fuera la vida en ello.

¡Hiciste guacamole!, dice Vica: Niño listo.

Pues sí, dice Mandi: Sucedió lo impensable. Harriet se retiró, ya hace varios años, y aunque nos preocupamos, no teníamos de qué,

porque es de lo más activa. Es mentora para no sé cuántos jóvenes, y es una entusiasta del reino fungi.

¿Del rey qué?, pregunta Pina.

Le gustan los hongos, explica Mandi, y señala hacia una esquina de la cocina que no habían notado, donde algo enorme y blancuzco se desborda no de una maceta sino de una caja de cartón. Tiene forma de nube, pero de nube peluda. Parece algo salido de una pintura de Leonora Carrington: más mascota que planta.

¿Qué es eso?, pregunta Pina.

Se llama melena de león, dice él: Harriet me obliga a comer un pedazo cada mañana, porque no estoy durmiendo mucho.

¿A qué sabe?, pregunta Vica.

A camarón, dice Mandi. Luego se gira de nuevo hacia Pina y tira su carnada: ¿Viste el piano en la sala? En ese piano Harriet me enseñó solfeo, es decir que me enseñó a leer partituras, o sea a leer música, cuando yo tenía tu edad.

A Vica no le gusta la dirección que esa anécdota podría tomar. En el coche después de la escuela, Pina estuvo cante y cante y Mandíbula lo entendió todo sin preguntar nada: la niña tiene talento, la mamá no puede pagarle clases de música. Vica no va a permitir que su hija caiga en la trampa de su aparente generosidad. Lo interrumpe diciendo: Mandi vive en una isla, en la playa.

¿Es una playa caliente o fría?, pregunta Pina dudosa, seguramente notando la alegría falsa en la voz de su madre.

Caliente, dice Mandi: Demasiado caliente para mi gusto, la verdad, yo extraño las playas de Inglaterra, con el agua helada y el viento que te pega en la cara. ¡No me vean así, es verdad! Quisiera que Rupi crezca con botas de hule y pastizales inacabables, quisiera

poderlo recoger de la escuela un viernes y llevarlo hasta Escocia, ¡las podría llevar también a ustedes!

¿En serio?, pregunta Pina.

Sí, dice él: Y podríamos ir a donde quisiéramos porque, no sé si saben, pero Escocia es uno de los poquísimos países en el mundo con derecho de libre acceso.

¿Qué quiere decir eso?, pregunta Pina.

Que la naturaleza es de todos, que puedes caminar en donde quieras, meterte a donde quieras, por todo el país.

No te puedes meter si es propiedad privada, dice Vica.

¡Sí!, asegura Mandi: Donde sea. Siempre y cuando sigas los lineamientos de No Dejar Rastro. Son siete principios. El primero y más importante es que tienes que dejar todo como lo encontraste. O sea que te lleves toda tu basura, y si haces caca, la tienes que enterrar.

A Pina esto último le da risa, y Mandíbula aprovecha para sumar: Y eso ni siquiera es lo mejor de Escocia, lo mejor es su tradición musical. Básicamente, Escocia es el paraíso. Hasta la reina lo dice. Y podemos ser perfectamente antimonárquicos y aún así estar de acuerdo en que la reina tiene un gusto impecable.

Mi mamá está obsesionada con la reina, dice Pina.

¡Claro que no!, dice Vica: Sólo me encanta que la orillita de su paraguas es siempre del mismo color exacto que la ropa que lleva ese día. Y estás diciendo cualquier cosa, Mandi, Escocia está demasiado lejos como para llegar después de la escuela.

Es totalmente factible en un viernes, para un fin de semana largo. Podríamos hacerlo ahora mismo, si Harriet no nos necesitara.

A Lulú y a mí nos encantaría ir de libre acceso sin dejar rastro, dice Pina: ¿Cuáles son los siete principitos?

Siete principios, corrige Vica.

¿Quién es Lulú?, pregunta Mandi.

Es mi amiga, empieza a explicar Pina pero tiene que parar porque Rupert se pone a gritar otra vez. Mandíbula abre un puré nuevo: éste es de un color verde aceituna vieja, y hace al pobre niño pasar de los gritos a un llanto bajito, con la boquita torcida, que no deja a nadie indiferente.

Rupi quiere a su mamá, dice Mandíbula, quitándose el pelo de la cara y dejando en su propio fleco un rastro del puré verde. A Vica se le suaviza algo por dentro.

Pi, dice Vica: ¿Puedes explicarle a Mandi qué necesita un bebé para el destete?

Uvas, dice Pina.

¿Uvas?, pregunta él: Pensaba que son peligrosísimas para los bebés.

No si las cortas en pedacitos chiquitos, dice Pina: Así me destetaron a mí porque cuando yo era bebé, mi papá me decía Chichihai. Chichi es teta en mexicano y Hai es…

¡Tiburón en alemán!, la interrumpe Mandi: Tu papá siempre fue el mejor para los apodos.

A Pina se le abre la boca como a un tiburón: ¿Conoces a mi papá? ¿Sabes que vive en México?

No sabía, dice Mandi, alzando una ceja peluda hacia Vica, que se niega a confirmar o negar la información. Regresa hacia Pina: ¿Ya lo visitaste allá?

No, dice Pina: Pero lo veo en casa de mi Oma todos los veranos.

¿En Köln?, pregunta Mandi: Yo tam…

Pina, interviene Vica: ¿Cómo te decía yo cuando eras bebé?

Pulpo, dice Pina.

¡Ja!, dice Mandíbula: Ése es todavía mejor apodo para un bebé, vean a mi pulpo.

Todos miran por un momento a Rupert, que está efectivamente usando todas sus extremidades a la vez: patea la mesa con los pies, exprime el paquetito de puré con una mano, como si quisiera dispararlo al techo, mientras que con la otra intenta, sin éxito, levantar algo de aguacate de la charola.

Mandi arremete: Entonces, Agrippina Pulpo, ¿te gusta la casa de Harriet?

Pina va a contestar, seguramente no a la pregunta, sino para quejarse del apodo, porque ya no es una bebé, pero Vica no la deja contestar nada de nada. Alza una mano para impedirlo. Le sube la furia de golpe. Ve lo que Mandi está haciendo y necesita recordarle que ella no autorizó esto en ningún momento. Le dice: Nos da exactamente igual que Harriet tenga un piano y un hongo de león y una casa muy bonita aquí y otra en París…

¡Donde alojó a tu hermana cuando tu hermana no tenía donde vivir!, la interrumpe él.

Vica le suelta una patada bajo la mesa. A Mandi se le deforma el rostro y se lleva la mano a la espinilla, pero no emite ningún sonido.

¿Qué?, pregunta Pina, su increíble radar para mentiras y omisiones encendiéndose. Mandíbula mira para abajo, devora un par de canapés, quizá se sonroja aunque es difícil saber con el ridículo bronceado que se carga. Se levanta y va al refrigerador. Pina insiste: ¿Qué es alojó?

Alojar es recibir a alguien en tu casa, dice Vica, pensando que va a evadir la otra pregunta.

Pero a Pina no se le va una. Pregunta: ¿Y cuál hermana?

Cuando Mandi y yo éramos jóvenes, improvisa Vica: Yo también tenía una amiga invisible, y se llamaba Hermana.

¿Tu tenías una amiga invisible?, pregunta Pina, poniéndose de pie por la emoción o tal vez por la incredulidad.

Sí, luego te cuento bien, pero ahorita Rupi necesita uvas.

No hay uvas, dice Mandíbula: Ya chequé.

¡Pues ve a conseguirlas!, dice Vica.

Ok, dice Mandi: Pina, ¿quieres venir conmigo a la tienda? Y a Vica le dice: ¿Está bien? ¿Te puedes quedar con Rupert?

Pina está dando saltitos afirmativos. Vica sólo asiente, como si no le pesara que le endilguen al bebé, y los ve salir juntos de la cocina, de la mano.

Míralos nomás, dice su mamá dentro de la cabeza: Ya se la ganó. Pero no te preocupes, eh, seguro regresarán, porque pues tú tienes a su bebé. A menos, claro, de que en realidad este bebé no sea suyo.

Nunca te cayó bien Mandi, piensa Vica.

La mamá se defiende: No es que no me caiga bien, es que los hombres carismáticos son peligrosísimos.

¿Como las uvas?

Más como el vino.

Ya, ya, piensa Vica, y saca a Rupert de la silla voladora. Le limpia la cara de puré y él primero recarga su carita entre las clavículas de ella y luego hace un movimiento como de pájaro carpintero, buscándole el pecho. Vica quiere disculparse formalmente por no

tener leche para darle, por no ser su mamá. Tararea algo, lo mece meciéndose ella, y la inunda un ritmo olvidado: el no-tiempo del infante. Juntos miran el polvo que flota, el jardín, el aire, como si trajera mensajes importantes, y están así, podría decirse en paz, hasta que se oye un grito: ¡Wishbone!

Un fantasma, opina la mamá dentro de la cabeza. Pero Vica la calla: debe ser Harriet. Mandíbula lo advirtió en el coche. Los analgésicos y los calmantes la tienen actuando raro, diciendo tonterías, les pidió que no le hicieran caso. Vica se queda como está pero luego el grito se repite y se da cuenta de que no lo va a poder ignorar. Se acomoda a Rupert de lado, con sus piernitas abrazándole la cadera y lo que sobra del peso distribuido en el antebrazo. Camina hacia la voz. Encuentra una puerta entrecerrada y da dos golpecitos. Dice: ¿Harriet?

Wishbone, vuelve a decir la voz, en un tono menos urgente, más afable.

Vica inhala profundo. Sabe que está a punto de ver algo patético, reminiscente de su madre enferma. Algo capaz de generarle un miedo concreto en la panza incluso si apenas se distingue entre la penumbra. Pero cuando por fin exhala y empuja la puerta, Vica encuentra algo muy distinto de lo que esperaba.

La habitación de Harriet, igual que el resto del departamento, está llena de plantas y de ventanas. Vica otra vez tiene esa sensación rara, de que aun estando en Londres ya no están en Londres. Harriet misma emana un aura tranquila y campestre. Está recargada en un montón de almohadas y trae puesta una pijama a cuadros tartán. Tiene el pelo igual de blanco que antes, pero cortito, con unas patillas y un fleco que le enmarcan el rostro, los lentes de

pasta roja, una sonrisa que no se puede fingir. Está rodeada de libros, periódicos, una laptop. No parece necesitar cuidados, aunque sí alguien que ordene y quite el polvo. De pronto, alza los brazos.

Vica piensa que le está pidiendo al bebé. Hace poco escuchó en la radio que les están dando a los viejos con demencia unos muñecos hiperrealistas, y que los han ayudado mucho con la demencia, o tal vez con la vejez, ya no se acuerda. No va a entregarle el bebé, claro, pero sí se lo acerca, por qué no dejarla que lo huela o lo acaricie. Pero cuando Vica se acerca, Harriet la abraza a ella. Es un abrazo largo y silencioso, que la llena de una emoción fuerte que, se da cuenta sólo ahora, ha estado suprimiendo desde el momento en que Mandi se apareció en la central hace ya varias horas.

Qué bueno verte, dice Vica: Te ves muy bien.

Harriet despacha el comentario y va directo al grano: ¿Vas a aceptar nuestra oferta loca?

Eh…

No, no digas nada. Tómate tu tiempo para pensarlo. ¿Ya viste al estudio? Ése sería tu cuarto.

Es…

Es la segunda puerta a la izquierda, asómate nomás. Tendrías que compartirlo con tu hija pero realmente creo que serías feliz ahí.

Feliz no es una palabra que Vica suela considerar. Pero nada suena edulcorado viniendo de Harriet, se acuerda ahora de cuánto le impactó conocerla, una mujer tan segura de sí misma y de sus contradicciones, una mujer que siempre fue, a la vez, muy abierta y muy británica, muy generosa y algo egocéntrica, o tal vez, quién sabe, simplemente excéntrica. Una mujer que se mudaba de continente para ir a documentar guerras, pero que se llevaba su

gran piano a cuestas. Vica envía un rezo rápido a nadie en particular, pidiendo ella también poder llegar así de vital a los ochenta.

Harriet da unas palmadas en la cama y Vica se sienta. Coloca a Rupert boca bajo en el colchón y ellas platican un rato como viejas amigas, hasta que Rupi se pone inquieto, y luego trágico. Entonces Vica lo levanta y se va a buscar la segunda puerta a la izquierda mientras le canta y lo mece.

La primera puerta a la izquierda es un baño completo, con piso de ajedrez y una monstera que ocupa casi todo el espacio. Es hermoso pero, como a todo lo demás en la casa, urge pasarle un trapito húmedo. Cuando Vica abre la segunda puerta, tiene que dejar de cantar porque inhala una vez, de golpe: una bocanada de aire que luego se queda un instante atorada y quieta en su pecho.

No son sólo los libreros ni las plantas ni los muchos artículos y poemas enmarcados en la pared y la genialidad inesperada de tratar a las palabras como si fueran obras de arte. No es sólo el mullido sofá cama ni la colorida alfombra marroquí, aunque todo lo anterior contribuye. Lo que literalmente le impide exhalar a Vica es el escritorio. Un escritorio amplio, sólido, de madera oscura. Está ahí nomás, inmóvil y todo poderoso, como esperándola, como invitándola, en una esquina donde pega una rebanada de sol desde el jardincito de enfrente, desde la calle tranquila. Lo que Vica siente frente a este mueble paquidérmico sólo puede describirse, en términos cromáticos, como lo opuesto a lo que le pasó en el coche. Si cuando Mandíbula le propuso el trabajo Vica se solidificó en una luz blanca entumida, ahora le está pasando al revés. El nudo se distiende. La luz blanca se destila. En física el fenómeno se llama «la dispersión de la luz» y lo que provoca, siempre, es un arcoíris.

Desde este estado colorido Vica intuye, intuye con una claridad que es a la vez feral y maquiavélica, que este trabajo podría permitirle algo que lleva años intentando construir a tientas y sin resultados. Un tipo concreto de infancia para su hija. Una similar a la infancia que tuvo ella. Porque aunque eventualmente ella y su hermana comprendieron que tanto museo y tanta clase de arte habían sido sólo una pátina cultural para una vida incierta y más bien precaria, angustiosa y ciertamente contradictoria, su madre lo escondió muy bien. O lo escondió por suficiente tiempo como para que, cuando ellas por fin entendieron toda la inestabilidad emocional y económica con la que habían crecido, ya no importaba demasiado porque otra cosa había arraigado en ellas: la posibilidad. El asombro. La capacidad de generarse significados. Una fe ciega, y tal vez ingenua, en la belleza, el color, el lenguaje, los espacios como éste: llenos de luz y plantas y palabras como si no hiciera falta más nada. Como si estas cosas pudieran sustituir el pan y el agua. Una convicción del alma algo demencial y ciertamente privilegiada y que, en realidad, no le ha dado nada tangible a Vica, pero una convicción que ella aún atesora más que casi cualquier otra cosa, y que desea lograr transmitirle a su hija.

Pero claro que transmitir todo eso fue más fácil para su mamá, que había heredado el departamento de sus padres, que era secretaria pero con sueldo fijo, con sindicato, al menos una vez que dejó atrás las oficinas turbias de los padres de ambas de sus hijas y consiguió un trabajo permanente en un museo nacional: es decir que, aunque también era madre soltera, vivía en realidad con un nivel de precariedad mucho menos angustiante que el de la vida migrante de Vica y que parece, por lo menos desde donde está

parada Vica en este momento de su vida, un nivel muy superior en la escala socioeconómica, y en la escala de cómo trabajar doble turno sin arruinar el apego y la psique de tu descendencia, y en la escala de no dejar que gane el cinismo y de cuánta esperanza puede una permitirse y de cuánta herencia y de qué tipo puede una fantasear con algún día dejar atrás.

¡Ay, ayayay!, protesta su madre en su cabeza: ¡Basta! El problema real aquí es nomás que desde chiquita te fascinaban los escritorios.

Tiene razón, le susurra Vica a Rupi. Porque no hay ni cómo negarlo. Porque por más ñoño que suene, un escritorio siempre fue su idea de la felicidad y de algún modo Harriet lo sabe. ¡Tener un escritorio para ella sola! Un ritual, una superficie plana para… papel, silencio, un lápiz con buena punta… ¡No! No y no. Te recuerdo amablemente que ya te salvaste una vez de todo esto. Y te recuerdo que fue siempre el cabrón de Mandíbula el que te incitó a escribir y que él es una persona muy distinta a ti, una persona con dinero y con esposa, que todo el mundo sabe son las dos condiciones necesarias para una práctica artística sostenida.

Vica no tiene ni esposa ni dinero ni ganas de rogarle a nadie. Niña, niña, no seas mendiga. Vica tampoco ya no sabe si es ella o su mamá hablando, pero se obliga a salir del cuarto rápido, y está cerrando la puerta detrás de ella cuando regresan Pina y Mandíbula: ella con una caja de uvas, él con una cantidad absurda de bolsas.

Las tengo que lavar, dice Pina, actuando como siempre más sabia que su edad.

Ahí está el baño, dice Mandi señalándoselo.

Vica lo sigue a la cocina y, en el susurro más amenazante que consigue, dice: Nunca jamás vuelvas a mencionar a mi hermana

enfrente de mi hija.

De acuerdo, dice Mandíbula: Te pido disculpas, lo dije sin pensar, ya entendí con la patada que estuvo mal, no volverá a pasar, yo sólo…

¡Shhh!, dice ella, y él se calla.

Escuchan a Pina cantando en el baño.

Mandi susurra: Pero ¿por qué dijiste «invisible»? Podrías haber dicho «una vieja amiga» nomás.

¡Shhh!

Ok, dice él y baja las bolsas al piso.

Mierda, dice ella: Tienes razón. Le entrega a su hijo y va a la sala a encontrarse con la suya, que llega con las uvas goteando y la actitud de quien entra al escenario. Canta: Where in purple hue, the Highland hills we viewed. And the moon coming out in the gloamin…

Mandíbula se le une en el coro: O, ye'll take the high road, and I'll take the low road…

… y luego también Harriet desde la cama: And I'll be in Scotland afore ye…

Hasta el bebé hace ga ga con ellos y Vica tiene que sonreír y, cuando la canción termina y un innegable aroma a familia la cachetea, sabe que va a tragarse su orgullo, sabe que estaría loca de no aceptar este trabajo.

¡Bravo!, grita Mandi. Y a Vica le dice: ¡Es increíble, literalmente le acabo de enseñar esa canción!

Vica le responde con una pregunta: ¿Te acuerdas lo primeritito que te dije, el día en que nos conocimos?

Me acuerdo perfecto, dice él: Me dijiste «Yo hice eso».

Exacto, dice Vica.

Mandi se ríe y se vuelve hacia la niña: Pina Pulpo, ¿qué otra canción te sabes?

Se acomodan en la sala y Pina Pulpo saca a relucir todo su repertorio. Canta y canta y canta para ellos hasta que Harriet grita: ¡Wishbone!

Y

Vica camina junto al mar. Va pisando la sombra que el sol y el cuerpo de su hermana, dos metros adelante de ella, dibujan en la arena. Vica da saltitos y pasotes, lo necesario para que sus pies permanezcan dentro de la silueta oscura. Como la sombra, la playa también es larga y plana. Están ahí para esconderse de su madre, a la que no se ve por ningún lado pero que está ahí de todos modos, en el aire, presupuesta. Se acercan al agua y Vica cambia de juego. Le gusta quedarse quieta y ver cómo la espuma le come los pies conforme las olas van y vienen y cómo, poco a poco, sin que ella haga nada, sus pies se hunden en la arena. Quiere enseñarle el truco a su hermana, pero su hermana le está dando la espalda, ignorándola a posta. Vica hace como que no le importa. Finge tan bien que de hecho se distrae durante un largo rato, recogiendo conchitas. Cuando alza la mirada su hermana ya no está. Mira para todos lados y rápido entiende que su hermana está, tiene que estar, en el mar. Vica se hace una visera y espera ver la cabeza salir con cada ola. Pero nada se asoma del agua. Lo único que sube es la desesperación, adentro de ella, en una marea rápida. Grita el nombre de su hermana y se mete al mar. Avanza contra las olas. El agua le llega a la rodilla, al muslo, al hombro, deja de sentir el suelo

bajo los pies. Le entra agua salada en la boca cada vez que grita. De pronto, algo le pega en la cara obligándola a abrir un ojo y ese algo dice: ¡Mamá!

Vica levanta la mano y atrapa al objeto extraño. Es un brazo, una mano, es su hija con el uniforme ya puesto. La suelta, mira al reloj en la pared, dice: ¡Carajo!

Pina dice: ¡Harriet corrió a Lulú!

¿Qué?, pregunta Vica mientras intenta terminar de sacudirse la pesadilla y se pone de pie y se enfunda en el pantalón y el suéter que dejó ayer colgados en el respaldo de la silla, después de desvelarse en el escritorio. Empuja a Pina hasta la puerta, donde se ponen los zapatos a toda velocidad. Salen a la calle abrochándose los abrigos.

Hace dos semanas que se mudaron con Harriet, pero hace sólo un par de días que Harriet empezó a caminar con muletas, convirtiendo lo que hasta ahora se sentía como una vacación pagada en un déjà vu de cuidar a un párvulo. Excepto, claro, que un niño que está aprendiendo a caminar está hecho de hule, mientras que Harriet está hecha de vidrio.

Lulú está triste, dice Pina.

Vica quiere gritar: ¡Eres demasiado grande para esto, Pi! Pero sabe que eso sólo las llevaría a llegar peleadas además de tarde. Así que le mira las manos —tiene la izquierda empuñada, lo que significa que ahí está Lulú— y se dirige a ese espacio: Lulú, no queremos que Pina llegue tarde, ¿puedes caminar más rápido?

Funciona. Pina empieza a caminar más rápido, como para indicar que Lulú aceptó. A Pina siempre la pone contenta cuando su mamá

reconoce la presencia de su amiga. Pregunta: ¿Y Hermana también está aquí?

Pina ha estado preguntando por Hermana, la supuesta amiga invisible de su madre, desde que Vica se la inventó en una mentira desafortunada. Algunas veces, especialmente a la hora de dormir ahora que comparten el sofá cama, Vica cede. Y poco a poco, casi sin darse cuenta, ha ido convirtiendo a Hermana en una réplica de su hermana real, sobre la cual Pina no sabe nada, ni siquiera que existió, ni mucho menos que dejó de existir. A la hora de Sherezade todo embona y todo se permite. Tal vez es la naturaleza del estudio de Harriet, un templo dedicado a las palabras, o tal vez es algo más mecánico: el hecho de que, por primera vez en años, Vica no está físicamente exhausta al caer la noche. Sea cual sea la razón, Vica se ha estado permitiendo airear recuerdos enterrados hace mucho, incluso compartirlos en voz alta, filtrados por este lente nuevo de la supuesta amiga imaginaria. Pero de día es otra cosa, a Vica le entra la vergüenza, reconoce el peligro de una grieta. Qué fácil podría desviarse y, por compartir, acabar confesando. Pero no, no lo hará. Hace mucho que Vica impuso el silencio, en ella misma y también en Andreas, y ahora también en Harriet: nadie puede mencionar a su hermana frente a Pina.

No, no, no, dice Vica, apresurando aún más el paso: Te dije, hace muchísimos años que no veo a Hermana, se fue.

¿Adónde se fue?

¡A la escuela!

¿A la escuela?

¡Sí! No. Quería decir que vamos a llegar tarde a la escuela.

Me gustaría que Mandi nos lleve en coche siempre, dice Pina en su voz más quejica. Es su nuevo mantra, Vica no responde.

De vez en cuando, Vica siente una ola de sorpresa recurrente al recordar a qué grado cada ritmo, cada hábito en su vida depende no de los ciclos del clima o los movimientos de los astros, sino de la escuela de su hija. De las fechas y horarios que la escuela impone. Nadie te dice esto cuando vas a tener hijos, lo importante que es prepararte, al modo en que las ardillas recolectan nueces para el invierno, con tiempo, tiempo libre para las vacaciones largas y las cortas, para los feriados de procedencia histórica incierta. Pero con este trabajo Vica por primera vez podrá estar con Pina durante las vacaciones. La idea la llena de agradecimiento, y se promete jamás volver a desvelarse tanto que luego no despierte para prepararle el desayuno a Harriet, como le pasó hoy.

¿Por qué le contaste a Harriet de Lulú?, pregunta Vica, una vez que van sentadas en el metro.

Porque Mandi dijo que Harriet olojó…

Alojó.

Eso dije.

Dilo en voz alta, es con a, no con o.

Que Mandi le dio casa a Hermana, ¿entonces por qué no a Lulú?

Vica nota que la mano de su hija está relajada y pregunta: ¿Dónde está Lulú?

Se quedó en la calle, ya no quiere venir a la escuela conmigo.

Oh, dice Vica. Lulú ha ido con ellas a la escuela desde que Pina iba a la guardería. El cambio la inquieta. Pregunta por qué.

Creo que está celosa, dice Pina.

¿Qué quiere decir celosa?

Quiere decir que está triste y enojada, de que yo tengo escuela y ella no y de que Harriet me va a enseñar a tocar el piano y a ella no.

¿Harriet te va a enseñar a tocar el piano?

Dijo que tengo buena voz y también swing y que uno sin el otro es BS. Y que BS quiere decir «bullshit».

Ok.

Y que me va a enseñar a leer, también, a leer música.

¡Maravilloso!

Pero sólo si dejo de jugar con Lulú.

Y

Yo hice eso, dice Vica.

Está señalando a una esquina de la sala en donde hay una escultura parecida a un alebrije mexicano pero del tamaño de una persona, y que podría ser un pájaro o una lagartija según se mire. Es el punto focal del hogar de Harriet pero estaba tan arrumbado y con tanto polvo y grasa y cosas colgadas y acumuladas, encima y a los lados, que apenas se distinguía. Pero Vica, trabajando más como dentista o arqueóloga que como señora de la limpieza, armada con cepillos de dientes y grandes cantidades de vinagre y bicarbonato de sodio, porque Harriet tiene estrictamente prohibidos todos los buenos productos tóxicos que Vica suele utilizar, trabajando sin tregua por varias mañanas consecutivas, logró no sólo limpiar milagrosamente el área sino, también, ordenarla. Ahora todas las piezas de madera y cerámica están limpias y dispuestas sobre una serie de mesitas de distintos tamaños. Las máscaras colgadas de

clavitos en la pared. Las plumas de aves exóticas expuestas en un florero. Era un cochinero, ahora es una galería.

Yo sé, dice Harriet desde su postura casi horizontal en el sofá de terciopelo verde: Es un trabajo impresionante, V.

Vica se sienta a su lado en el sofá, se arremanga la camisa y luego el pantalón de Harriet, y toma entre las manos una de sus pantorrillas. Dice: La imaginación es importante… pero luego se le quiebra la voz y no dice más nada.

¿Quieres hablar de Lou?, pregunta Harriet, sin pelos en la lengua.

Se llama Lulú, dice Vica: Pero sí.

Lamento que Agrippina se molestara, dice Harriet: Yo sé que la imaginación es importante, pero lo que el arte hace —y aquí Harriet señala a la esquina-galería, rechinando de limpia— es canalizar la imaginación, para que no nos coma el coco. Tú lo sabes mejor que nadie: Agrippina tiene un talento excepcional para la música y el talento no se debe desperdiciar. Ya no necesita fantasías que nada más la distraen, le chupan la energía.

¿Entonces es verdad que sólo le vas a enseñar música si deja de jugar con Lulú?

Lulú no existe, querida. El piano existe. Es una evolución sana. Evolucionamos del juego imaginario al juego real. Tu hija está lista para un juego real: el juego de la música.

Sigue una pausa larga durante la cual Vica dobla y desdobla las rodillas de Harriet como le enseñó a hacer la fisioterapeuta, sólo que con un poquito más de fuerza. A Vica le disgusta la palabra «evolución», porque le recuerda a Andreas. Y ahora también le está recordando a su maestro de historia de la prepa, que simplificaba el arte a una consecuencia natural de la evolución. Como si explicara lo

que es el agua: dos moléculas de esto y una de aquello. El arte, decía, nació el minuto en que el Hombre cubrió sus necesidades básicas. Cuando el Hombre dejó de cazar y recolectar, cuando tuvo la agricultura y una cueva donde instalarse, entonces, así como que para pasar el rato, se le ocurrió el Arte. Ninguna mención de la Mujer que mantenía la cueva ordenada y cálida. Vica siempre ha pensado que esa omisión es clave. Y sin embargo. Y sin embargo tal vez, quizá, el maestro tenía un punto. Porque es sólo ahora (ahora mientras masajea a esta criatura brillante y arrugada, pero también ahora que tiene que limpiar dos baños en vez de quince a la semana, ahora que ordena una cueva en vez de noventa turnos) es ahora cuando su creatividad está tocando a la puerta. Pero no con ideas artísticas, o no sólo, sino también y sobre todo: con ideas prácticas. Vica no quiere hacer Arte. Lo que necesita hacer es dinero.

Harriet, dice: ¿Me dejarías proponerte un pequeño negocio?

Yo no soy muy de negocios, contesta Harriet: Pero puedes probar.

Así que Vica le cuenta del pequeño negocio de lectura de auras que tenía en Alemania, cuando Pina era chiquita y Andreas daba clases todo el día. Le cuenta cómo Mandíbula la ayudó a montarlo y cómo tuvo que dejarlo al mudarse acá. Le gustaría retomarlo, sin la ayuda de él esta vez.

Una emprendedora, dice Harriet, sin sorna.

Una emprendedora, repite Vica: Pero emprendedoras hay muchas, yo tengo un don. Y cobraba bien, además. Lo suficiente para tener mi dinerito. Y me lo tomaba en serio, realmente entraba en el personaje. Para empezar, me vestía toda de negro.

Encuentro eso muy difícil de imaginar, dice Harriet.

Ya sé, dice Vica, y pasa a ejercitarle los tobillos en círculos, mientras describe: Tenía el pelo larguísimo y me lo partía en dos, raya en medio, así, y a cada lado caía como cortina, medio tapándome el ojo.

Vica dejaba que su pelo oscuro, su acento y las ojeras de mamá nueva la disfrazaran de ciudadana del mundo. Si alguien le preguntaba de dónde era, ella nomás contestaba: Estoy aquí para servirle. O: Soy sólo un canal. O: Vengo de ningún lado, no tengo pasado.

Harriet se ríe. Dice: ¡No tengo pasado! Ésa te la voy a copiar, si me permites.

Vica siente, y permite crecer en ella, la esperanza de que Harriet quiera apoyarla. Que se hagan socias. Que vaya y saque dinero de donde sea que lo saca (Vica no sabe cómo, pero Harriet, sin ir nunca al cajero, siempre tiene efectivo, siempre le está dando billetes para el correo, el café, la compra) y se lo entregue como una inversión, como un patronazgo. Vica pasa a explicar el futuro que imagina, una vez tengan clientela: podría pasar de las auras al tarot, a trabajo energético de algún tipo, podría tomar un curso, o muchos, y algún día incluso podría tener un local para hacerlo todo in situ.

Harriet de pronto levanta la mano para saludar hacia el jardín. Vica se gira y ve a un muchacho entrando a la cobacha, o tal vez al cobertizo, Vica nunca sabe cuál es cuál.

¿Quién es ése?, pregunta.

Alex, dice Harriet.

¿Quién es Alex?

El jardinero, dice Harriet, como si fuera una obviedad.

¡Pensé que nadie tenía derecho a entrar a esa parte de tu jardín! Harriet estableció esa regla desde el primer día. Pina y Vica son bienvenidas hasta los botes de la composta, más o menos a tres metros desde la puerta, pero ni un paso más allá. Vica y Pina habían aceptado, en parte porque eso ya era mucho más jardín del que jamás habían tenido, y en parte porque al explicar la demarcación y los límites, Harriet adquirió un tono serio, casi intimidante, con el que nadie querría meterse.

Alex sí, aclara Harriet: Dos veces por semana. Qué crees, ¿que lo hago todo yo sola?

Vica observa el jardín. Es otoño y ella no es ninguna experta pero le parece bastante obvio que el jardinero no hace gran cosa. Va a tener que decirle a Mandi que este tal Alex está estafando a la vieja.

Entonces, dice Harriet alzando una ceja: ¿Todavía lo tienes?

¿Qué cosa?

¡El don!, dice Harriet.

Vica esconde su sorpresa. ¿Será que de hecho logró convertir esta sesión de rehabilitación en una charla de negocios? Estaba pensando en Harriet como una posible socia, pero si Harriet quiere ser su clienta, no es momento de echarse para atrás. Es hora de entrar en personaje. Se sienta derechita, coloca las manos sobre los hombros de Harriet y entrecierra los ojos como le enseñó su hermana: para ver bien los colores hay que entrecerrar los ojos. Dice: 105, marrón madera: es marrón amarillento mezclado con gris ceniza. Comadreja; avellana; madera de roca.

Se quedan mirando una a la otra. Los ojos de Vica regresan a su posición usual, y baja las manos. No se sabe qué comisura, qué destello da inicio a lo que sigue, pero el contagio es tan rápido que

podría decirse que se ríen al unísono. Ambas explotan en una carcajada. Y luego no pueden parar de reír. Vica siente alivio, y algo como humildad: qué oso haber pensado por un instante que iba a poder venderle cosas invisibles a esta sirena, a este viejo lobo de mar. Cuando finalmente se recuperan, Harriet pone sus manos en los hombros de Vica en una devolución del gesto. Vica se siente algo incómoda, como expuesta: es extraño ser tocada por alguien a quien has estado tocando tanto.

Yo también tengo un don, dice Harriet: Y si me permites, me gustaría compartírtelo. No es fácil pero sí es sencillo y, si te esfuerzas, te puede conseguir un sueldo.

¿Cuál es tu don, Harriet? ¿Puedes ver el futuro?

No, pero puedo rastrear el presente.

¿Sabes leer los astros?

Algo mucho mejor que eso: sé leer Pitman.

¿Qué es Pitman, algo de tus hongos?

Harriet sonríe, parece cansada. Es una metodología de escritura fonética veloz, dice: Para escribir muy muy rápido.

¡Taquigrafía!, dice Vica: Mi mamá sabía taquigrafía.

Vica no dice: mi mamá era secretaria y tomaba dictado de sus jefes, incluido mi padre, y el padre de mi hermana, ambos hombres que apenas conocimos. Ni dice que muy al final de la vida de su madre, hasta arriba de morfina, las hermanas tuvieron que escucharla repetir en bucle: «Semen y dictado, es lo único que tu papá me dio», y ellas nomás siguieron aplicándole las compresas frías sin responder, deseando en secreto que se estuviera refiriendo al padre de la otra.

¿Te desilusioné?, dice Harriet, trayéndola de vuelta un océano y varias décadas.

No, no, dice Vica: Es sólo que, la verdad, Harriet, te lo agradezco, pero yo creo que hoy en día ya nadie usa taquigrafía.

Pues crees mal, querida: Crees mal.

Y

Mijita, ¡perdóname! No sabía que dije esas cosas horribles sobre la, sobre el, sobre los fluidos de sus señores padres.

No pasa nada, ma, fue hace mucho.

Esas drogas son durísimas.

¿Los fluidos de los señores?

¡Las morfinas!

Vica está teniendo esta conversación de rodillas sobre el piso de ajedrez del baño, determinada a limpiar la junta entre los azulejos aunque sea lo último que haga. Piensa para su mamá: No creo que se pueda decir «las morfinas», sólo hay una, doña Morfina.

En cambio la taquigrafía sí hay varios tipos, fíjate, contesta su mamá: Y todos son francamente geniales, muy útiles todos.

No empieces, ya estoy muy vieja como para andar aprendiendo taquigrafía. Mi don es leer auras, no tomar nota.

Pero escribes.

Vica deja de moverse, no sabe qué responder. Ha estado despertándose tempranito para ocupar el escritorio, llenando cuadernos que luego esconde. Pero las mamás muertas no tienen ninguna noción de privacidad. Opta por no contestar y su mamá sigue hablando. Dice: Para serte honesta, hija, yo no creo que

engañar inocentes cuente como don, y la verdad es que tampoco eres muy buena para esto, mira ahí: sigue negro como la noche.

Es que toma tiempo, tú no tienes ni idea porque siempre tuviste alguien que te hiciera la limpieza, ¿alguna vez en tu vida intentaste limpiar la junta entre azulejos?

Ay, por favor, no empieces otra vez a atacarme sólo porque heredé el departamento y crees que mi vida de huérfana fue pura miel sobre hojuelas porque no pagaba renta.

Y porque te ayudaban tus amantes.

Bueno, porque los elegía bien.

¡Estaban casados!

Es que ésa es la única manera de que un hombre no te esté chingando, mija.

Pero ¿intentaste o no?

¿Qué cosa?

¡Limpiar la junta, de rodillas, con un cepillo de dientes!

Ay, por supuesto. O sea, no desde que me morí y todo eso, pero en vida sí y algunas cosas nunca cambian, te puedo prometer que lo que esa junta necesita es cloro.

El cloro está prohibido en esta casa porque lastima las esporas de los hongos. Y también me lastima a mí: mata neuronas y huele horrible.

Bueno, pero estar ahí doblada en el suelo como haciendo penitencias tampoco puede ser muy sano.

Ma, tú no viviste lo suficiente para enterarte pero mucha gente de tu generación que usaba cloro a lo loco, pues se quedaron sordos.

Ya sé, yo también estoy sorda, nomás no te das cuenta porque no afecta mi telepatía.

Vica se ríe. Su mamá sigue: Y estoy preocupada.

¿De qué?

De Harrieta la bruja, fue mala con mi Pina y tiene demasiada influencia sobre ti. Me preocupa que te esté lavando el cerebro.

Oh, quién te entiende. ¿Ahora estás diciendo que no debo aceptar que me enseñe Pitman?

Creo que debes aprender Pitman y luego salir por patas.

¿Para ir adónde?

¡A donde sea! A comerte el mundo.

Si no quieres ni que me coma el hongo melena de león.

¡Basta!, te estás comportando como la cómplice hippie de la bruja esa. ¿Qué tal si Andreas tiene razón y está consumiendo hongos ilegales?

Basta, tú. Andreas lleva diez minutos viviendo en México y ya cree que todo el mundo es narco.

Pero ¿por qué no le preguntas?, derechito: ¿estás consumiendo hongos mágicos, Harrieta?

No entendiste nada, mamá, todos los hongos son mágicos.

¿Ves? Te va a dejar el cerebro lavado y lisito, como champiñón.

Y

No es lluvia, hoy, no exactamente. Apenas su esbozo: un drip drip ligerísimo, pero persistente, que, en el par de minutos que les toma caminar de la parada de su autobús a la estación de King's Cross, las deja a ambas como flores cubiertas de rocío.

Ni bien entran a la estación, Vica y Agrippina se bajan las capuchas de sus respectivos impermeables y el sonido de la estación

invade sus orejas. La estación cruje como una criatura inmensa, de otro mundo pero cuyo quejido resulta, irónicamente, más humano que todos los humanos callados, resignados, cruzando el vasto recinto cual autómatas: casi todos solos, con prisa, con audífonos.

Pina mejor se vuelve a subir la capucha, como para bloquear el lamento de la bestia. Su madre le toma la mano y la jala suavemente, como si supiera adónde va. Va pensando en que Pina tiene razón en no querer ver King's Cross a la cara; en que ya no queda ni un ápice de romanticismo en las estaciones de tren: en que la idea del viaje ha sido desplazada por la urgencia del commute y cualquier localismo erradicado a favor de los Prets y los Costas y todos los otros llenadores de panzas y apagadores de consciencia del Reino Unido de hoy, un aparador tras otro, todos llenos de néctar falso, de flores artificiales para los millones de abejas obreras: los mimados y los maltratados, todos tratando de comprar algo o tratando de evitar comprar algo para tan sólo poder llegar a casa y subir los pies y embrutecerse con alguna serie, suspirando con los anuncios por el próximo gadget que sí desearán, en el cual sí puedan depositar sus ahorros y su fe. O quizá la niña nomás tenía frío en sus orejitas. Sea como sea, Vica se sube la capucha también.

Interesante, sentirse así, casi como que superior a los demás. Como si pasar las mañanas solita, en silencio, en el escritorio, la dejara flotando muy por encima del capitalismo. Una sensación que, nomás recordarla, le renueva y redobla la determinación de hacer lo que está a punto de hacer. Es hora. Llegó la hora. Hace tiempo que lo sospechaba pero claramente hacía falta una opinión externa, porque ella está demasiado metida, cercana, implicada en la situación, y Andreas también, ambos están demasiado

acostumbrados a la mezcla exótica de alma vieja y bebé postergado que es su hija, que nunca suena como de la edad que tiene, siempre demasiado madura o demasiado pueril. Siempre o muy atrás o muy por enfrente de los marcadores de desarrollo, algo que Andreas llama, no sin orgullo, las «desviaciones estándar de Agrippina».

Vica ubica una reja abierta y guía a su hija discretamente hasta el andén, donde encuentra una banca para sentarse. O más bien Pina se sienta, y Vica se arrodilla frente a ella y saca un paquete de su bolsa. Es un itacate hecho con una pañoleta de rosas que consiguió en la tienda de ropa usada. Pina se sorprende, acepta el atado, pero no lo abre.

¿Estás aquí, Lulú?, pregunta Vica.

Pina asiente y mira el reloj en la pantalla de anuncios: el tren de Lulú es en doce minutos.

Vica dice: ¿No quiere abrir su regalo de despedida?

Pina niega con la cabeza, y le pide a Vica que las deje solas. Vica esconde la desilusión y dice que claro que sí. Le da un beso en la cabeza a su hija y, cuando habla, se dirige al espacio que queda vacío en la banca: Te queremos mucho, Lulú, te vamos a extrañar, ya sabes que siempre nos puedes visitar.

Los ojos de Pina se abren grandotes y Vica quiere autoinfligirse una cachetada. Se ha esforzado un montón en organizar esta despedida y ahora posiblemente acaba de estropearla al abrir, en un descuido, una puertita para su retorno. Improvisa: Sabemos que esta escuela es un sueño hecho realidad para ti, pequeña, que vas a ser muy feliz ahí por muchos años y, bueno, ba-bai Lulú.

Se para y va a recargarse contra una pared de tabique, los ojos mojados. Desde aquí no puede ver lo que hace Pina, pero puede

vigilar que nadie se le acerque.

En el atado, Pina encontrará un pañuelo blanco para sacudir en la despedida, un pepinillo envuelto en papel de aluminio, la botana predilecta de Lulú. También: un lápiz chiquito y un libro titulado *El hombre invisible*. Ésta fue la parte más difícil de la sorpresa. Vica tuvo que encargar el libro en la biblioteca y luego reportarlo como perdido. Luego separó la portada y se la pegó a un cuaderno de las mismas dimensiones, con las hojas blancas. Luego le pegó un subtítulo: *Colegio para gente invisible, Años I, II y III*. Es la guía de estudios de Lulú, está impresa con tinta invisible para gente invisible. Desearía más que nada poder ver la cara de su hija al encontrarlo, pero desde donde está sólo le ve la espalda. Eventualmente, la ve levantar el brazo y agitar el pañuelo blanco hacia, supone, el tren de Lulú saliendo de la estación. Con ese simple gesto de su hija, que ella misma coreografió, todas sus certezas se disuelven. ¿Qué está haciendo, qué ya hizo? Se presiona los ojos con las palmas de las manos. Tal vez su mamá tiene razón, tal vez le lavaron el coco, porque esto es cruel. Le está infligiendo a su hija una pérdida. Y una pérdida, Vica sabe mejor que nadie, no es, como uno pensaría, una resta. No te hace más ligera. Al revés, una pérdida siempre suma. Y ahora ella acaba de ponerle ese peso extra encima a su propia hija. Quiere correr y confesar, detener el juego, regresarle a Lulú y dejar que la tenga para toda la eternidad. Que tenga su infancia para toda la eternidad. Quiere rellenarla de infancia como una vez rellenó sus muñecos de poliéster para almohadas. ¿Adónde se fue su infancia? Pina era un bebé, luego era un pulpo, pegada a su pierna por cuatro años, luego se mudaron a Londres y Vica empezó a trabajar sin pausa, cachando apenas

destellos del crecimiento de su hija a la hora de acostarla o de llevarla a la escuela. En realidad, la que ha estado pendiente, la que ha estado bien presente, la que ha tenido tiempo de calidad con Pina, y tiempo de cualquier tipo con Pina, desde que se mudaron a Londres, es Lulú, y ahora… Y ahora en el perímetro de suelo frente a sus ojos aparecen las botas de Pina. Vica siente un miedo irracional de que al alzar la mirada va a encontrar a su hija más grande, o de algún modo crecida, distinta. Pero lo que encuentra es a su chiquita, a su chiquita altísima, moqueando. Triste, en paz, habitada por esa calma de espíritu que toma el cuerpo después de llorar.

Con una lasitud inusual, como de muñeca de trapo, Pina deja que su mamá le tome las manos, quién sabe qué hizo con el itacate, y que la envuelva con los brazos. Se quedan abrazadas hasta que Pina dice que quiere ir a casa. Vica sabe que se refiere a la casa de Harriet, y no se siente mal de sentirlo así ella también. Lo sella diciendo: Sí, vamos a casa. Se traga todas sus preguntas, se promete a sí misma no mencionar a Lulú más nunca. Pasan las tiendas, la gente visible, los pasajeros más afortunados (aquellos con boleto de ida y vuelta) y de la mano salen a la lluvia, a la calle, a un Londres lleno, como siempre, de cosas que se pueden ver y cosas que no.

Y

Empieza con la postura. Tanto el piano como el Pitman. Puede que suceda en el cerebro, pero empieza en las suelas de los pies, bien plantadas, y sube por las piernas, la columna, el cuello.

Hacia el cielo, dice Harriet, jalando suavemente una hebra del pelo de Pina para arriba. Tiene la otra mano en la muleta, clavada en la axila izquierda. Luego suelta el pelo y coloca la palma de esa mano en la espalda de Vica. Dice: imagínate que hay una moneda de una libra aquí y que la quieres apretar entre los omóplatos.

Vica y Agrippina, compartiendo el banquito del piano en una distribución de 80-20 %, asienten con toda seriedad y estiran el cuello y echan los hombros para atrás.

Ahora, dice Harriet: ¿Ubican sus isquiones?

¿Qué tiene que ver la taquigrafía con el trasero?, pregunta Vica.

Pina le echa una mirada de pistola y Harriet alza su mano libre y arrugada y dice: ¡Stop!

Vica piensa que la va a regañar pero Harriet nomás dice: Me equivoqué, hay algo antes que la postura, y es el nombre. Ésta no es cualquier taquigrafía, es la que inventó el señor Isaac Pitman, tiene su propio alfabeto y hay que dar crédito al inventor.

De acuerdo, dice Vica.

De acuerdo, dice también Pina, y luego pregunta, por si las dudas: ¿Y el piano?

El piano se llamaba originalmente pianoforte, pero hoy en día es aceptable decir nomás: Sé tocar el piano.

Sé tocar el piano, repite Pina, como probando a ver a qué sabe la declaración.

«La Harriet», es lo que Vica piensa, o más bien recuerda, al oír «el señor Pitman» o quizá más bien «el piano». Pero no hay tiempo para ahondar en el recuerdo porque Harriet otra vez está lanzando instrucciones. Vica y Pina deben jalar una nalga para un lado y la otra para el otro de modo que puedan sentir sus isquiones

ejerciendo presión contra la madera del banquito. Luego deben proyectar el plexo solar hacia enfrente y retraer levemente la barbilla, como si estuviera sosteniendo con ella un durazno de tamaño promedio.

Luego tienen que practicar sostener codo y antebrazo a noventa grados exactos y considerar, por primera vez en sus vidas, la distancia entre sus hombros y sus orejas.

No llevan ni media hora cuando Harriet se sienta en el sofá de terciopelo verde, claramente agotada. Vica, aunque estuvo sentada todo el tiempo, se siente igual. Pina en cambio está a punto de explotar de energía. Pregunta: ¿Ya puedo tocar?

Mañana, dice Harriet: Te lo prometo.

Más tarde, cuando Pina ya se durmió, Vica regresa a la cocina y encuentra a Harriet desmenuzando un trozo del hongo melena de león.

¿Qué tan buena eres para memorizar cosas?, pregunta.

Normal, dice Vica: O mala, más bien malona, tal vez incluso pésima.

Harriet no dice nada, obligándola a reconsiderar mientras prepara una infusión para ambas. Vica es bilingüe en inglés y español, se defiende en alemán, sabe una pizca de francés. En algún momento conocía las capitales del mundo y los ríos y montañas de su país. Tiene el cerebro atiborrado de letras de canciones: el himno mexicano, rock alternativo de los noventa, las típicas rancheras y ahora también una balada escocesa. Conoce los horarios, alergias y situación sentimental de nueve señoras de la limpieza empleadas por Ginny, y puede nombrar cada una de las manías de cada una de las mascotas de la prima de esta última. En un cajón de su mente tiene

grabado intacto, de principio a fin, un catálogo de colores del siglo XIX porque su hermana la retó a aprendérselo cuando tenía nueve años. En materia de memoria, entonces, no es tan tan mala, para nada.

No tan mala, Vica dice: Me defiendo.

Y

Temprano una tarde, cuando Vica está bajando el tendedero victoriano del pasillo (un invento genial en concepción pero que en los hechos chirría de agonía cada vez que se usa) suena el teléfono de la casa. Vica suelta la polea y se apresura hacia la sala sólo para descubrir que Harriet se le adelantó. Vica no sabe qué le sorprende más: si el hecho de que Harriet esté ahí de pie sin muleta o el hecho de que parece estar intercambiando cortesías banales en alemán. Al verla, Harriet se despide de su interlocutor.

Vica sale de la sala con el teléfono inalámbrico sostenido lejos de su cuerpo, por la antena, como si trajera un ratón por la cola. Camina deliberadamente lento hasta su cuarto (su mamá opinando en la cabeza: Sí, sí, que pague la larga distancia, oye, ¡hubiera pensado en eso antes de mudarse al otro lado del Atlántico!) pero al llegar a la puerta y ver su escritorio decide que no quiere traer a su ex al espacio sagrado del estudio y mejor opta por el baño.

Se sienta en la orilla de la tina y toma unos segundos más para jalar una nalga para un lado y la otra para el otro, hasta tener los isquiones bien plantados en el borde de hierro fundido con recubrimiento de esmalte. Andreas nunca llama mientras Pina está en la escuela, así que Vica sabe exactamente lo que le espera, una

de dos: o quiere hacer cuentas o quiere invitarlas a que lo visiten. O quiere recalcular sus contribuciones ahora que Vica está ganando un poco más de dinero, o bien quiere presentar un plan fantástico (y fantasmagórico) que ha ideado en su cabeza, con la ayuda de quién sabe cuántas guías y mapas, para atraerlas. Lo hará sonar cálido y casual pero estará de hecho maliciosamente diseñado para golpear en los puntos débiles de la nostalgia, la culpabilidad de madre y un nacionalismo que nadie sabe que tiene hasta el momento en que alguien te ofrece pagarte un boleto a casa. Exhala separando sus hombros de sus orejas y levanta el auricular.

Luft, dice por fin.

¡¿Por qué lo hiciste?!, explota Andreas. Vica se da cuenta de que se ha estado inflando como globo cada minuto que lo hizo esperar.

¿Qué?, dice ella por pura confusión, pero él lo interpreta como una pregunta, y la contesta:

¿Por qué mataste a Lulú?

¡No la maté!

¿Estás tratando de demostrar algo o qué demonios es tu punto? No lo entiendo. ¿La secuestraste?

Cómo te atreves a usar esa palabra conmigo, contesta Vica furiosa.

Porque estoy perturbado, V. ¿No te das cuenta de que esto es horrible? ¿Desapareciste a Lulú?

¡Y esa palabra!, te voy a colgar.

Debías haberme consultado, dice él, sonando más como un niño herido. El tono calma a Vica un poco, se vuelve a sentar, se invita a sí misma a ser como la tina, y dejar que se le resbale. No sirve de nada pelearse con él cuando está ofendido. Una vez se pelearon por

días y días por una chingadera de plástico rosa de la que Agrippina se enamoró y que Vica le compró sin pensar y sin consultarlo. No se acuerda ni qué era: ¿una casa de muñecas, o tal vez un coche? Andreas estaba fúrico porque Vica no lo había consultado personalmente antes de comprar un objeto de plástico que, decía él, seguramente acabaría flotando en el océano.

Vica dice ahora lo que debería haber dicho entonces: Andreas, tu nunca jamás nos has consultado, ni a Pina ni a mí, antes de cambiar de trabajo, mudarte de continente, hacer de tu vida un cucurucho, ¿qué te hace pensar que nosotras debemos consultarte a ti?

Sigue una breve pausa que le permite a Vica recordar: ¡Era una carriola de muñeca! Preciosa. Las niñas quieren jugar a la mamá, ¿qué le va una a hacer? Ni idea, eso sí, de dónde terminó, seguramente atrapando peces en algún lugar.

Discúlpame el mal tono, pide Andreas.

Wow, eso es nuevo, comenta su madre en su cabeza: Debe de estarlo entrenando bien la nueva novia. Vica habla para callar a su mamá antes de que ésta recuerde que, en realidad, es con él con quien está de acuerdo en este asunto. Dice para ambos: Era hora de soltar a Lulú, dejarla ir, como con la carriola rosa.

¿La qué?, pregunta Andreas.

Vica sigue: Agrippina está aprendiendo a tocar el piano, algo que hace muchos años quería hacer y que antes no podíamos permitirnos. Vica no aclara que no está pagando por las clases, porque entonces abriría la puerta al ajedrez de la contaduría.

Hay otra pausa, durante la cual Vica se lo imagina ejerciendo presión, entre índice y pulgar, sobre el tabique de su nariz, empujando hacia arriba los lentes, que es lo que Andreas siempre

hace cuando quiere tomarse una pausa en una charla, como si tuviera que extraerse de la conversación durante el tiempo que le toma a su cerebro realinearse. Un hábito, por cierto, que Vica siempre le ha envidiado. Nadie te dice esto sobre las separaciones, que jamás olvidarás el alfabeto de los gestos del otro.

No estoy entendiendo la causalidad, dice Andreas: ¿Qué tiene que ver aprender el piano con la desaparición de Lulú?

¡Lulú no desapareció, no digas tonterías! Lulú se fue a la escuela para gente invisible.

Yo… Uf, no sé que decir sobre eso.

¿Qué tal gracias? Gracias por encontrarle un final hermoso a esta larga historia, gracias por criar a tu hija mientras tú…

Gracias, Vica. Estoy agradecido por todo lo que haces, todo el trabajo y todas las maneras, siempre originales, que has encontrado para mantener a Agrippina contenta y curiosa y segura en un mundo que es tan injusto y cruel, muchas gracias.

Ahora es ella la que no sabe qué decir. Está doblada hacia enfrente, las nalgas flotando sobre la tina, los isquiones olvidados, sintiendo cómo una emoción rara pero agradable, aunque no del todo cómoda, la infla como si fuera un globo, como si le hubieran inyectado algo: es el reconocimiento, funciona como el helio.

De nada, dice finalmente.

Pero luego él pincha la burbuja que acababa de crear, al decir: He estado pensando en Veracruz.

Mientras sigue hablando (vuelos casi directos, hotel en la playa) Vica piensa lo que piensa cada vez que sale con algún plan: Si te alcanza para llevarnos de visita, te alcanza para mandarnos un poco más cada mes. Andreas ahora gana en pesos mexicanos y ayuda a

mantener no sólo a Pina sino también a su mamá en Alemania, así que siempre está diciendo que no tiene dinero. Pero Vica sabe, porque lo conoce, que lo primero que hace cuando le entra el sueldo es apartar algo para su ahorro y que sólo después les manda dinero, tanto a ellas como a su madre, y sólo después anda diciendo que no le alcanza. Vica sabe todo pero no dice nada, porque ni le va a andar rogando ni, para bien o para mal, dejará nunca de querer demostrarle que ella es capaz. Su mamá siempre la regaña por terca pero Vica le llama orgullo necesario. Su mamá es un fantasma adorable pero en vida siempre pagó las vacaciones con una tarjeta de crédito que ni era suya, y ése es un patrón que Vica no va a repetir. Así que cuando él por fin para de exponer su plan, ella nomás contesta: Padrísimo, ¿por qué no se lo propones a Lulú?

Estás siendo agresiva, dice él.

No, Andreas, tú y yo sabemos que, para una mujer, la única manera cien por ciento segura de poder sobrevivir en México es siendo invisible.

No tienes que contestar ahora mismo, piénsalo.

Ya lo pensé, y ya te contesté.

Más tarde, cuando Vica le lleva su almuerzo a Harriet, que está echada leyendo en el sofá de terciopelo verde, Harriet baja su libro y dice: Ese alemán siempre estaba tarde con la renta.

Vica sabe que eso no es verdad, porque la única cosa para la que Andreas ha estado tarde en su vida es para entender los chistes, pero le agradece la solidaridad mientras deposita la bandeja con sándwich y ensalada encima de una torre de libros-por-leer que Harriet siempre tiene junto al sofá, y que van de lo serio a lo más

serio y que actúan, para todos los efectos prácticos, también como una mesa.

No me acordaba que hablas alemán, dice Vica, poniéndole una servilleta de tela en el regazo.

No hablo alemán, dice Harriet: Pero ya sabes cómo es con los idiomas, hay que fingir hasta que…

¿Hasta que lo logras?, interrumpe Vica.

No, dice Harriet: Hasta que te cachan.

Y

Conforme avanzan las semanas, Harriet mejora. Deja de comer en charola e incluso empieza a bañarse sola. Por las noches cenan juntas las tres, en la mesa de la cocina. Si Vica se distrae, Harriet intenta lavar los platos con una mano. Tanta independencia desorienta a Vica. No siempre sabe qué hacer consigo misma. Sobre todo porque había adoptado la costumbre de levantarse temprano, adueñarse de una hora de silencio en el escritorio, y luego ponerse con cualquier tarea de la casa, de modo que para cuando se despertaban sus cargas, es decir Harriet y Agrippina, ella ya había limpiado la mitad de la casa. Esto funcionó muy bien mientras Harriet necesitaba cuidados constantes, pero ahora Vica ha perdido el ritmo y hasta el rumbo. Con frecuencia se le ve girando por la casa, con ganas de, pero sin atreverse a, volver al escritorio, o echarse a leer. No cree tener derecho a estar quieta, o tal vez nomás ya no se acuerda cómo se hace eso.

Su energía desubicada contrasta con el inmenso sentido del propósito de la anciana, que siempre tiene un plan claro y al menos

una meta concreta para su día. Cada vez pasa más tiempo en el jardín con Alex, dentro de los cobertizos. Vica ya hasta pidió que la dejen participar, pero Harriet contestó con un amable y firme, y quizá ligeramente condescendiente, No. Entonces Vica decidió confrontarla sobre el estado del jardín: ¿no será que le paga a Alex para nada?

Harriet se lo tomó personal. Dijo que no puedes apresurar a la naturaleza y que la jardinería es 5% trabajo y 95% paciencia. Que ya verá en la primavera y que por qué no, querida, te sales de la casa, te hará bien cambiar de aire, vete a dar un paseo.

¿Pasear?

A Vica la noción le resulta ajena.

Pero se lo toma como tarea. Por primera vez en una década, Vica tiene un poco de dinero extra y un bastante de tiempo libre. Se obliga a pasar más tiempo fuera de casa, respirando el aire fresco, que en realidad está frío y húmedo y contaminado, perdiéndose en las calles de Londres, que antes siempre recorrió a toda velocidad, llena de urgencia. Ahora explora con calma toda una serie de barrios distintos, cada uno es un mundo. Desarrolla una ligera adicción a las tiendas de segunda mano, donde se reta a comprar prendas sólo si puede emparejarlas con su opuesto cromático: pantalón amarillo y suéter morado; falda azul turquesa con camisa mandarina. Vestirse de colores complementarios es un viejo hábito que creía haber dejado atrás con el duelo y, luego, con la maternidad, pero que de pronto le parece algo vital, algo esencial, casi la definición misma de quién es ella bajo las capas y los roles que fue adquiriendo en la última década. Pero quizá la verdadera revelación no son los lugares que visita o los hábitos que recupera, sino, simplemente, el paseo en

sí. La libertad de caminar sin mapa ni hija ni prisa ni plan. No se lo cuenta a nadie ni sabría cómo explicar la alegría simple, pero inmensa, de este acto casi prohibido, el acto de ir por ahí sin tener donde ir. Es la ligereza real, física, de caminar sin ir cargando sus herramientas de trabajo como en todos los años anteriores, pero también una ligereza más difícil de explicar pero que ella vive como algo concreto, casi místico. Los huecos que dejó Harriet al ir sanando, de pronto Vica no sólo no quiere llenarlos, sino que los atesora: pasa una, dos, hasta tres horas afuera, sin más faro que el perderse.

El resto del tiempo, Vica limpia, cocina, masajea a Harriet, lleva y trae a Pina y, pese a todo pronóstico, practica obsesivamente su Pitman. La taquigrafía se juzga, a decir de su profesora, no por la pulcritud sino por la velocidad. Como mínimo, Vica debe lograr anotar 150 palabras por minuto. Usa Radio 4 (la estación de la BBC que Harriet tiene puesta todo el día, su música de fondo), y transcribe lo que sea que esté pasando al aire. Si se detiene tiene que levantar la vista y lo que encuentra, por lo general, es a Harriet con la nariz en un libro y a Pina practicando escalas en el piano, y es demasiado. Le da vértigo. Un vértigo ambiguo. Una especie de felicidad tranquila que la espanta. No porque no crea que es real sino porque no cree merecerla, sabe que esto no era para ella. Vica ha tenido buena suerte, para alguien tan sinsuerte, y para bien o para mal todo lo que tiene hoy se lo debe a una pérdida. Se identifica, sobre todo, con los rateros que llegan a saquear después de un temblor. Y es por eso que, aunque difícil, su vida previa, su vida nómada, le sentaba mejor. Una vida a la medida de un ladrón.

En los cuatro años que llevan en Londres, se han mudado unas diez veces. Compartieron muchos departamentos y, una vez, una casa con una familia enorme. Ésa fue quizá la peor de todas y Vica tuvo que empacar y huir un día mientras Pi estaba en la escuela, porque uno de los tíos la atrapó contra el muro en un callejón atrás de la casa. Logró escapar de casualidad, gracias a un repartidor que pasaba por ahí. Fue un recordatorio de cuánta suerte tiene, porque suerte en este mundo de hombres es simplemente llegar al final de una frase sin que te interrumpan, llegar al final de un pasaje subterráneo sin ser interceptada, sacar la basura sin que te atrapen como mariposa bajo alfiler, llegar al final de una fiesta, de una noche, de una vida sin que te violen. Pero justamente porque es pura suerte, no es posible bajar la guardia. Vica había bajado la guardia en esa casa, confiado de más en la presencia de tanta gente y al escapar se juró que nunca más se descuidaría. Se juró cuidarse mejor, a ella y a la niña también, a la niña sobre todo. Se juró nunca más vivir con hombres, con cualquier hombre, con ningún hombre. Se mudaron entonces a un estudio minúsculo que se chupaba más de la mitad de su salario pero que hubiera sido maravilloso salvo por la infestación de chinches de cama. Probaron de todo pero, al final, las chinches ganaron esa batalla usando el mismo modelo que usan las hegemonías, las monarquías y el patriarcado para ganar siempre: el abuso de sus recursos. Las chinches se reían de los métodos sistemáticos de Vica, le desangraban la imaginación, le robaban cada noche el poquito de energía que tenía al final de la jornada laboral. Dejaron el estudio con la cola entre las patas. Cuando Mandíbula se presentó en la central, Vica y Pina estaban viviendo en un cuarto rentado a una prima de Ginny, que tenía tres gatos y dos perros y

les cobraba extra cada vez que se bañaban o prendían la calefacción.

Es por todo eso que ahora, algunas mañanas, Vica sale al jardín y se para donde pega un rayo de sol y le da las gracias a una serie de dioses sin nombre en los que no cree pero sí cree. En ninguno de los sitios anteriores habían encontrado esta mezcla sana, prácticamente olvidada, de sentirse libres y sentirse en casa. Una mescolanza grata que, en general, Vica aprecia. Pero que, otras veces, la invade como el canto de sirena de un pasado que se le escapó, de un futuro que ya no tendrá, de otro futuro que su hermana no pudo ni experimentar, y entonces tiene que encontrar los audífonos, treparle los decibeles a la BBC y anotar, anotar, anotar hasta que la amenaza de una ola de duelo pasa. Toma dictado en cuanto Pina se duerme, también, sentada en el escritorio, sin mirar el reloj: llenando hojas hasta quedar vacía. No vacía como podría estarlo un contenedor sino vacía como debe de estar un tubo: por vocación, por destino. Mientras más vacía más capaz de dejar entrar el flujo de palabras, y de verterlo al cuaderno. Cuando fluye la taquigrafía se siente así: como drenaje.

Y luego, sólo cuando llega al punto más vacío y más lejano del yo, del ego, de cualquier atisbo de pretensión y por ende de vergüenza, sólo entonces, en un movimiento veloz que nadie notaría, si hubiera alguien para verla, le baja todo el volumen a la BBC, pero sin dejar que las palabras, que ahora vienen de otra parte, de quien sabe dónde, sigan fluyendo. Su trabajo es el de cualquier copista, cualquier tubo y cualquier radio: permitir y encauzar el flujo, quitarse de en medio.

No está escribiendo, es lo que Vica se dice. Está nomás tomando nota. Tomando dictado, sólo que ahora de una fuente sin nombre, de un dios en el que sí cree. De un algo que dicta cosas que ella transcribe sin cuestionar. No cambia de tinta ni de papel ni de ritmo, cuando pasa de un tipo de dictado al otro, simplemente es como que cambia de canal, y se deja ir en la página. No se siente como estar inventando, ya ni siquiera se siente como drenaje. Se siente como una inundación suave y silenciosa. Como una marea. Inevitable.

Cuando ya no puede seguir, Vica se traslada al sofá, el vacío en ella ahora convertido en otra cosa, en algo vaporoso que la llena sin aplastarla: lo opuesto a una pérdida.

Hoy Pina está abierta como estrella de mar y no se hace ni un poquito para allá cuando Vica se mete bajo el edredón. El Pulpo, es como la apodaban de pequeña: toda extremidades. Vica empuja suavemente un brazo, una pierna, tratando de hacerse espacio. Conforme se acomoda puede sentir la estructura huesuda de su hija contra su propia carne, más amplia y más blanda. Le es imposible no pensar en sus cuerpos como trazos de taquigrafía: líneas y curvas. Letras en un alfabeto extraño donde, como con el Pitman, no se trata ni de significados ni de ortografía. Se trata simplemente de un código compartido, el código Vica-Pina, y de encontrar una y otra vez la flexibilidad suficiente para resonar juntas, sin importar cuánto cambien ambas. Se trata de la niña creciendo como si fuera una carrera hasta que un día, Vica lo sabe, no cabrán en el mismo enunciado, no compartirán ni cama ni, seguramente, casa. Pero por ahora aquí están: un palito, un semicírculo, trazo suave o trazo fuerte, el cuarto imbuido en sus respiraciones que, poco a poco, se

sincronizan. Vica quisiera poder embotellar el sentimiento, o por lo menos aprendérselo de memoria. Manda un rezo difuso, pidiendo que aun si sus caminos se separan, nunca se bifurquen del todo. Vica no da esto por sentado. Para nada. Sabe (y teme) que todo puede romperse, separarse, desparejarse. Creció en un cuarto como éste, donde siempre había otra persona, y luego esa persona dejó de estar. Rara vez se deja pensar en esto. Al instante su estómago se contrae como si la acuchillaran. La ola de duelo viene y esta vez no intenta frenarla. Se gira y gotea y deja que la almohada se empape. Luego de un rato para de llorar y está como a la orilla del mar, revolcada pero, al mismo tiempo, intacta. Se gira hacia el otro lado, de frente a su hija y le pasa un brazo por encima. Pina suspira en respuesta, pero no se despierta. El día que Agrippina salió de su cuerpo, Vica levantó su rostro frente al de ella y descubrió este truco del magnetismo o de la maternidad. Que sus frentes al juntarse emiten una frecuencia suficientemente poderosa como para acallar el mundo afuera e incluso, aún más difícil de lograr, el ruido de adentro. Nunca le ha dicho a Pina del truco de las frentes, pero está segura de que ella también lo siente, incluso ahora, incluso dormida. Es un truco de magia pero también algo de la física. Una suerte de estática compartida, un intercambio de ondas de energía. Andreas seguramente no estaría de acuerdo pero Vica está segura de que están todas emparentadas, la física y la magia y la energía: una y la misma.

Y

La tormenta arreció, dice Pina parada en un banquito, frente a la estufa. Tiene la carita inclinada sobre el vapor de una olla. Está todavía de uniforme y con una cuchara de palo revuelve algo en la olla, hasta que se detiene para hacer un énfasis en su historia: ¡Y entonces sus papás se estrellaron contra el mar y nunca más los volvió a ver!

No te puedes estrellar contra el mar, dice Harriet, que está a su lado, una mano apoyada en la muleta y en la otra una espumadera. Explica: O te estrellas contra algo duro, o te hundes, y tal vez te ahogas, en el mar. ¡Sigue dándole vueltas o el huevo se te va a hundir como el barco!

Pina está aprendiendo a pochar huevos. Harriet le advirtió que lo único más difícil que pochar bien un huevo es poner un huevo cuando no eres una gallina. Al oír esto, la mamá dentro de la cabeza de Vica protestó: Pinche Harrieta anda condicionando a mi niña para el fracaso.

Cada vez que Harriet le presenta un reto a la niña, la abuela muerta se angustia. Pasó lo mismo con Bach y ahora Pina lo toca sin mirar la partitura. Es verdad que resulta que Bach escribió unas piezas muy sencillas, pero ése no es el punto. El punto es que tú y yo calladitas nos vemos más bonitas, le resume Vica a su mamá.

Entonces ¿cuál fue?, pregunta Harriet.

Las dos, dice Pina: La mamá se estrelló contra un iceberg y el papá se hundió y también se ahogó. ¡Y luego los dos se incendiaron!

¡No te puedes incendiar en el mar!, protesta Harriet.

Vica se ríe, y luego pega un grito que hace gritar a las otras dos. Harriet además deja caer un huevo crudo que explota en el piso.

Ay, por dios, dice Harriet: Si sólo es Alex.

Es sólo Alex, parado al otro lado de la puerta corrediza, los ojos bien abiertos frente a la gritadera que provocó, aunque apenas visibles bajo la capucha de la sudadera negra, siempre subida. Abre y cierra la puerta con una mano, mientras con la otra coloca en la mesa una caja de plástico llena de macetas minúsculas, cada una con un poco de tierra y, tal vez, semillas de algo. No es la primera vez que Vica piensa que debe exigir un trato justo: si ella y Pina no pueden pasar de la composta para aquel lado, ¿por qué Alex sí puede cruzar de éste?

Déjame a mí, le dice Alex a Harriet, quitándole el trapo de las manos y agachándose a limpiar.

Ah, opina la mamá de Vica: Sí sabe hablar el muchacho.

Eché a perder otro huevo, se lamenta Pina, mientras Harriet lo saca de la tormenta con la espumadera. Parece un pulpo muerto en la cuchara, pero Harriet dice: Este me lo comeré yo. Luego le pasa un huevo nuevo a Pina y dice: La tercera es la vencida.

Alex, aún limpiando el piso, dice: La tercera forma el patrón.

¿Qué?, pregunta Vica, que aún está sentada pero dejándole menos peso a la silla, porque su cuerpo opina que es ella quien debería pararse y limpiar y asegurarse de que no quede pegajoso el piso.

Pero Alex parece leerle la mente porque va al lavabo y enjuaga el trapo y regresa a la mancha para quitar los últimos rastros y mientras hace todo eso explica: Se necesitan tres instancias para establecer un patrón. Por ejemplo si te digo dos, tres, cinco, ya sabes qué sigue.

Siete, once, trece, dice Pina sin dejar de menear la cuchara.

¡Muy bien!, le dice Alex como si fuera su profesor: Estoy impresionado, mi hermanito ya tiene doce años y no me supo contestar.

Es porque yo tengo un papá científico, dice Pina sin adornos ni comentario.

Vica está confundida: Dos, tres, cinco, siete, ¿qué?

Harriet se apiada: Son los números primos.

Ah, piensa Vica: Ya veo el patrón, hay tres personas inteligentes y luego tú, siempre la más tonta en el cuarto. Pero sólo dice: Cuando yo era niña contábamos chistes en tres actos.

Eso suena insoportabilísimamente largo, dice Pina.

Todos los chistes tienen tres actos, dice Alex.

Es hora de sacarlo, dice Harriet, a propósito del huevo.

¿Cómo?, dice Vica, tratando de no mostrar la irritación que siente cuando Alex saca una silla y se sienta a la mesa, frente a su charola de semillas. En el lavabo llenó algo de agua y ahora Vica puede ver que se trata de un gotero, con el que se pone a alimentar las macetitas con tierra, como si fueran gatos recién nacidos.

Primer acto, dice Alex: Estableces el tema del chiste. Segundo acto, estableces el patrón. Tercer acto, rompes el patrón.

Vica protesta: Pero si acababas de decir que toma tres repeticiones establecer un patrón.

¡Ja!, grita Harriet desde la estufa, consumida por un placer sofista.

Haberle provocado esto alegra mucho a Vica, le recuerda cómo era vivir con su hermana y ganarle, a veces, aunque la verdad las menos de las veces, en la competencia permanente de arrancarle a su madre una sorpresa, una sonrisa.

Alex termina de hidratar las macetas y luego las levanta una por una y les da dos golpecitos antes de reacomodarlas en la caja. Vica por primera vez logra ver, quizá, tal vez, por qué Harriet lo llama «dulce». Él la cacha mirándolo y le pide: ¿No nos vas a contar un chiste en tres actos?

Vica intenta recordar alguno pero nada le viene a la mente. Entonces intenta explicar cómo funcionaban: decías tres cosas similares y luego preguntabas ¿Cómo se llamó la obra?

Pina pone los ojos en blanco.

Ya te acordarás de alguno, dice Harriet.

En medio de la noche, dice Alex, mirándola a los ojos con un destello de algo que Vica percibe como amenaza. Dura un segundo, pero Vica está segura de no haberlo imaginado. Luego Alex se pone de pie, levanta su charola, les da las gracias y sale de la cocina como un intruso bien educado. Vica está confundida. Es dulce, pero también siniestro. O no, no, está proyectando otros hombres en el pobre Alex, déjalo en paz.

Pina y Harriet celebran un huevo pochado perfecto y Vica se acerca a verlo. Cuando acumulan varios, las manda a la sala mientras ella pone la mesa, prepara una ensalada, corta pan.

Harriet y Pina ponen la canción de Loch Lomond en el tocadiscos. Es algo que escuchan con frecuencia, en bucle, como si fueran dos adolescentes, o dos bebés adictas a una misma sonatina, y luego Vica no logra sacársela de la cabeza, a veces durante el día se encuentra a sí misma sin razón tarareando: I'll take the high road, and you'll take the low road y preguntándose si bonnie es un término cariñoso o despectivo y, sobre todo, preguntándose qué es exactamente el «purple hue» de la canción. ¿Es lluvia o niebla o

aura? Y de qué morado, exactamente, se trata. Vica nunca ha estado en Escocia y se la imagina más bien verde o tal vez azul, pero morada no. Le hace pensar en cómo, cuando tenía la edad de Pina, su hermana le enseñó a entrecerrar los ojos para poder distinguir bien un color. Una vez, Vica le dijo: Estás obsesionada con los colores. Y su hermana, siempre traviesa, siempre coqueta, contestó: ¡Más bien estoy iluminada!

El recuerdo le provoca una sonrisa, que se borra cuando al otro lado de la puerta corrediza percibe un movimiento. Va al vidrio y junta las manos y pega la nariz a la puerta para poder ver más allá de la luz reflejada. Pero no ve nada. Tal vez fue una ardilla. Los cobertizos están cerrados y Alex no se ve por ningún lado. Debe de tener llave directa al jardín porque Vica nunca hasta hoy lo había visto dentro de la casa. Echa el seguro a la puerta y piensa que le preguntará a Harriet después de dormir a Pina: Él no tiene llaves de la casa, ¿o sí? No lo quiere cerca. Está frío el vidrio de la puerta.

Estoy iluminada, piensa de nuevo, pero esta vez el recuerdo sólo le provoca dolor.

Vica nunca sabrá si perder a su hermana hubiera dolido menos si su hermana no hubiera sido tan luminosa. O si supieran lo que le pasó.

Porque en realidad sí es posible chocar y hundirte e incendiarte, todo al mismo tiempo. Esto es, de hecho, lo que te pasa cuando nadie sabe qué te pasó: todo te pasó.

Y

Es un chiste, piensa Vica inmediatamente después de colgar el teléfono. Es una broma de mal gusto. Una broma insoportabilísimamente larga: veinticuatro horas y contando. Un chiste en tres actos.

El primer acto establece la domesticidad, hecha de horas juntas concentradas, practicando el piano y el Pitman y la jardinería de hongos de cocina, tres artesanías sin relación una con la otra pero entretejidas por la presencia de las tres artesanas. El primer acto fue, ahora le resulta obvio, demasiado bueno para ser verdad. Debería haberlo notado, conforme los días se volvieron cortos y el otoño dio paso al invierno, a la Navidad acechando, Vica debió saber que tanta calidez de interiores no era normal, que no podía durar. Se queda sentada donde colgó el teléfono, tratando irracionalmente de entender en qué momento se equivocó, en qué momento bajó otra vez la guardia. ¿Fueron los paseos? En el primer acto, Vica aprendió a pasear.

Durante meses, cada mañana, habiendo dejado la casa limpia y el desayuno listo, después de dejar a su hija en la escuela, Vica camina como si andar sin destino fuera su destino. Cuando ya no puede de frío se mete a algún sitio y se toma un café caliente y caro, algo que antes jamás se hubiera permitido. Luego sigue caminando y sonríe como una turista, como una imbécil cuando al doblar una esquina encuentra una calle llena de luces. Hileras de foquitos que conectan las fachadas de ambas aceras como una telaraña encantada. Y entonces Vica, que usualmente detesta la época navideña (porque hace años que le significa nada más limpiar el doble por el mismo sueldo, y angustiarse de todo lo que no le puede dar a su hija: no tanto los regalos, que siempre consigue, sino una chimenea, una

familia, una cantidad estúpida de lucecitas y la no tan estúpida felicidad que encienden), se emboba con las decoraciones. Siente como que ha llegado a algún lugar, a otro plano, a una vida decente que, por primera vez en años, no quiere cambiar por otra. Al principio del año se salvó del hombre ese, y estaba pensando para qué me fui de México, estoy en peligro en todos lados. Pero ahora el año va a cerrar muy distinto, y ella es ya distinta, y pronto van a ser diez años de que desapareció su hermana. ¡No! No te pongas a pensar en eso ahora. Piensa en los foquitos. Piensa en el escritorio. En los artículos enmarcados en la pared. Qué tal si ella enmarcara uno de sus textos, ¿no sería un buen regalo de Navidad para Harriet? No. No seas tonta. Piensa en la cena de Navidad, mejor, en qué vas a cocinar. Se detiene en una esquina y compra un gorro de Santa Claus en un puesto. Luego se siente aún más tonta por esa compra impulsiva y luego, sin transición, avergonzada de estar viva. Y avergonzada de haber intentado enterrar el pensamiento (se van a cumplir diez años) bajo un poquito de oropel.

En cuanto vuelve al departamento Vica sabe que no hay nadie, por la ausencia de Radio 4. Camina hacia la esquina-galería y le pone al alebrije gigante el gorro de Santa. Ve lo que imaginaba: la puerta corrediza no tiene el seguro puesto, lo que significa que Harriet debe de estar en la covacha, o en el cobertizo. De todos modos Vica siente la necesitad profesional de verificar y sale hasta su frontera permitida, el bote de la composta, desde donde grita: ¡Ya regresé!

El cobertizo tiene la puerta abierta, inusual para un día tan frío. Tiene prohibido acercarse pero cuando no hay respuesta a su segundo o tercer aviso, Vica camina hacia la puerta abierta.

¿Harriet?, pregunta.

En cuanto mete la cabeza la oye: un quejido.

¡Harriet!, grita Vica cuando la encuentra, tirada en el piso entre filas de grandes cajas de plástico y costales de fertilizante.

Vica se acuclilla: ¿Qué pasó?

La buena noticia, dice Harriet, con dificultad: Cadera ok.

Ok, dice Vica, ahora a cuatro patas para poder oírla bien: ¿Cuál es la mala noticia?

Costilla, dice Harriet: Creo. Cada palabra que exhala es como un pajarito sin aliento.

Mierda, dice Vica: ¿Llamo a una ambulancia?

Las costillas… rompen… muy fácil.

El comentario pedagógico calma un poco a Vica, pero el tono no. Llama a una ambulancia y luego se pasa los siguientes diez minutos yendo y viniendo del cobertizo, no atreviéndose a mover a Harriet pero preocupada también de no oír el timbre cuando lleguen. Pone agua a calentar y luego se da cuenta de que no podrá beber un té en esa posición. Le lleva mejor unas cobijas. Encuentra analgésicos y luego no se los ofrece, no sabe qué es lo correcto. Se para en la puerta, se acuclilla junto a Harriet, que intenta decir algo. Vica le aprieta la mano y le pide que deje de hablar, que no gaste su energía.

No hace falta oír el timbre porque la ambulancia llega con la sirena puesta. Sacan a Harriet en una camilla. En la calle, Vica pide ir con ella pero Harriet misma la despacha: No… tu Pina… yo regreso… cena… lentejas.

Vica acepta de malas que no será de mucha ayuda en el hospital. No pudo ni contestarles a los paramédicos la pregunta de qué

provocó la caída.

La edad, contestó Harriet.

Harriet no regresa para cenar. Pina y Vica se comen las lentejas sin hablar, como si no quisieran molestar a la ausencia de Harriet, que tiene forma, ocupa espacio.

¡Va a estar bien!, le asegura Vica a su hija. Pero no logra quedarse quieta. Incluso después de que ya limpió todo y Pina practicó sus escalas y se fue a dormir. Vica le quita el vergonzoso gorro al alebrije y luego se lo vuelve a poner. Se sirve un dedo de whisky y lo bebe de golpe. Le quema la garganta. Ojalá estuviera Mandi aquí. O Andreas. O incluso Alex. ¿Dónde estaba el pinche Alex cuando Harriet lo necesitaba?

¿Y por qué se cayó Harriet? ¿Se tropezó, se desmayó? Va a tener que hablar con sus doctores porque duda que Harriet confesará, si es que se acuerda. Carajo, Vica estaba a cargo y, en vez de cuidarla, la dejó comportarse como una niña consentida, demarcando zonas prohibidas, zonas donde era imposible cuidarla. Quién sabe cuántos peligros esconden la covacha y el cobertizo: madera podrida, zonas resbalosas, clavos oxidados, se podría haber pegado en la cabeza al caer, se podría haber roto mucho más que una costilla.

Vica desliza la puerta y sale al jardín. Se detiene en la composta por costumbre, pero luego se empuja a seguir. No ha pasado un minuto afuera y ya está titiritando de frío. Pero le sienta bien, el aire fresco, le vacía la cabeza por un instante. Mira al cielo, algunas pocas estrellas son visibles a pesar de la mucha luz que emana la ciudad. O tal vez son planetas, no tiene idea. Los planetas, cree recordar, son más estables, no están muriéndose todo el tiempo como hacen las estrellas, así que se dirige a los planetas cuando

envía un rezo por que Harriet regrese pronto y sana. Revisa el cobertizo donde sucedió la caída pero es difícil bajo el único foco débil que lo ilumina. Ya no va a dejar que Harriet pase tiempo sola aquí. Y va a insistir en que pongan más luz, no se ve nada. Se encuentra tiradas las llaves de Harriet y se las guarda en el bolsillo. Pero no hay mucho más que pueda poner en orden. Incluso en la penumbra es evidente que el siniestro de Alex es muy organizado. Debería checar la covacha ahora, pero la encuentra cerrada. Va a volver al departamento cuando recuerda que tiene las llaves en el bolsillo. La humedad del pasto penetró sus pantuflas y le castañetean los dientes. Prueba la llave más pequeña y no funciona. Pero la segunda sí. Abre la puerta y tiene que cerrar los ojos. Da un paso atrás, como si la hubieran empujado. Al revés del cobertizo, la covacha está tan iluminada que Vica debe parpadear varias veces antes de poder abrir los ojos. La luz proviene de una serie de lámparas LED, o algún otro nombre exótico para decir demasiado pinche potentes. El efecto, además, se multiplica gracias a que el techo está cubierto con mantas reflejantes. Le duelen los ojos. Es todo tan raro que le toma un momento descubrir qué están iluminando (¿o calentando?) las lámparas. Esto es lo que ve:

De seis grandes contenedores de plástico brotan cientos y cientos de hongos. De un vistazo nota cuatro o cinco tipos distintos. No son grandes pero son muchos. Como una ciudad. Color crema y chocolate y óxido, algunos recuerda haberlos visto antes, en manos de Harriet, pero impresionan más así, en grupo: impotentes pero intimidantes, como perros en jaula, como pandillas de preadolescentes. Toca uno redondo y éste se abre, soltando una nubecita blanca. Vica aparta la mano como si se la hubiera

quemado. Es una reacción tonta, sólo son las esporas y lo sabe. La nubecita se disipa y la admiración se expande. ¡Harriet! Qué labor tan inmensa, cuánto cariño y dedicación, qué producción, por qué nunca se lo quiso presumir antes. Tanta productividad. Y tanto orden, también. Todo está etiquetado en algo que a un ojo sin entrenar le parecerían jeroglíficos, o garabatos, pero que para Vica ahora es evidente: Pitman. Puede leer todas las etiquetas. Pero no entiende ni una: cámara de fructificación, cosechar, sustrato, cobertura, volteo, llenado, inoculados. ¿También a Alex le enseñó taquigrafía?

En una de las paredes de la covacha hay estanterías llenas de contenedores de plástico. Salvo por el tamaño, son idénticos a las cajas grandes en el piso. Pero los de las estanterías, en vez de tierra, contienen montículos de pedacitos de madera. Y por entre las grietas de estos montículos brotan un sinfín de honguitos minúsculos de diversos tipos. Es la guarda de maternidad, supone Vica. Un criadero. Siente tanta admiración que le duele el pecho. Justo cuando empezaba a conocerla, casi a darla por sentada, Harriet volvió a sorprenderla. Qué persona más rara y más mágica, qué suerte ser alojada por ella.

Al final de una estantería, en otra caja transparente, hay un montón de papeles. Vica saca un puñado y se pone a hojearlo. Son, sobre todo, recibos de materiales. Pero también hay recortes de revistas y artículos, Vica se detiene sólo en los de Harriet. Entiende de inmediato la esencia de sus argumentos. Harriet defendiendo los hongos. Harriet explicando el *Drug Act* de 2005 que, en un solo día, clasificó a la psilocibina, es decir a los hongos alucinógenos, previamente considerados inocuos, como una sustancia clase A, es

decir como una droga igual que la heroína o el crack. Incluso a través de su escritura elegante y clara, Harriet suena furibunda. Cultivar estos hongos, tenerlos, compartirlos, recogerlos en el campo, de pronto equivalía a siete años en prisión. Venderlos, a una sentencia de por vida.

En la esquina hay dos o tres contenedores de plástico de los grandes, vacíos y sin usar. Están apilados y tapados y cachan los isquiones de Vica cuando se le doblan las rodillas. Quién sabe qué es una cámara de fructificación pero suena a lo que está pasando en su interior: tantas cosas germinando, madurando, pudriéndose dentro de ella. Quiere ver más y también desverlo todo. Sus ojos juegan al ping-pong del pánico y aterrizan en una caja distinta, la más pequeña. No es de plástico como todas las otras sino de metal, verde oscuro, seguramente un botiquín. La levanta y la encuentra cerrada. De inmediato sabe que para esto es la llave más pequeña. Abrirla resulta muy similar a cuando abrió la covacha. No está llena de luz, pero brilla a su manera. Y está igual de ordenada. Vica extrae un tabique de billetes y le resulta, al tacto, tan alienígena como el hongo que le escupió una nube de esporas hace sólo unos minutos. El dinero no exhala nada pero su nube igual es perceptible, hipnótica. Es todo tan de película que a Vica le entran ganas de reírse. Veinte billetes de cincuenta libras, es de lo que están hechos la mayoría de los tabiques. Vica ni siquiera sabía que existían los billetes de cincuenta. Tienen a la reina, como todos los demás. Hola, su Majestad. Su Majestad multiplicada por veinte, multiplicada por… docenas. Cierra la caja y echa la llave. Con el corazón latiéndole fuerte, Vica cruza el jardín, abrazándose contra la humedad de la noche, calculando en la cabeza. Podría haber veinte mil libras ahí,

podría haber treinta mil o más. Piensa en «La cucarachita Martínez», un cuento que les contaba su mamá, donde la protagonista, una cucaracha muy pobre, se encuentra una moneda y luego se pasa el resto de la historia sopesando cómo se la va a gastar.

¡Shhhh!, hace Vica, previendo el comentario o la complicidad de su madre en su cabeza. Quiere concentrarse en el enojo. Aquí lo ético es ponerse fúrica y para demostrarlo quisiera patear algo, pero teme hacer ruido, así que sólo pisa fuerte el pasto una y otra vez: un berrinche, era la cuidadora y ahora es el párvulo. Se enoja aún más al recordar a Harriet diciendo: Yo no soy muy de negocios.

¿O tal vez Harriet no sabe? Tal vez es todo Alex.

No, claro que no, Vica no se puede mentir ni un instante más, si antes no lo quiso ver, ahora no hay manera de recuperar el velo. Entra a la casa y cierra la puerta con seguro, pero el enojo le impide estarse quieta, da vueltas por la sala, se sirve otro whisky pero luego no lo bebe.

Se queda por fin sentada y entonces el ping-pong se traslada a sus adentros. Pasa de un sentimiento a otro (del enojo a la curiosidad a la intriga a la confusión) a gran velocidad y, al mismo tiempo, como a cámara lenta. Cuando la furia regresa, está dirigida en contra de ella misma. No sólo falló en cuidar a Harriet, sino también en verla por quién es. Vica falló también en cuidarse ella y a su hija. Bajó otra vez la guardia. Claro que todo era demasiado bueno para ser cierto. Por una vez no vivían en un chiquero, por una vez Pina tenía estabilidad más allá de los ritmos de la escuela de gobierno, pero todo era una mentira, una nube de esporas, porque todo estaba sucediendo en una casa que es una mina, una trampa. Leyó en uno de los recortes la historia de los dueños de un edificio

donde había una discoteca: serían sujetos al proceso penal aunque juraban no haber sabido que se vendían hongos dentro de su inmueble. Entonces ¿qué pasaría con las dueñas de departamentos de ensueño? ¿Y con sus cuidadoras? Y cuando escriben «el inmueble», ¿eso incluye a los niños dentro?

Y

El segundo acto rompe el patrón al romper el patrón en el segundo acto.

Vica escribe una retahíla de mensajes de texto furiosos, que luego no manda. Un residuo de instinto, o un residuo de haber vivido en México y haber intentado en vano encontrar a su hermana desaparecida, o quizá nomás un residuo de las novelas policiacas que ha leído, le advierte que debe seguir los lineamientos de No Dejar Rastro.

Cuando el teléfono suena, Vica pega un brinco. Seguramente Harriet va a decirle, con su voz de inocente, que pasará la noche allá porque ya es muy tarde, y que le prepare huevos rancheros para el desayuno. Pero ni la costilla rota es excusa y Vica contesta dispuesta a pronunciar en voz alta su ultimátum: O te deshaces de todo eso o nos vamos nosotras.

Pero no es Harriet al teléfono.

De hecho, la llamada es el segundo acto y el segundo acto es la broma.

La llamada destruye todo y, de paso, restablece el orden de las cosas dentro de la jerarquía que Vica conoce y entiende: la supremacía de la pérdida.

Y

No es verdad, concluye Vica después de su recuento. ¿Cómo es eso que dice Andreas? ¿Que la solución más sencilla es la más probable? Exacto: no está sucediendo. No es real, no está pasando, es una broma. Vica aún tiene el teléfono inalámbrico en las manos y nota que se sacude levemente. Sus manos tiemblan y también sus piernas. No es real y por ende merece ser tratado como un chisme. Como una papa caliente, hay que pasársela al siguiente. Pica botones del aparato y en la pantallita desfilan los últimos números usados, está buscando un 34: España. Mallorca está en España, se dice a sí misma: España está en Europa, no está lejos, Mandi puede llegar hoy mismo. Pero antes del 34 se le aparece un 52: México. Andreas está lejos, no puede llegar hoy ni la puede ayudar, pero de todos modos ya le está marcando, pip, pip, pip, Andreas odia los chismes.

¿Bueno?, contesta él, como si fuera mexicano.

Hola, dice ella.

¿Vica?, dice él. ¿Qué pasó?

Pina está bien, dice ella y él exhala de un modo tierno y desconcertante que no le conocía.

¿Y tú estás bien?, pregunta él.

Sí… empieza Vica, pero no logra seguir.

Qué bueno que me llamas, dice él tomando las riendas tras un breve silencio: Estoy un poco preocupado por Agrippina, por su imaginación.

¿Su imaginación?

Sí, necesita un Auslauf.

¿Lauf no es risa?

Una salida, dice él: Necesita una manera más productiva de salir, ahora que Lulú ya no…

Qué alemán de tu parte, dice ella: Querer que la imaginación sea productiva.

Qué mexicano de tu parte, dice él: Tenerle miedo a la palabra productiva como si fuera a morderte la nalga e infectarte de propósito. Pero, ya, en serio, creo que está inventando cosas.

¡Claro que está inventando cosas, tiene ocho años! Vica no tiene idea de cómo llegó a esta conversación.

¿Y no te parece un problema?

No, dice ella: Porque Pina no sabe mentir, se le pone roja la cara, como a su papá.

Oh, dice él.

Se murió Harriet, dice ella, y decirlo lo hace por fin real. Real de un modo que había estado evitando al no soltar el teléfono, al repasarse la broma en tres actos e intentar regresar al enojo previo a la llamada: los hongos, la furia, todo menos la llamada. Pero una vez que lo dice en voz alta la furia se esfuma. La broma es su vida y las lágrimas se sueltan.

¿Qué pasó?, pregunta Andreas.

Un neumotórax, dice Vica: No sé ni qué es.

Es cuando se colapsa un pulmón y…

¿Cómo le voy a decir a Pina, cuando se despierte? ¿Y cómo le voy a decir a Mandi?

Yo le digo. Tu ocúpate de Pina, yo me ocupo de Mandíbula.

¿Sabes cómo encontrarlo?

Ya veré, no te preocupes, ¿qué más puedo hacer por ti?

¿Me contarías un cuento?

Ok… dice Andreas: ¿Uno del Struwwelpeter?

Sé que es una tontería, dice ella y empieza a llorar otra vez: Sé que es larga distancia.

No pasa nada, V, te voy a contar tu favorito, el del niño que mira al cielo, ¿sí?

Sí, dice ella: Gracias.

¿Quieres que te cuente una versión donde el niño no se cae al agua?

No, dice ella: Sólo quiero que al final pueda salir del río.

Genau, dice él: Siempre siempre saldrá del río.



Vica desdobla la escalera, la apoya contra el armario. Subió sus maletas el día que llegaron, y no las ha vuelto a tocar. La suya sobresale de un modo que solía molestarla pero que hace meses dejó de notar y que, esta noche, la reconforta: es un techito ínfimo, pero un techito suyo. Desde que huyó de México con sólo una mochila, a Vica le gusta pensar en sí misma como una persona portátil. Su maleta es su patria: un enclave, una embajada.

Se sube a la escalera y la baja. Pesa más de lo que recordaba: por un instante se desbalancea. Había olvidado que la maleta está medio llena con cosas que nunca necesitaron aquí: abrelatas, cafetera, manta eléctrica: los pequeños lujos del nómada. Saca todo y empieza a llenarla con lo básico: ropa interior, calcetines, cada categoría un viaje a los cajones. ¿Mejor hacerle una maleta separada

a Pina? No, no puede arriesgarse a que la niña se niegue a cooperar. Medias, camisas, el uniforme. No, no. Será otra escuela donde sea que terminen. Uniformes fuera. Un sólo peluche, el más viejo y querido. Dos libros, un par de botas de hule, ahora la maleta está llena con cosas de la niña, eso no tiene sentido. Saca casi todo y mete su mejor ropa: vestido mexicano bordado, suéter de lana y las botas que ya nunca usa pero que no se anima a tirar porque le recuerdan a la mujer que fue antes de todo o tal vez porque, como le dijo una vez a Harriet, son tan toscas que la hacen sentirse femenina. Mira el reloj y entra en pánico. Desde la llamada, el tiempo ha transcurrido, a la vez, como agua y como chapopote: a la vez demasiado lento y demasiado rápido. Tiene que empacar antes de que amanezca. En el baño, agarra perfume, medicina, secadora de pelo, luego lo deja todo en el lavabo. Sus movimientos son controlados pero aleatorios. Va a la sala y se detiene frente al alebrije. Pensó, por un instante, en robárselo. Fue un impulso idiota, es demasiado grande. No está pensando claro. Se bebe de un trago el whisky que se sirvió hace horas. Va al piano, la panza llena de piedras: levanta la tapa del banquito y saca las partituras, Harriet hubiera querido que Pina se las quedara. Mira alrededor del departamento y siente tanto alivio como depresión de confirmar que nada le pertenece.

De vuelta al cuarto no hay espacio para las partituras, así que las abandona en el escritorio. Ay, el escritorio. A pesar de estar furiosa con Harriet (¡por mentirle! ¡Por morirse!), siente una ola de gratitud por esta esquina. Abre el cajón y saca todos sus cuadernos. Para esos sí hay espacio, tiene que haber espacio. Fue gracias a ellos que Vica volvió a sentirse, por primera vez en años, anclada en vez de

flotante. Descubrió que, en el cuaderno, puede abolir fronteras, construir nuevos mundos, imaginarse como directora de cine o artista performancera o, en realidad, artista de lo que sea, todas las artes caben en la punta de una pluma. A través de esa punta, y del Pitman, una y otra vez escuchó lo que los dioses, o su imaginación —¿cuál es la diferencia?, ninguna— tuvieron a bien dictarle. Vica transcribió y al transcribir se teletransportó hasta los mejores puentes, monumentos y museos del mundo y, una vez ahí, esculpió con materiales imposibles, tiñó cascadas, creó exposiciones de locos, desafió las reglas de la luz y la lógica y la pertenencia. No puede abandonarlos. Saca las botas toscas y se las pone. Luego saca casi todo lo otro. Mete los cuadernos al centro y cierra la maleta. Dejarla así, casi vacía, es un lujo sin precedentes, como esa gente que no se acaba lo que tiene en el plato, como esa gente que se va temprano de una fiesta. Ya está, es hora, tiene que despertar a su hija. No. Algo en la maleta vacía es como un disparador, algo que la sostiene, la empodera, la empuja. Vica de pronto se siente superwoman. O tal vez nomás se siente emputadísima. Pero sea como sea se para y sale del cuarto: falta algo más.

En el refri, junto al número de la ambulancia que marcó hace un par de horas, hace una vida, hay otro número que nunca pensó usar. Lo marca. En quince minutos, le dicen. Cuelga y regresa al estudio. Mira a Pina dormida, la escucha respirar, siempre desde chiquita duerme con los ojos ligeramente abiertos. Vica se hinca y hurga entre el desastre que dejó en el suelo. Encuentra una bolsa de tela delgada y asas largas y con ella en la mano camina hasta la covacha. Está temblando pero es precisa: llave mediana para abrir, parpadear hasta aguantar la luz, llave chiquita para la caja metálica.

Se abre la sudadera polar y se cuelga la bolsa del cuello, aplanándosela contra el pecho. Uno a uno mete los tabiques de cincuentas, acomodándolos planos y encimados, como si levantara un muro. Cuando están todos adentro de la bolsa sube el cierre del polar para fijarlos contra su pecho. Se acuerda de cómo su mamá les ponía, en los días de más frío, hojas de periódico bajo la camisa. Ya, ya, le susurra en la mente a su mamá: sería un desastre que se pusiera a opinar justo ahora. Cierra la caja, cierra la covacha, entierra las llaves bajo la composta, cuando esté bien lejos le dirá a Mandíbula donde encontrarlas. Que se encargue él de todo esto. Que le ayude su esposa.

Aunque está sudando, se pone otro suéter encima, uno muy holgado. Le quedan cuatro minutos. Pero es un taxi, puede esperar, a partir de este momento Vica le puede pagar por esperar. También, se le ocurre, ahora puede comprar nuevas partituras. Se dobla hacia enfrente, sintiendo la bolsa dentro del polar dentro del suéter, nada se mueve. Luego se sienta otra vez en el sofá cama y pone una mano sobre su hija. Mece suavemente las cobijas.

¿Qué es una cruz?, pregunta.

Una cruz es la separación o la unión de los caminos, balbucea Pina sentándose por reflejo. A estas alturas del invierno está acostumbrada a despertar a oscuras.

Sí, le dice Vica pasándole un suéter por la cabeza aunque aún tiene medio cuerpo tapado. Pina se levanta, se pone los jeans que su mamá le da. El camisón le cuelga sobre los jeans, como una falda.

Esto no es mi uniforme, observa.

No hay escuela hoy, dice Vica y le pasa unos calcetines gruesos, y se sienta en la silla del escritorio mientras Pi se los pone. Sobre la madera yacen las partituras, las cremas, todo lo opuesto a los siete principios escoceses para No Dejar Rastro. Hay un aura en el cuarto y Vica está intentando absorberla rápido. Al ojo no entrenado le parecería luz eléctrica nada más, luz que emana de la lámpara verde con dorado, que Harriet le dijo proviene de quién sabe qué biblioteca histórica. Pero Vica ve mucho más que la luz. Ve el aura de estos meses, del silencio, de la superficie en la que Harriet, con una máquina de escribir que reposa en el librero, escribió todos sus artículos, algunos de los cuales —no los mejores, según Harriet misma, sino los que tuvieron suerte, porque todo escrito es como un virus y lo que necesita para propagarse es, sobre todo, suerte— están en la pared. Es un aura de tonalidad común, natural y trabajadora, sin decoraciones. 105, marrón madera: el color de lo duradero pero orgánico, del esfuerzo humano, de tantísimas setas. Vica se enfoca en tatuarse el aura de Harriet en la memoria hasta que irrumpe en el estudio una luz naranja y bailarina.

Es nuestro taxi, dice.

¿Cuál taxi?, pregunta Pina: ¿Adónde vamos?

Vica transporta su atención del aura marrón a los ojos confundidos de su hija. Le toma las manos e intenta transmitirle calma y seguridad a través del antiguo sistema de apretar fuerte. Con ella en la silla y Pina de pie, miden exactamente lo mismo. Vica se inclina y pega su frente a la de la niña. El truco la lleva profundo en un instante. La magia, la física, la energía que las une siempre, actúa de inmediato.

Tú y yo, dice Vica: Vamos a ir a encontrar el purple hue.

LA SEPARACIÓN O LA UNIÓN
(Umbría, 2005)

Les designaron el ático.

Hay un baño amplio —mármol, cobre, madera oscura, pero también unas toallas rasposísimas, como para que nadie pueda decir que no se conservó, dentro del lujo, alguna conexión con el principio católico del sacrificio— y una recámara.

Es evidente que el ático se restauró con buen gusto, está bien insolado, se erradicaron las termitas del techo, se trató con cuidado a la madera y los espacios entre las vigas se resanaron y pintaron del mismo beige amarillento que reina en el resto del palazzo. Se llama magnolia y es uno de los poquísimos colores que Tor nomás no soporta.

El espacio no es demasiado oscuro y sí sorprendentemente fresco para estar a la mitad de julio, en la mitad de Italia: un cuarto, de hecho, con una brisa agradable y constante.

Pero, de todos modos: un ático.

Philip puede ponerse de pie únicamente bajo la viga central. En cualquier otro punto debe encorvarse. El efecto le resulta tan cómico a Tor como desesperante a él. Conforme pasan los días le parece más y más factible a Tor que tal vez hay algo operando más allá de la distribución aleatoria. No que sospeche de Bettina, la mujer que les mostró el ático el primer día y les aseguró, como previniendo

cualquier queja, «Los cuartos se designaron de manera aleatoria», ni de ningún otro de los organizadores, sino más bien del palazzo mismo. Como si, fruto de una sabiduría acumulada siglo con siglo, el palazzo hubiera decidido asegurarse de que para cuando termine el verano, por el simple acto de estarse agachando todo el rato, este hombre habrá aprendido algo de humildad. El hombre es Philip. El compañero de Tor. Su marido, de hecho, aunque eso nunca lo mencionan. Todo el mundo lo conoce a él por el mismo nombre que a ella: Tor.

Y es cierto que el otro Tor, piensa la Tor real, se merece el maltrato. Porque fue él quien quiso sacarla de su amado estudio en París, él quien insistió en pedir esta residencia aunque ella había dejado en claro que no quería ir a ningún lado, él quien metió los papeles sin decirle nada y él quien, una vez que los aceptaron, declaró no que él se sumaría a la expedición sino que él iba y que ella debía acompañarlo y, encima, estar agradecida por la oportunidad. Fue tramposo y egoísta y el palazzo lo sabe. El palazzo no se lo perdona. Tor no le ha mencionado esta teoría a Philip. Igual que no menciona la pequeña punzada hilarante que siente cada vez que lo ve encorvarse, seguida de un comentario amargo en su cabeza: de que sólo *parece* alto porque el techo es bajo, y también porque Andreas no está aquí para hacerlo ver chaparro por comparación. Es posible que la Tor verdadera esté todavía un poquitín enojada con el otro Tor. Todo un logro. Es muy difícil permanecer enojada con Philip por más de una tarde porque es encantador y se le hace un hoyuelo en el cachete cuando sonríe.

La brisa agradable y constante en el ático se debe a dos ventanas opuestas. La primera da a un patio sin chiste, en donde Tor ha

adquirido la costumbre de espiar al cocinero de la residencia mientras éste fuma. Ella aún no tiene ni idea de cómo llegar a ese patio aunque, como puede verse desde su ventana, al menos una puerta y una ventanita dan ahí. Incluso ha preguntado, pero al seguir las instrucciones recibidas siempre terminó en otros patios, más bonitos y más amplios. Nunca en el sencillo patio cuadrado donde el cocinero, al que todo el mundo llama «il cuoco», fuma. Es posible que se trate de un patio que existe sólo para él, y que para accederlo haya que pegarle tres veces a un sartén específico con una cuchara mágica. A estas alturas más bien tempranas de la residencia, que durará todo el verano, lograr llegar a ese patio le interesa tanto como lograr entender qué está haciendo con su trabajo. Quizá incluso un poco más.

Las ventanas son un obvio resultado de la restauración del siglo XX. Dos vigas de acero, discretas pero distintas de las de madera, permitieron las aberturas, cada una de dos metros de ancho. Pero, debido al techo en dos aguas, las ventanas empiezan a nivel del suelo y terminan a la altura de la cadera. Para apreciar la vista uno tiene que acuclillarse o de plano sentarse en el piso, que es exactamente lo que Tor ha estado haciendo por dos semanas. Se sienta en el piso junto a la segunda ventana, desde que amanece hasta que anochece, salvo por las comidas, el baño, las caminatas, y los periodos que pasa espiando al cuoco en la ventana opuesta y que se inician en el instante en que siente el olor a cigarro. Esta corta lista de actividades repetitivas está volviendo loco de remate al otro Tor.

En la primera ventana, Tor tiene un cuaderno pequeño donde anota todo lo que el cuoco grita, o a veces susurra, en su telefonino.

A Philip le dice que está aprendiendo italiano. También dice que las palabras en italiano contribuyen una aportación muy importante para el arte sucediendo al otro extremo del ático, frente a la ventana dos. Ante esta aseveración, Philip jamás logra contener el impulso de alzar al menos una de sus dos cejas pobladas.

Junto a la segunda ventana, Tor tiene instalada una suerte de alfombra gruesa hecha de periódicos viejos y, encima, una caja de acuarelas, tubos de tempera, pinceles, recipientes con agua. Lo básico. Un poco demasiado básico para Philip, quien opina que, además de castigarse sola, Tor está reduciendo, casi destruyendo una gran oportunidad. Hay que decir que Philip tiene un punto. Porque uno de los muchos beneficios de la residencia es que viene con un espacio para trabajar. Es sólo para ellos y tres veces más grande que el de París. Tiene un rincón como de oficina y el resto es un amplio taller de artista, con ventanales que dan al jardín. Está sólo a diez minutos del palazzo y sin embargo, en las dos semanas que llevan aquí, Tor sólo lo ha visitado un par de veces, por el internet. Para checar sus correos en la computadora e investigar brevemente nuevos materiales. Mientras tanto, los materiales que había tenido la intención de usar, cajas enteras de tela, sobre todo wax africano enviado desde Holanda, están apiladas en una esquina del estudio, esperándola desde antes de que Tor aterrizara en Italia, sin tocar.

A través de la segunda ventana, su verdadero taller de momento, puede verse el lago Trasimeno. O no siempre puede verse pero siempre está ahí. A veces las nubes o la niebla se lo comen y en la noche no se distingue de otros charcos de oscuridad que separan los pocos pueblos en las colinas. Esta no es la primera vez que Tor visita

Italia, pero ahora le parece que las otras veces nomás no puso atención.

Podría decirse, por ejemplo si le preguntaran el nombre de la ciudad a la que los llevaron ayer a comer gelato, que esta vez tampoco está poniendo atención, pero nadie diría eso al verla en el ático, pegada a su ventana baja, registrando obsesivamente los sutiles cambios de color del paisaje en un catálogo cada vez más grande. Las muestras del día cuelgan, con pinzas de ropa, de un hilo transparente, como de pescar, que ató de una viga a la otra creando un tendedero en forma de zigzag. Cuando se queda sin espacio descuelga las muestras y es cuando visita lo que Philip llama «el magnífico estudio» y que ella llama «el café internet», donde las abandona sin ningún ritual en una mesa de madera, simple pero enorme, con las patas metálicas pintadas de un rojo primario. En el tour del primer día, Bettina les dijo que ese escritorio era una pieza de un diseñador de Milano, cuyo nombre Tor ha olvidado, pero cuya elección de rojo encuentra deplorable. Sus muestras no pueden competir contra ese rojo. De hecho nada en la naturaleza puede competir con ese rojo, excepto quizá una amapola. Las muestras de Tor, tomadas en acuarela y gouache, son sutiles y, podría decirse, orgánicas. Marrones y sepias, un degradado de azules que funden a negro, una variedad casi cómica, por escasa, de verdes. No es que haga falta vegetación, sino que hay muy poca variación. Hay mucho verde, pero no muchos verdes.

Y luego están las nubes, que van del gris melancólico al blanco difuso. A veces aparece el azul clarito clásico (y tan molesto, porque es imposible reproducirlo sin caer en la caricatura) de un cielo soleado. La tierra ocre de los cerros. El rosa chillante de una alberca

inflable abandonada en una azotea. Y el hermoso terracota de una casona vecina. Cada mañana Tor se despierta justo antes de las cinco, sin despertador, como si el palazzo le hubiera jalado los párpados. Se envuelve en un chal, se pone calcetines y baja de la cama a los cojines junto a la ventana número dos. Los materiales que dejó preparados la noche anterior la esperan, la invitan. Ella los ignora. Abre la ventana apenas una rendija. Siente el peso de mil piedras internas en el pecho. Si fuera otro tipo de persona saldría a correr o a gritar, lo que fuera con tal de sacudirse la ansiedad, la nostalgia, las garras del duelo. Pero no. Tor se sienta, entrecierra los ojos. Espera. Observa.

La mañana arranca no como un hecho, sino como una sugerencia. Antes del amanecer, el lago, los montes y el cielo comparten el mismo azul oscuro casi negro, interrumpido apenas por puntitos temblorosos de naranja y amarillo: flores eléctricas que titilan. A veces Tor las piensa como lo que realmente son (casas) y se imagina a las familias dentro, apuradas y medio dormidas, los niños recibiendo órdenes (vístete, péinate, come algo) enunciadas con creciente impaciencia, los padres poniéndose una musculosa blanca, luego enterrándola bajo la camisa, las madres trenzando cabellos, comiéndose las sobras antes de enjuagar los platos, ansiando con cada célula de su ser el momento en que todos por fin se vayan y le dejen tener un poco de paz. Pero la mayoría de las veces, Tor no piensa en esos puntitos como casas. Son sólo luces bailando para quien despierta temprano y ha sido bendecido con un mirador. Esto es lo que Philip no valora, ni siquiera entiende: que al designarles el ático les concedieron una torre dorada, un punto de observación

privilegiado desde donde poder ver al mundo: lo común y lo extraordinario.

En quince minutos, el alba como sugerencia ha terminado. Ahora el sol irrumpe, se explaya, soberbio, desdibuja las flores de luz, parece querer recordarles que son nomás casas y, como prueba de su superioridad de ser volador, les da paredes y techo, las ancla al suelo. Se siente como el final de una fiesta, esta intrusión abrupta de la autoridad, de un gran ojo en lo alto que antes, hace ni media hora, era benévolo y, de pronto, se volvió vigilante, dispuesto a acechar, con ganas de poner en evidencia, de condenar. Y a la vez es como si la luz diera un pitido de arranque para los sonidos, que aparecen en orden, en rápida sucesión: pájaros, coches, la moto del cuoco. La neblina bosteza una última vez antes de pasar a retirarse. El paisaje se sacude su ropaje nocturno bidimensional. Entra en escena una desnudez más compleja: volumen, formas, la tercera dimensión. Italia, comenzando su día.

Tor quisiera ponerle pausa a la escena pero el tiempo, ese motor tramposo, la cuarta dimensión, no se lo permite. El dictum del tiempo la invade, la sacude. De pronto, Tor quiere entender, quiere producir, saca las pinturas. Quiere estar en control, afirmarse como la observadora estricta. Se endereza, no está de vacaciones. ¿A qué hora, a qué hora exactamente, va ese negro a volverse verde? Mira el reloj y anota la hora, como si tuviera alguna importancia. ¿Y en qué momento, exactamente, empezó el azul gris del lago a soltar esos destellos brillantes? Parecen joyas. Qué presumido. Ya es de día y aquí está Tor otra vez: no como una presencia mística en lo alto de una torre, sino como una mujer terca, tratando de ordeñar el paisaje

con sus pinceles, de sacarle una gama, un dibujito, o alguna otra cosa que pueda copiarle, algo que pueda vender.

Tor tiene establecida una hora para dar por terminada cada sesión matutina y es el momento en que su piel, incolora durante la transición de noche a día, por fin cobra su propio tono. Ya amaneció. Es hora de irse a dormir.



Es hora de despertar, dice Philip sacudiéndola un poco: ¡Vamos a cazar un oso!

¿Qué?, pregunta Tor sentándose y recibiendo la charola que él le pone en las piernas.

Bueno, se corrige él: En realidad vamos a cazar un jabalí.

No es del todo inusual que Philip le traiga el desayuno a la cama, pero lo hace sólo cuando quiere obtener algo a cambio. Se lo explica mejor: los invitaron a una verdadera cacería tradicional.

Pero no vas a ir, concluye ella después de su primer sorbo de capuccino.

Vamos a ir los dos, responde él, limpiándole el bigote de espuma de leche con el pulgar.

Pero si eres pescetariano, le recuerda.

¡No nos lo tenemos que comer!

Sólo matarlo.

O salvarlo, propone él: Podemos distraer a los cazadores, o hacer ruidos raros a espaldas de los cinghiali, así se dice jabalíes en italiano, ¿sabías?

Podrías cantar, eso seguro los espanta.

Will you still love me…

¡No, por favor!

… will you still need me?

No te necesito, Philip. Yo quiero trabajar, tú puedes ir a cazar mariposas solo.

Sabes que no puedo ir solo.

Tampoco puedes obligarme a ir. ¡Matar a un animal me mataría!, dice ella imitándolo, aunque él ni cuenta se da. Sigue: Destruiría mi sensibilidad, mi creatividad, ¿y luego qué hacemos? Vas a tener que ir sin mí.

Ok.

¿Ok?

Sacrificaré mi inocencia. Por la causa de nuestra empresa.

Estás bromeando, dice ella. Está tan sorprendida que casi ni siquiera se logra enojar. No han ido a ningún lado el uno sin el otro en años. No a un lugar público relacionado con el mundo del arte. Se han peleado más por este tema que por cualquier otro término de su acuerdo. Cada vez que ella ha querido ir sola a algún lugar, él ha insistido en ir también. Y viceversa: Philip la ha arrastrado con él a todos lados. Ahora él debe estar cayendo en cuenta de su contradicción, porque levanta un pastelillo de la charola y se lo pone en los labios: una disculpa.

Vas a ir sin mí, dice ella una vez más, para confirmar. Luego muerde el pastel y la crema dulce le inunda la boca y, por un momento, todos los sentidos.

Voy a ir sin ti porque es verdaderamente importante, dice él: Crucial, de hecho. Esta cacería podría multiplicar o, al revés, reducir nuestras oportunidades.

Ella se limpia la boca con el dorso de la mano y pregunta: ¿Nuestras oportunidades de qué? ¿De morirnos sin haber disparado un rifle?

Sé que quieres que tu obra hable por sí misma, dice él.

¿Pero?, dice ella entrecerrando los ojos. Viniendo de Philip, este tipo de comentario nunca viene solo. Siempre viene espolvoreado de sentido común, con una guarnición de privilegio: Pero los contactos importan / pero you work, I network / pero el dinero mueve al mundo, etcétera.

Pero nada, responde él, y empieza a cambiarse de ropa, silbando. Ella lo observa cambiarse los jeans no una, sino dos veces, quizá inseguro sobre cuáles impresionarán más a los jabalíes, aunque todos los jeans que tienen son iguales salvo por las manchas de pintura. Mientras tanto, Tor nota la emoción creciendo en ella. La idea de un día sin él es un regalo inesperado. Como cuando era niña en la Ciudad de México y, a veces, el smog se ponía tan mal que declaraban un día de Contingencia Ambiental y cerraban las escuelas y ella y su hermana podían pasar el día entero con su mamá, en el museo.

Ya vestido, Philip dice: Puede que Signore Corsini esté ahí, es su cacería de cinghiale.

Pum, ahí está: sé que quieres que tu obra hable por sí misma… pero Signore Corsini puede que esté ahí y, como sabes, tu obra en realidad nunca es suficiente sin mí para promocionarla…

Pero Tor sólo contesta: Qué bien, ve tú y diviértete, yo llevo años diciéndote que no es necesario que estemos pegados todo el tiempo como siameses.

Él se sienta en la cama y coloca su frente en el espacio entre el cuello y el hombro de Tor. Los rostros de ambos suben y bajan conforme ella mastica. Él desliza su mano por detrás de ella y la abraza fuerte por la cintura. Desde su cuevita en la clavícula de ella, él murmura: ¿Algún día harás lo que yo diga?

Sí, dice ella y se mete el final del pan cremoso a la boca.

Él levanta la cabeza. La mira con sospecha y pregunta: ¿Cuando estés muerta?

Juenaimsisifo, responde ella con la boca llena.

Él espera. Ella traga. Se chupa el azúcar y la grasa de cada dedo y, finalmente, canta su respuesta: When I'm sixty four.

Y

Aunque llevan cinco años casados, cuatro siendo pareja y más o menos tres viviendo juntos, Tor y Philip nunca habían compartido un espacio tan reducido durante tanto tiempo.

Durante estas primeras semanas en la residencia, a ella la ha estado irritando más y más la presencia de él: la manera en que finge no notar sus investigaciones mañaneras, cómo desestima su espacio de trabajo en el suelo, el modo en que su silencio juzgón llena el ático como un vapor espeso. Y sus vapores literales, también. Ronca, se suena con fuerzas, orina con la puerta abierta y toma siestas larguísimas a mitad del día que es imposible no interpretar.

Pero ahora que él por fin no está, a ella le entra una inquietud rara. No es la primera vez que lo nota: la agitación de Philip la aterriza, y al revés, cuando él está tranquilo, la mente de ella

empieza a girar sobre su propio eje, dándose de topes dentro del cráneo como pollo sin cabeza. El estrés de él es molesto pero, si no está a la mano, entonces el de ella sube a la superficie. Preocupaciones inútiles, amores no correspondidos, miedos irracionales: todos punzan y apuntan hacia un pozo de tristeza más hondo al que no quiere ni asomarse. Así que, aunque había planeado quedarse en cama y disfrutar la soledad, termina levantándose y vistiéndose. Se pone uno de los jeans que él dejó tirados en el suelo, una de las camisetas blancas, unas sandalias. Zapatos y ropa interior es lo único que no comparten.

Descuelga del hilo las muestras de color que colgó a secar ayer y antier y hoy. Va ya eligiendo y descartando mientras las apila. Luego cruza lentamente los jardines del palazzo, fijándose en cómo la luz del sol atraviesa las ramas de los árboles y tiñe, entre la sombra danzante de las hojas, trozos de hierba en tonos que van de la miel quemada a la cáscara de limón. El aire huele a pinos, lo cual aún le resulta un contraste sorprendente con el calor del día. Las dicotomías aprendidas temprano son difíciles de soltar. Viajó poco de niña, pero cuando lo hacía era para pasar la Navidad en los bosques fríos de Hidalgo (pinos) o la Semana Santa en las playas de Veracruz (calor).

Se detiene frente a los estudios. Es la única construcción moderna en el terreno. Todo de acero y vidrio. Sobrio, aunque no precisamente discreto. Impresiona, pero sólo por lo funcional. Tor respeta un edificio con propósito claro. Los ventanales permiten ver grandes mesas de trabajo, lámparas de cuello largo, paredes llenas de papeles pegados de todos los tamaños y otras señales de obra en proceso. Tiene todo el sentido que este espacio exista en un lugar

como éste. Pero también la intimida. Claramente está hecho para gente que sí sabe lo que está haciendo. No sabe bien por qué no se ha sentido tentada a usar el estudio, pero justo en ese momento siente que algo cede, el edificio por primera vez le huele a parque, le hace un guiño: Acércate a jugar.

Entra. Las áreas comunes están inundadas de luz. Una serie de ventanas altas, sumadas a las paredes blancas, hacen que el interior resulte aún más brillante que el exterior umbro de media mañana. Hay una cocineta y una sala con biblioteca, que ella va cruzando cuando una figura se levanta bruscamente de un sillón de lectura y dice: ¡Ajá! ¡Otra paria!

Tor se cubre los ojos del resplandor para identificar al hombre al que todos, a sus espaldas, llaman Bob Ross. Un hombre que vive ahí, en el palazzo, o bien trabaja en el palazzo y vive por ahí cerca. Tor no recuerda cuál es su rol, jefe de algo. En su mente Bob Ross quedó registrado desde el principio como «el hombre cuyo trabajo hace, en realidad, Bettina». Fue un tip que alguien le pasó al inicio: Si necesitas algo, mejor pedírselo directamente a Bettina.

Pero a Tor le cae bien Bob Ross. Desde lejos. Le cae bien sólo porque siente que, aunque él no lo sepa, es el patito feo de la institución. Ella nota cómo lo miran los demás, con un toque de ironía, porque en sus mentes la gringuez de Bob precede, incluso tal vez remplaza, a su personalidad y hasta a su persona. Nunca ha hablado con él más allá del saludo, pero ahora parece que eso está por cambiar.

Buenos días, dice Tor. Empieza a sonreírle pero se detiene al notar que él está alterado. De hecho, el tipo está tan enojado que Tor inventa ahí mismo un nuevo color: Rubor Bob Ross Furioso. Y viene

directo hacia ella. Ella sigue caminando hacia su estudio, apura el paso, pero él la sigue, hablando a toda velocidad: ¿Sabías que hay una cacería y que ni tú ni yo fuimos convocados? Eso no está nada bien. ¿Invitaron a tu novio?

Tor dice mmm-hm mientras abre la puerta. Él la sigue incluso dentro del estudio. Ella deja las llaves junto a la computadora, en un escritorio de esquina; luego las muestras sobre la mesa de patas rojas, y se va a abrir las cortinas de algodón. Esta habitación de verdad es una maravilla. Lo dice en voz alta, para ver si logra cortar la ráfaga de quejas de Bob Ross. Y funciona.

¿Nunca la habías visto?, dice él, y sólo entonces mira a su alrededor, probablemente notando que este estudio, a diferencia de los otros, supone Tor, está básicamente igual que el primer día de la residencia, hace casi dos semanas.

¿Dónde demonios está su obra?, pregunta, como si el vacío lo ofendiera personalmente.

No es *su* obra, responde Tor. Luego se obliga a agregar: Somos un equipo.

¡Eso no lo puedes presentar al concurso!, dice Bob señalando las muestras de color sobre el escritorio. ¿Los ganadores anteriores? Todos, cien por ciento, trabajaron en formatos grandes.

¿Qué concurso?, pregunta ella.

Él se ríe como loco. Dice: Me caes bien, Cosa Dos.

¿Cómo me dijiste?, pregunta ella.

Ay, ten sentido del humor, niña. ¿Thing One y Thing Two? ¿Nunca oíste de ellos? De los cuentos infantiles. Son unos gemelos idénticos. Ella niega con la cabeza. Quiere que se vaya pero también lo encuentra adictivamente entretenido, como telebasura. Claramente

sus preguntas son todas retóricas porque no la deja contestar ni una.

Porque me caes bien y porque eres mi compañera paria, dice Bob: Te voy a decir un secreto, ¿lista? Tal vez quieras tomar nota.

Ella se da cuenta de que va en serio, así que extiende la mano izquierda como si fuera una libreta imaginaria y con la derecha finge escribir con un lápiz de aire. Él aprueba con un guiño y baja la voz a lo que sólo puede describirse como un susurro muy fuerte. Dice: Los Corsini son los jueces finales, pero eso ya lo sabías. Tor asiente: no lo sabía, pero tampoco le sorprende. Lo que le llama la atención es el plural, pero no tiene tiempo de pensar en eso porque Bob sigue: Durante nueve años consecutivos, los ganadores han sido lienzos enormes, pero seguro eso también ya lo sabías. Ahora veo lo que tu novio, digo, tu novio y tú, están tramando aquí, arriesgándose, persiguiendo la originalidad, pero si yo fuera tú, no se lo permitiría. Corsini no aprecia la originalidad, ni siquiera la genialidad. Ya en el pasado ha habido quien experimente con formatos chicos, sin éxito, eso es lo que muestra mi base de datos. Llevo archivando información aquí una década y, aunque se ha producido de todo tipo de arte, en más del 90 por ciento de los casos, los ganadores fueron series de lienzos grandes, con temática clara. Contaban una historia. Enseñaban algo. De preferencia, de algún modo celebraban La Repubblica. Corsini es un nacionalista. Podrá ser rico pero es básico, le gustan los slogans que pueda repetir y las toallas que arrancan piel. No puede ocultar hacia dónde se inclina su virtù. ¿Conoces el término virtù?

Ella niega otra vez. Considera decir que está de acuerdo en lo de las toallas, pero él no se detiene.

Es un término del Renacimiento, dice Bob: Significa seguir la inclinación de tu alma. Corsini tiene un alma sentimental, paternalista, rudimentaria. Come siempre a la misma hora, le gusta mezclar generaciones pero con la jerarquía siempre clara; vive en el segundo piso en invierno, en la planta baja en verano… su frase se desvanece como si se acordara de algo, luego vuelve. Tengo que regresar a mi oficina, dice: Qué gusto conversar contigo, no hablas mucho, ¿verdad? ¿Escuchas? ¿O sólo parece que escuchas?

Grande y temático, dice Tor, escribiendo con su lápiz de aire sobre su libreta de aire: Un poco didáctico y algo italiano.

Exacto, Cosa Dos, exacto, ¡incluso sus monstruos de tela tendrían más oportunidad que estas miniaturas! Ahora, dice mientras se cierra los labios con un cierre invisible: No lo escuchaste de mí.

Ella se lleva el lápiz de aire a los labios: ahora es una llave y la gira en la comisura, para encerrar el secreto dentro de ella.

Bob Ross aplaude y se va.

¡No son *sus* monstruos de tela!, empieza a decir ella, pero él ya va a medio camino por la biblioteca, saludando con la mano mientras se aleja, sin siquiera voltear a verla.

Y

Cosa Dos. El aplauso. Saludar sin verla. Todo eso parece entretejerse, formar una especie de comentario. Y ella se queda ahí, de pie, tratando de unir las piezas. Los apodos, los consejos. Qué lindo tu dúo, parecen decir, no sin ironía. El secreto. El «compañera paria». Parecen decir: Buen esfuerzo, niñita, pero de todos modos quedas en segundo lugar.

¿Será ésta, en realidad, la suposición colectiva? ¿La conclusión privada de todos? A pesar de que firman todo juntos, de que hacen tanto escándalo por no diferenciarse, de que no sólo se visten igual sino que hasta usan el mismo nombre. ¿Y para qué? ¿Cuál es el punto de la fachada compartida si la gente igual va a asumir que el artista es él? Ya ha pasado antes. Lo ha visto, incluso, impreso. A veces él lo minimiza, otras se lo toma demasiado a pecho, declara que va a escribir cartas a todos los contactos que tiene, que ya verá ella, que ese periódico misógino y retrógrado se va a caer, que arda, que su piel muerta les sirva de combustible. Cuando él se incendia, ella se calma. Ve las preocupaciones de ambos como lo que son: mezquinas, pequeñitas, ahogadas en privilegios. Porque, en realidad, nada de todo esto significa nada de nada. Tor lo sabe: el arte es un juego y hay quien lo juega por divertirse y hay quien lo juega por prestigio. Que él juegue a lo que él quiera, siempre y cuando la deje a ella seguir haciendo cosas, y que él luego las venda, para que ella pueda comer, pagar su renta, seguir creando.

Tor siente el sudor acumulándose bajo los senos, detrás de las rodillas, desearía traer puesto un vestido. Ya lo ha hablado con Philip, pero él siempre responde con un rotundo no: tienen que vestirse igual todos los días, y él no va a usar vestido. No trajo ninguno, es su excusa. ¡Agh! «Sus» monstruos de papel. «Sus» postales de color. Cuando en realidad lo único que es de Philip es el código de vestimenta.

Después de forcejear un poco con el ventanal, logra abrirlo. El inmenso panel de vidrio se inclina hacia ella y por un instante teme que le caiga en la cabeza, pero se queda ahí, en diagonal, dejando entrar una brisa tranquilizadora. Le recuerda que hace un momento

estaba afuera, admirando el edificio. Fue hace nada. ¿Cuánto tiempo estuvo Bob Ross en su estudio? ¿Diez minutos? ¿Ni eso? Pero se siente como si hubiera pasado un tornado. Qué tipo tan invasivo, dando consejos que nadie le pidió. Y si hubiera sabido la verdad, ¿Bob igual se los habría dado? Claro que no. Lo hizo porque se sentía excluido y necesitaba vengarse, pero también porque percibe a Tor como inofensiva. Cosa Dos, por definición, no tiene poder, no representa ninguna amenaza. ¿Quién es el patito feo ahora?

Mientras forma hileras con las muestras sobre la mesa, como en un juego de solitario por colores, se da cuenta de qué es lo que realmente le molesta. No que su trabajo no se reconozca como exclusivamente suyo: eso lo ha aceptado desde el inicio. Lo que le duele es que la perciban como tan insignificante que se le pueden confiar secretos sin miedo, porque no hay forma de que ella pudiera hacer algo con ellos.

Le dan ganas de ir a buscar a Bob Ross y confesarle todo. Hacer que se siente y que escuche. Así están las cosas, le diría. O le diría: Ésta es la verdadera historia de la empresa Tor & Tor. O simplemente lo alcanzaría por detrás, lo tomaría por el cuello de su arrugada camisa de lino color caqui y lo haría girarse para que la mire a los ojos cuando ella le explique: Para su base de datos, señor Bob, para su investigación, sepa que la Cosa Uno aquí soy yo.

Y, más allá de todo eso: ¿cuál concurso?

Tor se había prometido al entrar que hoy no usaría el estudio como un mero cibercafé. Pero hela aquí, abriendo su correo, buscando las cartas de aceptación. Como venganza, cuando Philip le confesó lo que había hecho, ella borró todas las comunicaciones del palazzo de la cuenta Tor & Tor, pero por puro instinto de

supervivencia primero las reenvió a su correo personal. Ahora se le ocurre que él seguramente hizo lo mismo. Sólo que, a diferencia de Philip, Tor no se molestó en leerlas.

Le toma pocos minutos entenderlo. Siempre estuvo ahí, a plena vista, desde las bases de la convocatoria hasta la carta de bienvenida; Philip simplemente decidió no mencionárselo. Tiene que revisar varias veces el monto del premio. Suena imposible. Es más dinero del que ha visto en su vida, cuatro veces lo que gana en un año, incluso en uno bueno, como el pasado, cuando Philip logró colocar tres de sus alebrijes gigantes (los que Bob Ross llamó monstruos de tela) en galerías reconocidas. Le sube la avaricia. Ay, ¡las posibilidades! Se acuerda de «La cucarachita Martínez», un cuento que les contaba su madre. Más tarde, cuando confronte a Philip sobre la omisión, todo será distinto. Él confesará que quiere que ganen y presentará sus ambiciosos planes y su avaricia opacará la de ella, Tor lo sabe. La ambición de ella palidecerá en comparación y, habiéndole cedido a él el rol de protector de los anhelos, ella podrá regresar a sus expectativas austeras. Y será un alivio. Eso es lo que hace mejor Philip: liberarla de sus propias aspiraciones. Absorberlas. Administrarlas. Volverlas realidad, a veces, pero también adoptarlas, hacerlas suyas, para que ella pueda enfocarse en lo que realmente le importa: el volumen, las formas y las superficies, la luz, todos los colores. Y por eso, Tor le está siempre francamente agradecida.

Pero horas después, mientras rellena meticulosamente su paleta con acrílicos que extrajo de las cajas de materiales que tenía sin abrir, le sorprende darse cuenta de que sigue metida en el papel de la cucarachita Martínez. Si ganara esa cantidad absurda de dinero,

piensa, podría construir un edificio igual a este. En México, piensa. Ay, volver. Eso no es algo que diga mucho, pero la verdad es que esa atracción secreta, falsamente reconfortante, hacia el origen de una, no desaparece sólo porque tu lugar de origen quemó todo lo que querías, te arrebató lo poco que quedaba, y luego cicatrizó sobre tu ausencia con total indiferencia.

Sería blanco, el edificio. De un blanco roto, claro, jamás un blanco puro. Un edificio blanquecino, irónicamente dedicado al color. Y al juego. Una casa para el color y el juego. Una galería sobre el color. ¡Un museo del color! ¡Imagínate! En realidad, Tor ha imaginado esto muchísimas veces. Sólo que cada vez le parece una idea nueva. ¿Cómo es posible que nadie en el mundo lo haya hecho todavía?

Un museo del color es una fantasía tan establecida en la cabeza de Tor que ella puede recorrerlo colgando cuadros, proponiendo visitas temáticas; sabe dónde va la bodega y dónde están los baños. En ese museo, Tor le daría a todos los colores su momento estelar. Incluso al rojo de las patas de la mesa. Incluso al magnolia del mal. Está tan clavada imaginando su generosidad de curadora que no nota cómo, en algún momento entre esta mañana y ahora, dejó de usar el plural de la primera persona. Se le cayó por la borda. Tal vez su ambición no se disipe esta noche, cuando estalle la de él. Tal vez Tor ya no quiere que eso les pase cada vez.

Y

Esta es la prehistoria de la empresa Tor & Tor.

Primero se casaron. No fue una propuesta romántica, sólo un favor. Ella necesitaba una visa y atención médica urgente. A él le

gustaba ella y, sobre todo, el trabajo de ella. Ya había vendido algunas de sus obras aquí y allá, y sentía que podría vender muchas más. La llevó al hospital y quedó impactado por el maltrato que recibió. Ante las prácticas discriminatorias de la clínica, él sugirió casarse como solución. O tal vez como redención: perdona a todo mi continente racista, yo soy distinto. Yo te voy a cuidar.

Ella se aferró a su generosidad como a una boya. Un salvavidas. No le contaron a nadie, sólo a las autoridades y a Claudine y Vladislav, los compañeros de casa de él, por si alguien llamaba por teléfono al departamento que compartían y al que todos llamaban La Fourche, para verificar su relación. El día del casamiento comieron kebabs grasosos, como si fuera cualquier otro día, salvo por la ida al ayuntamiento y porque brindaron con vino en lugar de con sus típicas Oranginas con piquete.

Fue entre las paredes de la clínica (pistache desgastado) y de la Mairie (beige sucio) y de la Préfecture (beige aún más sucio), donde empezaron a conocerse mejor. Él estaba lleno de rabia contra la burocracia, mientras que ella se sentía agradecida por un sistema que, aunque a ratos kafkiano, funcionaba más o menos como estaba escrito en el papel, en vez de mal funcionar a base de promesas y mordidas, como todo lo que ella había conocido antes.

Les advirtieron que tendrían que contestar preguntas diseñadas para confirmar que el suyo no fuera un matrimonio por conveniencia, que era exactamente lo que había sido, así que durante semanas se interrogaron uno al otro, hasta altas horas de la noche. Recuerdos de infancia, número de primos, lunares, alergias, piercings y tatuajes, pasta de dientes preferida y de qué lado se aprieta el tubo, y qué posición disfrutas más en la cama, lo cual

resultó más fácil demostrar que explicar. Eventualmente, Tor obtuvo la carte de séjour: podía quedarse en París.

Los interrogatorios resultaron fructíferos no sólo para conocerse entre ellos, sino también para conocerse a sí mismos. Cuanto más aprendían del otro, más crecía dentro de cada uno la estimulante noción de poseer una personalidad propia. Más allá de las diferencias culturales, incluso, sus manías y hábitos parecían definirlos, dotarlos con un Yo. O, al menos, donde antes sólo percibían intentos borrosos de imitación, o posibilidades sin límite, o los abismos sin fondo que les habían dejado pérdidas tempranas y dolorosas, de pronto empezaron a percibir algo un poco más definido: tal vez no una figura pero sí un contorno. Un borde. Una silueta. Me gusta esto y esto otro no, de aquí vengo, así soy yo. Y, además, claro, una vez que miras de cerca, puedes enamorarte de cualquiera, así que hicieron eso también.

Entonces, primero se casaron y luego se emparejaron y luego, incluso, se enamoraron, pero nunca mencionaban estar casados. Sólo si había que hacer un argumento sobre las injusticias del sistema migratorio. El resto del tiempo se referían al otro como «orange». Eso también lo pensaron bien, lo discutieron largamente. El término que eligieran, ahora que estaban casados y emparejados e, incluso, enamorados, debía funcionar en ambos sentidos. No cambiar según el género. Partner funcionaba en su burbuja angloparlante, pero no en el contexto parisino. Los términos locales (petit copain, petite copine, ma meuf, mon mec) estaban descartados de entrada. Coquetearon con toda terminología neutral que se les ocurrió. Muchos animales, algunas verduras. Sus amigos votaron. Al final, ella empezó a probar con colores: si otros amantes

se decían conejito o repollo, ¿por qué no azul o rojo? En algún momento Tor dijo «Orange» y a los dos les gustó. Era fruta y color. Sin género, pero brillante y jugoso. C'est parfait! Tu es mon orange! Je suis ton orange! Nadie le dio importancia al carácter acaparador del adjetivo posesivo empleado, lo cual, en retrospectiva, fue ciertamente un descuido.

Llevaban un año juntos cuando ella se enteró, por accidente, de que al menos en una de las galerías a las que él había estado vendiendo su obra creían que él era Tor. Primero se confundió, luego se enfureció. Se sintió traicionada. Le aventó un par de libros a la cara. Un gesto que, ahora que lo piensa, ya era señal de cuánto empezaba a perder sus propios límites, su recién adquirido borde, y a fundirse en él, en sus valores, en sus dramones de niño rico. En su léxico. En su tendencia a nombrar no sentimientos, sino teorías. Explotación femenina, dijo ella. Y también explotación racial. Lo acusó de todo lo negativo que se le ocurrió. Macho, posesivo, enfermo, mentiroso, no soy tu pinche esclava latina. Él lloró. Se disculpó una y otra vez, pero no dijo nada más, no se excusó, dejó que ella siguiera insultándolo hasta que todo se puso tan oscuro que eventualmente fue ella quien debió disculparse. Hicieron las paces. Hicieron el amor y comieron compota de manzana directamente del pecho del otro.

Y luego, lentamente, con mucho cuidado, el asunto se volvió una conversación. Sobre género, sobre valor, sobre los límites entre lo público y lo privado, sobre tabúes y hábitos de consumo. Eran socios, decía él: eso era lo que mejor sabían hacer, poner todo sobre la mesa, hablarlo con la mayor claridad posible, que no era mucha, pero se prometieron siempre compensar la falta de claridad con

honestidad. Evaluaron los pros y los contras, los miedos, la vergüenza, y luego llegaron a un acuerdo. La forma final de la empresa se le ocurrió a ella, de repente, como cuando ves una cara en una mancha. Él estaba ahí, y ella lo dijo en voz alta: ¿Qué tal si… los dos somos Tor?

Estaban sentados en la terraza soleada de un bar, y la típica silla de ratán sintético no resistió el peso del entusiasmo: Philip se cayó de espaldas en la banqueta.

¡Eso es lo más brillante que he escuchado en mi vida!, dijo después de volver a sentarse.

Con sus talentos combinados, argumentó, podrían crear un personaje magnífico. Una figura única. Un equipo asombroso, ¡un arquetipo nuevo! Un dúo. Pero en lugar de marido y mujer, o artista y representante, se fundirían en uno, se volverían indistinguibles. Dos caras de la misma moneda. Dijo: ¡Somos dos pero somos uno pero somos dos pero nadie sabe quién es quién ni cuál es cuál!

Eso era lo que Philip sabía hacer mejor. Ése era su mayor talento: el de absorber de inmediato, voluptuosamente, las ideas ajenas. Robaba, sí, pero también dejaba a la víctima sintiéndose agradecida por la atención, por la amplificación. La apropiación pasaba desapercibida entre tantos halagos, tanta euforia, y se convertía en otra cosa: en un evento, en una consagración, en un favor. El robo se percibía como un regalo. Era imposible no contagiarse de su pasión; era como una sanguijuela, como un virus, pero en lugar de enfermarte, te provocaba ganas de participar. De improvisar. De exagerar. De construir puentes. De aceptar el juego que él te ofrecía, y olvidar por completo que ese juego había sido, en realidad, idea tuya. Y ella lo amaba por eso. De verdad. Porque su fervor se sentía

como lo opuesto a la soledad. Y entonces, ese día, ella también empezó a ver genialidad en lo que había dicho como una broma. Propuso cláusulas, excepciones, términos, y al hacerlo, los aceptó todos. Le gustaba la idea de formar parte de algo. O quizá solo le gustaba la idea de no tener que cargar sola con el peso de ser una persona. Como cuando tenía hermana: compartían la enfermedad de su madre y sus cuidados y, antes, sus regaños, sus defectos. Con él, compartiría los defectos y regaños y enfermedades del mundo del arte. Sí, tenía todo el sentido. De repente, le parecía absurdo siquiera intentar navegar esas aguas traicioneras sola. Mucho mejor tener un cómplice que fuera también un doble. Aun así, primero se burló un poco de él.

Como en esas caricaturas, dijo Tor, donde un niño se sienta sobre los hombros de otro y se ponen una gabardina larga para parecer un solo adulto.

Tor esperó el reproche, la mirada ofendida, pero, tras pensarlo un poco, Philip sólo dijo: Exactamente.

Ahí mismo decidieron fusionarse. Escribieron un contrato en una servilleta. Ella crearía, él vendería, pero nadie afuera de ellos dos debía saber quién hacía qué. Tendrían un solo nombre. Dejarían atrás el apodo Orange. Los alebrijes, o cualquier otra obra, seguirían firmándose simplemente como «Tor». Pero en público, ambos se presentarían como Tor y se negarían a acreditar el trabajo a uno o al otro. Un look (corte de pelo tipo bob, camiseta blanco puro, jeans manchados de pintura), un email, una casa, un estudio, un nombre. Se hizo una excepción con los celulares: cada quien tenía el suyo. Para asuntos de trabajo, se daba el teléfono fijo de La Fourche.

La confidencialidad era obligatoria. Vivir juntos era opcional. Ella quería poder quedarse a dormir en el estudio si se desvelaba trabajando. Acostarse con otras personas era aceptable, siempre y cuando no fuera con alguien cuyo «karma sexual» cualquiera de los Tors no quisiera recibir, lo cual, descubriría muy pronto ella, para él significaba literalmente cualquier hombre sobre la faz de la tierra. Mal karma todos ellos.

Ese mismo día, rápidamente la servilleta les quedó corta y él salió corriendo a la papelería de la esquina por una libreta. Cuando terminaron de anotar todas las reglas de la empresa, le pusieron fecha, y lo firmaron. Philip sacó la tarjeta de crédito de su papá y pidió una botella entera de champaña. Brindaron (esto les parecía un compromiso mucho más serio que su matrimonio) y toda la tarde sus copas descansaron sobre la libreta, donde Philip había escrito:

Tor & Tor
(mode d'emploi)

Y listo. Eso fue todo. Ahora tenían reglas. Un título, una portada, una fachada compartida. En muchos sentidos, piensa ella ahora, una fachada es lo único que siempre han sido.

Y

Tor se acerca al comedor con la cabeza artificialmente erguida, el cuello tieso, los pasos cautelosos como si trajera puestos un par de zancos imaginarios. Un zanco es la ansiedad de no saber dónde se sentará ni cómo comportarse sin Philip a su lado. El otro zanco es un

asco paralelo, dirigido hacia ella misma, por andarse preocupando por sendas tonterías. Dónde cree que está, ¿en la secundaria? Se regaña: Eres una adulta, Tor, una artista que se pasó toda la mañana trabajando. Deja que sus vértebras se acomoden mientras truena el cuello hacia un lado y luego al otro, y entra. Pasó la mañana organizando las muestras de color sobre el escritorio de patas rojas, primero, y luego ocupando el piso del estudio y parándose ella sobre el escritorio de las patas rojas, para ver mejor su catálogo. El resultado preliminar es algo como un muestrario de pinturas de casa salido de un cuento de hadas ilustrado a la acuarela. Bonito, pues, pero le falta algo. Aún no puede decir exactamente qué es eso que le falta, si fuerza o gracia o sal o, como diría Bob: pedagogía y nacionalismo y temática. Es una confusión normal, a estas alturas del proceso, o tal vez es nomás el hambre que tiene. Hacía semanas que no sentía ese tipo de hambre: la bien ganada.

Por suerte, en cuanto entra, Bettina la llama con la mano y da unas palmaditas en el banco junto a ella. Hay muy poca gente hoy en el comedor. Tor acaba de sentarse y servirse agua de una jarra, cuando Bob le pasa una copa de vino y el cuoco le presenta un plato de pasta alla Norcina. He aquí un hombre capaz de convertir tres anchoas en algo muy similar a la felicidad. Bettina nota el gozo de Tor con el primer bocado, y dice: Orgásmico, ¿no?

Tor se ríe. Cada vez está más convencida de que Bettina es, en realidad, el alma del lugar, la que más estilo tiene, la única capaz de contrarrestar la inmensa pretensión del palazzo. En alto contraste con el gusto parco e impecable de los Corsini, Bettina es un desastre de texturas y colores. Un árbol de Navidad a diario. Hoy, un remolino

de estampados de leopardo, gasas, collares de plástico, botas de serpiente falsa y cinturón turquesa. Su peinado es un panal de abejas; su maquillaje parece aplicado con técnicas usualmente reservadas al betún de los pasteles. Labios fucsia, párpados verde botella. Cero zancos mentales. La seguridad de Bettina habla de madurez. Sus decisiones sartoriales la anclan en la esencia misma de la humanidad, es decir en la contradicción. Su bisutería barata prueba que Bettina está más en este mundo que todos los demás juntos. Y qué valiente vestirse como se te de la chingada gana. Y cuán lejos está Tor de esa libertad tan simple, de ese placer tan básico, se da cuenta de golpe, cuán atrapada en una estricta paleta que, pensándolo bien, ni siquiera eligió.

El comedor donde están solía ser la cocina de invierno, está explicando Bettina al grupo. La cocina actual, en la planta baja, solía ser la cocina de verano. Hoy en día la gente ya no necesita dos cocinas porque puede controlar los elementos. Así lo dice y eso hace que Tor revisite su teoría secreta de que el palazzo se ha propuesto educar a Philip. Se le aparece de pronto la imagen de un cuarto secreto en lo alto de la torre, donde un titiritero controla los elementos como a veces ella se imagina a sí misma, desde su ventana en el ático, dirigiendo los colores del paisaje.

Tor está tan metida en su pasta y sus teorías fantásticas que no oye el comentario de Justine. Pero algo debió decir porque, tras un bocado, Tor levanta la vista y la encuentra mirándola como si esperara una respuesta. Justine es una grabadora francesa que siempre lleva un cárdigan color paja, haga el clima que haga, pero que de todos modos, la única vez que Tor & Tor hablaron con ella, se burló de ellos por usar lo que llamó un uniforme.

Sorry?, dice Tor, y le choca el sonido de su propia pregunta, tanto por lo mucho que suena a una imitación de Philip, como por haberse dirigido a Justine en inglés cuando ella, Tor, lleva media década viviendo en París.

¿El otro Tor fue a la caza?, repite Justine, claramente asqueada con la idea. Detrás de su fleco grasoso, sus ojos gris pálido se asoman cual topos a la entrada de su madriguera, como indecisos entre asomarse o esconderse. En su plato hay insalata di farro, lo que el cuoco les sirve a los vegetarianos todos los días.

Tor asiente y retuerce la boca en lo que espera se lea como una mueca empática. Justine niega con la cabeza y se retuerce con asco.

Ragazze!, dice Bettina a propósito de tanto retorcimiento: Todos los años van y todos los años regresan con las manos vacías.

Esto tranquiliza a Justine pero alarma más a Tor. Entonces ¿para qué es la cacería? ¿Para conocer a Corsini? ¿Para parecer machos, atrevidos y valientes frente a él? ¿Será cazar jabalíes la versión umbra de jugar a golf? Sólo ahora, viéndose entre los residentes menos populares y/o más introvertidos, Tor se pregunta qué se estará perdiendo.

Hay nada más otras tres personas en el almuerzo. Está Jasper, un danés con barba de vikingo que es exasperantemente dulce. Tor a menudo reprime el impulso de pellizcarle un cachete. Últimamente ha estado mezclando tierra de los jardines, arena del lago y polvos que extrae rascando las piedras del palazzo, en aguadas de tinta, casi transparentes. Su barba está espolvoreada con los restos del trabajo de esta mañana.

Luego está Huong, una mujer Mnong de Wisconsin que podría tener veinte o cincuenta años. Tiene un cuerpo compacto pero una

postura que impone atención en cualquier cuarto donde entra. Es como una niña inquieta cuando conversa con Bob Ross, llena de referencias gringas que a todos los demás les resultan oscuras, pero se vuelve sabia y paciente cuando se trata de su obra.

¿Cómo lo haces?, le preguntó una vez Tor, mientras sus dedos exploraban las capas de telas con hoyos, unidas con hilo, con puntadas estratégicas que generan una topografía intencionada, simplemente hermosa.

Poco a poquito, fue lo único que respondió Huong: Poco a poquito.

El tercero es Teko, un escultor colombiano que trabaja con madera para crear piezas pesadas y minimalistas que luego cuelga desde puntos altos. Últimamente ha estado usando madera conseguida alrededor del palazzo, lo cual, esta mañana, cobra un nuevo tipo de sentido para Tor. Igual que la arena de Jasper. Serial, temático, relacionado con la tierra que pisamos, ¡ajá! Pero no se atreve a preguntar. Teko conocía la obra de Tor & Tor y ha dejado claro desde el primer día cuánto los admira, pero eso no significa que sea amistoso, o al menos no siempre. Con él todo depende de la hora del día, es decir, del porcentaje de alcohol en su sangre. Teko es sombrío en el desayuno, civil al almuerzo, hablador en el aperitivo y sociable a la hora de la cena. Ya le preguntará más tarde.

Aunque ahora mismo el alcohol no falta. Bob Ross parece determinado a vengarse de haber sido excluido de la caza con unas llaves a las bodegas, porque va colmando los vasos de todos generosamente y sin preguntar. Bettina dice «basta, basta», pero él le rellena la copa igual. Ella grita que quiere un café y Tor levanta la mano para pedir uno también.

Creo que deberíamos organizar una protesta, dice Justine: ¡O una huelga!

Tor asiente sin comprometerse. Ha vivido lo suficiente en Francia como para saber que hacer huelga es el deporte nacional. Bob Ross también asiente, pero Tor percibe su ambigüedad. Una cosa es vengarse a escondidas y otra muy distinta poner en riesgo su trabajo.

Huong, en cambio, explota de entusiasmo frente a la idea. Abso-fucking-lutely, dice: ¡Vamos a recordarles que ya pasó la Edad Media!

Mientras los demás planean el caos, Tor y Bettina se mudan a una mesa junto a la ventana y, después de terminarse sus espressos y sus cigarros, Tor se inclina para hacerse oír sobre los gritos entusiastas detrás de ellas (Huong se quitó la camiseta y alguien está escribiendo con salsa de tomate sobre su panza), y dice: Estaba pensando, Bettina, ¿me podrías conseguir unos lienzos grandes?

¿Qué tan grandes?

Un metro de ancho, dos de alto.

Tamaño hombre, dice Bettina: Tamaño hombre de verdad.

Tor se ríe primero, luego siente un pinchazo rápido como cuchillada. Ésas son, de hecho, las dimensiones aproximadas del hombre al que ama, el hombre altísimo al que no ha tocado ni visto desde hace cinco años.

Bettina guiña el ojo, sus pestañas postizas aletean, llenas de promesa, nada menos que como la lámpara de Aladino o los zapatos rojos de Dorothy. No necesita decir más nada, pero lo hace. Bettina dice: Certo.

Y

El hombre que Tor ama no es un hombre de verdad. O no aquí, no por ahora, no del modo en el que solemos pensar la realidad. Como sea, Tor piensa, le damos demasiada importancia a la realidad. Por ejemplo, la palabra «certo» significa «cierto» pero también significa «por supuesto», como si estar de acuerdo equivaliera a validar la veracidad de lo que el otro dijo. Porque son realmente nuestras certezas, o nuestras creencias, y no la realidad, lo que hace que las cosas sean reales. Tor se detiene para quitarse las sandalias y, al agacharse, nota que está bastante borracha. El pasto se siente duro y picudo bajo sus pies, pero no hace ningún ruido conforme ella recorre los jardines, decidida a echarse una siesta bajo la sombra de algún árbol.

Últimamente, algunas madrugadas, lleva tanto tiempo mirando por la ventana que ya no logra verla como una ventana, ni siquiera como una pantalla, sino que empieza a verla como si fuera una de las caras de una caja transparente. De una pecera rectangular. Un espacio tridimensional pero finito: el espectáculo de un hábitat encerrado que incluye la vista y el horizonte. Ella está afuera de la caja, asomándose. Y en algún punto allende el Trasimeno, se juntan las otras tres paredes transparentes y la pecera se completa con cuatro vértices invisibles. Y, tal vez, quizá, desde aquel otro lado de la pecera alguien más observa el mismo paisaje, sólo que a la inversa: de allá para acá. Alguien que comparte el impulso religioso de asomarse cada amanecer en la vasta pecera a esperar y a ver aparecer todos los colores. Religioso en el sentido de lo asiduo, pero también de la fe. O no. No importa. No es imposible, eso es lo único

que importa. Podría haber alguien. Alguien siempre ahí al modo en el que el lago está siempre ahí.

Un día, cambia de tema en su mente mientras sigue buscando la combinación correcta de sombra y pasto, le gustaría adoptar un pez. O no, no un pez, son demasiado resbalosos, demasiado inexpresivos. Alguna otra criatura que pueda vivir en una pecera. ¿Una serpiente? No, le daría cosa. ¿Qué animal podría observar sin aburrirse? ¿Qué animal puede ser como un paisaje que cambia de color conforme pasan las horas? ¿Un pulpo? ¡Sí! Pero no. No se puede tener un pulpo en una pecera. Lo que en realidad quisiera es que su arte sea como un pulpo. De otro mundo pero en éste. Algo que alguien quiera mirar durante horas, con tal de no perderse ni una sola de sus sutilezas. Todo su trabajo de los últimos años de pronto le parece demasiado atiborrado y demasiado obvio. Quiere hacer algo más sutil. Algo como el amanecer, como crecer, algo que no puedas notar el momento exacto en que te transforma, hasta que ya ocurrió. Ya te tocó, ya te cambió. Y entonces ya no hay vuelta atrás. No muy distinto, supone, a un crush. A encapricharte con alguien. El opuesto de una pérdida repentina es este llenarse lentamente. Amor platónico, podría llamarse. Pero también podría llamarse amor a secas, ¿por qué no?

De pronto se da cuenta de que está dando vueltas en círculos cuando ve a Jasper, Justine, Teko y Huong saliendo del comedor. Van todos de la mano y cantando. Ella gira y camina en dirección opuesta para evitarlos. Es mucho más fácil decirlo que hacerlo: un arte más sutil. Es como querer una piel más suave, o el cabello más rizado. ¿Qué tiene ahora realmente? Muestras de color.

Ah, pero cómo ama sus muestreos. ¿Cómo explicar por qué se los toma tan en serio? Dios sabe cuántas veces Philip le ha pedido que le explique. Pero ella ya dijo todo lo que sabe al respecto. Su misión es sencilla pero no fácil: observar la luz cambiante, estar con ella, quedarse ahí conforme muta. Nombrar el matiz de las cosas. Capturarlo en pigmento. En papel. Confiar. Esperar. Nunca queda del todo exacto, pero puedes intentar, volver a intentar, intentar una vez más. Y si, por suerte o esfuerzo, logras dar en el clavo del color exacto, nunca puedes comprobarlo porque en el momento en que levantas la mirada, ya cambió. Ya no está. Es un acto simple pero imposible, casi cruel. Como atrapar colibríes. Como clavar mariposas con un alfiler. Y sí, ciertamente, también podría llamarse una pérdida de tiempo.

Nein, nein, algo le dice por dentro, haciéndola detenerse: Si significa algo para ti, entonces vale la pena el esfuerzo.

Gracias, piensa ella, una pequeña sonrisa floreciendo en su cara.

El hombre que ama ahora está ahí, mide dos metros pero es invisible. No está ahí, claro, pero está. Es otro tipo de realidad. Una de la que Tor puede entrar y salir. Él no. Ella lo invoca, o él simplemente aparece, no se sabe. No importa. ¿Quién invoca al colibrí, quién llama a la mariposa?

Tor abandona la idea de echarse bajo un árbol y entra al palazzo por la primera puerta abierta, como si respondiera al llamado de Andreas. Su presencia repentina dentro de ella provoca una tensión en la parte baja de su espalda, una necesidad de arquearse ligeramente. Al cruzar el vestíbulo sus pies descalzos se sorprenden con las baldosas frías. El palazzo se siente fresco y oscuro comparado con los jardines y en la penumbra ella empieza a

caminar distinto. Menea las caderas a cada paso. Un ritmo agradable aunque no del todo natural que guarda sólo para él. Él la sigue de cerca, observándola, absorbiéndola. El vaivén aumenta mientras sube las escaleras hacia el ático, cuidando de no voltear para que su amante no se esfume. Avienta las sandalias y cierra con seguro la puerta tras los dos. Se quita los jeans y va directo a la cama, se acuesta, lo imagina arrodillándose sobre ella, sus ojos cafés, siempre muy serios, recorriéndola. Sus propios ojos bien cerrados para poder verlo mejor. Levanta un brazo sobre la cabeza, gira la cara y se chupa el antebrazo, invocando su boca. Él, por supuesto, es tan silencioso como incorpóreo y sin embargo su voz, ese bosque de voz, es parte importante de la fantasía. Su voz es abrigo. Su tacto es bálsamo. Lo ha extrañado.

Todo funciona por unos minutos. Tor se toca y se transporta. Sus dedos imitan el empuje de él, la única buena razón para tener un hueco al centro. Andreas la llena. Incluso esta versión imaginaria de él. Por un rato al menos. Eleva la pelvis y arquea la espalda para cabalgar las olas de placer, el pecho inflándose, las caderas meciéndose. Un péndulo, un salto, una caída: el cuerpo está totalmente hecho de mente.

Luego se acuesta de lado y se queda muy quieta, tratando de sentir el pecho de él contra su espalda, su brazo rodeándola, su nariz en su pelo. Imagina que los latidos que siente en el cuello le pertenecen a él, incluso cuando la agitación pasa y ya no logra percibir ni su propio pulso. Debe de estar viva, eso sí. Porque sólo los vivos pueden engañarse a sí mismos.

Y

Esta es la historia del uniforme de Tor & Tor.

No lo llaman así, pero claro que eso es lo que es: un uniforme, y uno agotador además. Tor ya ni siquiera recuerda por qué eligieron mezclilla: una tela gruesa y pesada que lamenta profundamente mientras se vuelve a poner los jeans después de su siesta etílica. Como todo entre ellos, fue una conversación antes de convertirse en costumbre. De niños, ambos usaban uniforme. Él, gris y azul marino. Sabe hacerse el nudo de la corbata con una sola mano desde los siete años. Ella, verde botella y color vino. Calcetas hasta la rodilla y un suéter amarrado a la cintura. Ambos usaban camisa blanca: de manga larga él, de manga corta ella. En cierto modo, todavía lo hacen, sólo que ahora son camisetas. En cierto modo, Philip (como Andreas, como París, como los uniformes a cuadros de su infancia) fue una herencia de su hermana.

Pero, al principio, Tor no quería un uniforme. ¿Cómo fue que la convenció? Recuerda un argumento absurdo pero conmovedor sobre deshacerse de su apellido (Coats) como de un abrigo literal, pesado y viejo, que pudiera por fin quitarse. Y recuerda haber pensado, pero no dicho: apuesto a que el fideicomiso no te lo quitarías como si fuera un trapo sucio. Recuerda también que él le mostró fotos de Art Club 2000, todo entusiasmado, y cómo ella las desechó de inmediato porque, ¿qué habían hecho esos siete bobos además de ponerse ropa idéntica de GAP y tomarse fotos? Él se frustró con ella: ¡No entendiste nada! Lo de GAP era un comentario sobre clase, sobre género, sobre consumo, ¡sobre todo!

Recuerda que acababan de empezar una investigación supuestamente seria sobre prêt-à-porter desde la Grecia Antigua,

cuando él se quitó la ropa y se envolvió en una sábana con un solo nudo sobre el hombro, y desfiló por el departamento y luego le quitó la ropa a ella mientras ella se reía, y la envolvió en la sábana y se la cogió debajo de esa toga disfuncional, algo que en su momento ella disfrutó, cree recordar, pero que también, se le ocurre ahora, es uno de los trucos que él tiene para silenciarla.

Y no es sólo la ropa. También el peinado y el maquillaje. A Tor no le molesta ponerse delineador, para ella es como respirar. Pero está hasta la madre del corte bob, que deja el pelo demasiado corto para amarrarlo en el calor. Y del fleco, que en teoría debería descansar por encima de sus cejas. Fácil para él, con ese cabello ondulado y grueso que se retrae y se queda donde debe, mientras que el de ella es lacio y, si pasa unas semanas sin cortarlo, le empieza a picar los ojos.

Una vez, para una inauguración, ella se pintó los labios de rojo. Él la hizo lavarse la cara, argumentando que se veía sexy, sí, pero en disonancia con la estética de Tor & Tor: totalmente fuera del branding.

Philip se toma muy en serio la estética y el branding. En La Fourche se encierra en el baño y pasa media hora alaciándose el bob para verse como ella. Usa un cepillo redondo y una plancha de pelo que Vladislav bautizó «Smok, el dragón». A veces Smok hace sacrificios y Claudine se queja amargamente del olor a pelo quemado.

Durante años las normas, los nombres, la fachada… no dieron casi nada. Era como una fiesta de disfraces para dos. Pero luego, un buen día, rindió frutos. Y luego tuvo el efecto de una bola de nieve. Empezaron a considerarlos, a invitarlos, a llamarlos de regreso, a

exhibirlos. Les tomaban más fotos a ellos que a la obra. A ella eso le daba rabia y a él lo hacía despotricar. Pero cuando ella propuso abandonar el uniforme para dejar que la obra hablara por sí misma, él dijo que eso equivaldría a destruir toda la empresa. Ella entonces pidió aparecer menos en público. Él alegó que eso también sería perjudicial para el proyecto porque un Tor solito nunca resultaría tan interesante como el dúo: se desdibujaría en sociedad.

Sacaron la libreta. Llegaron a nuevos acuerdos. Ella seguiría apareciendo en público siempre y cuando sus jornadas laborales se volvieran sagradas, intocables. A cambio de este respeto total por sus horas en el estudio, ella aceptaría todo lo que él propusiera para las noches, fuera en la ciudad o en la cama. Los días se le hacían cortos, las noches largas. Pero estaba bien, la vida era mejor cuando él estaba de buen humor. La vida era mucho mejor cuando ella misma estaba de buen humor. Creció la domesticidad. Empezaron a vivir juntos de verdad. Ella aún dormía a veces en el estudio, pero cada vez más se iba con él a casa después de sus muchas fiestas y cada vez bebían más, y cada vez él se metía más coca para animarse, para seguir explicándole a quien fuera (y siempre había alguien, París en eso sí era generoso) los fundamentos, la estética, la ironía de la empresa Tor & Tor. Y cada vez más ella también se metía coca, para poder levantarse temprano tras una noche de fiesta pública o privada, y salirse de la casa antes de que él despertara, para poder encerrarse en su taller a sudarlo todo, a producir algo, a volver a sí misma. Él opinaba que ella era rígida, ella opinaba que él era flojo. Ella también se consideraba floja, sin importar cuánto trabajara. Él opinaba que ella estaba siempre autoexplotándose. Ella

pensaba estar meramente viviendo la vida al máximo, pagando la cuota por ser la que sobrevivió.

No había mucho espacio —piensa mientras camina a los estudios por segunda vez hoy— para sutilezas en su empresa. Crear, disfrazarse, intoxicarse, posar, coger, repetir, crear más. Pasarle a él las piezas para que las vendiera porque ella se quedaba sin espacio. Tor no planeaba su trabajo, se deshacía de él por necesidad. Si no lo tuviera a él para vender, seguramente hubiera tirado sus obras por la ventana para que alguien se las llevara. A veces él le pedía que bajara el ritmo, decía que los precios se verían afectados si seguía produciendo tanto, lo cual a ella sólo le daba ganas de producir aún más. Por cada pieza que ella daba por terminada, él inventaba una historia teórica que parecía más bien fantástica. No es que Tor tuviera la paciencia para sus rollos, pero a veces terminaba leyéndolos en las fichas de las galerías, en el último año incluso en algunos museos. E inevitablemente le daban pena ajena. Pena ajena que, dada su particular situación, se le mezclaba con la vergüenza propia. Y lo único que se la quitaba era levantarse otra vez temprano, volver a trabajar. Su eterna insatisfacción era el combustible de la empresa. La ambición de él, las ruedas. Pero hace tiempo, se da cuenta ella ahora, que avanzan sólo en círculos, muy cerca al precipicio.

Y

Tor entra a los estudios en silencio, sin ganas de toparse con nadie. Pero deben de andar protestando, o cazando a los cazadores, o más probablemente durmiendo la siesta, porque el edificio está tan solo

como ella. Se siente a punto de reventar de ideas. O no exactamente ideas, sino intuiciones, intenciones.

Pero cuando la puerta principal del edificio se cierra tras de ella, Tor se congela frente a las áreas comunes. La luz de la tarde, a través de las ventanas altas, ha dibujado en el suelo una línea de rectángulos iluminados. Sin pensarlo, salta. Y luego avanza hasta su puerta así: dando brincos precisos desde un rectángulo de luz hasta el siguiente, esquivando las partes en sombra. Al llegar a su estudio y darse cuenta de que está sonriendo, el recuerdo de Mana la golpea en el pecho. ¿De qué te ríes? No tienes derecho.

Ya, ya, se ordena, tragándose las lágrimas: Ponte a trabajar.

Tor echa el seguro a su puerta y va directo por uno de los muchos lápices que asoman ansiosos de un bote. Están todos perfectamente afilados; ¿quién hace eso? ¿Bettina? ¿El jardinero? ¿Corsini en persona? O «Los Corsini», como dijo Bob Ross, empleando un plural para ella misterioso.

Transporta la silla del escritorio hasta la pared opuesta. Se sube en ella, luego se baja, todo el tiempo con la punta del lápiz presionando el muro. Al terminar, da un gran paso para atrás y mira lo que trazó. Está bien. Nadie diría que es perfecto, pero todos coincidirían en que es un rectángulo. Más o menos del tamaño de un hombre imaginario de verdad o un hombre de verdad imaginario pero en todo caso un hombre alto.

Encuentra cinta adhesiva y pegamento. En un estado febril, usando el muestrario que había dejado en el piso, bajando y subiendo de la silla, va llenando el rectángulo poco a poco. Es una improvisación, una danza y, en términos técnicos, un collage. Sin pintura; sólo sus manos y dientes, los pegamentos y las muestras de

color que ha ido reuniendo por semanas y que ahora rasga en pedacitos para unirlos a otros, como un pájaro construyendo su nido. Se sorprende, pero no se inquieta, al ver que lo que lentamente emerge es un coloraje. Es decir, un paisaje hecho de color. Y no un paisaje cualquiera, sino el que ha estado observando desde el ático por semanas. Se lo aprendió de memoria. Lo interiorizó. A Philip le dará gusto encontrar rotas algunas de las muestras de color que detesta, piensa mientras el suelo comienza a llenarse de retazos descartados. Pero el simple hecho de invocar su opinión le provoca una pesadumbre en los huesos, ralentiza sus movimientos. Se quita los jeans. Un poco más ligera, sigue trabajando.

Philip no tiene idea de cuántas muestras más tiene. Ni cuántas más está por producir. No sabe que sus simples postales cotidianas acaban de graduarse de ejercicio a material, de notas a borradores. Oh, ¡Philip va a odiar tanto esta pieza! Y cuánto gusto le dará a ella que él la odie. Aunque ella luego odiará lo mucho que él va a disfrutar al inventarse un rollo rebuscado para explicar la pieza que en realidad odia. Para traducirla a algo que él entienda, y pueda controlar, algo que luego pueda vender. Ya está temiendo tener que escucharlo: el Trasimeno, los pescadores, la luz de Umbria, la alcurnia de Perugia, la pasión, el color, la virtù renacentista, hasta la pinche caza de jabalíes va a meter en la perorata si lo deja. Él no tiene idea de cómo funciona un coloraje, de cómo funciona la intuición cromática de ella, no entiende nada, no la conoce en absoluto. ¿Cómo se puede compartir la vida con alguien y aun así acabar como extraños?

Tor trabaja hasta que la luz de afuera ya no alcanza. Tiene la garganta seca. Enciende una lámpara, cruza el cuarto, llena un vaso en el fregadero y lo bebe tan rápido que se le derrama y le moja la camiseta. Vierte el resto en su cuello, en sus piernas desnudas. Se queda parada en un charquito que la refresca. Parada y mirando. Entrecierra los ojos y observa. Los dos tercios inferiores del rectángulo ya están llenos de verde, marrones, azules y una sola mancha color terracota. Se queda ahí, tratando de mirar lo que hizo, pero lo único que ve es lo que hará más adelante.

Y

De vez en cuando, los residentes se saltan una comida, si ya no aguantan al grupo o a la pasta, o si les llegó un raro ataque de inspiración. Pero nadie, nunca, se pierde el aperitivo, servido todos los días a las siete en la terraza principal.

Tor sabe que, al igual que ella, todos deben de tener implantado el chip de no dejar pasar la oportunidad de una copa gratis. Pero también sospecha que hay algo más detrás de ese encuentro casi religioso. Y es que, para las siete, cada quien ha estado tantas horas a solas con su trabajo que ya resulta insoportable. Horas tan largas que la obra se convierte en otra persona en la habitación, probablemente una que sabe más, que ocupa más espacio, y con la cual sólo puedes lidiar o bien rindiéndote a ella (en un buen día) o enjaulándola, como para dejarle claro quién manda, e ir a ahogar en un vino la vergüenza de no estar, en realidad, al mando de nada. Pero hoy Tor se siente al volante. Le gustaría decirle a alguien: ¿no es rarísimo cómo funciona esto del arte? ¿Cómo un día la obra es un

cachorro hiperactivo y al siguiente un gato romano adormilado? Pero no dirá nada de eso. Al igual que las buenas noticias, el buen trabajo se echa a perder si se comparte antes de tiempo. Es una superstición, sí, pero una cierta. Simplemente no es algo que se pueda compartir, la gestación de una pieza, sería como explicar qué se siente cuando un bebé patea dentro de ti. Aunque ella no tiene idea de qué se siente cuando un bebé patea dentro de ti.

Tor emerge de la zona boscosa y entra al jardín, como quien cruzara una pared sólida. Tiene algo de truco mágico, algo de revelación. Le gustaría construir algo así algún día, por ejemplo alrededor de una casa: un muro verde, una pared viva que aísle un lugar del resto del mundo. Escanea la terraza pero no ve a Philip entre los comensales del aperitivo. Sube las escaleras y va directo hacia el spritz que Zakiya le tiende.

Zakiya es una videoartista de Nairobi. Está haciendo un documental sobre la relación de las mujeres con su propio útero, que planea proyectar en pantallas integradas a las paredes internas de una cueva, a la que se accederá por una vulva del tamaño de una puerta hecha de goma o tal vez de tela, todavía no sabe.

Te ves fatal, le dice Tor, quitándole una hoja del cabello: ¿Mataste un jabalí? Tienes cara de que mataste un jabalí.

No, dice Zakiya, con los ojos muy abiertos. Luego añade que si los hombres pueden cazar, las mujeres también pueden cazar.

A Tor le parece, por lo poco que sabe de su vida y su trabajo, que esa frase podría ser toda la declaración artística de Zakiya. El hecho de que esté aquí fue un esfuerzo colectivo de su familia, que se organizó para cuidar a sus tres hijos. Y lo primero que le dice a todo el mundo es que ella es Zakiya, artista y mamá, no una u otra. Pero

ahora no dice nada más, sólo se empina su bebida con una mano que tiembla. Tor va a preguntarle qué le pasa cuando Teko se les une en la terraza y les reparte más tragos, de modo que ahora cada una carga con dos copas.

Teko, dice Tor: Sobre este concurso…

¿Quieres decir esta protesta?, responde Teko.

No, digo el concurso. Estás haciendo una serie ahora, que no era tu plan original, y me preguntaba si…

¿Te quedaste soltera?, la interrumpe Teko: ¿Dónde está tu media naranja?

Tor se ríe tan fuerte que el aperol se le va chueco. ¿Cómo es posible que nunca haya reparado en esa referencia tan obvia, tan cursi, la media naranja, si antes se decían «orange» el uno al otro? Seguro que en algún momento se le ocurrió, pero debió de haberlo bloqueado. No hay otra explicación para semejante omisión. Se distrae porque una inusual ola de testosterona invade la terraza. Media docena de hombres, la mayoría de los cuales Tor nunca ha visto, se aglutinan junto a la mesa de bebidas. Un grupo interesante, mezclado en edad y en modales. ¿Será la caza de jabalíes un igualador social? Lo duda. Es sólo una ilusión creada por los chalecos fluorescentes idénticos que todos llevan puestos. Pero no pueden ser todos los cazadores, porque su media naranja no está ahí.

Un hombre chaparro con bigote frondoso golpea su copa de prosecco con un tenedor. Tor intuye su poder por la rapidez con la que todos callan a su alrededor. Tiene la espalda recta, la panza salida, poco pelo y, en contraste con su piel muy bronceada, su bigote parece de un blanco amarillento, casi Magnolia, como el de las, presumiblemente suyas, paredes del palazzo. Alza la copa y la

voz. Peccato, dice: No atrapamos ningún jabalí. Pero nos divertimos mucho.

¿Quién es ése?, susurra Tor. Tanto Zakiya como Teko le hacen cara de qué pregunta tan estúpida.

Jasper se acerca corriendo. Anuncia: ¡No atraparon nada! Nada de nada.

Sí, ya oímos al jefe, dice Teko.

Si yo te lo acababa de decir, Jasper, dice Zakiya: ¿Por qué algo tiene que venir de un hombre blanco para que lo creas?

Pero ése no es cualquier hombre blanco, responde Teko.

Jasper le toma el brazo a Zakiya pero no le contesta porque se quedó mirando hacia el jardín y luego hace un gesto diagonal con la cabeza, dirigido a Tor. Ella tiene que arrancar los ojos de todos esos hombres blancos enfundados en neón y voltear hacia donde apunta Jasper con la cabeza. Luego camina obediente hacia un brazo que la llama desde atrás de un árbol. En cuanto vuelve a cruzar hacia la parte boscosa, Philip la abraza fuerte, de una forma en exceso aferrada, ligeramente aterradora.

¿Me puedes traer algo de comer?, susurra él al cabo de un rato: Me estoy muriendo de hambre.

¿Y por qué no vas tú?, pregunta Tor.

Como respuesta, Philip da un paso atrás y se mira la camiseta.

¿Y por qué estás lleno de sangre?

Y

Me zumban los oídos, dice Philip.

Tor y Tor están acostados en la cama después de una cena frugal robada de la despensa del sótano y consumida en el ático, sólo ellos dos, después de que él se bañó y ella tiró a la basura la camiseta porque no hay manera de salvarla. Ella intuye estar jugando un rol antiguo, como de esposa de soldado, y lo resiente. Philip se está comportando como si hubiera vuelto de la guerra, cuando en realidad no hubo batalla. O, si la hubo, pues fue él quien eligió enlistarse de voluntario.

Es el silencio, dice ella, tratando de invocar compasión: Hoy descolgué todas las muestras de color y ya nos habíamos acostumbrado al sonido que hacían con la brisa, nos arrullaba.

No, dice él, sentándose en la cama: Es la cacería, no me puedo sacar los ruidos de la cabeza.

Ah, dice ella, gratamente sorprendida. Tor no es muy auditiva. Le gusta la música como a cualquiera, pero nunca es la que piensa en poner algo. Pregunta: ¿Te refieres a los disparos?

Pero también los perros, dice él, ahora de pie, buscando algo en la oscuridad: Y los gritos salvajes que hacen los hombres, en vez de usar los walkie talkies que traen colgando. Pero lo peor de todo son los perros, Tor, son muchísimos, ladrando como bestias frente a carne fresca, que, bueno, supongo es exactamente lo que son. Y, uf, el sonido de los jabalíes…

¿Qué sonido hacen los jabalíes?

No quieres saber, dice él: Créeme. ¿Has visto mi tabaco?

Ella extiende una mano y enciende la lámpara de noche, encuentra la bolsita en el buró. Se sienta, saca un papelillo, un filtro, una pizca de tabaco. Mientras le enrolla un cigarro, le entra un miedo irracional de un día mirar para atrás y darse cuenta de que en

realidad no fue artista, sino más bien esposa de artista: lavándole la ropa, localizando sus cosas, liando sus cigarros por el resto de los tiempos. Pero cuando lo mira, Philip tiene los ojos cerrados y se está tapando una sola oreja con las dos manos, y el resentimiento se disipa.

¿Por qué Corsini miente sobre la caza? Se lo pregunta para distraerlo, pero es una curiosidad real. Porque ella pensaría que Corsini querría presumir a los cuatro vientos sus presas, en vez de ocultarlas como hace. Le dice a Philip: En la comida Bettina nos dijo que nunca cazan nada, así que se ve que miente siempre. Enciende el cigarro y se lo pasa, luego arma uno para ella.

Dijo que no quiere hacer infelices alle donne, dice Philip.

¿Qué mujeres?

A la señora Corsini, supongo. Aparentemente es muy sensible. Ella organiza todo esto, ¿sabes? A él el arte le interesa muy poco, por lo que entendí, todo es por ella. Y de ella, también. El dinero viene todo de la familia de ella, por supuesto.

¿Por qué por supuesto?

¿Cómo me quito el zumbido del oído, Tor? Especialmente el izquierdo. Creo que está roto.

No está roto, sólo deja de ponerle atención. Cuéntame de los colores, pide ella recostándose sobre las almohadas. ¿De qué color es la caccia al cinghiale?

Naranja, dice él. Y verde.

¿Tierra y… hojas?, pregunta ella.

No. La tierra es gris, hay muchas piedras. El naranja es el fosforescente, de los chalecos de visibilidad. Y el verde es verde

militar. Camuflaje y chalecos de seguridad, todos nos los tuvimos que poner. Había montones en la camioneta.

¿En serio? A Tor le cuesta imaginar a Philip obedeciendo estas normas sartoriales exteriores a la empresa. Intuye que así se sienten las madres cuando sus hijos se van a la escuela y comienzan sus vidas paralelas, sin supervisión. Naranja neón y verde oliva, trata de visualizarlo. Se da cuenta de que la imagen mental que tenía de hombres cazando venía de otro siglo, o más bien de películas gringas ambientadas en otro siglo y quizá más bien en Inglaterra. Aunque están en Italia y es el verano de 2005 y ella apenas aguanta su propio uniforme de algodón, Tor se los imaginaba de tweed: de cuero y tweed.

Me gustaría haberlos visto desde mi ventanita, dice: Los puntos naranjas neón entre los árboles… Aún no le ha contado nada a Philip de su día en el estudio, del nuevo boceto en la pared, de las ideas inflándose dentro de ella cual masa con levadura.

No se vería desde aquí, dice él: Estábamos a una hora de camino, hacia Perugia. Pero sí lo pensé estando allá, que los colores te gustarían. Se veía como si al bosque le hubiera dado varicela. Una varicela nuclear. Hasta los perros tienen que usar chalecos fosforescentes.

¿Por qué?

¿Cómo que por qué? Para que no les disparen por error.

Ella hace una mueca de espanto y él le sonríe. Y así, los roles se invierten. Ella es la que sufre, él el que cuida. Nunca se le había ocurrido que los cazadores pudieran disparar al blanco equivocado. La llena de una ofensa tardía. Pero también, la imagen la atrapa, la intriga.

Deberíamos venderle esto a uno de tus amigos galeristas.

¿Vender qué?

La idea. El concepto. Una exposición sobre los puntos naranjas. Podríamos colocarlos por el bosque, como soldados caídos.

¿Y mostrar qué, fotos?

No, sería más inmersivo, más vivencial. Como convertir el interior en exterior. Traer el bosque a la galería, pero también la caza. Los colores, los sonidos, los perros ruidosos con chaleco. Podríamos prestarle a cada visitante un walkie talkie. Recrear la caza adentro de la galería.

Imagínate los costos, Tor, ¿y para vender qué? Realmente no tienes cabeza para los negocios. Él vuelve a meterse a la cama y ella se baja de un salto, ofendida. Él protesta: ¡No me veas así! Eres una artista talentosísima, no necesitas tener cabeza para los negocios. Para eso me tienes a mí.

Soy perfectamente capaz de ponerme en mentalidad de negocios, se defiende ella: Y te estoy diciendo, con mi cabeza de negociante puesta, que esto sería un éxito. Tor sabe que en realidad está hablando de otra cosa pero no sabe exactamente de qué, y en todo caso no logra obligarse a redirigir su argumento. Tampoco logra frenar su defensa. Continúa: Yo podría perfectamente montar una exposición. Podría montar una pinche galería, si quisiera. ¿Y sabes para qué la usaría? Para mostrar a los invisibles.

¿A los quiénes?

A artistas subrepresentados. Artistas indígenas, mujeres indígenas. ¡Artistas mujeres en general!

¿Ves? Ya perdiste antes de empezar. Claro que todo eso es muy importante, pero la verdad es que necesitarías al menos un par de

peces gordos para financiar tus muestras de beneficencia.

Ella inhala y, entonces, un milagro: de súbito se le evapora la necesidad de convencerlo. La deja ir. Para de hablar y va a dejar el cenicero lejos y regresa a la cama y apaga la luz. No porque él tenga razón, sino porque perder tiempo tratando de convencer a hombres blancos del valor del trabajo de todos los demás, y tener que hacerlo encima de hacer el trabajo propio, es parte del problema, y parte de lo que mantiene al resto de la humanidad agotada y sobresaturada. Tor ha tenido apenas dos o tres conversaciones con Zakiya este mes, pero si es honesta consigo misma: ya nota sus propios razonamientos transformándose como resultado de esas charlas. Se gira en la cama en silencio, dándole la espalda.

¿Estás enojada conmigo?, pregunta Philip en la oscuridad: Sólo estoy tratando de educarte.

No, dice ella, y de verdad no lo está. Recuerda la furia caricaturesca de los que querían hacer huelga contra la caza, y la furia caricaturesca de los que matan jabalíes para probar quién sabe qué, y nota que, al menos en este instante, ella se siente más allá de todo eso. O no más allá, sino a un lado. Ni superior ni inferior, simplemente desplazada. A partir de ahora se educará en otro lado, muchas gracias.

Philip, dice ella, aún extrañamente tranquila: Ya sé lo del concurso.

Ok, dice él. Se queda muy quieto y ella supone que está calculando sus posibles escapatorias: cómo, qué, a quién culpar cuando ella lance el reclamo. Podría ser una batalla campal. Podrían pasar la noche entera combatiéndola. Pero Tor se sorprende de

nuevo al notar que, en realidad, lo único que quiere en este momento es un abrazo.

¿Por qué no me dijiste?, pregunta ella, pegando sus pies fríos a la pierna tibia de él.

Porque es mejor para ti cuando crees que las cosas vienen de ti, dice él, pasándole un brazo por encima.

Tor se siente a partes iguales atrapada y protegida por el peso de ese brazo, de ese comentario, y él se queda profundamente dormido antes de que ella pueda pensar una respuesta, y pronto ella también se queda así: profundamente dormida.

Y

En los días siguientes, Tor cambia las acuarelas por los acrílicos y compensa con presencia todo el tiempo que pasó ignorando el estudio. Ya no lo piensa como el cibercafé, sino como su guarida. El corazón del asunto. El verdadero palazzo. Regresa al ático sólo de noche, para desplomarse en la cama. Aún se sienta junto a la ventana con la primera luz del día, pero ya no toma muestras ni vuelve a acostarse cuando amanece. En vez de eso, toma fotos mentales y luego se va al estudio con esas imágenes en la cabeza.

Una vez, de niña, Tor conoció a una cantante que iba a dar un concierto en el auditorio del museo donde trabajaba su mamá y donde ella y su hermana solían quedarse hasta tarde mientras la madre hacía horas extra. Mana y Tor se sentaron en primera fila y presenciaron el ensayo con asombro. Durante una pausa, la cantante se les acercó y les dijo, como si fueran sus aprendices: Para cantar bien primero hay que imaginarse la nota en la cabeza,

porque la cabeza por dentro está perfectamente afinada. Cuando ya tienes la nota bien clarita adentro, sólo entonces apuntas hacia eso que imaginas y abres la boca y lanzas la voz para afuera, como una flecha. Imaginación traducida en voz. Y hasta el día de hoy, así es como Tor sigue pensando en su trabajo: emoción traducida a color. Primero evocas la emoción que quieres que la pieza despierte, la sientes bien clara en el plexo (porque para los sentimientos es el pecho el que está perfectamente afinado) y sólo entonces te lanzas a pintar —el pincel es tu flecha— y vas probando cosas hasta dar con la nota en el lienzo.

Hoy, sin embargo, Tor teme estar dándose nomás contra la pared. Hay días así. Después de un par de horas frustrantes y acaloradas, decide salir a caminar. Pero en cuanto sale de los estudios se da cuenta de que ni para eso tiene energía, y mejor se va directo al pequeño quiosco que Zakiya ha convertido en su estudio de grabación. Son cuatro columnas gruesas que sostienen un techo a dos aguas, cuyas tejas hospedan fauna y flora desde mucho antes de que se pusieran de moda los techos verdes. Cuando Zakiya se instaló y empezó a usar los huecos entre las columnas como lienzos para probar materiales y experimentar soluciones para la vulva-puerta de su instalación, los residentes empezaron a referirse al sitio como «el quiosco de la vagina», lo cual rápidamente se popularizó entre los residentes y pronto derivó en el más bien tierno «quiosquina». Y ahora, hasta el cuco y Bettina le dicen así.

En cuanto Tor se acerca a la quiosquina, Zakiya dice que estaba a punto de tomarse un descanso de todos modos y deja lo que está haciendo. Se sientan en unas sillas como de director de cine, y Zakiya saca de quién sabe dónde una botella de limoncello tibio. Es

dulce y pegajoso, y hace que Tor por fin se relaje. Durante un rato, Zakiya habla de su trabajo. Es decir, sobre el dolor pélvico crónico de Huong, las dificultades de Bettina con la infertilidad y lo difícil que fue para Justine salir del clóset en los años ochenta en la Borgoña rural. Cuando rellena los vasos, mira a Tor a los ojos y le recuerda que ella es la única mujer que queda en el palazzo.

Tor se retuerce en su asiento pero sabe que esta vez no se va a zafar. Siempre supo que le tocaría turno eventualmente. Pues que le toque, no pasa nada: Tor no le teme a la cámara. Dice que no tiene tabúes, que es una mujer abierta en una relación abierta, feliz de hablar de sexo cuando sea. Pero esa seguridad se evapora cuando Zakiya, desde atrás de la cámara, le pregunta si alguna vez ha estado embarazada.

Tor le cuenta todo, desde las dos rayitas rosas en la prueba de embarazo hasta las paredes color pistache de la clínica. Desde cómo la obligaron a hacerse un ultrasonido hasta cómo lo sorteó, concentrándose no en la figura que latía como un frijol saltarín sino en las zonas a su alrededor. Un truco de clase de arte: fondo y forma. El fondo era oscuro pero no un abismo, sólo sus paredes internas, hechas de manchas grises y blancas, como si su matriz no fuera más que un boceto a lápiz: propenso al error, dispuesto a la goma. Tor se prohibió ponerle nombre al frijolín.

El otro Tor la ayudó a encontrar una cita para el aborto. Tuvieron que hacerlo desde el minitel en la oficina de correos y fue complicado porque aparecían, como hongos digitales, sitios llamados SOS Bebé o SOS Grossesse, que primero parecían estar ahí para ofrecer ayuda pero, en cuanto te adentrabas un poco, se volvía evidente que su objetivo era, en realidad, disuadir a las mujeres

mediante el viejo método de hacerlas sentir mierda. Philip se enfureció y se puso a insultar a la maquinita, como si fuera directamente responsable de la propaganda. Un trabajador de correos tuvo que intervenir. Al final, Tor le pidió ayuda precisamente a ese trabajador, que resopló bastante, pero salieron de ahí con una cita.

Después del ultrasonido les dijeron que ya era muy tarde para la pastilla, tendría que hacerse un aborto por aspiración. Esa imagen, la imagen de una aspiradora chupándole las entrañas, la aterrorizó. Pero el día de la cita el procedimiento fue rápido y, gracias a la anestesia, casi indoloro. Sólo tuvo que quedarse unas horas en la clínica. Luego el otro Tor fue por ella, paró un taxi afuera. El taxi es lo que Tor más recuerda de todo. Las gotas de lluvia en los cristales. La ciudad desenrollándose por debajo de ella como un papiro del futuro. Recuerda desear con un fervor inútil que no se detuvieran nunca.

Las semanas siguientes al aborto fueron las más difíciles. El dolor físico es como un pulpo: encuentra maneras de extender sus tentáculos tramposos hacia la mente, y hacia el pasado, y pronto Tor ya no sabía ni qué dolor le dolía. Por semanas apenas podía levantarse, lloraba todo el tiempo, mucho más de lo que había llorado cuando desapareció su hermana, y ya tampoco sabía qué estaba llorando exactamente: ¿la muerte de su madre o la desaparición de su hermana o la partida de Andreas o la pérdida del bebé que nunca llegó a bebé?

Pero todo eso no lo dice frente a la cámara, sólo lo recuerda en un atisbo rápido al que le cierra la puerta igual de rápido. En voz alta sólo cuenta que el otro Tor iba todos los días a visitarla: le llevaba

comida, limpiaba su departamento minúsculo, repetía como un mantra: Ça va aller, ça va aller, porque su mamá es francesa, entonces eso es lo que le sale cuando quiere consolar a alguien. Inmediatamente nota el interés de Zakiya decrecer varios grados. Así que Tor se agarra justo de esa parte de la historia: la parte de Philip.

Él se propuso distraerla, llenarle la cabeza de cosas nuevas todos los días. Llegaba a cualquier hora con reseñas de la exposición que acababa de ver, pains au chocolat, una copia de *Paroles*, de Jacques Prévert, porque según él es el único libro que sirve para aprender francés; fichas para la máquina amarilla en la esquina donde podías rentar videocasetes. La hacía meterse a bañar con bromas sobre los olores y, como la regadera estaba ahí mismo, la miraba, le decía que era hermosa, la envolvía en una toalla. Le pidió que pintara una docena de cajas vacías, de madera, que él mismo le había traído, y luego las vendió quién sabe dónde. Con el dinero le compró un escritorio y en cada visita le dejaba algo sobre el escritorio: un estuche con pinceles, botellitas de tinta, un bloc de dibujo nuevo. Ella ignoró el escritorio, ignoró los materiales, hasta el día en que dejó de ignorarlos, y entonces la salvaron. Dice: El otro Tor me salvó la vida.

Zakiya tiene una expresión de neutralidad que Tor no puede evitar admirar: toda una profesional. O tal vez es sólo que ha oído tantas historias que ya nada la sorprende. Pero cuando apaga la cámara, Zakiya le dice que él no la salvó. Eso derrumba la impresión de profesionalismo. No está bien, piensa Tor, contradecir a quien entrevistas. Pero Zakiya le toma la mano y continúa: El otro Tor te acompañó, y no es que eso no sea valioso, claro que fue decente de

su parte, pero también hubieras sobrevivido sin él. Muchas mujeres lo han hecho, créeme, yo sé. No le debes tu vida.

Tiene razón, por supuesto, pero la gratitud que Tor siente por ese periodo constituye los cimientos de la empresa Tor & Tor. Una gratitud que ha demostrado ser generosa, elástica, amplia. Una catedral. Una catedral de chicle, estirada y envuelta una y otra vez alrededor de todo lo que no le gusta de él, todo lo que podría llegar a no gustarle.

Además, dice Zakiya rellenándole de nuevo el vaso: El frijolito también era de él.

Tor da un sorbo de limoncello y con la boca dulce y agria, dice: No, no era de él.

Y

Eventualmente, Tor se declina por seis lienzos grandes para su serie. Y por sus nombres en italiano: Alba. Mattina. Mezzogiorno. Pomeriggio. Tramonto. Sera. Un día, desde que sale hasta que se pone el sol. Expondrá los seis en círculo, todo alrededor de una sala, de forma que el espectador pueda pararse al centro y sentirse envuelto, adentro de la obra, y pueda experimentar todo el día casi al mismo tiempo. Cada lienzo es un torbellino sutil de tonos en su mayoría fríos, y debe apreciarse desde al menos dos metros de distancia para ser percibido como un paisaje. De cerca, se convierte en pintura abstracta. Las pinceladas son gruesas y furiosas, excepto en ciertos bordes y esquinas donde la pintura se diluye en una aguada: todo el rango de posibles grados de saturación que ofrece el acrílico y que Tor ha ido perfeccionando por años finalmente da

fruto. Como usa espátula y mezcla todos sus colores a mano, en el centro de los lienzos el efecto es más similar al óleo que al material que realmente utiliza y que es, esencialmente, plástico.

En esas zonas pictóricas, los grises, azules, marrones y verdes sólo se ven interrumpidos de vez en cuando. A veces por paja, otras por rayos de sol. A veces por faroles o por la alberca rosa. Pero lo que más destaca —y siempre se nota, incluso en el cuadro crepuscular, si entrecierras los ojos en el punto correcto— es la casa terracota brillante. En la mente de Tor, y en la *Nomenclatura* de Werner, la casa es un 82: rojo circonita mezclado con bastante blanco grisáceo y una pequeña cantidad de rojo escarlata: Rojo Teja.

Tor ha estado refiriéndose a la serie entera como «Rojo Teja» pero sabe que necesita un mejor título. Puso a Philip a cargo de encontrarlo, hace semanas, con tal de mantenerlo ocupado y porque, la verdad, él es genuinamente bueno con los títulos. Además, como últimamente no hace más que leer todo el día, por lo menos que su hobby sirva de algo.

Tor, por su parte, no hace más que trabajar en el estudio, y por eso no ha encontrado la ocasión de mencionarle a Philip lo que siente o, más bien, lo que ya no siente por él. En cambio, sus sentimientos por el Andreas imaginario no paran de crecer. También el amor es un pulpo. Y es como si a los músculos creativos que ha estado fortaleciendo en el estudio le hubieran salido tentáculos hacia otras áreas de su corazón. Y cuanto más se adentra en la serie más gasta sus pausas, cualquier rato libre o, incluso, cualquier rato ocupado, imaginando una vida con Andreas. Cultiva esa fantasía igual que cuidó el ritual de la ventana el mes pasado: con diligencia. Quererlo es, más o menos, el mismo ejercicio de rutina y devoción.

Tiene una chimenea dentro de ella para él, donde aviva las brasas a voluntad. Esto no lo comparte con nadie. Ni con Zakiya, ni por supuesto con Philip. Una vez, hace años, sí le mencionó su enamoramiento al otro Tor. No fue bien recibido. Nunca volvieron a hablar del tema, pero el reproche flotó en el aire durante semanas como una forma más densa del silencio, como una forma del castigo.

Fue durante una caminata con el Andreas sin cuerpo que Tor definió las reglas de composición que seguiría para la serie. Nada de puntos de fuga en estos lienzos. Nada escapándose. Nada de andar engañando al espectador: los lienzos son limitados y sus límites se asumen, se reconocen, por la pintura misma. En cada uno, el lago funciona como un ombligo, no como una piscina infinita. También, Tor decidió romper con la convención de la continuidad. La pintura se detiene bruscamente antes del borde del lienzo, a veces muy cerca de la orilla, a veces más lejos. Pero en todos los lienzos, en algún punto, la pintura se adelgaza: pasa del betún a la acuarela. No como un desintegrarse sino como un desnudarse: un exponerse. Soy un paisaje pero también, en el fondo, parece estar admitiendo: soy pintura nomás; pigmento es todo lo que soy. Soy color. Soy un coloraje.

Pero en esas zonas fronterizas, Tor tampoco deja un hueco y ya. Utiliza el espacio liminal entre un lienzo y sus bordes para insertar sus neuróticos catálogos cromáticos, en formato tabla. El resultado es algo así como un Excel medieval. Hay que acercarse mucho para apreciar esta otra escala. De cerca incluso se pueden leer sus notas: nombres, códigos Pantone, referencias a Werner y a la hora exacta del día en que se tomaron las muestras. De muy cerca el asunto

recuerda a los registros meticulosos de los marineros. De menos cerca se parece más a las paredes de una construcción, donde alguien probó pinturas de casa antes de decidirse por una.

Para sorpresa de Tor, a Philip le encanta todo sobre la serie. Se ha vuelto solidario, complaciente, a ratos casi servicial, y Tor no puede evitar sentirse como un cerdo. No como los salvajes que cazan en los bosques a una hora del palazzo, sino como los de granja, a los que ceban con castañas para que rindan más cuando los vendan.

Él intentó convencerlos de que le permitiera estar en el estudio, pero ella ganó la discusión citando el mode d'emploi. Sus horas laborales deben ser tan sagradas aquí como en París, si no es que más. Él cedió, pero no quiere que nadie lo vea echando la flojera, así que se lleva montones de libros al ático y baja sólo para las comidas o el aperitivo o la caza. Leer, ya se sabe, es una forma de esconderse.

Por mí no hay problema, dice Tor: Sólo encuéntranos un título.

Pero al final es Andreas, no Philip, quien da con un buen título.

A Tor le duelen los brazos después de una sesión intensa de impasto. Se acuesta en el suelo del estudio y le alegra descubrir que el aire ahí abajo está más fresco. Se abre como estrella de mar para dejarlo circular por entre sus extremidades. Está cubierta de pintura, sudando a chorros, y sin embargo se siente hermosa. Como si la belleza de lo que acaba de crear en el lienzo se le hubiera pegado, transferido de alguna manera. Le gustaría ser vista así. Se imagina a Andreas entrando al estudio. Pero el desorden del piso la deprime, no la deja concentrarse en su fantasía: restos de muestras de color, paletas descartadas, trapos sucios. En una sola exhalación, su cansancio se vuelve un pesar ácido, lúcido: Soy una mujer tirada en

el piso, rodeada de basura, hablándole a un fantasma. Se siente como si todos los colores que ha pasado el verano observando hubieran decidido reunirse de golpe en su pecho y condensarse en un negro sin fondo.

Andreas invisible se queja dentro de ella: ¡El color no funciona así!

Se lo imagina ahí parado, inspeccionando sus lienzos con seriedad científica y se pregunta si tendrá una mejor metáfora para ella. Andreas siempre tiene una buena metáfora.

Después de un rato, él dice: Es como que de tanto mirar lograste separar el paisaje en todos sus colores. Es como si hubieras partido la luz misma.

Ella sonríe. Años atrás, una tarde en que estaban desnudos sobre el sofá clic clac, él partió la luz para ella. Hizo un pequeño arcoíris con una pirámide de vidrio y le explicó la física del asunto. Tor intenta recordar su explicación. ¿La luz blanca se divide al pasar por un prisma?

Él asiente con su asentimiento invisible y le pregunta con su voz de profesor: ¿Y ese fenómeno se llama…?

Algo se enciende dentro de ella: un escalofrío, una explosión chiquita, como si la luz la partiera a ella al recordar la terminología. El fenómeno se llama: la dispersión de la luz.

Y

Para el día en que algo más sabio que Tor, pero que vive dentro de ella, le advierte que si sigue pintando va a arruinar los lienzos en vez de mejorarlos, aún no le ha dicho a Philip que la serie se llamará «La dispersión de la luz». Pero ese día entiende que ha llegado al punto

de quiebre, es hora, no puede posponerlo más. Ya hay título, él también puede dejar de «trabajar». Y entonces se da cuenta de otra cosa, una tan simple que la asombra no haberla visto nunca antes con tanta claridad: no sólo que ha hecho un buen trabajo, sino que además lo hizo sola.

Tampoco es que de pronto tenga una claridad total. La vida sin Philip no le resulta aún menos borrosa, pero al menos la puede contemplar. Es una posibilidad. Todo en este mundo se puede desparejar. Ella misma es la prueba de esto. Las mitades restantes se retuercen, se duelen, quedan marcadas, sólo a veces sanan. Pero de todos modos siguen existiendo, sin su par. Pasa todo el tiempo: con guantes, calcetines y aretes. Con ojos y piernas y riñones. Con amigos cercanos. Con parejas. Con hermanas.

Hubo un prólogo, hubo una historia, y ahora es turno del epílogo. Tor no puede seguir engañándose. Tiene que quitarse a Philip Coats de encima como si fuera él el abrigo: ya no le queda, ya sólo le pesa. Ésa es la sensación abrumadora que la invade mientras trota rumbo al ático. Su serie está terminada y ahora necesita dejar de jugar a ser Thing Two: se lo debe a su obra. Tiene que ser Thing One porque lo es. Es una. Está sola. Como todo el mundo, supone. Sólo lo había olvidado, y ahora lo recuerda. Necesita recuperar su nombre. Su todo. Tor se considera una persona muy afortunada pero con muy mala suerte; sería una locura agravar su desgracia regalando lo poco que le queda tras haber perdido a su madre, su hermana, su amor, su casa.

Con Zakiya a lo largo de muchas botellas de vino ha tramado sus próximos pasos. Pero con ella es fácil deslizarse hacia la teoría, convertirlo todo en aprendizaje. Tor se siente a ratos empoderada y

a ratos humillada por los discursos de Zakiya. Apenas el otro día, su nueva amiga le explicó lo del «impuesto rosa». Tor nunca había considerado el asunto pero claro que de inmediato pudo comprobarlo. Incluso en la tiendita del lago, los rastrillos rosas, hechos del mismo plástico barato, cuestan un tercio más que los azules o amarillos «para hombres». A Tor le fascinó el tema del color, así que Zakiya tuvo que ponerse ruda para sacarle algo de indignación. Dijo: ¡Tienes que además tomar en cuenta que las mujeres ganan menos, y hacen doble jornada en casa! Tor murmuró: Injusto, mientras se llenaba rápidamente de vergüenza. Ha estado tan ocupada sintiéndose salvada por un continente donde no se mata tan abiertamente a las mujeres como en su país, que no había tenido espacio para considerar otras violencias más veladas a su alrededor. Y luego tuvo una realización incómoda pero no del todo desagradable: que necesita, que quiere, hacer algo al respecto. Que por más buena que llegue a ser su obra, no va a ayudar a nadie. Que tal vez deba dejar de pensar tanto en lo que va a crear y a ganar, y empezar a pensar en lo que va a repartir y a devolver. Zakiya se entusiasma fácilmente con esa línea de pensamiento y la sigue: ¡Sí! ¡Imagínate usar los contactos de Philip para algo útil en lugar de seguir jugando a disfrazarte con él!

Eso fue un poco duro, protestó Tor.

Pues la vida es dura, baby, y si no lo vas a dejar, al menos úsalo para hacer el bien.

Lo voy a dejar, le aseguró Tor una vez más: Pronto.

Pero llevan semanas y semanas así, y cada vez que intenta decírselo a Philip, no encuentra cómo. Sale cualquier otra cosa de su boca. Recae en su impulso de protegerlo y/o en la necesidad de

sentirse protegida por él. Y cada frase posible, cada explicación que ha ensayado, le suena como una bala, una traición, una cacería.

Pero ahora el verano terminó, la serie está lista y ella entró corriendo al ático, y él acaba de bajar su libro para mirarla. Le cuesta enfrentarse al hoyuelo, a sus ojos que la miran preocupados por cómo entró y cómo está jadeando, pero Tor lo hace, por respeto, por decencia básica, porque esta vez no puede echarse para atrás. Y como necesita que él la tome en serio, de todas las formas posibles de decirlo, Tor elige el estilo titular.

Toma aire y dice: Este es el final de la empresa Tor & Tor.

Y

La noticia no le cae bien a Philip. De hecho, ni siquiera le entra.

Discuten, se saltan el almuerzo e incluso el aperitivo y acaban pidiéndole comida al cuoco a deshoras. Comen en una mesita justo afuera de su cocina, agradecidos por sus comentarios constantes que los salvan de oírse mutuamente. El cuoco es un romántico.

Dice: Lo único que Filippo quiere es resolver este asunto.

Y yo quiero disolverlo, no dice Tor. En secreto está eufórica de por fin haber encontrado cómo llegar al pequeño patio del cuoco. Lo interpreta como la luz al final de varios túneles.

Philip dice que atravesar las odiseas de pareja es esencial para el arte, para la vida, para madurar. Cita ejemplos históricos. Tanto Moore como Braque estuvieron con la misma esposa toda la vida. Pero hasta el cuoco hace caras cuando Philip acepta que ignora los nombres de las esposas.

Hablan, cogen, lloran. Su delineador corrido mancha las sábanas impecables y las toallas rasposas. En la mañana van en bici a un pueblo junto al lago y se echan de clavado al agua. Cuando un bote pasa muy cerca y los insulta sin reservas, se trepan a un muelle, muertos de risa. Toman un barco hasta la Isola Maggiore. Philip participa en todo esto como si se tratara de una reconciliación; Tor como un regalo de despedida.

Hay un punto legendario en las rocas de la isla donde una barca supuestamente dejó a San Francisco de Asís un día, y sus rodillas y codos están marcados donde se quedó rezando. Philip baja por las piedras para intentar encajar sus extremidades en las huellas del santo. Tor se aleja y busca un lugar para comer, pero cuando él la alcanza no le gusta el lugar que ella escogió. No han tenido que pagar por comida en ocho semanas, argumenta, ¡pueden darse un lujo! Ella sabe que él se refiere a la tarjeta de su padre. Se disgusta consigo misma por cuánto le gustan las cosas que esa tarjeta puede comprar, y por temer que las va a extrañar.

El pescado llega en un plato tan grande que parece una charola. Está abierto en dos como un libro, unido por el medio, lo que les da oportunidad para evocar metáforas astringentes sobre su dúo. Ella cita por primera vez a Bob Ross llamándolos Thing One y Thing Two. Él conoce los libros, dice que es un mal apodo para ellos, sí, pero sólo por los números. Sería perfecto sin la jerarquía, si fueran Thing y Thing, pero a nadie se le ocurrió eso antes que a nosotros, ¿verdad? Ni siquiera a Dr. Seuss.

De repente él se levanta y se va. Para cuando regresa, ella ya tomó dos espressos y su estado de ánimo se ha nublado con una

densa neblina de determinación. Él le entrega una bolsa de plástico y adentro ella encuentra dos vestidos idénticos de lino.

¿Qué tal como uniforme de verano?, dice él: ¡Están teñidos con frijol negro! ¿Puedes creerlo? ¿Te gustan? ¿Nos pido algo de postre?

No, dice ella, pero él piensa que está respondiendo sólo a la última pregunta.

Tor dobla los vestidos en su regazo, uno por el largo, otro por el ancho, y cuando termina su cabeza sigue yendo y viniendo, diciendo que no, que no, ¿es que no ve? Ella no quiere simplemente ajustar los términos de la empresa, quiere derribarla. Quiere salirse. Quiere estar sola un rato, nada más: ser una roca, una isla, como en la canción. Sólo que su roca es su nombre. Una isla hecha de tres letras; la superficie apenas lo bastante amplia para ella sola. En el barco de regreso, miran hacia costas opuestas.

Recogen las bicicletas y las empujan cuesta arriba. Tor está cansada de lo mucho que nadaron, o de lo poco que durmieron, o del exceso de comida y de vino y de relación. El sol le pega en la cabeza como un escarnio. Extraña su trabajo, se siente inservible si no puede trabajar. Deja caer la bici de lado, toma la bolsa que guardó en la canasta delantera, se quita los jeans pesados y la camiseta sudada, y se pone el vestido gris. Inmediatamente se siente más ligera, con más energía, y honestamente no sabe si es por la frescura de la prenda o simplemente por el alivio de no estar vestida igualito que él. Qué cosa tan simple. Tan eficaz. La llena una alegría leve pero inconfundible: es una chica en vestido de verano. Disfruta tanto la simple sensación del aire circulándole entre las piernas que, cuando él se frena y en voz alta acepta irse, ella se queda desconcertada y no tiene a la mano la sospecha. Asiente

lento y sigue empujando su bici, consciente de que cualquier cosa que diga podría arruinar el momento. Es mejor para él cuando cree que las cosas vienen de él, piensa para sus adentros: Miren nomás qué rápido aprendo.

Llegan a una parte más plana del cerro y se suben a las bicis. A Tor le dan miedo las bicicletas, así que necesita toda su concentración para arrancar. Pero como no hay coches en el camino, y como ahora su ropa tiene ventilación adecuada, le sale fácil. Pedalea y la ligereza aumenta. ¿De verdad aceptó irse? ¡Sí! Él la alcanza, pedalea a su lado y ella dice: Vamos a estar bien, cada cierre es una apertura.

Suenas a Vladislav, dice él.

Tal vez todos deberíamos ser un poco más como Vla, dice ella.

¿Más tiesos y esotéricos?

Más dedicados a nuestro arte.

Más bien todos deberíamos preguntarle a Claudine cómo se siente ella de que él esté tan dedicado a la música mientras ella paga la renta.

Tor sabe que Philip estima tanto a Claudine que con frecuencia le perdona la renta, le dice que ya le pagará cuando sea una gran abogada. Pero a Tor también le da gusto que la conversación por fin esté girando alrededor de algo, cualquier cosa, que no sea la empresa. Pero ni un minuto después, él le quita el gusto.

Puede tener su tiempo a solas, dice. Le parece perfecto, en realidad, porque ya está algo hastiado de Italia y el calor y la continua matadera de bestias inocentes. Mejor se va a ir a viajar, buscará buenas galerías por toda Europa, porque son una empresa internacional y es hora de que expandan sus territorios. Pueden

hablar de todo esto, de todo todo, cuando estén ambos de regreso en París, será más fácil una vez que retomen sus rutinas, sus espacios, de vuelta en La Fourche y el estudio chiquito, cuando las locuras de la residencia de verano se disipen y ella vuelva a apreciar la magia de Tor & Tor. Pero prométeme, dice: Que no vas a decirle a nadie por qué me fui.

Ella no cree que a nadie le importe, ni que nadie vaya a preguntarle, así que al principio dice que sí. Pero luego él se pone obsesivo con los detalles, con los términos de ese nuevo código que quiere instaurar: el código del silencio. Si te preguntan, dice: Puedes decir que yo hice las muestras de color, en el ático, di que me levantaba al amanecer a tomar notas y que tú trabajabas en el estudio, di que yo hice los planes para la serie y tú los ejecutaste.

Ella quiere reírse y quiere gritar. Así que no es su relación lo que le importa, ni su dúo artístico, ni su mensaje, ni su misión, ni el trabajo, ni siquiera la fama que ha conseguido amasar la empresa, como él ha estado pretendiendo los últimos dos días. Lo que le preocupa a Philip es su reputación personal. Y lo único que se le ocurre es usar el trabajo de ella como cubierta, una vez más.

Tor piensa en las veces que él se sentó en el sofá clic clac azul marino de su estudio diminuto, sacó jeans carísimos de bolsas brillantes y procedió a embarrarlos de pintura para hacerlos parecer usados. Tenso y dudoso, usaba los pinceles como si estuviera restaurando los frescos de una capilla. Piensa en cómo luego levantaba los pantalones para mostrárselos, y preguntaba: ¿Se ve natural? Y Tor se llena de una compasión tan dulce que le sabe amarga, la empalaga, la asquea. Se siente tonta ella. Porque cómo es posible que por tanto tiempo ha pensado en Philip como un

artista, «sólo no del tipo que hace obra». Pero ya no, no más: no basta con firmar. Hay que ensuciarse las manos. Igual que meter tus rodillas en las huellas de un santo no te vuelve santo.

¿Harás eso por mí?, insiste él.

Por respuesta, Tor gira su bicicleta en la siguiente desviación y se aleja por ese camino perpendicular, con el corazón latiéndole fuerte por el giro tan brusco: No, ni una vez más.

Y

La despiertan los zípers, los portazos y todos los demás ruidos de su silencio furioso, la teatralidad con la que Philip empaca, de último momento. Hay un drama en voz alta cuando se golpea la frente contra una viga.

Tor soporta todo con una calma zen que no hace más que irritarlo aún más. Se viste, va por café, enrolla y enciende cigarros, abre paquetitos de biscotti. Se lo entrega todo sin decir una sola palabra. Con cada cosa que él acepta, con cada objeto que recoge y lanza dentro de la mochila, ella siente el peligro de decir o hacer algo que desate el apenas contenido rencor de Philip, y que su reclamo estalle arrasando con todo en el cuarto y llevándose por la ventana la determinación de Tor: hasta lo más profundo del lago Trasimeno, donde ya no podrá recuperarla. Así que, cual marinera atada al mástil en plena tormenta, Tor se aferra a tres pequeñas letras. Son diminutas pero firmes, y solo suyas. Nunca necesitó mucho espacio y, en cuanto él se vaya, puede habitarlo todo por completo: el ático, el estudio blanco, la luz, sus pinceles, su cuerpo, su talento, su nombre.

Lo sigue por las escaleras sin decir nada, mientras él le inventa a Bettina que hubo una emergencia y que tiene que volar de regreso a casa. Lo sigue por los jardines y ve que ya hay un taxi esperándolo. Philip abre la reja del palazzo, pero antes de cruzarla, Tor lo abraza por detrás y él se gira hacia ella. Con un movimiento de cabeza se acomoda el flequillo hacia un lado. Ese gesto, la suavidad de sus labios apenas entreabiertos, el temblor en su barbilla, todo presenta un contraste agudo y sensual con el grosor de su cuello, la barba incipiente en sus mejillas, el subir y bajar de su manzanilla mientras traga antes de hablar. Pero luego no habla. Ella espera. Quiere memorizar su rostro. Su rostro es como un acertijo: ¿masculino o femenino? Querían parecer igual de andróginos, pero en realidad él siempre lo logró mucho mejor que ella. Tor ha pensado muchas veces en ellos como un huevo. Él es el exterior liso, ella es el interior nutritivo. En todo caso, ese huevo ya está roto, y ella sólo espera no escurrirse por ahí como una insignificante yema cruda.

La expresión de él se ensombrece, casi imperceptiblemente. De hecho, Tor se da cuenta, ya conoce ese rostro demasiado bien, mejor incluso que el lago Trasimeno. Lleva años leyéndolo, no necesita memorizarlo. No desea verlo romperse en truenos ni una vez más. La impaciencia le sube de golpe. Piensa en decir: Seamos civilizados, no actúes como un niño, no terminemos mal. Pero sabe que en este caso ella es la que sale ganando, y quiere sonar cálida y amable. Dice: Orangette, nos vemos pronto.

Pero apenas pronuncia el viejo apodo, el previo a la empresa, ocurre un cambio definitivo en él. Rápido, como el timelapse de una fruta pudriéndose. Y ella sabe lo que viene. Philip va a sacarlo ahora a colación, después de todos estos años. Es su última carta. El

aborto, la forma en que él fue solidario, estuvo tan presente, le consiguió un médico, y nunca mencionó que no era el padre, porque lo único que quería era ayudarla. Eso es lo que ella le debe, y ahora él se lo va a reclamar. ¿Y qué puede decir ella más que gracias?

Pero como si leyera su mente, Philip niega con la cabeza, un leve vaivén del flequillo, una sonrisa apenas formándose: no, my dear, no era por ahí. Ella se tensa cuando él toma sus hombros entre las manos, su agarre suave pero su rostro, demasiado cerca al de ella, distorsionado por el enojo. Es una mezcla de mensajes, una paradoja incongruente y sin embargo perfectamente orgánica, como un gatito matando una araña.

Me voy a asegurar de que… susurra, y se detiene.

¿De qué?

Él emite un sonido leve, que podría ser un gemido o una burla, antes de asentarse, como se asienta el yeso al secarse, en una sonrisa. De cerca es una sonrisa maniaca, como el maquillaje de un actor fuera del escenario, un gesto y una postura que él reserva para apariciones públicas y que ella a veces ha admirado, porque sólo puede describirse como una máscara.

Tor… dice él, como apuntando el dardo hacia el centro de ella. Y luego la deja atónita cuando por fin dice, entrecortado pero bien claro: Nunca. Vas. A volver. A trabajar.

Y

Ésta es la posthistoria de la empresa Tor & Tor.

Querida… dirá Bettina, de pie en la puerta del estudio. Diversas posibilidades cruzarán por la mente de Tor en ese momento: que

Bettina viene a ver cómo se siente después de que su amante la dejó, o que viene a anunciarle que el avión de Philip se estrelló, o que viene a exigirle que devuelva los lienzos grandes, per favore, porque todo fue un malentendido… Pero no. Bettina sólo dirá: Te esperan en Casa Corsini.

Tor saldrá detrás de ella, del estudio y luego del edificio blanco. La seguirá bosque abajo, por un caminito tan discreto, tan escondido por las copas de los pinos del palazzo, que Tor no había visto ni cuando pasó semanas memorizando el paisaje. Pero le será fácil leer la topografía mientras camina detrás de Bettina, extrañamente silenciosa esta mañana, y fácil adivinar adónde lleva el sendero, de modo que cuando la casa color terracota aparezca en un claro, le parecerá lógico encontrarla allí, y casi lógico entrar por su enorme puerta de madera, cruzar una amplia sala, sentarse en la terraza con el Signor y la Signora Corsini, los dos igualmente bronceados, aunque ahí terminan las similitudes entra ambos. Tor recordará cómo el cuoco resumió su unión: Ella es de Milán, él de Nápoles, pero incluso así hacen funcionar su matrimonio.

La artista soy yo, soltará Tor de golpe, notando cuán desesperada estaba por simplemente decirlo.

Tenemos entendido, responderá Corsini, con su bigote amarillento temblando al hablar: Que usted y el otro Tor colaboran.

No, le dirá mirándolo directo a los ojos, con una sonrisa tranquila, como ha visto hacer a Philip con otros hombres poderosos cuando les está vendiendo algo: No colaboramos, no en la creación. Yo hago la obra, Philip la vende. Somos un dúo, una empresa. Pero él es Philip Coats. Tor soy yo.

¿Y los alebrijes?, preguntará la Signora Corsini, pronunciando la jota como si fuera una ye.

Todos míos, dirá Tor, la confesión tardía haciéndole temblar la voz de emoción, de liberación.

Pero a pesar de sentirse liberada, la sospecha de los Corsini le sentará mal. ¿El otro Tor recibiría el mismo trato? Tor deseará tener pruebas, un contrato impreso en lugar del cuaderno endeble que dejó en París. La idea de Philip arrojándolo al río le cruzará por la mente. Recordará que sí tiene otros contratos, por porcentajes, cesión de derechos y demás, pero que los guarda Claudine, y que siempre los firmó sin leerlos. Por suerte, no hará falta nada de eso. Los métodos del Signor Corsini resultarán más prácticos.

¿Puedes probarlo?, preguntará él.

Tor se pondrá a trabajar esa misma tarde, aliviada de dejar en paz su serie, que ya está terminada y bien podría arruinarse si siguiera tocándola. Pasará las dos semanas que le quedan de residencia construyendo su último alebrije en una especie de fiebre creativa, deteniéndose sólo para comer deprisa, o para pedirle al cuoco que prepare más y más engrudo con harina y agua. Este alebrije será la criatura más grande y extraña que Tor haya creado jamás: un feto enroscado, humano en todos los aspectos salvo por su alargado hocico de jabalí y una cola que le brotará no del trasero, sino del ombligo. Cuando las varias capas de engrudo y periódico se sequen, Tor finalmente abrirá las cajas intactas de wax africano-holandés. Más importante aún, caminará una madrugada hacia donde sabe que guardan la camioneta. Tomará todos los chalecos naranja neón y todos los abrigos de camuflaje que logre cargar. Reclutará a los manifestantes anticaza para que la ayuden a desgarrarlos en

pedacitos y luego, con ayuda de Huong —poco a poquito— revestirá a la enorme bestia con una piel tan aguantadora como psicodélica. Y aunque cuando, al final de la residencia, Tor gane el altísimo premio, será por su serie *La dispersión de la luz* y no por el alebrije, Tor se sentirá segura de que fue en realidad el feto jabalí (del que la Signora Corsini quedará enamorada) quien solventó su destino.

Philip y Tor seguirán siempre en contacto. Él nunca se disculpará, pero compensará su dardo maligno con consejos, dinero o conexiones: las monedas que siempre tuvo a su alcance. A ella todo esto le resultará muy útil, primero como galerista, luego como museógrafa, y siempre sentirá respecto a él una mezcla compleja de gratitud y resentimiento, de competencia y exasperación. Su relación permanecerá imposible de clasificar, incluso para ellos. Serán algo así como hermanos ocasionales. Solidarios y a la vez vengativos. Él sin ningún pudor impondrá su poder; ella siempre estará dispuesta a tomar revancha creativa en contra de él. Nunca hablarán del pasado, sólo de sus proyectos presentes y futuros. En cuanto a las ganancias de la empresa Tor & Tor, él se quedará con todo y luego se lo dejará a ella tras su muerte, con una condición. Tor nunca entenderá ese regalo tramposo, pero lo aceptará e interpretará como una disculpa, torpe pero bienintencionada, por haberla maldecido al irse del palazzo.

La maldición del portón se cumplirá sólo a medias, pero la acompañará por siempre. Por un lado, Tor trabajará aún más, como para refutarla. No habrá ni un momento de su vida en que no esté ocupada, clavada, metidísima en algo que considera significativo. Pero jamás volverá a pintar.

Tor eventualmente regresará a la Ciudad de México y, con el dinero del premio Corsini, abrirá una galería dedicada al arte contemporáneo hecho por mujeres: la Galería Rosa Mexicano. Poco después, Andreas irá a buscarla allí, y a partir de ese día estarán juntos, hasta el final de sus vidas: un hombre real con todos sus problemas pero, una y otra vez, Tor lo elegirá a él sobre la fantasía, sobre casi todo lo demás.

A diferencia de Philip, Tor sí pedirá perdón. Días después del temblor, internada en el hospital con una pierna rota y seis puntadas en la frente, verá a Matilde aparecer con un ramo de flores hipócritas. En ese breve y último encuentro, Tor le pedirá disculpas por haberle pasado la maldición de nunca volver a trabajar. Luego, le ofrecerá comprarle su negocio. Matilde tomará el dinero y se irá de Oaxaca para siempre. Durante y después del hospital, Andreas insistirá en cuidar de Tor, y ella lo aceptará. Se casarán poco después en una ceremonia íntima: una reconciliación. Una recalibración.

De modo que, cuando Pantera finalmente llegue a Oaxaca cargando con un pulpo gigante del Pacífico en la camioneta rosa, será demasiado tarde para usarlo como anillo de compromiso. Pero esa visita igual trastocará sus vidas. Porque en la camioneta rosa también estará Violeta, ahora una adolescente que abandonó la escuela para aprender el oficio de su padre.

Andreas y Tor bautizarán al pulpo como «Glück el quinto» y le pedirán a Violeta que se quede en el cuarto de visitas los primeros días, para enseñarles cómo cuidar a Glück. Esos días se volverán semanas y esas semanas meses. Violeta se quedará a vivir con ellos. Volverá a la escuela, irá a la universidad, vivirá yendo y viniendo de

Oaxaca para siempre, pero estará cerca de ellos mientras envejecen. Desde antes de cumplir los quince, Violeta exigirá que todos la llamen, simplemente: V.

V estudiará cromatología: mezcla de color y física. Para la museografía no irá a la escuela. Se formará en el oficio trabajando junto a Tor desde muy joven y siendo la chaperona oficial de los Colorplay: presentándolos aquí y allá conocerá desde adentro los museos del mundo. Para cuando Tor, Andreas y Pantera mueran, ya hará años que la feroz V dirige el MIC. Tor no le hubiera dejado su museo a nadie más.

El alebrije que Tor hizo en el Palazzo Corsini el año en que cumplió treinta años, será la última pieza que haga con sus propias manos. Y la Signora Corsini se aferrará a ella durante décadas. Pero eventualmente Claudine logrará comprársela y trasladarla desde la casa color terracota hasta el MIC. Naranja neón y verde olivo, imposible de ignorar, el bebé jabalí permanecerá ahí, con los ojos cerrados, acurrucado al centro del legado de Tor, en ese rincón suburbano de Oaxaca: el Museo Internacional del Color, sus archivos y colecciones, sus piezas de arte, sus pulpos, y el nombre con el que ella misma se bautizó. Tres letras, un mundo: el nombre que se forjó.

Durante casi cuatro décadas después del terremoto que destruyó sus tanques, su primera gran instalación, Tor seguirá trabajando a gran escala. Además de dirigir el museo, se entregará a su arte. Algunos llamarán a sus piezas arquitectónicas, experienciales; otros, eléctricas, eclécticas, performativas. Pero Tor las llamará, simplemente, juegos de color: Colorplay.

Una y otra vez, Tor responderá jugando, jugando muy en serio, a la vieja pregunta: ¿se puede alquimizar el sufrimiento, la podredumbre, el descontento? Sí, podemos, debemos. Sí.

El título Colorpla*y,* otorgado sin variación a docenas de piezas, hará que su famosa obra sea reconocible, sencilla, coherente. Es un nombre que le queda a la obra, que tiene sentido. Pero también es un gesto privado. Porque una y otra vez, Tor vengará a su hermana de esta forma íntima: jugando, eligiendo el color y eligiendo la alegría, convirtiendo la pérdida en belleza, haciendo lo imposible posible, honrando en cada pieza lo que Mana era antes de que se la llevaran: obsesionada con el color, estudiante de ciencia, valiente, enamorada, libre.

Tor encontrará la forma de reconciliarse con su mayor superstición. Es decir que logrará tener una vida familiar y artística al mismo tiempo. Lo hará mediante un contrato secreto, un acuerdo silencioso pero inquebrantable con la tierra, con los dioses, consigo misma: No más viajes. Tor no volverá a salir de Oaxaca. Quien quiera verla, tendrá que ir al MIC. Los Colorplay viajarán por ella. Enviados a tierras lejanas, siempre acompañados por V.

Poco después de que se reconstruyan los tanques colapsados en el temblor, y se inaugure por fin la exposición Desaparecidos, el MIC se convertirá en un refugio para las familias de personas desaparecidas y sus diversas organizaciones civiles. En el futuro, V se encargará de que el MIC nunca deje de señalar y cuestionar la blancura imperante en el mundo del arte, ni de denunciar las muchas instancias donde la sociedad mexicana no es ni ciega ni daltónica sino, al revés: racista, clasista, injusta. El Museo

Internacional del Color se volverá tripartito en su enfoque y sus propósitos: parte arte, parte ciencia, parte justicia social.

Tor le sobrevivirá a Andreas, aunque no por mucho. Le sobrevivirá a Pantera y a todos los Glücks. Trabajará hasta bien entrada en sus ochenta. Nunca dejará de delinearse los ojos sola. Y en un último non sequitor, o modus torens, escribirá su propio epitafio y lo hará grabar en una lápida gris.

Al final, eso sí, Tor se pondrá nostálgica. Extrañará a su madre y a su hermana como nunca antes se lo permitió. Le hablará a Andreas en la cama, como si aún estuviera allí. Se sentirá una niña pequeña, a la manera en que sólo los muy viejos logran. Volverá entonces a su nombre original, y le quedará bien, como la manta favorita de un bebé: algo que los demás no podrían entender pero que para ella encapsula el consuelo, la aceptación. Y así, en lugar de un párrafo grandilocuente acorde a su renombre, Tor se escribirá en la lápida gris una sola frase, clara y simple: Victoria Sima, siempre volvió a trabajar.

SEGÚN EL ORDEN DEL TIEMPO
(Colonia, 2004)

Agrippina Luft, alias el Pulpo, se detiene en la banqueta, baja la mirada hacia sus otrora amarillas botas de hule y hace un puchero.

Te voy a extrañar, murmura.

Esto ocurre casi exactamente igual todas las mañanas desde que Vica inscribió a su hija en la guardería o, como le llaman aquí: la kita. Y todas las mañanas Vica responde casi exactamente igual. Se acuclilla, le dice que ella también la va a extrañar, y le ofrece compañía de bolsillo en forma de «una hermanita».

Cuando el Pulpo asiente, Vica finge sacar desde lo más profundo de su pecho una compañera invisible y diminuta, y se la entrega. Pina toma a la hermanita y finge insertársela en el suyo. Vica pregunta: ¿Ya está cómoda?, antes de volver a subir los cierres de los abrigos de ambas y continuar el camino, el puchero olvidado. En las mañanas más difíciles, Vica dota a la hermanita con un superpoder atractivo. Puede volar o es capaz de convertir las piedras en galletas. A veces Pina quiere una hermanita que cante bonito, y Vica accede siempre y cuando no deje que nadie la escuche: sería una lástima que le confiscaran a una hermanita tan talentosa. Si ya van tarde, Vica finge que la hermanita del día pegó un brinco. ¡Ay, no!, exclama: ¡Tu hermanita se escapó! Y entonces corren tomadas

de la mano, persiguiéndola hasta lograr atraparla, ya casi a la entrada de la kita.

A veces al Pulpo se le olvida hacer pucheros hasta que llegan a la cerca de madera, y entonces ejecutan una entrega de hermanita express. Es como una versión inocente de aquellos tipos que Vica recuerda merodeando su prepa y que, al encontrarse con otro de su grupo, se reacomodaban la gorra, chocaban los puños, se golpeaban el pecho, o alguna otra combinación de gestos mudos que a ella y a su hermana las hacía cruzar la calle para evitar toda cercanía, pero también les hacía desear saber qué información secreta se acababa de intercambiar frente a sus ojos.

Hoy, sin embargo, el Pulpo ya hizo la pausa y ya hizo el puchero, pero no el asentimiento.

Pi, pregunta Vica de nuevo: ¿Quieres una hermanita para que te acompañe hoy?

El Pulpo niega con la cabeza y sigue caminando, todavía mirando hacia abajo, con una mano en el bolsillo y la otra, nota Vica, apretada sobre sí misma y sostenida a la diagonal, como si empuñara un objeto invisible. Vica la sigue, sin saber si puede sonreír o debe preocuparse.

La kita es una casa blanca, algo descuidada, con la puerta y los marcos de las ventanas pintados de un azul rey sucio y un patio delantero donde la cerca de madera apenas logra contener un montón de vehículos tamaño niño, todos descoloridos por la lluvia o el sol o los años. La kita tiene cara de esos equipos por los que nadie apuesta: bajita y desaliñada, encajada como por error entre dos edificios más altos y modernos, al mero borde de Nippes. O,

como dijo desdeñoso Andreas cuando discutía en contra de inscribir ahí a la niña: Donde Nippes pierde su nombre.

Una vez que cruzan la cerca, el Pulpo levanta su tentáculo libre, que es ágil y fuerte, pero demasiado corto para llegar al timbre. Vica la levanta por las axilas para que alcance a presionar el botón, y luego esperan. La niña sigue infeliz. Vica duda sobre qué hacer. Si habla ahora podría consolarla, pero también podría causar un cataclismo como los que enfrentaba a diario el mes pasado, cuando empezaron a venir aquí y, después de tres años juntas día y noche, cada entrega matutina se sentía como un desgarre antinatural. Ahora, por fin, el Pulpo ama la kita, pero este momento justo antes de separarse sigue siendo el más delicado. Vica también ama la kita, casi con desesperación, siempre con el temor secreto de que se la quiten ahora que ya se acostumbró. Le encantan los ratitos de soledad que la kita le ha devuelto, las mujeres directas que la manejan, la mezcla de idiomas y la ausencia total de pedagogías pretenciosas, que le hace sentir como si estuviera dejando a su hija con un grupo de tías, no en una institución. Andreas quería esperar eternamente por un lugar en una de esas kitas progres de bosque que hablan del «espíritu lúdico» como si ellos hubieran inventado el juego y cobran como si tuvieran el copyright de la imaginación de los niños. Vica se negó a seguir esperando.

¡Yo también tengo derecho a trabajar, Andreas!, le soltó al fin, con fuego metafórico saliéndole por las orejas, y él ya no se atrevió a decir nada. No es que Andreas no acepte que el tiempo de Vica es suyo, es sólo que no considera realmente que el trabajo de Vica sea trabajo.

Gutten Morgen, Agrippina, dice una mujer corpulenta con velo, pero la niña sigue mirando al piso.

Vica se acuclilla frente a su hija e intenta una vez más.

Pi, ¿quieres que te dé una hermanita extra tierna y apapachadora hoy?

Pina se acerca a su mamá y le susurra: Es que hoy tengo a Lulú.

Luego señala el espacio vacío junto a ella, donde sigue empuñando algo (¿una mano?) invisible.

Ah, ok, dice Vica: ¿Y quién es Lulú?

Mi amiga, dice Pina: Es de tamaño normal.

¡Interesante!, dice Vica, pero no le gusta lo mucho que sonó a Andreas, así que cambia de tono, tratando de mostrar un interés genuino no condescendiente y pregunta: ¿Y de dónde salió Lulú?

De la evolución, responde el Pulpo, sonando todavía más a Andreas.

Vica se incorpora, le da un beso en la cabeza a su hija y se la entrega a la mujer del velo con una sonrisa que se desvanece apenas se cierra la puerta azul tras ellas.

Una ola de emociones la revuelca. ¿Ya fue? ¿Terminó el lindo ritual de transición? ¿Se fue a ese pasado irrevocable a donde se fueron el porteo, el gateo y la lactancia?

La maternidad es como el tamarindo…, empieza su madre dentro de su cabeza.

Vica se echa a andar para callarla. Fue ella misma quien inventó o invocó o logró conjurar esta versión de su madre, poco después de parir, en los días en que estaba tan agotada que en vez de bañarse se acurrucaba en la tina a llorar hasta quedarse dormida o hasta que Andreas entraba cargando a la bebé, que era del tamaño de su

antebrazo pero gritaba como si poseyera los pulmones de una bestia mucho, mucho más grande.

Aguas, fue lo primero que dijo la madre muerta. Esa criatura va a ir directa a la yugular.

Vica se sorprendió tanto de escucharla, y se rio tanto con su comentario, que hasta Andreas se contagió de la risa mientras la ayudaba a salir de la tina, de modo que, por un momento, la bebé seguía llorando a gritos mientras ellos dos se carcajeaban, los tres poniéndose igual de rojos.

A partir de ese momento, el humor y los comentarios de su madre ayudaron a Vica a sobrevivir esos días interminables que se confundían con las noches y en los que ella vivía improvisando, ya fuera para mantener en vida a Agrippina o a ella misma, sin más ayuda que la de Andreas, lleno de buenas intenciones pero demasiado rígido, demasiado ofuscado ante la falta absoluta de patrones de comportamiento del infante, como para ser realmente útil. Pero de eso ya pasaron tres años, ahora Pina está en la kita y Vica quisiera poder disfrutar su soledad sin que su mamá ande inmiscuyéndose en su cabeza todo el rato. Pero la madre no se da por enterada y sigue irrumpiendo cuando se le antoja, opinando sin tapujos, y con claras intenciones de quedarse.

Vica cruza la avenida por donde no debería (hábito gracias al cual de vez en cuando algún alemán le lanza gritos indignados y correctivos, aunque no haya ni un coche a la vista) y entra al Nordpark. Es cierto: la maternidad es agridulce. Pero mientras atraviesa el parque lo agrio se impone, desplazando definitivamente a lo dulce, y la lleva directo al duelo. Y de ahí a un descubrimiento inquietante. Es curioso que durante todas las semanas que pasó

inventando hermanitas invisibles para su hija, nunca asoció el truco con su propia hermana perdida. Sólo ahora que Pina rechazó una hermanita, Vica nota cuán extraño es lo que ha estado haciendo. ¿O incluso perverso? Trata de desviar el autojuicio y concentrarse en las hermosas pero pasajeras señales del otoño en el parque: hojas de colores, abrigos más pesados, ausencia total de conejos y conejitos.

Son realmente afortunados, les recuerda con bastante frecuencia Andreas, de poder vivir en Nippes. Es una de las pocas zonas de Colonia que no fue bombardeada, y por eso todavía tiene edificios antiguos hermosos, llamados Alt-Baus, con cuartos amplios y techos altos, y que las mamás en los kindercafés discuten cuando uno sale a la venta o en alquiler, como si fueran el santo grial del estatus inmobiliario. Cuando Vica se siente celosa, ya sea de los Alt-Baus o de la ambición de esas mamás, su propia madre (muerta pero muy práctica) le susurra: Imagínate tener que limpiarlo. Y Vica se lo imagina, y de inmediato se le pasan los celos, y luego recuerda que esas mamás no son sus amigas. Esas mamás son sus clientas.

Vica, Andreas y el Pulpo viven en la planta baja de un edificio moderno, en un departamento que es como una caja blanca: cuadrado, con poca luz natural pero con una gran ventana en la sala desde donde admirar los coches estacionados en la calle, y con paredes tan delgadas que se oyen todas las peleas y todos los orgasmos de todos los vecinos.

Mientras Vica baja las escaleras de la estación del tranvía, decide que fue culpa de Andreas, este final repentino de su lindo ritual. Porque esta mañana, antes de la kita, él creó una ruptura imperdonable, y ahora Pina, en una especie de imitación, también creó su propia ruptura.

A Vica no le gustan las rupturas. No le gustan los cambios repentinos. Y por eso, porque se sabe que todas las desgracias llegan de tres en tres, ahora tiene que fabricar un contrahechizo. No es que Vica crea en la magia. Es sólo que sabe perfectamente lo que toca hacer en estos casos.

Y

Se persigna en la entrada de la iglesia. Luego se regaña a sí misma por el tic: no hay nadie para verla y, aun si hubiera, ¿a ella qué le importa? Vica no es religiosa. Ni vino para la misa ni por los íconos, ni siquiera por el vasto y hermoso interior de la iglesia. Vica viene aquí nada más por el Gabelkreuz.

Santa María im Kapitol está prácticamente vacía hoy y Vica siente un fuerte impulso de cruzar la nave corriendo. No lo hace, claro. Primero, porque teme que el eco de sus pisadas alerte a alguien de su presencia. Y, segundo, porque su suelo pélvico no ha vuelto a ser el mismo desde que dio a luz. Como todas las otras recién paridas en el país, Vica tuvo acceso a unas clases gratuitas, llamadas Rückbildung —que significa «reconstrucción de espalda», como si el gobierno alemán aceptara la importancia del asunto, sí, pero no tanto como para animarse a decir «vagina» sin eufemismos— pero la clase se impartía en alemán, y dado que era imposible ver qué hacía el suelo pélvico de la profesora, Vica se pasaba la clase semanal postrada en el tapete de yoga, sintiéndose completamente desorientada sin su bebé que, por una hora, se convertía en un miembro fantasma.

A simple vista, el Gabelkreuz es un crucifijo cualquiera, con todo el gore habitual y tal vez un Jesús particularmente escuálido. Pero la cruz detrás del flaco es extraordinaria. Una cruz en forma de letra Y. No hay muchas así en el mundo, pero las suficientes como para que exista una explicación disponible, como Vica descubrió sin dificultad aquella tarde que investigó el asunto en la intimidante biblioteca de la universidad, que ella solía *okupar* durante las siestas de Pina en los días lluviosos.

El Gabelkreuz tiene la misma forma que ese huesito del pollo llamado wishbone, pero se supone que representa un árbol. Lo cual, si se piensa, tiene sentido práctico. Porque ¿para qué vas a andar construyendo cruces cundo hay árboles disponibles, perfectamente aptos para crucificar a tus pares incómodos? Ningún aspecto de la crucifixión le atrae a Vica, pero tampoco la shockea. Tiene teflón contra el catolicismo, algo común si eres atea y creciste en México. Ves todos los signos oficiales a tu alrededor, pero no sientes nada. Excepto quizá con la virgen de Guadalupe, que trasciende a la iglesia. Para protegerse de la mala suerte, Vica ha construido poco a poco sus propios rituales, perfectamente paganos y completamente inventados, pero que se toma muy en serio, tal como éste.

Una vez bajo el Gabelkreuz, cierra los ojos, se conecta mentalmente con la cruz en forma de Y y repite en su cabeza la oración de su madre: Una rosa es un secreto… Pero las palabras se disuelven pronto, y lo único que puede hacer para sentirse espiritual es imaginar que toda la iglesia se inunda. No de agua común, sino de un líquido en degradado, un pigmento cambiante. Se filtra por debajo de la puerta principal como un rojo rosado pálido y sube hasta el techo volviéndose violeta profundo; muta según el orden del

arcoíris y se eleva con la fuerza de un tsunami. Una vez que todo está pintado, incluso ella misma, Vica abre los ojos y se sacude: ya está, ya quedó. Entonces le guiña un ojo a Cristo y de inmediato mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la vio.

Su breve pesquisa aquella vez arrojó que el Gabelkreuz también se llama «la cruz de los ladrones», en dudoso honor a los dos tipos que fueron crucificados junto a Jesús. Y eso le sienta bien a Vica. Porque aunque no se ha robado nada, así se siente muchas veces: como una ladrona. Y, además, una ladrona desagradecida. No del todo satisfecha con su botín. Vica se quedó con todos los colores pero nunca logra estar en paz. Así que no le reza al Gabelkreuz por redención —ella cree merecer su culpa— sino nomás por algo de satisfacción, una pizca de contento, un poco de paz. Vica es una persona desafortunada que al final ha tenido buena suerte: eso lo sabe. Y le gustaría simplemente poder apreciar lo que tiene. Nippes. Una hija brillante. Un esposo que sí es padre presente. Una caja blanca donde vivir. Un casi negocio.

El contento no llega pero, en cambio, tiene una pequeña revelación. Se da cuenta de golpe, como si le hubieran descorrido una cortinita, de que en realidad no puede desear al mismo tiempo que su casi negocio crezca… y que nada cambie. Crecer es cambiar. O se lanza por completo con su emprendimiento, o se queda donde está: medio escondida, explotada, haciendo cien por ciento del trabajo por cincuenta por ciento del pago.

Al salir de la iglesia, Vica recuerda que al Gabelkreuz también se le llama «la cruz del místico». Y eso también le queda bien. No es católica pero sí es mística. No vive de su trabajo pero su trabajo tiene valor. Por lo menos valor místico. O, digamos, espiritual.

Digamos inmaterial. ¿Cuál es la diferencia, en realidad, entre espiritual e inmaterial?

Mientras camina desde la iglesia hasta el kindercafé, un impulso nuevo, decisivo, empuja sus piernas: Basta. ¡Va a hacer ese valor tangible, contable, contante! Va a convertir el agua en vino. O, por lo menos: su talento místico en cash.

Y

Al entrar, Vica hace sonar las campanitas de la puerta. Todavía siente raro llegar al kindercafé sin su Pulpo a cuestas. Elke saluda de un grito desde la cocina, pero no sale a recibirla. Incluso antes de entrar Vica sabe, por los espacios vacíos en el área designada como estacionamiento para carriolas, que el café aún está vacío. Pero, a diferencia de Santa María im Kapitol, el kindercafé de Elke estará a reventar ni bien den las 11, hora oficial en la que las mamás nuevas logran por fin salir de casa. El kindercafé las atrae como abejas, con la promesa de un minuto fuera de su aislamiento y una zona libre de juicios. Aunque, en realidad, Vica ha concluido como resultado directo de la observación empírica: nadie juzga a las nuevas madres tan duro como a) ellas mismas y b) las otras madres: ambas entidades ineludibles en cualquier parte, pero especialmente en un kindercafé.

Desde hace casi dos años, este kindercafé en el centro de Colonia es la sede del pequeño negocio de Vica. Es donde lee auras. Y esta hora vacía antes de tener que entrar en el personaje suele ser su favorita. Pero hoy está inquieta, incapaz de dejar que su cuerpo repose en su silla de siempre. Cuando las campanitas suenan de

nuevo, Vica se sorprende al ver entrar a un padre. Tiene muy poca esperanza de que Elke logre traerle a un hombre de cliente. Aun así, Vica acomoda su cuaderno y su muestrario de colores en la mesa, intentando parecer profesional.

Es atractivo, el padre, a la manera de los hombres tristes en todas partes del mundo, éste con el encanto adicional de haber dejado libre a su bebé no en el rincón lleno de colchonetas y cojines (un área que solían llamar «la oficina del Pulpo» antes de que Pina entrara a la kita) sino directamente en el piso, debajo de su mesa. Vica observa a Elke tomarle la orden y señalarle el área de juegos, como si el hombre pudiera no haberla notado. Ok, tal vez no la notó. De hecho, el área de juegos es el tipo de despliegue colorido y perfectamente obvio que también Andreas sería capaz de pasar por alto.

Aunque Andreas jamás vendría aquí, él desprecia los kindercafés. Vica también los desprecia, en secreto, pero por razones distintas. A ella le molesta que tener hijos te vuelva un paria de la sociedad. A él esa parte le parece perfectamente razonable, pero considera que un capuccino caro y aguado es un precio demasiado alto por unos cojines plastificados donde los niños puedan revolcarse, cuando Köln está orgullosamente llena de parques gratuitos y socialmente equitativos. Cualquier Kölner Menschen te lo puede decir: Colonia tiene setenta y cinco metros cuadrados de áreas verdes por habitante. Vica sabe que ella cuenta como una de esas habitantes aunque no se sienta como una. Sabe que, de entre los migrantes, ella es una de las afortunadas. Hace poco recibió la ciudadanía por naturalización y, junto con el papel, lo mejor del Wilkommencultur. Está agradecida con este lugar por muchas razones y a muchos

niveles. Pero también resentida. Y no sólo no se ha asimilado, sino que en realidad ni siquiera ha comprendido del todo, o aceptado bien a bien, que ahora vive aquí.

Vica intenta invocar la emoción que sintió más temprano, cuando salió de la iglesia con una claridad nueva sobre el sentido de este día, sobre la posibilidad de que la tercera disrupción fuera algo más bien positivo. Abre su cuaderno. Lo compró cuando estaba embarazada, para escribirle cartas al bebé, pero eso nunca pasó. Aun así, el cuaderno está gastado, porque lleva cuatro años cargándolo en la bolsa, escribiendo de vez en cuando, usándolo no como un diario sino como una herramienta de aprendizaje. Igual que de niña tenía que dibujar la cantidad de objetos en un problema matemático porque de otro modo no podía visualizar los resultados. Ojea sus notas: síntomas, intentos de encontrar patrones, consejos de extraños, nombres de ingredientes en alemán que en su momento (ese periodo a la vez confuso y concreto que es estar a cargo de un bebé y creer que se le juega la cordura o la capacidad cognitiva en cada puré) deben de haberle parecido útiles y prácticos, pero que ahora ni entiende, ni le interesan.

Las notas le provocan un vértigo raro, una nostalgia con tentáculos. Las notas son como arenas movedizas hacia un pasado apenas enterrado, demasiado reciente. Los primeros años con Pina fueron agotadores, sí, pero también generosos en su abolición de las dudas, porque pasara lo que pasara quedaban claras las prioridades: comer, dormir, vestir, repetir. Ahora, en sus ratos de soledad y muy a su pesar, extraña esa claridad.

Las notas pintan un cuadro que nunca antes vio tan claro: en esos años no hubo espacio para ninguna de las otras facetas de su

personalidad que creía recordar o hubiera querido explorar. La maternidad se la tragó entera, al modo en que la matrioska más grande encierra a las demás. Por años, Vica no encontró cómo abrir a la Vica Madre ni una rendija, lo suficiente como para que les entrara algo de aire a las otras; mucho menos alcanzaba a meter la mano para sacar a la luz a alguna de las Vicas encerradas ahí adentro. Era una maniobra imposible de hacer con una niña encima todo el tiempo.

Era una maniobra imposible también porque Vica necesitaba tiempo para generar dinero y dinero para comprar su propio tiempo.

Pero ahora sí: con Pina en la kita y una mesa frente a ella (en secreto, Vica llama a esta mesa del kindercafé «mi escritorio») va a establecer un equilibrio justo entre sus distintas facetas y convertirse en lo que se llama «una madre trabajadora», un término que obvia que ser madre es, en sí, un trabajal, es decir un término que es un pinche pleonasmo, pero bueno, ésa es toda otra batalla, no te distraigas, por favor: el punto hoy es que ¡hoy es el día! Va a organizarlo todo, ¿qué tan difícil puede ser? Va a probarle a Andreas que su trabajo leyendo auras sí es un trabajo de verdad.

Vica dibuja dos columnas con dos encabezados: ENTRADAS, GASTOS.

Agrega otra columna, llena de esperanza: AHORROS.

Y una cuarta, por obligación: IMPUESTOS.

Inmediatamente siente la confusión instalársele en la mente, como una niebla, como cuando iba a la escuela. Le prometió a Andreas que va a pagar impuestos, sólo que no puede declarar sus ingresos hasta haberlos evaluado con precisión. Hasta ahora los mide únicamente en las pequeñas cosas que se ha comprado. No ropa, porque su talla actual la deprime y para las auras tiene un

uniforme (negro, holgado) pero sí una espectacular caja de lápices de colores, dos cortes de pelo, un par de aretes que aún no estrena. El día que Andreas la desafió preguntándole cuál es la diferencia entre ganancias e ingresos, ella se sintió tan ofendida que se levantó y se salió del departamento.

Vica observa a Elke «platicando» con el bebé en el piso. Sospecha que es una actuación destinada al padre, una actuación con moraleja: lección que seguramente él no notará porque el padre ha abierto un libro. ¡Un libro! Sólo un padre logra leer mientras su bebé lame la pata de la mesa. Elke se rinde y se va a la cocina. Vica sabe que eso significa que pronto le traerá un americano y una rebanada de pastel de ayer.

Esto, que Elke le sirva «lo de siempre» sin preguntarle, solía hacer que Vica se sintiera especial, pero ahora sospecha que si fuera mejor con las cuentas, si, por ejemplo, supiera cuál es la diferencia entre ganancias e ingresos, tendría que aceptar que el café no es exactamente gratis, ni el pastel rancio tampoco. Ésta es una de las razones por las cuales necesita organizarse, y una de las razones por las cuales no puede pedirle consejo a Elke, la única madre emprendedora que frecuenta. Vica esconde sus columnas cuando la ve acercarse.

Yo no sé de True Colors, dice Elke dejando su charola, pero hoy te veo como apagada, ¿gris?

True Colors es como Elke llama a las auras. Vica nunca les dice así, pero como Elke es la jefa, la que hace el marketing, la que lleva el kindercafé y conoce el circuito de madres primerizas de Colonia como la palma de su mano y ha iniciado un efecto dominó contándoles a todas sus clientas la historia de cómo quedó destruida

tras su divorcio pero ahora ha encontrado un nuevo amor, y cómo ese encuentro fue una consecuencia directa de que Vica detectara su Color Verdadero: escarlata, que por supuesto significa pasión.

Vica dice simplemente «colores». O, a veces: «auras». Pero tampoco corrige a Elke. Después de todo, es gracias a sus exageraciones que las mismas mujeres que antes consideraba sus némesis —todas esas madres impecables y exigentes de las clases para bebés, ni una sola de las cuales dejó de despreciarla cuando Vica osó decir que el puré de zanahoria comprado sabía y se veía mejor que el hecho en casa— ahora le pagan por leerles el aura.

Elke también se trajo un café para ella. Sin pastel. La disciplina con la que evita comerse lo que hornea a veces le genera sospechas a Vica, la hace pensar en esa expresión sobre estar al tanto de cómo se prepara la salchicha, que se usa en inglés y en alemán pero que en español sólo existe en versión vegetariana (cómo se cuecen las habas), pero no tantas sospechas como para que se le contagie la disciplina: Vica siempre termina por comerse el pastel de ayer.

Elke se sienta. El kindercafé está tranquilo por ahora, pero Elke comete estas imprudencias incluso cuando el lugar está a reventar. Se sienta a la mesa de quien sea sin pedir permiso, algo que a Vica le parece una actitud profundamente no germánica, por no decir grosera.

Elke se inclina sobre su taza humeante y dice: Habla. Luego hace un gesto con la mano, como si jalara una cuerda desde el centro de Vica. Y por alguna razón, funciona. Logra atrapar el hilo suelto que Vica trae hoy en el pecho y empezar a desenrollarlo.

Es mi esposo, dice Vica.

¿Te está engañando?, pregunta Elke.

Una carcajada tosca se escapa de la garganta de Vica: es una idea ridícula. Algo peor, dice: Encontró la tercera respuesta.

¿La tercera respuesta?, repite Elke, convirtiendo la palabra «respuesta» en una palabrota, dura y fea. Insiste: Eso suena a que te está engañando.

Entonces Vica le explica todo. Cómo cuando Agrippina entró en la etapa del por qué por qué por qué, Andreas ideó un plan. El Plan era, según él, muy simple, muy ejecutable. Decía que, cuando el Pulpo preguntara por qué, debían responderle sinceramente hasta tres veces seguidas. Pero a partir del cuarto por qué, solo darían dos respuestas posibles: «gravedad» o «evolución».

¿Gravedad?, repite Elke, confundida: ¿O evolución?

Sí, por ejemplo, si él está planchando su camisa y Pina pregunta por qué, él responde: Para quitar las arrugas. Entonces ella pregunta otra vez por qué y él dice algo como Porque la sociedad espera que los maestros se vean presentables. ¿Por qué? Porque los humanos juegan juegos raros. Cuando ella pregunta una cuarta vez por qué, él responde: Por la evolución.

Interesante, dice Elke: ¿Y gravedad?

Por ejemplo, si Pina dice que no tiene sueño, tenemos que decir, bueno, pero ya es hora de dormir. ¿Por qué? Porque ya se metió el sol. ¿Por qué? Porque la tierra gira. ¿Por qué? Porque orbita alrededor del sol. ¿Por qué? Por la fuerza de la gravedad.

Ach, so, exclama Elke, pero no en el tono ofendido que esperaba Vica. En lugar de estar confundida o molesta, Elke parece encantada con las reglas del Plan. Dice: ¡Un sistema! ¡Para una crianza minimalista! ¡Magnífico!

Vica hace una mueca. Las campanitas de la puerta suenan.

¿Cuál es el problema?, pregunta Elke, pero ya poniéndose de pie.

Vica la mira caminar a la puerta y recibir a una madre con gemelos. Uno de los niños se va directo al área de juegos mientras el otro se aferra a la pierna de su mamá como un caballito de mar se aferra al coral. Vica no tiene ninguna esperanza de que Elke le convierta a esta mujer en clienta, al menos no mientras traiga rémora.

El Problema, responde Vica en su cabeza, es que no me gusta el pinche Plan. El Problema tal vez es que soy una maximalista.

Lo cierto es que Vica no conoce bien ni la historia natural ni las leyes básicas de la física. Así que lleva meses proponiendo enmiendas al Plan, sugerencias tales como Conducta Social como Tercera Respuesta, pero Andreas sólo se encoge de hombros. Vica ha propuesto Espiritualidad, Superstición y Serendipia, pero Andreas dice que Evolución las abarca todas, porque es un sesgo humano típico ver causalidad donde sólo hay correlación.

Vica ha propuesto Instinto, Mente Cerrada, Diferencias Culturales, Desigualdad, Clase. Ninguna ha pasado el examen. Ha propuesto Porque Lo Digo Yo y Porque Sí y Porque Soy Tu Madre, pero él dice que ésas no son respuestas justas para la niña, a lo cual ella normalmente responde con algo como: Qué tal que tú dejas de dar clases todo el santo día y te pones a cuidar a un pulpo humano todas esas horas de corrido y luego hablamos de justicia. A lo cual él responde con un suspiro y, a veces, aunque cada vez menos, un abrazo.

Esta mañana, sin embargo, Andreas entró tempranito al cuarto, mientras ella dormitaba y, en un tono inusualmente alegre, dijo: ¡Agrippina rompió un vaso!

Ok… dijo Vica.

Luego él procedió a narrar, con un entusiasmo demasiado exacerbado para su persona, sobre todo para las siete de la mañana, una historia enredada sobre agua hirviendo y vasos rotos y cómo la segunda ley de la termodinámica…

¿Dejaste a Pina con el vidrio roto?, lo interrumpió Vica.

¡Nein!

¿Dónde está?

Sentada en la vacinica, pero ¿no ves lo que esto significa?

¿Lo que qué significa?

Significa que por fin tenemos la Tercera Respuesta que tú tanto has pedido.

¡¿Qué?!

Y la tercera respuesta es… ¡Entropía!

Vica no tiene idea de qué significa esa palabra, pero Andreas podría haber dicho cualquier otra y le habría causado la misma reacción: su rostro torciéndose con la expresión dolida de quien ha sido traicionada, apuñalada por la espalda, arrojada a los perros.

No puedes añadir una tercera respuesta si yo no puedo añadir una tercera respuesta, protestó.

Este fenómeno, explicó Andreas, adoptando su tono de maestro: No encaja ni en Gravedad ni en Evolución. Es lo único que no encaja. O al menos lo único que se me ocurre.

¿Por qué? ¿Qué tiene de especial la entorpía?, preguntó ella.

En-tro-pía, la corrigió él. Y luego, sin pizca de su ansiedad habitual por alcanzar el mismo tranvía de cada mañana, se sentó en el borde de la cama que no han compartido de verdad desde que nació Agrippina, y juntó sus manos para formar una esfera. Si piensas en

un globo —dijo, y luego colapsó su esfera juntando las manos— que se desinfla de pronto; o si piensas en un café enfriándose, esas cosas suceden espontáneamente. Pero ¿y al revés?

¿Y el café que me prometiste hace un rato?, preguntó Vica.

¿Pasaría espontáneamente?, insistió él, repitiendo el gesto de hacer una esfera con las manos: ¿Un globo se inflaría solo? ¿Un café se recalentaría solo? ¿Espontáneamente?

No más de lo que se va a preparar solo.

Genau, dijo él: Según el orden del tiempo.

¿Te hace falta una maestría en física para saber que el café no se recalienta solito?

Genau. Porque contradice la primera ley de la termodinámica.

¿Cuál es la primera ley otra vez?

Que la energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma, pero ése no es el punto.

¿Cuál es el punto?

¡Dada!, gritó el Pulpo desde la vacinica.

El punto es que necesitamos una ley que gobierne la dirección del proceso, dijo Andreas, levantándose de la cama: Es obvio, ¡no puedo creer que no se me ocurriera antes! El punto es que nada puede seguir desinflándose para siempre.

¡Dada! ¡Caca!

Andreas salió del cuarto y Vica se quedó muy, muy quieta. Lo siguió con el oído. Registró cómo Andreas limpió a su hija con las toallitas percudidas pero reutilizables que adora, cómo las colocó en el bote que tienen reservado para ellas y que pasan la vida llevando a la lavadora, cómo se lavó las manos y vistió al Pulpo y cómo, para contrarrestar lo mucho que se retuerce la niña al ponerle la ropa, le

cantó una canción sobre un ratón que, bueno, Vica no sabía qué con el ratón, porque la canción estaba en alemán y aunque ya lleva varios años en Alemania, la mayoría de las palabras todavía se le escapan.

Pero las palabras que la hirieron, las que aún duelen horas después, vinieron cinco minutos más tarde, cuando Andreas regresó a la habitación para pasarle la batuta humana y una taza de café y Vica, aún paralizada en la misma exacta posición, dijo: No estamos desinflándonos, sólo tuvimos un bebé.

Él dijo: No todo es una metáfora, V.

Todo es una metáfora, dijo Vica: Tú siempre lo dices.

Y hace mucho ya no tenemos un bebé, dijo él: Pina tiene tres años y yo tengo que irme a trabajar.

Yo también trabajo, ¿sabías?, dijo Vica en un tono agresivo que no había previsto, y con la propulsión necesaria para lanzarlos a girar sobre el eje resbaloso de la misma pelea de siempre.

¿Qué trabajo?, dijo Andreas, cayendo en la provocación: ¿Leer el futuro?

Nadie puede leer el futuro, Luft, no soy una idiota. Y no me voy a avergonzar de tener un sexto sentido.

Mamá, dijo Pina, ya nerviosa con el tono que iba tomando la conversación.

Nein, nein, dijo él, bajando la voz, quizá recordando las mil veces que ha gritado que ya no quiere gritar, ya no quiere pelear. Luego notó el mentón tembloroso de Pina y procedió a envolverla como un taquito, arrancándole sin querer las cobijas a Vica. Pina se rio, Vica gruñó e intentó volver a taparse. Entonces Andreas dijo, no

dirigiéndose a Vica sino a la niña: Yo también tengo un sexto sentido.

Esto sorprendió a Vica. Abrió los ojos, pese a sí misma, empujada por la esperanza alerta del corazón solitario. ¿Adónde iba Andreas? ¿Dirección burla o dirección tregua?

¿Cuál es tu sexto sentido?, le preguntó.

El sentido común, dijo él.

Es esto último lo que aún le quema el pecho, cuando el efecto calmante de las oraciones bajo el Gabelkreuze se desvanece y se encuentra a sí misma rumiando en el kindercafé, contestándole a Elke su pregunta (¿cuál es el problema?), aunque Elke ya no está con ella.

El Problema es que Andreas, por ser como es, la hace sentir una idiota. Vica reconoce que no es una persona enteramente racional, pero también sabe que no es tonta. Y su sentido común está lo suficientemente sano como para haber navegado tragedia, mudanzas y crianza sin enloquecer. Ser supersticiosa no equivale a ser estúpida como él piensa. O al menos como ella piensa que él en el fondo piensa, por más que él lo niega. No me pongas palabras en la boca, se queja Andreas con frecuencia. Pero ¿qué hay de las palabras que él quiere poner en la boca de ella mediante las simples leyes del Puto Plan?

El Problema es que el Plan le hace sospechar, por momentos, que en realidad sí es tonta. Y tiene el presentimiento de que las opiniones de él no le pesarían tanto, no la harían dudar tantísimo de sí misma, si tan sólo lograra generarse un sueldo y dejar de depender de él económicamente. Pero es mala para los números, se repite, y no siempre capaz de distinguir a ciencia cierta el ingreso de

la ganancia, ni la evolución de la gravedad. Ni siquiera entiende bien la gravedad, por más veces que Andreas se la ha explicado. Y cada vez que oye la palabra evolución, en realidad sólo piensa en la pintora Hilma af Klint. Específicamente en su serie *Evolutionen*. Un cisne, un caracol, una serpiente. Un perro trascendiendo su cuerpo. La mezcla de color salvaje con lo que ella llamaba no-colores: gris, blanco, negro. Un hombre y una mujer sosteniendo juntos una antorcha. Un hombre y una mujer cogiendo, disolviéndose el uno en el otro, sus pelvis transformándose en luz. Sus mitades inferiores dentro de un trébol rosa, dentro de una estrella que en realidad es una flor. Todas las formas redondeadas y orgánicas que Hilma logró atiborrar en rectángulos del mismo tamaño. Y la forma (¿arrogante? ¿digna?) en que Hilma decidió que nadie entendería su obra, y por lo tanto prohibió que se mostrara hasta veinte años después de su muerte. Marcó todas las piezas prohibidas con una pequeña cruz, para indicar: ésta no, ésta tampoco. Mujer sabia, piensa ahora Vica, en oposición directa a lo que pensó la primera vez que oyó la historia de las crucecitas. En aquel entonces, Vica se sintió personalmente ofendida por la autocensura de af Klint. Pero las cosas cambian, las cosas evolucionan, eso sí que lo reconoce Vica. Y ahora también puede ver que, a veces, lo mejor es guardarte tu evolución, y tus cruces, para ti solita.

Cuando ve que Elke se retira a la cocina a preparar varias órdenes, Vica abre su cuaderno de nuevo. Se queda mirando sus cuatro columnas vacías. Pasa la hoja. Va a hacer la contabilidad, sí, pero a su manera.

Saca su nueva caja de lápices de colores. La compró hace semanas y su madre, su madre que nunca tuvo que pagar renta y

mantuvo el mismo empleo durante décadas, su madre que aún muerta se quiere alentadora, la ha estado molestando dentro de su cabeza para que los abra: ¿no los amaba por sobre todas las cosas? ¡Sí! Los amaba, los ama, pero ahora también los teme. Le da miedo que la absorban en un mundo de dibujitos justo cuando está tratando desesperadamente de poner cara (¿alma?, ¿cabeza?) de Adulta. Esto es lo que su madre muerta no acepta: que en este momento de su vida Vica no necesita arte sino trabajo. No necesita colores sino dinero. Dinero para poder pagar más horas de kita, para poder comprar su propio tiempo para poder trabajar más para poder ganar más dinero para poder pagar más… ¡agh! Le arranca el celofán a la caja, la abre, saca un lápiz azul. Es para el negocio, se dice.

En una hoja limpia, Vica comienza un degradado. Se concentra en la tarea, redescubriendo la gama inmensa de un simple lápiz de color, pero no se permite perderse. No por completo. No se pone artística, ni tampoco se distrae: mientras colorea, correlaciona cada tono con cuántas personas ha visto en el mes, cuánto cobró y cuánto se quedó Elke, cuánto de lo que recibió todavía conserva. Es básicamente Croma —qué tan lejos está cada matiz del gris— usado para representar qué tan lejos está ella misma de la salud financiera. Su hermana entendería perfectamente el sistema. De hecho, lo vería de inmediato: Vica está en números rojos. Y Andreas tal vez tiene razón. Esto no es un trabajo de verdad. Sólo un juego. Un escándalo, una distracción, una triste estafa. ¡Carajo!

En la *Nomenclatura* de Werner, que Vica y su hermana memorizaron de niñas, los rojos no aparecen sino hasta los ochentas. Después de los naranjas y amarillos, después de los

verdes, los azules, los morados, negros y grises. Werner también desaprobaría su emprendimiento. Él relacionaba los colores con cosas concretas. Animal, vegetal, mineral, en ese orden. No puso en su catálogo ninguna columna dedicada a lo intangible. Pero, se defiende Vica de un Werner hipotético: muchas personas han hecho negocio con lo invisible, y yo no estoy aquí para documentar la realidad, yo estoy aquí para ganarme la vida.

Esto le recuerda que conoce a alguien que se gana la vida con lo intangible. O tal vez no algo intangible pero algo cuyo valor sigue siendo mayormente esotérico. ¿O únicamente solía querer ganarse la vida así y terminó por despertar, no como ella? Quién sabe. Ha pasado mucho tiempo. Sin pensarlo dos veces, Vica pasa a otra hoja limpia y escribe: Querido Mandíbula…

No sabe cuánto tiempo pasa, pero cuando Elke le trae una clienta y Vica levanta la vista, el kindercafé está a reventar. Vica lee las auras del día inspirada, presente, segura de sí misma. De algún modo, escribir esa carta le brindó la paz que ni hacer las cuentas ni rezarle al Gabelkreuze supieron darle.

¿Cómo estuvo tu día?, le pregunta al Pulpo cuando se reencuentran en la cerca de madera, a la salida de la kita.

No te voy a decir, responde Pina.

Esta es su respuesta usual. Normalmente Vica la encuentra insatisfactoria, e intenta sonsacarle más información con una mezcla de botanas y psicología inversa. Pero hoy Vica nomás dice: Es como siempre decía mi madre.

Una cruz es un… empieza Agrippina.

No, ésa no.

Entonces ¿cuál?

Tenemos una vida pública, dice Vica levantando el pulgar. Luego levanta el índice y dice: Una vida privada. Y el dedo de en medio: Y una vida secreta.

Y

Durante los meses siguientes, conforme llega el invierno, la vida secreta de Vica se expande con la fuerza de un cerezo en plena flor. Es una primavera interna, confinada al estrecho cuartel donde suelen guardarse los secretos. Y toda evidencia exterior de esta temporada fuera del tiempo va a parar a una caja de zapatos, en lo alto de su clóset, debajo de las cobijas extra que nadie usa excepto ella.

También su negocio florece. Una vez, una cantante les dijo a Vica y a su hermana: primero hay que imaginarse la nota en la cabeza, porque la cabeza está perfectamente afinada. Y luego, cuando abres la boca y lanzas la voz, quieres recrear eso que ya escuchaste dentro de ti. Así es como Vica entiende su trabajo: percibes el estado de la persona —lo que irradia, lo que está sintiendo, lo que está intentando disimular— y lo traduces a color dentro de tu cabeza primero, porque tu intuición está perfectamente afinada. Luego abres la boca y nombras el color preciso, apuntando hacia lo que intuyes que la persona necesita escuchar. El color como metáfora. Ése es su trabajo.

Aunque ha hecho esto de manera intuitiva durante muchos años, y profesionalmente desde hace dos, sólo muy recientemente descifró cómo funciona el proceso. Lo hizo para poder ponerlo en palabras. Porque ahora lo escribe todo. Cada día acumula los detalles de su

jornada para narrárselos a Mandíbula, y aunque lo que esconde en la caja de zapatos son los casetes que él le devuelve, para ella el verdadero tesoro son las cartas que construye con tanto cuidado y luego deja ir.

La primera respuesta de Mandíbula llegó rápido, pero aun así, comparado con el ritmo de intercambio que han alcanzado ahora, cuesta entender cómo Vica pudo quedarse sentada esperando esos primeros diez días. Aunque ese tiempo fue crucial. Porque algo le sucedió el otoño pasado a Vica, después de mandar esa primera carta. Empezó a pensar en Mandíbula. A recordarlo, sí, pero también, como sabe en algún rincón de su mente si es honesta consigo misma: a reinventarlo. Y, a la par, a reinventarse ella misma: sus acciones, sus predilecciones, sus posibilidades. De modo que, para cuando recibió aquella primera respuesta coqueta, como siempre ha sido él, pero también llena de buenos consejos prácticos, Vica ya estaba enganchada. Enganchada al aire.

Después de unas cuantas cartas, él empezó a mandar casetes. Era para ayudarla con su alemán, dijo. Y, en efecto, su alemán ha mejorado, junto con su estado de ánimo, su autoestima, su piel, incluso sus lecturas de aura parecen más luminosas.

Elke notó el cambio, especialmente disonante con los días cortos y grises que atravesaban, y se sentó varias veces en la mesa de Vica en busca del chisme, la primicia, la verdad, hasta que Vica le ofreció una explicación pseudocientífica. Es como con los flamingos, dijo: Mientras alimentan a sus crías con sustancias secretadas por su propio cuerpo (algo que Vica y Elke y cualquier otra madre lactante también ha hecho) los flamingos se vuelven pálidos. Pero

eventualmente sus crías empiezan a comer otra cosa y entonces recuperan su famoso color rosa.

Recuperé mi color, concluyó Vica.

¿Por qué?

Porque Evolución.

No compartir su secreto sólo lo vuelve más jugoso, más suyo, más secreto. Porque ya ha rebasado por mucho lo que podría admitir en voz alta, ni a Elke ni a sí misma. Porque entre las lecciones de alemán y los consejos de negocios, se confesaron una vieja atracción y, poco a poco, empezó a surgir un intercambio erótico. Los casetes de Mandi son monólogos, hasta que dejan de serlo y se vuelven sólo sonidos, jadeos y suspiros, a veces un gemido de anhelo. Vica presionó el botón de Pausa, escandalizada, la primera vez que recibió un casete así, con su respiración agitada, su lenguaje sucio y ese vaivén rítmico. Pero luego pasó del escándalo a la excitación, y pronto estaba enganchada. Enganchada al aire prohibido.

Vica empezó a ahorrar porque Mandi le advirtió que si no estaba generando ganancias, su negocio era nomás un hobby. Y entonces descubrió un hobby de verdad: pensar en qué gastar su ahorro. Todas son posibilidades imposibles, ninguna ocurre en Alemania, y todas incluyen verlo en persona. Al final de cada casete que envía, Mandi pide uno de vuelta. Pero Vica no gastará dinero en una grabadora. Dice que le da pena, y que está ahorrando, y ambas cosas son ciertas, pero no son la verdadera razón. La razón por la que Vica sólo le escribe es porque no está segura de si se está enamorando de su viejo amigo o de la escritura misma. Describir su excitación con palabras la excita, claro, pero también le despierta

otra cosa: la sensación satisfactoria de haber creado algo, como si fuera capaz, como si tuviera un oficio. Y al describir su cotidianeidad, las cartas amplían y amplifican la pequeña vida que describen. En el papel Vica puede ser graciosa. Puede sonar inteligente. Puede ponerse filosófica o ponerlo a él caliente. La matrioska se abre y se cierra con más facilidad últimamente: al darles un poco de espacio en las cartas a las distintas Vicas, Vica por fin se siente como su yo completo otra vez.

Ahora conoce los ritmos del cartero como conoce los patrones de respiración de su hija. Ahora también conoce los patrones de respiración de Mandíbula, y él le parece tan real, tan cercano, como si estuviera respirándole en la nuca. Camina por Nippes moviendo las caderas de una forma que nunca antes lo había hecho, y ya sea que esté corriendo detrás de su hija o esperándola, se imagina constantemente que Mandi está ahí al lado, viéndola, porque para él no hay nada más interesante que mirarla. Así es como la hacen sentir sus casetes: deseada pero también simplemente atestiguada. Vista. Tanto cambio parece difícil de ocultar, pero debe de ser buena para ocultar cosas, porque nadie salvo Elke lo ha notado. Mandi ha sido el tónico perfecto, en realidad. Poderoso y discreto. Excepto que ahora ella lo arruinó todo, ¿o no? Sí. Tal vez.

Estas dos posibilidades (ya lo arruinó; no, no puede ser) han estado alternando en su cabeza con tanta violencia que cuando una mañana el Pulpo grita ¡Payaso!, Vica no logra reaccionar. Está acostada perfectamente quieta en la alfombra de la sala, el pecho adolorido, las mejillas mojadas, y Pina tiene que gritar unas cuantas veces más para que su madre siquiera abra los ojos. Indignada, Pina opta por pasarle encima, como si su mamá fuera un tapete, que es

más o menos exactamente como Vica se siente, y se va a acomodar en su lugar favorito para ver gente: con las rodillas apoyadas en el respaldo del sofá y las manos abiertas contra la ventana de la sala. Desde el piso, Vica ya no puede verla, pero puede oír sus tentáculos, pat pat, contra el vidrio y puede imaginarse exactamente su posición. Pina se trepa ahí varias veces al día. Las palomas, las tormentas, el aburrimiento: cualquier cosa la lleva a su percha. Vica ahora añora el aburrimiento: sería mejor que este estado. Ha arruinado todo, sin duda. ¿O tal vez no?

En su última carta, Vica invitó a Mandíbula a visitarla. ¡Ven al Carnaval!, le escribió, sólo para arrepentirse de los signos de exclamación, la falsa ligereza atorada en su esternón por casi dos semanas. Él no ha respondido. Ella rompió alguna ley tácita de los secretos, pidió demasiado. O tal vez no, tal vez ese signo de exclamación fue una flecha invocadora y él ya viene en camino. Estará tocando su puerta en cualquier momento. ¿Y entonces qué?

¡Payaso!, repite la niña: ¡Payaso, payaso!

Su insistencia no convence a Vica de acercarse. La ciudad está llena de payasos, o lo estará muy pronto. ¿La próxima semana? No lleva la cuenta, pero todos sus vecinos sí. Ella había estado documentando las señales de la preparación (tiendas cerradas a deshoras, los aparadores de la tintorería llenándose de disfraces) para describir en sus cartas, pero desde que dejó de recibir respuesta también dejó de poner atención a nada afuera de su espiral interno: La cagué. No. Sí. Tal vez.

Andreas también ha estado inflándose poco a poco, listo para reventar el mero día. Ya lo ha visto pasar por esta metamorfosis antes, pero este es el primer año que ella no estará cargando con un

bebé o una niña que apenas sabe caminar. El primer año que se espera de Agrippina que participe y, por lo tanto, aparentemente, también de Vica. Andreas ha estado hablando mucho sobre el tema, como si fuera la cura para todo lo que anda mal entre ellos: este año sí se van a divertir de verdad, por fin van a celebrar Carnaval como se debe.

Vica sabe, gracias a horas de observación a través de la misma ventana por la que ahora mira su hija, que, en Köln, durante el carnaval, la expresión «como se debe» sufre un desdoblamiento y pasa a significar su contrario. La función social del carnaval es, por definición, poder (deber, diría Andreas) hacer todo lo que de usual no debe hacerse.

Pat pat, las manitas del pulpo contra el vidrio.

Clinc clinc clinc, otra cosa golpea el vidrio. Vica abre los ojos, mira el techo, para la oreja: ¿Metal? ¿Plástico? Clinc clinc clinc. Vica se incorpora. El sonido viene de afuera, producido por… Se pone de pie… ¿qué es exactamente? Más que nada tela. Tela y una especie de pelusa verde claro y una mano negra golpeando su ventana con un objeto rojo. Pero las proporciones no cuadran. Algo se le revuelve a Vica por dentro mientras se arrodilla junto a Pina en el sofá. La mano sale de un cuerpo tan alto que no se le ve la cabeza. El cuerpo está cubierto con un patchwork de satín rosado, beige y verde botella. El objeto rojo es un encendedor, y ahora aumenta el ritmo de su clinc clinc, como contento de verla aparecer junto a su hija. Por cómo la mano luego se eleva y desaparece del cuadro, Vica empieza a entender que los tubos de tela son en realidad piernas, piernas inhumanamente largas, y que no están conectadas con la peluca verde esponjada que está a la izquierda y que justo ahora se

gira hacia la ventana, revelando una nariz roja redonda y una sonrisa traviesa.

Vica se tensa.

¡Payaso!, dice Pina.

Por instinto, Vica coloca las manos sobre los hombros de su hija, lista para alejarla de los locos. Pero cuando el rostro se quita la nariz roja, el corazón de Vica vuelve a su lugar. Y luego se pone a saltar.

¿Rad?, dice Vica, y coloca su mano en el vidrio, a lado de la de la niña.

Radio pone su propia mano contra la de ella, y entonces Vica levanta la vista y descubre, al final de los zancos del torso satinado y de un cuello larguísimo, a su amiga Fíbula, inclinándose para sonreírles desde arriba. Fib hace clinc con el encendedor una vez más y por un momento están así, cuatro manos tocándose, aunque separadas por un cristal. Finalmente, siempre la más directa de todos, apunta el encendedor hacia la puerta.

Cuando Vica les abre, Agrippina no puede creer esta caída inesperada de la cuarta pared y se pone muy tímida. Se esconde detrás de Vica durante todo el tiempo que tarda Fib en bajar de los zancos.

Vica quiere decir: ¿Qué hacen aquí? Y: ¡Los he extrañado tanto! Y: Ésta es mi hija Agrippina, tiene tres años y es bilingüe. Pero lo único que sale de su boca es: ¿Vienen con Mandi?

Es obvio que no vienen con Mandi, pero aun así Vica se siente inundada por una desilusión dolorosa cuando le dicen que no, que de hecho no lo han visto desde hace un par de años, cuando dejó todo por seguir a una española, ¿no sabía?

Definitivamente no, no, Vica no lo sabía.

Vica pasa la siguiente hora respondiendo a sus viejos amigos con monosílabos porque es lo único que puede hacer para no ponerse a llorar. Un nuevo ping-pong interior ha comenzado, orquestado por su madre en su cabeza. ¡Qué ingenua fue! ¿Por qué habría de creer una sola palabra de lo que él decía? Pero, por otro lado, ¿cuentan las omisiones como mentiras? Ella tampoco mencionó a Andreas en sus cartas.

Van tres veces que Radio le pregunta: ¿Estás bien?

Pero es Fíbula quien, finalmente, dice: Eh, oh, V, ¿quieres que nos vayamos?

Entonces Vica por fin sale de su ensimismamiento, incluso se disculpa, le echa la culpa a la falta de sueño. Y un poco más tarde, cuando Andreas llega a casa y encuentra a sus viejos amigos jugando con su hija, los recibe como merecen: le da a cada uno un abrazo tan fuerte que los levanta del suelo.

Vica ama a Andreas en ese momento, no hay otra palabra, lo ama por llegar a casa y por ser generoso. Lo ama porque es su familia, la única que tiene. Lo ama porque no le molesta en lo más mínimo que Fíbula y Radio hayan aparecido sin avisar. Ama la forma en que carga al Pulpo en los hombros sin dejar de sujetar en ningún momento al menos una de sus piernas, ni siquiera cuando va al refrigerador por cervezas y botanas para todos, algo que a ella ni se le había ocurrido ofrecer.

Lo ama, se da cuenta, del mismo modo en que ama otras cosas hermosas del mundo, tal como ha amado ciertas obras en ciertos museos: sin ningún deseo de poseerlas.

Y

Tras la primavera interior, llega el otoño.

Un sinfín de hojas amarillentas dentro de Vica se desprenden, se caen, se pudren. Su condena se ve agravada por el contraste con el ambiente festivo que la rodea. Incluso el Pulpo está sobreexcitada con esa cosa que ni siquiera puede pronunciar. Cada vez que Agrippina dice «carnaval», suena más como «caníbal». Y en cuanto a los adultos, están todos sumidos en una regresión, sin mencionar una cadena de producción de disfraces que, en cualquier otro momento de su vida, a Vica le habría parecido entrañable, pero que ahora sólo le genera una rabia inusitada contra su hermana desaparecida, a quien desearía poder devolverle esta familia suya tan excéntrica, tan alegre y ruidosa y molesta, Mandíbula incluido.

Vica Luft, lectora de auras, quien hace menos de dos semanas se consideraba la persona más alternativa que conoce, ahora está actuando rígida, pesimista y, francamente, como ella misma lo describiría: bien pinche alemana.

Guau, le dice Vica a Andreas, por falta de un término mejor: Sólo… Guau.

Ella estaba doblando una montaña de ropa limpia en el sofá cuando él irrumpió en la sala con una teatralidad inusual. Ahora está de pie en el centro del espacio, con una sonrisa tan amplia como ridículo es el disfraz que lleva puesto.

Te pusiste mallones, dice ella. Luego intenta compensar el impacto sonando práctica: ¿Dónde conseguiste unos mallones de tu tamaño?

Andreas no se inmuta. Es ropa térmica, dice: Tengo todo el conjunto desde hace años, excepto esto, añade, levantando los codos para que la capa que cuelga de su cuello, naranja y satinada,

se infle detrás de él como una tienda de campaña. Las piezas viejas del conjunto son sólo ligeramente menos exóticas que la capa. Ella no tiene nombre para ninguna, él tiene nombres para todas. La atracción principal es un traje de una sola pieza, de terciopelo en un naranja algo más discreto que el de la capa, que combina un chaleco con unos pantalones cortos bombachos y plisados. Una especie de mameluco arcaico. En el pecho luce una serie de escudos de armas. Es, al mismo tiempo, muy kitsch y muy medieval.

Radio entra a la sala cargando botellas de agua vacías. Seguramente las rescató de las pilas de reciclaje que Andreas organiza con la misma meticulosidad con la que otros archivan sus vinilos. Al ver el disfraz naranja, Rad empieza a golpearse la cabeza con las botellas y dice: Oh là là. Luego se echa a reír tan fuerte que Fíbula y el Pulpo, que habían estado jugando en el cuarto de la niña, entran corriendo a la sala.

La classe!, dice Fíbula. Se acerca y toca la capa, que terminó de coser para él anoche, y luego el mameluco, que aún no había visto puesto. Andreas irradia satisfacción, como si él mismo hubiera cosido el absurdo atuendo.

¿Dada?, dice Agrippina, con el mentón tembloroso.

Ich bin's, contesta él arrodillándose a su altura. Después de un abrazo reconfortante, deja que la niña se esconda bajo su capa. Cuando se cansa del juego, saca de una bolsa una camiseta de rayas rojas y blancas que se ve enorme para Pina, pero a ella eso no le importa: está extasiada con el regalo. Luego, Andreas le lanza una idéntica a Vica, que no logra cacharla. La camiseta choca contra la torre de ropa doblada, y la derriba. Con una punzada, Vica recuerda que a ella y a Andreas les encantaban las montañas de ropa

calentita. En días fríos solían hacer el amor encima de una, en cuanto salía de la secadora. Nomás por honrar este recuerdo, Vica se pone la camiseta a rayas.

Pina se pone la suya con ayuda de su papá y luego posa con sus padres para una serie de fotos que está tomando Fíbula. Andreas hace caras graciosas y Pina lo imita. Vica quiere unirse, quiere ver a un bromista encantador en éste, su esposo de una vez al año, su príncipe de carnaval. Pero lo único que ve es a un bobo.

Se vuelve hacia el siguiente bobo en la fila y le pregunta a Rad para qué quiere esas botellas.

Para mojitos, dice él.

Genau, dice Andreas.

Vamos de fiesta, dice Fíbula, haciendo girar al pulpo.

¡Caníbal!, dice Pina.

Nosotros no vamos de fiesta, dice Vica en tono neutral.

¿Por qué?, pregunta Pina.

Porque somos papás, responde Vica.

¡Piedad!, explota Fíbula: ¡Columna, ayuda! Tenemos que enseñarle a Agrippina algo de Teranga.

Genau, dice Andreas, alias Columna: Son los días locos, V, todo el mundo va de fiesta.

¿Es once once?, pregunta Vica, intentando no sonar como una turista total.

No, dice Andreas, empezando a perder la paciencia: Eso es cuando damos inicio a la quinta estación, que empieza a las once con once minutos del día once del mes once.

¿Qué es la quinta estación?, pregunta Rad.

¡Carnaval!, dice Andreas, como si estuviera diciendo algo completamente obvio. Evolución, gravedad, entropía, carnaval.

¿Y qué es hoy entonces?, pregunta Fíbula.

Hoy empiezan los días locos, explica Andreas: Que comienzan siempre en Weiberfastnacht, o sea el jueves antes del martes de carnaval.

Fíbula y Rad asienten indecisos, reproduciendo naturalmente un gesto que Vica ha hecho tantísimas veces durante este matrimonio. Eso, por fin, la hace sonreír.

Es decir, concluye Rad, golpeándose la cabeza con las botellas: Hoy.

Poco importa que Vica no sepa qué día toca qué cosa. El sonido la guiará. Igual que reconoce el primer sábado del mes cuando al mediodía suenan todas las sirenas antiaéreas y hacen vibrar las ventanas, también se puede saber que son los días locos por el alboroto allá afuera. Toda la ciudad parece haberse encendido al mismo tiempo. Y francamente eso, el escándalo, es suficiente para ella, muchas gracias. No siente necesidad de participar. Andreas, en cambio, está que explota. Abre la puerta principal y grita Alaf! hacia la calle. Y, lo más extraño de todo, recibe varias respuestas.

Mientras los hombres preparan mojitos y Fíbula se pone su disfraz y se sube a sus zancos, Vica y el Pulpo se arrodillan en el sofá para mirar por la ventana. Vica se ha quejado mil veces de la falta de privacidad y de luz natural en este departamento de planta baja, pero es el lugar perfecto para evaluar disfraces. En media hora ven piratas, princesas, un sándwich, una monja, un tubo de pasta de dientes, más payasos y soldados prusianos de los que pueden

contar. Estaría feliz de pasar así todo el día, observando y tomando notas mentales para sus cartas a Mandíbula.

¿Estás lista?, pregunta Andreas.

Todos la miran. Se espera de ella mucho más que un día en el sofá. Y Mandi ya no contestará sus cartas, no sirve de nada escribirlas. Incluso el Pulpo parece estar a punto de golpear el piso con el pie, con el tap tap universal de la impaciencia. Vica odia y a la vez se enorgullece de esto en lo que se ha convertido: su aprobación de matriarca es claramente necesaria para que arranque la fiesta.

Está bien, dice por fin, poniéndose de pie y bajándose la orilla de la camiseta a rayas que se le había enrollado hacia arriba en la panza: Pero llevamos la carriola y yo no me voy a hacer cargo de ella.

Yo me encargo de la carriola, dice Andreas, y Radio promete ayudar, aunque Vica duda que Rad haya estado jamás cerca de una carriola, mucho menos al mando de una. Pero confía en ellos, claro. Y es carnaval después de todo. Y ella, al igual que el resto del estado de Renania del Norte-Westfalia, desea emborracharse de inmediato.

Y

Llueven dulces. La música retumba desde las carrozas. Hay cientos de personas de todas las edades, casi todas disfrazadas en mayor o menor grado. Lo único remotamente similar que Vica ha experimentado fue aquel viaje de ácido a los dieciséis, y quizá algunas fiestas de Año Nuevo. Pero en lugar de abrazos de medianoche, aquí la gente besa a completos extraños en la mejilla.

Son besos dados de cerca pero curiosamente impersonales, meramente simbólicos. Incluso tienen un nombre especial. No son Küsschen, la palabra habitual para besitos, sino Bützchen. Puedes esperarlos de cualquiera y en cualquier momento, lo cual, dijo Fíbula, la pone aún más contenta de andar en zancos. Rad y Andreas no aparecen por ninguna parte y Vica acabó con la carriola.

El Pulpo está prisionera, sujeta por una barra acolchonada, y profundamente indignada de estarlo. Pero Vica sabe que si Pina no duerme según el horario de la kita, la tarde será un desastre. Aunque también puede ver que el carnaval está tan lejos de la rutina como Pina está lejos de la siesta. La niña levanta los brazos para atrapar algunos de los dulces que lanzan desde las carrozas mientras se retuerce con la desesperación de un pez recién pescado. Es demasiado larga ya para una carriola, y Vica teme que la vuelque. Le recuerda un video que vio una vez, de un pulpo de verdad, enorme, escapando de un barco a través de un agujero no más grande que una moneda. Una voz en off explicaba que pueden pasar por cualquier abertura que sea más grande que su pico, la única parte dura que tienen. Pina grita: Kamelle!

Vica se inclina, pega su frente a la de su hija y dice: Lo que menos necesitas ahora mismo es más dulces; necesitas dormir.

¡Fuera fuera fuera!, grita Pina aunque, como no sabe pronunciar la erre, suena más a ¡Fuego fuego fuego! Además pone una carita tan agria que es realmente difícil no sentir lástima por ella. Vica la gira para no tener que verla. Si la libera, luego será imposible volver a meterla y acabará persiguiéndola bajo los dulces voladores, arrastrando la carriola en una mano, entre el río de desconocidos

disfrazados y los niños que suplican por su próxima dosis de azúcar gritando: Kamelle! Kamelle!

Vica usa todas sus fuerza para sacudir la carriola rítmicamente, con la esperanza de que el vaivén arrulle al Pulpo a pesar de las infinitas distracciones y el hecho de que avanzan tan lentamente que parece que están paradas. El todo se siente como un sueño. Al menos hasta que empieza a sentirse como una pesadilla.

¿Cómo funcionan los pulpos?, se pregunta Vica para distraerse de los malos pensamientos, del resentimiento, del miedo a no poder escapar de una calle que ha dejado de ser calle: ¿Podría un ser humano empujar al gran pulpo de vuelta a través del agujero pequeño? ¿Podría la mamá pulpo? ¿O tiene que ser voluntario? ¿O es hacerse del tamaño de su pico un acto inconsciente, una danza compleja de confianza y dilatación?

Recuerda haber aprendido, cuando estaba embarazada, que los humanos, como los gatos, pueden detener la dilatación durante el parto. Pueden simplemente pausar, si sienten el temor de un depredador que se acerca. Los gatos temen a los perros. Los humanos temen a los doctores. Su Hebamme le confirmó esto cuando Vica se lo preguntó. Es común que un parto se ralentice o incluso se detenga cuando un médico entra en la sala. De hecho, es tan común que ella y las otras parteras tienen un nombre para el fenómeno: el síndrome de la bata blanca.

El recuerdo de su partera, combinado con la lluvia de dulces, más quizá el ardor en los brazos de tanto mecer la carriola, todo transporta a Vica al día en que dio a luz. Eso también fue muy similar a estar en un viaje de ácido. Todas las personas presentes adquirieron un aura violeta y, ella, al mismo tiempo, no sabía nada

de nada y sabía todo lo que necesitaba saber. Incluso, milagrosamente, entendía alemán perfectamente.

Seguido le cuenta la historia al Pulpo, la resume y la embellece, y siempre la termina con: Naciste con el sol y las dos estábamos encueradas.

Vica no recuerda haberse arrancado la ropa, pero sí recuerda la necesidad de estar desnuda, de no tener nada encima. Recuerda un momento particularmente lúcido entre contracciones (una lucidez prístina, la que aparece entre oleadas de locura) y cómo, en ese instante de claridad mamífera, la pijamita que había llevado al hospital le pareció no sólo incómoda e innecesaria, sino también absurda. La tela a puntos. El brasier. Todo el concepto de la ropa: qué metáfora tan perfecta de las preocupaciones humanas: arbitrarias, inventadas, totalmente autoimpuestas.

Cuando llegaron al hospital esa noche, Vica tenía apenas dos centímetros de dilatación. Los metieron a un cuarto a que esperaran. Les dijeron que podían faltar horas, incluso días. Ella empezó a preocuparse por la comida y mandó a Andreas a buscar algo. Pero él estaba demasiado ansioso para salir del hospital y ya era pasada la medianoche, así que volvió sólo con cafés de máquina y una bolsa de papel llena de dulces. Ella no tenía mucha hambre todavía, así que el gesto le pareció simpático. Andreas vació la bolsa sobre la camilla médica, formando un pequeño montículo y, ya subido en ese alféizar cargado y nostálgico que es el borde de la paternidad, declaró: Estos son mi infancia, una institución alemana, ¡te presento los Tatoo Kaugummi!

Eran normales de sabor, pero cada uno venía con un tatuaje temporal sorpresa. Vica y Andreas fueron reduciendo la pila durante

las siguientes horas. Cada vez que se comían uno, Andreas luego pegaba con un trapo mojado el tatuaje donde ella sentía una contracción, así que para cuando Vica entró en trabajo de parto activo, su panza, muslos y espalda baja estaban poblados por personajitos aleatorios.

Horas después del nacimiento de Agrippina, cuando Vica se separó de ella por primera vez en nueve meses para ir a bañarse, dejó que el agua caliente le cayera encima, que corriera la sangre entre sus piernas, y se concentró en borrarse uno por uno los tatuajes. Fue un ritual. Una transición. Una experiencia casi religiosa de la que jamás le ha hablado a nadie. Recuerda que la última, la determinante, fue un camello. Lo tenía en el vientre: amarillo pálido, mirada triste y cachetes caídos. Vica lo rascó muy despacio con las uñas, mientras sentía, más que pensaba, que incluso con su madre muerta y su hermana desaparecida, hasta ese momento ella no había sido más que eso: una hermana, una hija. Pero ahora todo había cambiado: ahora era la madre de alguien. Ahora tendría que endurecerse, asumir, crecer de verdad. Lo cual por supuesto la hizo sentir, y llorar, como una niña pequeña.

Ahora Vica experimenta un raro arranque de compasión por su yo ligeramente más joven, y por Andreas, también, por los padres primerizos que fueron. Y cuando por fin lo ubica entre la multitud, caminando hacia ella mientras lanza dulces con generosa entrega y grita Kölle Alaaf, Kölle Alaaf! Vica se inclina para confirmar que los tentáculos de Pina están relajados: prueba sólida de que duerme. Si Andreas la despierta con su entusiasmo, le dará una patada en la espinilla.

Pero cuando Andreas ve que Pina está dormida, baja su volumen de inmediato. También baja el techito de la carriola, cierra el cobertor térmico. Guarda la bolsa de dulces debajo del asiento y toma el manubrio como había prometido. Vica se hace a un lado, invadida por una oleada de sentimientos complejos. Tal vez sean los mojitos. Pero la nostalgia repentina se siente abrumadora. ¿Cómo llegaron a este gradiente oscuro, esta inercia amarga, este estado triste en el que están ahora, desinflándose para toda la eternidad? Sin ambiciones compartidas de techos altos, sin peleas, sin orgasmos. ¿Y cómo van a recuperarse?

Es algo más grande que Vica, pero que habita dentro de ella. Algo que se hincha, no muy distinto de una contracción. Una entidad que palpita. Una deidad. Lo más espiritual que puede llegar a sentir. Amor, digamos. Un amor más mundano, más sólido que sus fantasías sobre Mandíbula, a las que, de golpe, decide renunciar. Por esto. Por este hombre aquí. El hombre que está a su lado. El hombre que la tatuó. Pero cuando Vica extiende la mano hacia su rostro, llena de esta emoción intensa, y trata de besarlo, Andreas apenas la mira entre un Alaaf! y otro. Y cuando sí la besa, lo hace con prisa. No un Küsschen, sino un Bützchen: un beso como el que le daría a un extraño.

Y

Fíbula, Radio, Columna, el Pulpo.

Vica los sigue a todos cuesta arriba. Le duele la cabeza, se siente pegajosa, tiene una ampolla. Es el último día de los días locos y todos están hartos de la locura y de compartir el pequeño

departamento. Vica está agotada pero al menos casi no ha pensado en el cartero. Suben cargando un picnic hasta la cima de una colina, en un parque, y se instalan sobre un par de mantas. A su alrededor, mucha más gente hace lo mismo. Al parecer un montón de enormes muñecos hechos de paja, que se llaman Nubbels y tienen forma humanoide, serán quemados en público después de haber sido paseados por toda la ciudad en una procesión fúnebre. Pero para cuando por fin se encienden las hogueras ya hace tiempo que se terminaron el picnic y Agrippina duerme en una cama improvisada con los abrigos de todos.

No están sentados en círculo, los cuatro adultos, sino en línea, todos mirando colina abajo, hacia el fuego. Andreas saca una nueva botella de vino de su mochila sin fondo y rellena los vasos de peltre.

Vica, dice Rad: Estoy tan crudo que siento que mi aura tal vez cambió de color, ¿cambió?

Vica se ríe pero él parece serio. Así que ella entrecierra los ojos: es la única manera de ver bien el color.

Naranja, dice Vica: Naranja Oropimente.

¿Eso es bueno?

No hay bueno ni malo, Rad, sólo hay color.

Pero si yo ya era de ese mismo naranja cuando me leíste por primera vez hace años, ¿no he evolucionado?

¿A qué quieres evolucionar?, interviene Fib: ¿A morado?

No puedes evolucionar, dice Andreas: Porque eres un organismo individual.

Yo sí he evolucionado, dice Fib y les cuenta de su ascenso en el trabajo. A Vica le parece interesante que se lo haya guardado toda la semana, como si esa gran noticia fuera demasiado seria para los

días locos. También nota que Rad parece respetuoso pero escéptico. Andreas en cambio está entusiasmadísimo. Felicita a Fib por el nuevo puesto y también por haber pedido el merecido ascenso ella misma y de paso también por haber cursado un grado que nadie más en su familia había hecho.

Gracias, Columna, dice Fib: Muchas gracias.

Nunca te emocionas tanto sobre mi trabajo, le reclama Vica a Andreas.

Y como nadie dice nada después de eso, Vica empieza a sentirse juzgada. ¿También sus amigos desaprueban su negocio de lectura de auras? ¿También lo equiparan con una estafa de adivinación? Intenta no pensar en eso. ¿Qué importa? Ella tiene su porrista en Mandi. O tenía. Ahora intenta no pensar en eso tampoco. Se concentra en el espectáculo. Los Nubbels son simpáticos, hechos con esmero, tienen ropa y todo, pero están condenados. La tradición consiste en, primero, culparlos de todos los pecados cometidos por los humanos durante el Carnaval y, luego, reducirlos a cenizas. Para volver a la normalidad, supone Vica, para eludir toda responsabilidad y volver como si nada a las rutinas. Ahora sí ya empiezan a arder algunos, encerrados dentro de extrañas jaulas metálicas. Vica no sabe si la jaula es por seguridad del público o para empeorar el castigo del muñeco. Nota que el Nubbel más cercano a ellos lleva una cruz en el cuello y una rosa en la mano. Va a quemarse muy rápido cuando bajen la jaula al fuego. Vica apoya los codos en las rodillas y la barbilla en los antebrazos. Recita en voz alta: Una rosa es un secreto, el secreto de una gran dama.

Vica no es psíquica. Ojalá sea más empresaria que mística. O tal vez no es más que una boba. Y además le miente a Andreas, todo el

tiempo, sobre todo en esto: en el fondo sí cree en la magia. Cree en la magia como una criatura ingenua, indefensa y nada científica.

¿Qué fue eso?, pregunta Rad: ¿Un proverbio? ¿Una profecía?

No, dice Vica: Es sólo algo que mi mamá sacó de una novela y convirtió en una especie de oración. Se volvió nuestro rezo. Era muy chistosa mi mamá.

Andreas mete un brazo entero en su mochila, revuelve, y cuando lo saca trae sujeta una barra de chocolate oscuro.

Oigan, dice mientras parte y reparte cuadritos: ¿Entonces ya no están en contacto con Mandi?

Vica se congela. Andreas no ha mencionado a Mandíbula en años. ¿Por qué ahora? Calma, sólo está charlando. Una conversación cualquiera. Los amigos en común son un tema perfectamente habitual.

Fíbula chasquea la lengua contra el paladar y dice: Je l'ai blacklisté.

Andreas y Radio se ríen. Vica fuerza una sonrisa. Tal vez ella debería hacer lo mismo, piensa, aunque tiene la sensación de que tal vez Mandi la puso a ella en su lista negra primero.

Yo sí, dice Vica: Yo sigo en contacto con él.

¿Ah sí?, dice Andreas.

Tanto Fib como Rad parecen atrapados entonces, entre el intercambio mudo que se da entre Vica y Andreas, la mirada exhausta y desafiante de ella apuntada hacia él como una flecha que se empantana a medio vuelo, atorándose en la saturación de todo lo no dicho. Vica casi siente que ha confesado, aunque esta mirada también podría ser esa clase de despliegue colorido que Andreas nomás no notará. Él no aparta la mirada, nunca lo hace. Ella sí.

Regresa los ojos hacia el Nubbel más cercano, justo cuando lo están bajando a la enorme hoguera. Este instante en que el muñeco con la rosa y la cruz empieza a arder la invita a conjurar la totalidad de su pensamiento mágico. Intenta imaginar que las llamas sí pueden llevarse los pecados. Que puede eludir toda responsabilidad y volver, como si nada, a las rutinas. ¡Que se quemen sus errores, que se queme su pasado!

Pero nada en Vica se está quemando. Está nomás sonrojada. Y algo le arde, sí, pero muy dentro del pecho. Igual no puede apartar los ojos del fuego, no puede volver a mirar a Andreas a los ojos. Tal vez nunca más.

El muñeco pierde su forma en un momento. Y dentro de Vica, entre las oleadas de dolor y vergüenza, otra cosa asoma la cabeza. Una prístina lucidez: ella no es un muñeco de paja y su pasado ya era cenizas.

Una resignación densa y triste la atraviesa, y en su estela puede ver que la tercera respuesta siempre fue la única respuesta. Que nada puede desinflarse para siempre, que las cosas no se recalientan solas.

Que lo que está ardiendo aquí es su presente.

Que fue ella quien le prendió fuego.

Y

Una semana después, Vica seguirá cabalgando ese incendio. Habrá hecho una maleta. Le habrá dado a Pina un monedero lleno de hermanitas y le habrá anunciado a Andreas y a la Oma que ellos estarán a cargo de Pina mientras ella se va por unos días. Para

poder pensar, será el argumento que dará antes de salir cerrando por última vez la puerta de su caja blanca en Nippes. Apenas se suba al tranvía, su madre protestará: Niña, escúchame, ¿pero qué chingados?

No digas groserías, ma, te hace ver vulgar.

¿Ver? Si ni siquiera me puedes ver, carajo.

Te hace sonar vulgar. Y enojada. ¿Estás enojada conmigo? ¿No ves que estoy intentando?

¿Intentando qué?

¡Pensar! Volver a mi centro. El mes pasado me estaba yendo tan bien, con el negocio y el romance.

¿Qué romance? Eso no fue ningún romance. Eso fue una chaqueta mental.

Incluso muerta eres elegante.

Andreas es un buen hombre.

Ma, ¿de qué lado estás?

Del «otro» lado.

Ja, ja.

Aún podrías disculparte, retractarte, decirle que quieres intentarlo de nuevo.

No. Se acabó.

¿Por qué, por la pinche entorpía?

Porque nunca estuvo destinado a ser. Tuvimos a Pina, ahora nos separamos. Puedo abrir mi negocio de auras donde sea. Recuperé mi color, como los flamingos, ¡ahora nada puede detenerme!

Entonces ¿por qué estás llorando a moco tendido en el tranvía?

No lo sé. Sólo necesito irme a algún lugar. Necesito avanzar.

Ok, necesitas avanzar. Y, ok, no necesitas a ningún hombre para eso. Pero sí necesitas a tu hija, ¡no dejamos a nuestras hijas atrás!

Es por unos días. Y, ma, necesito otra cosa también. Necesito estar sola. Cuando me baje en la estación, tú te vas a regresar, para cuidar bien a Pina mientras yo no estoy.

Y para su sorpresa, funcionará. El fantasma interior de su madre la dejará en paz por unos días. Así que una vez en la estación central de Colonia, será decisión suya no ir a buscar a Mandi como ha estado fantaseando. No subirse a un tren destinado a estrellarse. Que Mandi, donde quiera que esté, se quede con la Europa continental, ella reclamará el Reino Unido: una isla que no la alienará, porque Vica se siente, de todos modos, como una isla, y sobre todo porque sabe bien inglés. Su madre se aseguró de que ella y su hermana aprendieran de niñas y, aunque lo odiaron en su momento, no puede negar su utilidad. Tomará el tren que va por abajo del agua, y saldrá como lavada. Lista para volver a empezar, una vez más. Pero para eso primero necesita llegar a Francia. Vica armará un viaje lo suficientemente largo como para poder dormir en el camino. Porque le parecerá que lo que más necesita, en realidad, es descansar.

Vica dormirá en el tren. Vica soñará. Muchos viajes, aprendizajes, mudanzas, mucho crecimiento y temor y alegría le esperan todavía, pero en ese momento, difuminada en el trajín de Köln Hbf, la estación al pie de la catedral más imponente de Europa, comprando boletos de tren ni muy lineales ni demasiado lógicos, comprándolos por largos y por baratos como si fuera una mujer más joven y más independiente: todo lo que Vica deseará será, en realidad, una siesta. Un momento para ella sola. Un poco de silencio. No tener que

tartamudear en alemán sería, se dará cuenta, descanso suficiente para su cabeza. Comprará un cuaderno y se subirá al primer tren que la lleve lejos de sus carencias, lejos de la caja de zapatos con casetes que tirará en un basurero de la estación, sin ceremonias.

El cuaderno también lo tirará sin ceremonias después de llenarlo. Hará eso por años. Su versión radical de la pequeña cruz de Hilma: pasará mucho tiempo antes de que Vica considere su escritura digna de perdurar. Por ahora la pluma le servirá como una especie de pasamanos. Algo a lo que agarrarse. Algo lineal, como el viaje en tren, que le permita desenrollar sus pensamientos hasta llegar a un poco de claridad, a una pista de quién es ahora, además de una madre, una pista de lo que realmente quiere, incluso si eso es lo mismo que más teme: un cambio, un quiebre, una ruptura.

A pesar de su talento, Vica nunca será capaz de ver su propia aura. Simplemente no se puede. No existe tal espejo. Una intuición, tal vez. Destellos, sombras, reflejos. Pero no un color fijo. Una serie de tonos que asocia a sensaciones irá emergiendo lentamente, cuanto más se conozca a sí misma, cuanto más la vida la ponga en situaciones en que ella deba actuar, resolver, reaccionar. Cuanto más escriba para saber qué piensa. Conócete a ti misma, decidirá eventualmente, sólo significa estar dispuesta a palpar las paredes de tus cuevas interiores y aprender a apreciar las pequeñas formas en que la luz se acumula allí, y aprender a aceptar, también, la oscuridad. Y la única manera en que Vica podrá hacer esa danza de aceptación y autoconocimiento, será con una pluma.

Le escribirá a Mandíbula una vez más. Pero sólo una: para decirle que se mudó a Londres. Qué pena, responderá él, porque él justo se mudó a Mallorca. Que se quede con España, se dirá ella de nuevo.

Que se quede con Mallorca y con el Mediterráneo y con la novia española, a quien Vica imagina como un caballo: más fuerte y más libre y más bronceada de lo que ella jamás será. Vica se quedará con Londres. Aunque de vez en cuando buscará el rostro de Mandi en hombres que ve pasar. Porque, en realidad, Vica no le creerá del todo. Y le guardará rencor durante años, sólo para perdonarlo en cuanto vuelva a verlo en persona. Luego lo amará durante décadas, en los términos que él imponga. Aceptará de él regalos infinitos, pero nunca le pedirá nada. Ésta es una regla que se impondrá a sí misma ahí mismo, con el Kölner Dom como testigo.

Al llegar a Londres, el único trabajo que Vica podrá conseguir será de limpieza. Lo aceptará con gusto, diciéndose que es temporal. Luego volverá a Colonia una última vez, para recoger a Pina. Andreas dejará ir a su hija, con condiciones. Madre e hija tomarán un vuelo sin regreso. El Pulpo permanecerá como pasajera de esa ruta, de ida y vuelta, durante toda su infancia. Sus padres, en cambio, se volverán a ver sólo trece años después, cuando Andreas llegue a Edimburgo para escuchar a su hija cantar en una capilla: más viejo, un poco más rojo, pero con el aura tan verde como siempre.

Vica y Andreas hablarán, eso sí. Tomarán todas las decisiones por teléfono. Andreas se convertirá en un sonido en la vida de Vica. La profundidad de su enojo, el bálsamo de su aprobación, sus gruñidos ininteligibles cuando ella gana una contienda. Como fue su amante alguna vez, su esposo se convertirá en sólo una voz. Y será más que suficiente.

Pina crecerá sin tregua. Su aura dorada será constante, más brillante con cada miedo conquistado, cada canción compuesta y

cantada frente a públicos cada vez más numerosos. Cada día Vica la amará más y la conocerá menos. Estará en paz, sin embargo, con ese baile imposible pero necesario del desapego. Será incluso un alivio. Porque como dice su madre, la maternidad es como el tamarindo: o es agridulce o no es. Vica podrá escuchar a su madre dentro de ella por el resto de sus días. Pero nunca logrará controlar sus apariciones, sus comentarios y opiniones.

Vica dormirá en ese tren. Por primera vez desde que nació su hija, cruzará fronteras sin ella. Estará dormida al entrar a Holanda. Pero en realidad no le importará, ni entonces ni nunca más, haber dejado Alemania. La dejará atrás como si fuera una piel muerta. La abandonará de golpe, como un vicio, como una amiga cruel, como una tarea difícil que no pudo terminar. Nunca logrará separar la república entera de lo invisible que se sintió allí.

En el Reino Unido también la harán sentir invisible incontables veces, pero ella se dirá que está allí por elección propia. Como si, gracias a los superpoderes que desarrollan las mamás solteras, Vica pudiera mantenerse con los ojos bien abiertos y ágil, a la vez percibiendo la discriminación y esquivándola, o por lo menos sacudiéndose el daño lo más posible, enfocándose en lo que necesita para sobrevivir, para mantener a su hija y, eventualmente, también a sí misma y a su arte. Astuta y trabajadora, instintiva, concentrada como un láser: un ave construyendo un nido.

Tampoco a México volverá jamás. Ni siquiera cuando Andreas se mude allá, ni siquiera cuando Pina se enamore del país y lo visite con frecuencia. Será imposible seguirle la pista a Pina. Estará siempre de gira, saltando fronteras, grabando sencillos, enviando fotos sin palabras que Vica tendrá que interpretar como dios —o,

más bien, su madre en su cabeza— le dé a entender. Mensajes de audio de ida y vuelta, será lo que las mantendrá cerquita.

Por suerte, eventualmente Agrippina tendrá una base. Un lugar sólo suyo, al que siempre pueda volver: el departamento de Harriet, que Mandíbula le regalará para sus treinta años, con un pequeño estudio de grabación donde antes estuvieran la covacha y el cobertizo. Se lo entregará personalmente, confesándole por fin a Pina todo el cariño paternal que le tiene. Pina aceptará ese regalo exorbitante como todos los demás. Aceptará a Mandi tal como es. Lo adoptará como mentor, como tío, como viejo amigo. Pero no como padre. Pina tiene un padre y se mantendrá siempre cercana a él, sobre todo por teléfono. Andreas será muy feliz cuando Agrippina Luft por fin deje de presentarse como ɲ.

Pina tocará en innumerables escenarios, criará un hijo propio, envejecerá en el mismo departamento donde envejeció Harriet, con un alebrije gigante —medio lagartija medio pájaro— siempre mirándola en la sala, siempre recordándole de dónde viene: viene del color.

Vica también envejecerá, mucho antes que Pina, en una isla llamada Mull. Se mudará allí para escapar de la tristeza del nido vacío y siguiendo no sólo su propio impulso, sino el de Fiona, la escritora, que le ofrecerá empleo a tiempo completo. Vica vivirá el resto de su vida en esa isla: flotando pero anclada, inmersa en el cafeverdegrís de Escocia, con vista al azul.

Poco a poco, lento como placas tectónicas, el trabajo de Vica evolucionará. De mecanógrafa a colaboradora. Primero una escena, luego un capítulo, después la trama, luego los personajes. Hasta que, eventualmente, colabore plenamente con Fiona. Escribirán

juntas un libro, luego una serie, otra más. Y luego Vica escribirá sus propios libros, cuando Fiona decida jubilarse y regresar a Edimburgo. Escribir le permitirá a Vica existir en otros lugares, en otros planos. Una vida que es mil vidas, bidimensional pero con posibilidades infinitas: quedará enganchada sin remedio. Enganchada al aire fresco.

Incluso después de haber vivido dos décadas en la isla y haber publicado seis novelas policiacas, Vica no llamará a escribir «escribir». Lo seguirá llamando «tomar dictado». Se despertará temprano, subirá una colina y dejará que las historias desciendan sobre ella desde lo alto. Desde el cielo y desde el mar y desde todo lo que hay entre ambos. Correrá de regreso a tomar notas en taquigrafía. Se dirá a sí misma que lo único que tiene que hacer es transcribir. Igual que cuando Fiona estaba allí. Fiona le enseñó lo importante: que escribir es mitad caminar y mitad aprender a quitarte del camino. Y Vica hará poco más que tomar dictado desde el momento en que comience a escribir sus propias historias. Un trabajo de medio tiempo en la biblioteca le permitirá mantenerse a flote económicamente.

Y en una pared de la biblioteca de Mull, Vica instalará un clavo. De él colgará un marco tamaño póster, usado para mostrar una rotación de sus textos más artísticos, menos publicables. Performances imaginarios que concebirá usando mapas y planos que extrae del internet y que luego inunda de color usando sólo palabras. Palabras para resaltar cruces de caminos olvidados, palabras para vaciar objetos de todo su color, palabras para teñir una montaña o colorear un museo, palabras opacas y brillantes, palabras para desafiar la lógica y la luz, palabras para iniciar el día de alguien o para hundirlo

en la noche. Quienes entren a la biblioteca y se acerquen regularmente a los textos enmarcados, lo sabrán: todos son distintos pero todos se llaman Colorplay, y todos están firmados, simplemente: V.

Los títulos de sus novelas policiacas, diez en total, serán siempre un tono, una sombra, un pigmento. Porque su protagonista, una detective ingeniosa y muy querida por sus lectores, estará basada sin que nadie lo sepa en la hermana de la autora: una mujer que tenía una obsesión por el color, y un espíritu científico, y que fue arrancada del mundo demasiado pronto sin que nadie tuviera el valor de investigar su caso. Una y otra vez, Vica la vengará de esta forma íntima: distribuyendo justicia ficcional.

Vica firmará sus novelas con su nombre completo, su nombre más antiguo. El que su madre le dio en lugar de pedirles los apellidos a sus jefes: letras que nunca compensarían la falta de actos paternos. Es decir, no el apellido que compartió con Pina y con Andreas, sino el que compartía con su hermana y con su madre. El apellido que había enterrado, lo desenterrará, como para señalarle, a ellas dos, que las recuerda. En cada una de sus portadas, un mensaje de amor en código para las que ya no están: Victoria Sima.

Sólo cuando Vica esté enferma, demasiado enferma como para intentar mejorar, sólo entonces verá que, sí, vivió en gran parte a través de las historias que escribió y que, sí, nunca fue capaz de ver su propia aura, pero también, ¿acaso no es cierto que ella misma fue de muchos colores, que vivió muchas vidas? Cambió de rumbo con bastante frecuencia, si se le permite decirlo. Aprendió a manejar del otro lado, pero, más importante: aprendió a conducirse a sí misma. No es poca cosa: día a día se escribió una vida. Se tejió una trama

propia. Y aunque el dolor de que su hermana no haya podido hacer lo mismo nunca la abandonará, y aunque la enfermedad, la misma que se llevó a su madre, la invada, e incluso cuando el corazón se le rompa una última vez al despedirse de su nieto, Vica morirá orgullosa de sí misma. Orgullosa sobre todo de dos cosas: de que logró darse raíces; y a su hija, alas.

DE DONDE LAS COSAS TIENEN SU ORIGEN
(París, 2000)

Ve, antes que cualquier otra cosa, el pulpo.

Es inevitable, lo aprendió en clase de composición: el ojo siempre irá al punto focal. Pero igual la sorprende. Su propia pintura, colgada en este lugar desconocido, le provoca un escalofrío en la base del cuello. En un instante y contra toda lógica, desea que haya un doblez del continuo espacio-tiempo, concretamente espera que su hermana aparezca desde detrás del cuadro, como si acabara de colgarlo de ese tapanco inmenso y pudiera ahora asomarse, con un martillo en la mano y preguntando: ¿Así está bien o sigue chueco?

Bonjour, dice el hombre que abrió la puerta que ella acababa de tocar.

Cambio de punto focal. Otro sobresalto: el hombre es inesperadamente guapo. La mira divertido, con dos cejas negras, espesas y alzadas enmarcando unos ojos tan azules que alguien fácilmente podría ahogarse en ellos.

Bonjour, dice ella, pero la erre le sale con las orillas redondeadas: una erre americanizada que le da ganas de subirse la capucha y esconderse en su chamarra.

¿Te puedo ayudar en algo?, pregunta él, cambiando de idioma sin ningún esfuerzo.

Ella señala la pared y dice: Yo hice eso.

Él se gira y pregunta: ¿Cuál de todos?

Es curioso, y algo vergonzoso, darse cuenta de que ni siquiera había notado todas las otras obras de arte. La mayoría están mejor hechas que la suya, sin duda, pero ninguna es tan colorida.

El pulpo, aclara ella.

Él asiente. Dice: Con razón te me hacías conocida.

Soy su hermana, dice ella.

Con esto último la sonrisa de él se achica, sin esfumarse del todo. Da un paso atrás para dejarla pasar, como si fuera inevitable, pero ella en vez de seguirlo duda. Una duda física que intenta anclarla a los escalones de afuera. Tal vez mejor no pasar. Mejor no cruzar el umbral. Pero ya llegó hasta acá y fue mucho lo que viajó para llegar acá. Se obliga a entrar, entonces, y a bajar su mochila al piso. Las correas caen rendidas al unísono, como soltando un gran suspiro. En marcado contraste con las duelas de madera gastada, la mochila es una mezcla saturada de verde y rosa, recién la compró en oferta, y de pronto teme que revele lo nueva que es también ella, que nunca había volado antes de hoy y que, hasta hace literalmente unos días, había estado viviendo encerrada.

Junto a la entrada, una montaña de zapatos desbordándose de varias canastas parece sugerirle que se descalce. Sus botas, al menos, sí parecen de viajera. Se agacha para quitárselas. Detrás de ella, él cierra la puerta y de inmediato la temperatura cambia. El departamento es inmenso y apesta a cigarro y él: ¿es él? ¿Es éste el hombre cuyo corazón está a punto de romper? Intuye que este hombre es del tipo de persona que nunca deja de sonreír, y que para frecuentarlo hay que aprenderse todo el diccionario de sonrisas, la duración, inclinación, temblor, el qué está pasando con los ojos al

mismo tiempo, todas las señales posibles como instrucciones en un manual de modales de otro siglo, y esa idea la agota aún más. No quiere ser ella quien le quite ese privilegio. Pero su hermana dijo que era alemán y éste más bien suena inglés.

¿Eres inglés?, pregunta.

Mitad inglés, dice él: Siéntate, por favor, voy por los demás. La guía hasta un sofá de terciopelo verde oscuro en el centro del cuarto, empieza a alejarse y luego se detiene. Se gira y dice: Tengo que decirte algo, si vienes por sus cosas. ¿Vienes por sus cosas? Porque hace unos meses finalmente donamos todo.

Ella niega con la cabeza. Él se coloca una mano en el pecho y exhala aliviado.

No vengo por las cosas, reitera ella, pero al decirlo el peso de cada objeto donado parece transmitirse a su cuerpo, hundirla en el terciopelo. Esta pérdida no acaba nunca, está en todas partes y cualquier detalle puede reavivarla, amplificarla, prolongarla: un cuadro que colgó años atrás; una serie de cosas donadas y por ende irrecuperables; el hombre que tal vez —o tal vez no— la amaba.

Soy Philip, dice él: Voy por los demás.

Se va a través de una puerta escondida debajo del gran tapanco. Ella lo mira alejarse y se arrincona en el sofá. ¿Quiénes demás? ¿Cuántos más? Podría aprovechar para mirar a su alrededor, buscando rastros de su hermana en el espacio, pero no se atreve. ¡Regalaron sus cosas! Teme que aquí también hayan borrado a Mana y que su ausencia se note en algo fuera de lugar o algo que falta. Es un pensamiento absurdo pero le mantiene la mirada fija en los cristales. Son unos señores ventanales, enormes, divididos en cuadros. Pero cada cuadro tiene las esquinas manchadas de un

modo que, si entrecierras los ojos, parecen más bien círculos, ojos de buey, ventanas de barco. Lo cierto es que ella también regaló sus cosas, todas, o, peor, todas las que no logró vender en esta última semana. Se pone de pie como si la culpa la hubiera pateado. Da dos pasos y vuelve a sentarse al otro extremo del sofá, en el único parche de sol. Mira a su alrededor.

El espacio es grande pero está tan lleno de muebles que la amplitud no se le nota a primera vista. Hay una cocina, una sala y, en una esquina, algo como una estación de costura. Encima hay un tapanco grande, cerrado por cortinas pesadas. En medio, una mesa de madera maciza con bancas. Contra las paredes hay un par de escritorios con computadoras y un piano. Algunas plantas, inexplicablemente vivas. Ceniceros por todos lados. Con razón París volvió fumadora a su hermana. ¡No! No debe pensar en su hermana ahora. Trata de concentrarse en el área delimitada por el sol, en cómo éste hace invisible el polvo flotando y cómo a su vez el polvo parece sugerir la existencia de mundos pequeños, ignorados. Envidia visceralmente a los gatos, quisiera acurrucarse en la rebanada de sol sobre terciopelo y dormitar. Pero ni siquiera se atreve a cerrar los ojos para disfrutar bien del sol en la cara.

35 rue Ganneron, repite en su cabeza, por costumbre. Ha sido su mantra durante todo el viaje, su meta por semanas. Pero ¿y ahora? Lo único que tenía era una dirección sacada de los papeles de la universidad de su hermana y ningún plan más allá de presentarse. El pulpo está aquí, se dice, y yo también regalé sus cosas, así que eso no los hace crueles, o no más crueles que yo… No tiene idea de a quién abarca esa concesión, ese plural. La dirección era la única pista. Apenas ahora acepta la endeblez de su plan. Recuerda con

incredulidad cómo vendió todo en pánico. Cómo compró la mochila y metió su existencia en ella y cruzó el océano esperando encontrar una puerta abierta, un lugar para descansar. Le abrieron la puerta pero ahora, en realidad, no sabe dónde está ni con quiénes. Teme arruinar el espacio, romperlo en pedazos con la violencia de la historia que viene cargando. Tiene un impulso animal de salir corriendo. No es el gato al sol sino el ratoncito que cayó en la trampa. Se oyen voces, ahora, y el crujir de la madera y demasiados pasos como para contarlos. ¿Por qué se designó a sí misma como portadora de tan malas noticias? Y si hubiera que salir huyendo, ¿cómo va a correr sin sus botas?

Alguien carraspea. Ella se hace una visera con la mano y levanta la mirada. Encuentra a una de esas esculturas de madera que tienen el cuerpo y el cuello alargados, sólo que ésta es humana. Es una mujer que chasquea la lengua dos veces, y dice: No te puedes llevar el pulpo.

Ok, contesta ella.

Pero la mujer sigue como si ella no hubiera contestado: Porque esperamos meses, ¡meses!, no mandó la renta, no llamó por teléfono, ni siquiera envió una nota, nada, así que nos quedamos con el pulpo como renta, et puis voilà, quoi.

A su lado, un joven con una barba tan rubia que parece blanca, y tan larga que la lleva trenzada, pone una mano en el hombro de la escultura, que entonces retrocede.

Pero, les dice Philip señalándola con un gesto amplio, como si la estuviera presentando en el teatro: Ella hizo el pulpo.

Los otros dos lo miran a él y luego al pulpo. Luego la miran otra vez a ella, pero de otra manera. No es la primera vez que esto le

pasa y ciertamente no será la última. Pero aún le asombra el efecto que su arte tiene sobre cómo la ven los demás, sobre qué piensan de ella. Le parece tan mágico como injusto, que puedas inventar algo y luego ese algo te reinvente a ti.

Me llamo Vladislav, dice el de la trenza: Y ella es Claudine.

No tengo batería, le dice Philip a Claudine: ¿Puedes llamarlo tú?

Claudine saca del bolsillo algo que parece un telefonito de juguete, pero que funciona, o parece funcionar, y camina hacia la enorme ventana mientras marca. Ella los ha estado viendo desde que aterrizó en Charles de Gaulle, hace un par de horas, sentada en una banca afuera, juntando valor para subirse al tren. Son pequeños ladrillos grises o azul marino o negros. La gente se los pega a la oreja con una mano mientras gesticula con la otra, o aprietan los botoncitos con ambos pulgares, dejándose el cigarro colgando de los labios.

¿Quién, él?, pregunta ella: ¿A quién llaman?

¿Cómo?, dice Philip: ¿No sabes?

Sé que tenía un novio alemán con el que planeaba vivir, dice ella.

¿Puedo sentarme?, pregunta Vladislav.

Es tu sofá, dice ella.

Pues, no, en realidad, éste sofá es de la casera, que dijo que regresaría por él, pero yo dudo que lo haga.

Basta, dice Philip: Vendrá cuando pueda. Todos estamos nerviosos, voy a hacernos un té.

Ese comentario, a ella, la pone aún más nerviosa. Philip se va a la cocina y ella nota, apenas ahora, cómo el sofá verde bloquea el paso a otro sofá junto a la pared. Otros muebles también están duplicados, como si estuvieran en pleno proceso de decisión y aún

no supieran con cuál silla de lectura, cuál mesa de centro, cuál lámpara de pie quedarse y cuál donar. Vladislav se ve tan tenso como ella se siente. Irradia un aura naranja brillante, mucho más cálida de lo que se esperaría de un hombre tan pálido y rígido, como si tuviera un pequeño fuego encendido adentro. Ella entonces recurre a lo que conoce para calmar los nervios. Dice: 76, Naranja Oropimente. ¿Animal? Collar del faisán dorado y vientre de la salamandra. ¿Vegetal? Capuchina.

Vladislav la mira divertido. Por un momento, lo único que se escucha es la tetera eléctrica y Claudine que marca y espera y resopla. Philip regresa con una charola llena de tazas delicadas que combinan con sus modales y contradicen su barba de dos días y la coloca sobre una de las mesas de centro. Claudine suspira junto a la ventana y dice: Il réponds pas.

Philip traduce: No contesta. Luego va hacia la puerta, se amarra una especie de trapo al cuello, saca de la canasta unos mocasines, se los calza y, antes de irse, explica: Andreas tiene que saber que estás aquí.

Aunque lo conoce desde hace menos de media hora, ella ya se siente agradecida, ya en deuda con él. Y al verlo alejarse a través de los ventanales, siente estar perdiendo a su único aliado. Claudine sirve el té, sin sentarse. Inspecciona cada taza antes de entregarla.

Nunca había visto estas tazas, dice.

Como estaba diciendo, dice Vladislav: No creo que la casera vendrá por sus cosas, son prácticamente nuestras ya.

Mais, no, dice Claudine: Tiene que venir por ellas, no somos un basurero. Encuentra un banco y lo carga hasta debajo del tapanco. Se sube en él de modo que la mirada le queda a la altura de la

esquina inferior del cuadro del pulpo y, en voz alta, lee: Tor. Su erre es un sonido largo, un ronroneo.

Tor es como ella firma su trabajo. Pero escucharlo dicho así, con las erres felinas de esta imponente mujer y leído directamente del lienzo, como si ella misma hubiera brotado de la pintura y no al revés, le provoca algo, algo definitivo. Es una caricia a su ego pero también un letrero de salida, un salvavidas. Y tiene perfecto sentido, en ese instante, agarrarse. Aferrarse a esas tres letras y habitarlas como un cangrejo ermitaño que encontró nueva casa. Salir de su pasado oscuro reciente y entrar en su identidad de pintora: usarla como un escudo, como una armadura brillante, un exoesqueleto protector, algo más firme que su yo tan apaleado, su yo devastado. Tor puede ser un hogar para ella, un refugio. Dios sabe que necesita uno porque no para de llover en su milpita. Probará lo que sea, a estas alturas, así que desliza la mano de entre su pierna y el terciopelo y la levanta, la extiende. Lo sella con un apretón de manos. Tor, dice: Mucho gusto.

Enchantée, contesta Claudine, estrechándole la mano con firmeza. Se sueltan y Claudine se sienta junto a Vla. Se pasan entre todos un bote de miel y, luego, mientras beben el té emerge un tono más amistoso.

Claudine es costurera de noche y, de día, estudiante de Derecho. Es originaria de la banlieue: un sitio que Tor imagina como una colonia tropical francesa hasta que le explican que la palabra designa la periferia de la ciudad.

Vladislav es músico y viene de la República Checa. En sus palabras: es un compositor checo que también limpia escusados. Aclara: trabaja como asistente de un compositor famoso. Y ese

compositor famoso es un viejo amigo de la tía de Philip, la casera. Así fue como todos terminaron en 35 rue Ganneron.

Claudine y Vladislav comparten un cuarto al fondo. Philip vive en el tapanco y es coleccionista. Excepto el pulpo, todo el arte en las paredes le pertenece. La tercera habitación, donde solía quedarse la hermana de Tor, se ha convertido recientemente en la bodega de la casera, pero aparentemente lo mismo es cierto para el resto del departamento.

¿Dónde vive Andreas?, pregunta Tor.

En un estudio cerca de aquí, dice Claudine: Iba a mudarse con tu hermana pero lo único que ha hecho es esperarla.

Esto sacude a Tor. Se lo dirá ahora mismo. Les contará todo y ya no tendrá que soportar estas acusaciones no tan sutiles. Pero en vez de eso pregunta: ¿Como un estudio de arte?

No, como un departamentito, dice Vladislav: Con todo en un solo cuarto.

Tor está a punto de pedir más detalles (¿todo en un solo cuarto, cómo funciona eso?) cuando la puerta se abre y entra Philip. Y detrás de él, un hombre muy alto, muy serio, de hombros anchos. Tiene una cabellera rubia que parece dispararse en todas direcciones a la vez y una ligera joroba que podría cifrar tanto humildad como derrota. Se empuja los lentes hacia arriba sobre el puente de la nariz y la mira directo a los ojos. Es él. Camina hacia ella como un hombre aproximándose a un templo. Hay tanta reverencia como curiosidad en sus ojos y, cuando Claudine le ordena: Enlève tes chaussures, putain, la orden rebota en la larga superficie que es él, como haría una pelota de squash en la pared de un gimnasio. No se quitará los zapatos ni mirará a nadie más que a Tor. Parece más hechizado que

agresivo y ahora se detiene frente a ella. La intensidad de su mirada es caricaturesca, ella quiere mirar a los demás y reírse, pero no puede desviar los ojos. Es como algo salido de las botellitas de *Alicia en el País de las Maravillas*, excepto que es ambas sustancias en una: bajo su mirada ella se encoge y, a la vez, se expande.

Vladislav ya no aguanta más, enciende un cigarro y rompe el silencio tenso diciendo, muy despacio: Andreas, te presento a Tor.

Tor se pone de pie, pero aun así él sigue siendo mucho más alto que ella. Él se sienta en la mesa de centro, a menos de medio metro de distancia. Ella vuelve a sentarse en el sofá de terciopelo verde oscuro. Tal vez es autista, piensa ella, tal vez tiene un problema. Nunca ha conocido a alguien que mire así, sin respetar el espacio personal, sin parpadear siquiera. Y es la primera de un millón de veces que piensa, por ignorancia o por falta de imaginación: Tal vez es porque es alemán.

Hola, dice él. El tono es serio, pero no hostil. Su voz es profunda y cálida. Evoca árboles, tanto los sanos en el bosque como los que se cortan para mantener el fuego del hogar. Y con esa voz algo comienza a derretirse en ella. Algo que continuará derritiéndose, quemándose o fundiéndose en ella, por el resto de su vida.

Te pareces mucho a Mana, dice él.

Tor asiente, pero no dice nada. Sonó más como un pensamiento escapado que como un inicio de conversación. Además, esto ella lo sabe, esto ella lo carga: que su hermana ya no está y sin embargo tiene que verla en el espejo a diario.

¿Dónde está Mana?, pregunta él.

Los ojos de ella se llenan de lágrimas y los de él de algo parecido al pánico. ¿O es rabia? ¿Por qué eligió ser ella quien se lo dijera,

carajo? No cree poder hacerlo. Mientras más lo mira esperar la respuesta, más teme aceptar que simplemente no puede dársela. No tiene una. Quiere hundirse, preferiría que el sofá se la trague antes que tener que decirle dónde está Mana, que Mana ya no está, que no está en ninguna parte. Que no sabe, que no sabe.

Mana no te dice Tor, dice él. Y ella cree ver aparecer, ahí, en el quiebre de su voz, una grieta. Y por esa grieta se cuela un rayo, y ella entiende algo. Él no le está hablando desde la sospecha, sólo desde la confusión. Y ella a la confusión la conoce bien, es el territorio donde vive hace tiempo, y sabe que la confusión bien puede convivir con la compasión, sabe, de golpe, que de Andreas no necesita defenderse. Él, además, ha bajado la mirada por fin, y la de ella la sigue al suelo, se posa sobre las duelas, entre las botas de él. Es el exacto mismo modelo que ella acaba de quitarse apenas una hora atrás —ya parece otra vida— sólo que el doble de grandes. Usan las mismas botas. Ella decide que esto es una buena señal. Él vuelve a mirarla y dice: Cuando Mana hablaba de ti, siempre decía Vica.

Tor se obliga a asentir, lentamente. Se obliga a decir la verdad sin tener que desprenderse de la nueva y brillante armadura que, hace minutos, decidió adoptar para siempre. Se obliga a decir claramente: Soy las dos. Soy Vica y soy Tor.

Y

Inmediatamente después del entierro de su madre, las hermanas se metieron en la cama y no salieron por días. Se abrazaban como cucharas rotas, se daban la espalda, se encontraban de nuevo.

Cuando una no podía más, la otra cambiaba las sábanas, buscaba algo de ropa limpia, insistía en que la otra comiera algo. Ninguna quería estar sola. A veces hablaban en clave. Lo que necesitaban decir no podía expresarse con palabras, así que lo decían con colores. De niñas habían memorizado la *Nomenclatura de los colores* de Werner y solían ponerse a prueba mutuamente a todas horas. Era una competencia que habían dejado de lado con los años pero que ahora, ahora que el páncreas infestado de su madre y su partida repentina las había expulsado de la juventud ligera y lanzado a una madurez forzada, ahora el juego las unía más allá de las palabras obvias, gastadas, que tan poco ayudaban. Se refugiaban en tratar de recordar los detalles de aquel catálogo, y en tratar de usarlo para todo.

Mana, decía bajito una en medio de la noche.

¿Sí, Mana?, decía la otra, que tampoco podía dormir.

¿De qué color es el miedo?, preguntaba la primera.

Rojo aurora: es rojo teja con un poco de rojo sangre arterial y una pizca de rojo carmín.

¿Animal?

Cola del pico picapinos. ¿Vegetal?

Manzana.

Manzana de Java. ¿Mineral?

Mineral… cinabrio. Sentimiento: Miedo. ¿Y de qué color es la muerte?

Ciento once.

Pero si la *Nomenclatura* acaba en el 110… Ah.

Ajá.

111 es negro cerrado.

A lo mejor para los muertos, pero para los que nos quedamos es rojo aurora.

Pero si el duelo no es lo mismo que el miedo, Mana, me estás haciendo bolas.

¿No es lo mismo? Yo los siento igualitos.

El duelo es verde.

¿Tú crees?

No… Pero algún día tal vez. No podemos vivir así para siempre. A Mamá no le gustaría.

Ok. ¿Cuál verde?

Celadine.

Ése es casi gris.

Exacto.

Y así podían seguir hasta que el sueño por fin las invadía. Ambas habían dejado sus estudios para cuidar a su madre y ahora no sabían cómo vivir sin esa necesidad de resolver, limpiar, proteger, de la que estaban hartas pero que también se había convertido en la misión de sus vidas, había reordenado no sólo sus prioridades y planes sino también sus aspiraciones y límites, sus personalidades. Con el final de los cuidados perdieron toda rutina. Desayunaban en la tarde, veían películas en medio de la noche, aunque muchas veces no podían decidir cuál ver y terminaban nomás en el sillón, comiendo palomitas con la televisión apagada.

Una de esas noches, o más bien madrugadas, Mana preguntó de pronto: ¿De qué color es Victoria?

De ninguno.

¿Eres transparente?

No, pero ya no soy Victoria. Solo mamá me decía así. Victoria no tiene color porque ya no existe.

Mana se quedó pensando un rato y luego dijo: Deberías cambiarte el nombre. Oficialmente. Y yo también.

Pero Mariana no es tan horrible como Victoria.

Pero Mana es mejor.

Pero Mana es de hermana.

Pero también de Mariana, por eso soy Mana, porque tú no podías decir Mariana cuando aprendiste a hablar.

Ya sé, pero ahora yo también soy tu Mana.

Pero ahora también ya puedes pronunciar la R. Ya madura. Tú vas a ser Vica y yo Mana. Oficialmente.

Va, me late. ¿De qué color es Mana?

Tú dime.

Mana es… mmm. Normalmente sé de qué color es la gente. Al instante.

Ya sé.

Pero contigo no.

Porque soy del mismo color que tú, y es como con los fantasmas, que no pueden ver su reflejo.

¿Qué clase de científica eres, Mana?

¿Sabes qué deberíamos hacer, Mana? Para que sea oficial. Deberíamos enterrarlos. Cuando llevemos a mamá al mar, también hay que echarlas al mar a ellas, junto con las cenizas.

¿A ellas quiénes?

¡A nuestros viejos nombres! A Victoria y a Mariana, con sus infancias felices y sus padres ausentes y su mamá tan chistosa: ¡fuuuum!, al agua patos. Se van ellas, renacemos nosotras.

Renacemos en adultas. Adultas listas. Listas de inteligentes y también de preparadas para lo que sea. Adultas chidas.

Adultas contemporáneas.

Ajá: Vica la pintora y Mana la…

No, no, porque cuando pinto soy Tor.

Tor la pintora y Mana la física. Para el resto de nuestras vidas. ¿Qué opinas? ¡Hay que hacerlo! ¡Mañana mismo! ¡Vamos al puerto de Veracruz!

Mana se subió al sillón entonces, con ese entusiasmo legendario que no había mostrado por semanas, tan brillante como la primera luz del amanecer colándose por entre las cortinas detrás de ellas: irrefutable.

Dijo: Vamos a buscar un buen acantilado, ¡o una lancha! Luego colocó los brazos sobre el respaldo del sillón, como si sostuviera un remo: Vamos a navegar a donde el azul es más profundo y ahí echamos sus cenizas y nuestros viejos nombres por la borda. Va a ser una despedida hermosa, como nos merecemos todas.

¿Y eso nos va a sacar de este caos?

Cien por ciento: nombres nuevos, nuevo orden.

¿Y nos va a quitar la tristeza?

Pues no, oye, tampoco es magia.

Y

Andreas. Philip. Vladislav. Claudine.

Vica está sentada entre ellos al borde de un canal oscuro, el agua reflejando los pocos faroles amarillentos, cuando nota, no sin asombro, que no tiene miedo. No recuerda la última vez que estuvo

en la calle sin miedo. En México debe de ser como la una o dos de la tarde del día después de su partida y ella lleva más de treinta horas despierta. Su misión está cumplida. Ella está agotada.

Contarles a los amigos de Mana lo que pasó fue brutal pero breve. Porque no hay mucho que decir. Ellos no pueden entenderlo, claro, porque no se puede entender. Porque lo único que Vica puede decir sobre lo que le pasó a Mana es que no sabe qué le pasó a Mana.

Mana fue al mercado una mañana y nunca regresó. Testigos la vieron entrar, pero nadie la vio salir. Desapareció como si el mercado, o sus callejones traseros, fueran un agujero negro. Y como, justo antes, llevaba tiempo viviendo fuera del país y había perdido sus llaves, se llevó prestadas las llaves de su hermana, y Vica gastó todo ese primer día, esas horas cruciales para cualquier posibilidad de encontrar pistas, irritada en vez de preocupada, quejándose sola de que Mana andaba por ahí cual turista, con sus llaves, dejándola atrapada en el departamento. Después vino el infierno. En los meses siguientes, recorrió muchos caminos sin salida, recovecos y promesas cada vez menos oficiales. Vendió el departamento —por fin, irónicamente— y repartió la mayor parte del dinero en sobres a abogados y policías y gente cuyo cargo no entendía, o cuyo cargo en realidad no existía, gente que se suponía le ayudaría a buscar a su hermana, pero que resultaron ser quienes, con palabras muy claras, le dijeron que si no dejaba de buscar, de hurgar, de hacer preguntas, ella sería la siguiente. A ella, le explicaron, nadie la iba a extrañar. Nadie iba a repartir sobres si ella desaparecía también. Nadie ni siquiera notaría su ausencia. Y entonces ella, en lugar de esperar a ver si era una amenaza vacía, vendió lo que le quedaba, compró una mochila, un boleto de avión y

llegó justo a este punto del planeta, en el suelo de adoquín junto a un canal oscuro, que bien podría ser —se da cuenta ahora, mientras su historia llega a su fin, dejando a los demás confusos, callados y adoloridos— el final no sólo de sus planes y pronto de su dinero, sino también de su miedo. No sabe si hizo lo correcto. Siente una especie de vértigo irracional, otro tipo de miedo: que ahora que ya no está a merced de la búsqueda y el pánico, entonces quizá el desamparo, el dolor de su pérdida la invada por completo y se la trague. El miedo a la locura.

El silencio se posa sobre el canal como una lámina de hielo. Se dice a sí misma que no debe pensar, ni sentir, ni temer lo que hay debajo de las cosas, solo mirar las superficies. Entrecierra los ojos. Se enfoca en el único movimiento visible: las manos gráciles de Vladislav armando cigarros para todos de un modo a la vez artístico y metódico. Está sentado con las piernas cruzadas, su columna formando esa diagonal tan marcada de quien tiene una postura impecable, un mundo aparte de Andreas, que posee la joroba del alto tímido. Aunque no fue tímido para ofrecerle un lugar donde quedarse. Tal vez cualquiera lo habría hecho después de oír a Claudine decir que Tor no podía quedarse con ellos. La Fourche está llena de muebles, fue su excusa. Tor sospecha que Claudine simplemente no quería esa tristeza en su casa. ¿Y quién puede culparla? Al darse cuenta de que había sido grosera, Claudine añadió: Todos estamos en shock. Necesitamos aire.

Eso fue lo que los llevó a esta larga caminata.

Por supuesto que no se va a quedar en casa de Andreas. Ya vio lo diminuta que es cuando pasaron por ahí para dejar su mochila antes de la caminata. Buscará un hostal. Un hogar, eventualmente. O algo

parecido. Ese futuro cercano es más oscuro que el canal. No tiene idea de qué tan profundo es este cuerpo de agua. Podría ser un pozo o un charco. Lo único que siente ahora, además del cansancio, es el inicio de un alivio. Por fin les contó. Le contó. Algo dentro de ella cambió con el hecho de haber narrado los hechos sin esperar nada a cambio, o tal vez por haberlo contado en inglés esta vez. La traducción desdibujando las cosas, quitándoles peso. Porque ¿cómo se dice en inglés impotencia, coraje? ¿Cómo se dice mordida, feminicidio, desaparecida? ¿Cómo se transmite esa certeza con la que creces en México —de que a las autoridades hay que, sobre todo, temerlas— a un grupo de europeos bien intencionados?

Tenemos que volver, dice Andreas, con la mirada en ella.

Pero si acabamos de llegar, dice Vla.

Volver a México, dice Andreas.

Mais non, dice Claudine.

México es cuatro veces más grande que Francia, dice Vica, otro de los muchos datos que Mana le dio, ése en particular justo antes de desaparecer, mientras sólo estaba en la ciudad para hacer trámites antes de mudarse con Andreas. México también es seis veces más grande que Alemania, pero eso se lo guarda.

Tenemos que buscar mejor, suplica Andreas: Tal vez necesitas que un hombre te ayude a buscar. Lo digo sólo porque tú misma dijiste que es un lugar muy misógino, y…

¡Basta!, dice Philip: Tienes que parar. La niña ha tenido un día larguísimo.

Algo sucede entre Philip y Andreas entonces, algo antiguo, y Vica se pregunta si en realidad son hermanos, aunque no tenga ningún sentido como hipótesis. Sea lo que sea, termina con Andreas

levantando las manos, las palmas hacia afuera, como si lo estuvieran atacando. Ella agradece que la hayan respaldado, aunque también la incomoda. Y el peso regresa a sus hombros con carga extra. Nunca volverá a ser una niña. Está demasiado rota. Niega con la cabeza. Y por cómo ese simple gesto suyo provoca que Andreas baje las manos —y por cómo mete sus dedos bajo los lentes para presionarse los ojos, por cómo él tiembla y ella puede sentarse ahí, sosteniendo un espacio, una burbuja, para dejarlo llorar en silencio— ella siente por primera vez en todo el año que está en el lugar correcto. Útil, de alguna forma. Rota, pero ya no sola. Perdida, pero también un poquito encontrada.

Todo lo que les contó a los otros sobre la desaparición de Mana va asentándose. Percola dentro de ellos. Todo lo que intentó explicar, sobre cómo se ha normalizado el secuestro en México, sobre la llamada de rescate que no estuvo para contestar, o que tal vez nunca sucedió, sobre cómo no salió de casa durante semanas por si acaso alguien llamaba, sobre cómo le recomendaron vender todo, para cuando se pidiera el rescate, pero nunca nadie pidió un rescate y todo se le fue en mordidas, sobre cómo en otros casos enviaban partes de la persona en una caja, y cómo, en momentos muy oscuros, ella incluso deseó eso: una parte, una señal, lo que fuera. Sobre la espera desesperada y los abogados viscosos y los policías aterradores. Sobre la brecha que nunca pudo cruzar entre un caso en papel y un caso en tribunales. Sobre un expediente legal que no es más que un contenedor lleno de huecos y condenado a un archivo, un vacío sobre tantos otros, una caja de Pandora sin su Pandora. Sobre cómo en vez de noticias empezó a recibir amenazas: Sabemos dónde trabajas. Dejó de trabajar, empezó a vivir

encerrada. Pero siguieron pidiendo. No rescate sino protección, dinero fácil. Sabemos dónde vives. Sigues tú. Hasta que tuvo que escaparse. Tuvo que huir y tuvo que aceptar el hecho, el hecho, de que Mana ya no está.

Todo, Vica lo nota, es demasiado para los amigos de Mana. Sabían del departamento —las discusiones, el distanciamiento, cómo Mana quería que Vica lo vendiera y dividieran el dinero pero Vica vivía ahí, Tor pintaba ahí, así que se negó rotundamente— pero casi nada más sobre su hermana. Ni siquiera sabían cómo contactarla mientras pasaban los meses y Mana no respondía sus correos. Se suponía que iba a México por una o dos semanas, para convencer a su hermana de vender, resolver lo de la universidad y su visa de estudiante, y regresar. Pero era 1999 y la universidad estaba en su huelga más larga. Mana les escribió que se tardaría un poco más de lo planeado, y luego ya no volvió a escribir nada, nunca más.

Columna está en negación, le dice Vla en voz baja a Vica: Todos lo estamos.

Vica sabe mucho sobre estar en negación. Pasó meses ahogándose en negación y rabia a pesar de que los expertos dicen que el duelo tiene etapas, como si fuera una escalera. A ella le resulta más parecido a una de esas máquinas para hacer ejercicio donde subes el mismo escalón infinitamente sin avanzar.

Tuvo que salvarse, dice Claudine al canal. Luego se dirige a Vica: Tenías que salvar tu vida.

Es como si esta mujer que acaba de conocer hubiera visto dentro de ella y atisbado el eterno ping-pong oscuro que la acosa: ¿salvé mi vida o sólo abandoné a mi hermana? ¿Estaba en peligro o sólo fui

cobarde? ¿Debí haberme quedado, esconderme y desde ahí seguir buscándola? ¿O eso habría sido un suicidio por esperanza?

No parece…, dice Andreas con cautela: No se siente definitivo.

Vica reprime una risa amarga. Luego un sollozo. Luego asiente y dice lo que sabe: que nunca lo será. Nunca se sentirá definitivo. Ése es el dolor particular de esta herida particular. Porque sin cuerpo no hay conclusión posible. Es un duelo que es también, para siempre, una incertidumbre.

Antes de que Andreas pueda decir algo más, Vladislav ofrece: Como un acorde sin resolver.

¿Qué significa eso?, pregunta Philip, desesperado por un cambio de tono en la conversación.

Vla saca una armónica del bolsillo y toca una melodía triste, hermosa. Después de unos minutos, de pronto la interrumpe en medio de una frase, donde claramente no debía terminar. La expectativa de los demás llena el aire. Esto es lo que eso significa. Todos lo sienten, no hacen falta explicaciones. Es visceral: anhelan colectivamente la siguiente nota dominante que crearía armonía, que restauraría el orden de las cosas, del tiempo, de la melodía. Pero no la toca. El silencio vuelve a apoderarse del momento y se quedan ahí, sin moverse, hundiéndose junto al canal. Cada herida abierta ardiendo mientras se familiarizan con el matiz de este punto de quiebre, una inflexión que los cambiará a todos de distintas formas, en distintos grados, un vacío que los habitará para siempre. Un signo de interrogación, una frase sin sentido: el trágico acorde sin resolver de la desaparición de Mariana Sima.

Y

Durante las semanas siguientes, usando una mezcla de preguntas directas e indirectas y una caja de pasteles de segunda mano, Tor logra reconstruir el árbol genealógico de La Fourche.

No es que La Fourche sea una familia. Ni que todas las familias necesiten árboles. La suya, por ejemplo, no fue menos familia sólo porque su madre era una hoja al viento y su padre un transeúnte con una sombra demasiado larga. Tampoco le confiesa a nadie lo que está haciendo. Ni siquiera lo acepta ella misma, no del todo. No lo considera un proyecto, sólo una idea, un pasatiempo, algo para mantenerse ocupada durante las largas horas que Andreas pasa en la universidad, terminando su posgrado en física —el mismo que Mana no alcanzó a terminar— y Tor tiene el estudio para ella sola.

Lo primero es aprenderse los apodos. Al departamento en el número 35 de la calle Ganneron, todos le dicen La Fourche. Dentro de La Fourche, todos tienen un apodo: el nombre de algún hueso, elegido por Vladislav bajo una lógica que él ni explica ni comparte pero que todos acatan.

Philip es Mandíbula porque habla muchos idiomas, o tal vez nomás porque habla demasiado. Claudine es Fíbula y el propio Vladislav se puso Radio. Más comúnmente les dicen: Fib y Rad. Andreas es Columna Vertebral, pero le dicen Columna a secas. Mana era Cráneo.

Ella tiene que aprenderse todo eso de memoria pero sin que los demás lo noten, sin que siquiera lo sospechen, porque no quiere que nadie sepa lo ávida que está de integrarse, el modo hambriento y fervoroso con el que guarda y acapara cada pedacito de información que comparten con ella, ya sea adrede o sin querer. Toma notas,

también, pero se asegura de que nadie más pueda leerlas. Le vendría bien saber taquigrafía, como su madre, pero como no sabe se inventa su propio código. Un código de color.

Reserva los verdes para Andreas/Columna.

Designa los azules para Philip/Mandíbula. Y a su tía, la casera/The Harriet, a quien Tor sólo conoce por sus muebles: los cafés.

Vladislav/Radio, naranjas. Claudine/Fíbula, amarillos.

Los rojos son para Mana/Cráneo y los rosas para ella misma, para Vica/Tor. Excepto, claro, que el rosa no tiene sitio. Werner no atribuyó una sección en su catálogo para los rosas y, en el espectro de la luz, el rosa no tiene su propia longitud de onda. Y sin embargo existe. El rosa no tiene un lugar propio pero sí está en el mundo. El rosa es. Es un color. Sólo que es un color fuera del espectro, uno que necesita mezclarse con otros para existir. Un invento, un pigmento, una rémora. Una rama injertada artificialmente al árbol genealógico.

Reservó el negro para las líneas y los grises para los lugares: Köln, DF, Londres, La Banlieue, el IHES (el Institut des Hautes Études Scientifiques, donde Mana conoció a Andreas), el estudio de Andreas en la rue Durantin y, por supuesto, La Fourche. Las líneas negras también organizan la nomenclatura. Cómo se dicen los amigos entre sí, por nombre o por apodo. A ella todos la llaman por sus dos nombres, como si aún no pudieran decidir cuál usar.

El resultado de todo lo anterior es una serie de notas visuales obsesivamente organizadas en su concepción pero que, sobre el papel, dan la impresión de algo aleatorio. Las manchas de color parecen vivas, pictóricas y, para el espectador, abstractas. O más bien parecerían si ella permitiera que alguien las viera.

Cada día se dice que hoy sí saldrá a buscar un lugar donde vivir, y luego los pasteles la llaman. Dibuja, anota, entra en un estado parecido al trance y luego, ya en la tarde, antes de que Andreas vuelva a casa, guarda todo, barre, borra cualquier rastro de sus acciones con un trapito húmedo. Cuando él pregunta qué estuvo haciendo todo el día, ella dice que salió a caminar.

Andreas sigue en shock. Cada noche cenan juntos, hablan de Mana, lloran, cambian de tema, se van a dormir agotados, vacíos, ella en el sofá, él en el suelo. Es un sofá cama pero si lo abren ocupa todo el estudio, así que lo dejan cerrado y ella duerme ahí, de espaldas a él porque con él no tiene nada que temer.

Un día en La Fourche, en la esquina que hace las veces de estudio de costura, Tor se queda mirando los rollos de papel barato que Claudine usa para trazar sus patrones, y le pregunta si puede cortar un pedazo. Claudine insiste en que se lleve un rollo entero. A la mañana siguiente, cuando sabe que Andreas tardará muchas horas en volver, Tor pliega la mesa y las sillas del estudio, las recarga contra la pared y desenrolla el papel en el piso, desde la ventana hasta la cocineta, asegurándolo con cinta adhesiva todo alrededor, para que no se mueva. No mira sus notas antes de comenzar, se sabe el código de memoria. Y aunque trabaja consciente de la composición, no intenta controlarla. Dibuja con el canto de los pasteles para saturar los poros del papel con pigmento. Usa los dedos para mezclar. Una servilleta húmeda para levantar el exceso. Un calcetín como difuminador. Está escribiendo en código, pero también está bailando. Y purgando. Y pariendo. Está intentando retratar una familia, sus usos y costumbres, y también las maneras en que esta familia que sí es y no es suya la ha hecho sentir durante

el último mes. Quién llama a quién cómo. Quién conoció a quién dónde. Quién guarda qué rencores. Y luego la forma en que asoma el hoyuelo de Philip cuando algo le resulta gracioso. La manera en que Rad prepara su té con un colador metálico y luego lo usa para dar golpecitos contra el borde de la mesa y explicarte cómo funciona una síncopa, sin importarle cuánto salpique. La forma en que, un día que Philip de nuevo andaba prometiendo que la casera vendría pronto por sus cosas, Claudine se le plantó enfrente, cruzó los brazos y dijo: Mira, Mandi, como decía Coco Chanel, ya deja de golpear la pared esperando que se convierta en puerta.

La forma en que Vica se siente tan cómoda en La Fourche a pesar de, o quizá gracias a, el mobiliario duplicado y disfuncional. La forma en que sus botas se alinean con las de Andreas junto a la puerta cuando llegan juntos, como si fueran un equipo. La forma en que Andreas hace todo. La forma en que ella, aquí, es más ella que nunca, y también menos. Como si estuviera volviendo a nacer en otro lado y otras circunstancias y, al mismo tiempo, nomás volviendo a ser quien fuera antes de sus tantas pérdidas. La forma en que cada célula de su cuerpo desea y en misma medida rechaza esta transformación. La forma en que anhela lo que teme no merecer, lo que debería haber sido de Mana: esta familia rara, esta vida injusta, todo.

Cada tanto Tor se detiene y se para en el sofá para ver su progreso. Nota, cada vez que hace esto, que los verdes dominan el cuadro. Se dice, de nuevo, que es sólo un reflejo objetivo del tiempo que pasa con Andreas en comparación con los demás: nada más, nada menos.

Nota también que hay una energía nueva en sus trazos. Una vitalidad que tal vez sólo pudo brotar de la supervivencia. No, la idea de que algo bueno pudiera salir de su tragedia le revuelve el estómago. Salta del sofá y sigue trabajando para no ahogarse en la vergüenza o el llanto. Deja que todo fluya, que todo la atraviese, deja que las lágrimas caigan mientras raya y difumina y corrige y una vez más pierde la noción del tiempo, tanto que, cuando de pronto escucha la puerta abrirse, es como si levantara la vista por primera vez en todo el día. Andreas está en la puerta, sin poder entrar para no pisar el inmenso dibujo. Ella entonces se ve a sí misma en el espejo de cuerpo entero que hay junto a él. Descubre su cara y manos manchadas, sus pies descalzos están casi negros, su cabello está enmarañado y con restos de pastel grisáceo, en los sitios donde todo el día lo estuvo empujando para despejar la frente y la mirada.

Luego mira el estudio. Cada superficie está cubierta de polvo de colores. Entra en pánico: se dejó ir, fue demasiado lejos. Cruzó el límite del respeto, haciendo un caos del pequeño cosmos de este hombre. Comienza a disculparse pero Andreas simplemente se encoge de hombros, con la mirada aún fija en el dibujo. Pregunta: ¿Qué es?

Ella responde que es un paisaje, un paisaje de puros colores, un «coloraje».

Él pregunta: ¿Como metáfora?

Ella sonríe. Piensa un momento. Dice: Supongo que sí.

Él sigue mirando, como si leyera la imagen. Ella se recuerda que son sólo manchas y líneas, que no hay forma de que él entienda lo que significan.

Él pregunta: ¿Estoy sobrevolando este paisaje, perdón, este coloraje? Es decir, ¿el espectador está arriba o de frente o desde dónde lo está mirando?

Ella lo piensa. Como metáfora. Contesta: Desde afuera queriendo entrar.

Y

Esto, dice Andreas: Es una institución francesa. Sostiene un dulce pequeño, tubular, envuelto en plástico amarillo con bordes de rayas blancas y rosas. Dice: Te presento los Carambars, tres para ti, tres para mí.

Están sentados en una banca enclenque, en la esquina de una lavandería desangelada. Cerca de ellos giran, en círculos hipnóticos, todas las sábanas y ropas que ella ensució con los pasteles. Un foco parpadea y tiñe todo con un matiz particular de la soledad. Tor acepta sus tres Carambars.

Los comen despacio. Si intentas comerlos de otra forma se te pegan a las muelas. Van leyendo los chistes de cada envoltura. Los chistes, tan malos que te hacen reír por eso, por malos, son lo que distingue un Carambar de cualquier otro dulce, explicó Andreas. También que él conoce esta tradición desde los diez años, cuando él y Philip se hicieron amigos por correspondencia a través de los programas de intercambio de idiomas de sus respectivas escuelas. Y rápido se dieron cuenta de que podían enviarse dulces junto con sus cartas; Philip le mandaba éstos y Andreas le enviaba Haribo, las gomitas hechas en Bonn, no muy lejos de donde él creció.

Cuando la lavadora pita, pasan la ropa a la secadora. En la Ciudad de México no necesitamos secadoras, dice Vica, con los brazos llenos de ropa mojada: Tiendes la ropa en la azotea y se seca, toda tiesa, en un ratito.

¿En la azotea?

Sí, tenemos jaulas para la ropa.

¿Para que no se escape?

Para que no se la roben.

Ach, so! Andreas se vuelve a sentar y mira al piso un momento. Ella teme que vaya a hundirse en esta mención del crimen en México, pero cuando alza la mirada sólo dice: En una ciudad seca, el aire calienta la tela por las vibraciones de las moléculas, y además empuja las moléculas de agua hacia fuera, al espacio justo encima de la ropa, así que… Se frena al notar cómo ella lo está mirando, entre cautivada y socarrona, y se sonroja. Concluye rápido: El punto es que en las ciudades húmedas las secadoras son un invento maravilloso.

¿Un invento maravilloso? Ella se ríe, ya en suficiente confianza como para burlarse un poco de él. O quizá simplemente fortalecida por un día de hacer arte. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Había olvidado la fuerza que te inyecta crear algo. O tal vez que te inyecta pasar unas horas fuera de ti misma.

Maravilloso, insiste él: Siempre y cuando empieces a doblar antes de que la ropa se enfríe. Para prevenir la formación de arrugas.

A ella le parece encantadora la forma en que dice arrugas, como si no fueran diminutos defectos temporales sino algo mucho peor, algo parecido a las verrugas, o al fracaso. Intuye, aunque no está segura, que eso significa que él también ya se siente en confianza con ella.

Porque duda que Andreas permitiría que sus amigos cool de La Fourche conozcan su verdadera opinión sobre la ropa arrugada. Ella decide esforzarse en doblar bien todas las prendas que antes ensució.

Después de diecinueve minutos, Andreas se levanta y sostiene la bolsa de plástico negro abierta frente a la secadora. ¿Lista?, pregunta. Ella asiente a medias. Él parece serio. Dice: Cuando haga bip, tú abres la puerta, yo saco la ropa y luego corremos.

¿Para qué, corremos? Si ya pagamos…

Él no contesta porque entonces la secadora pita. Ella abre la puerta y él empuja la ropa caliente en la bolsa tan rápido que ella ni alcanza a ayudar, luego mete la cabeza en la secadora para verificar que no se quedó atorado ningún calcetín, se echa la bolsa al hombro y literalmente sale corriendo. Ella ríe y lo sigue con calma. Pero para cuando sale a la calle, él ya está a media cuadra y no se detiene. Así que ella se echa a correr también, tan rápido como puede sin chocar con nada ni nadie, y mientras corre entiende: las arrugas. Lo alcanza cerca de su edificio. Ella marca el código y le detiene el portón, él entra veloz con la bolsa. Avanzan trotando por el pasillo, pasan un patio, varios botes de basura, el baño, hasta llegar al estudio. Él deja la bolsa en el piso el tiempo que toma, clic clac, abrir el sofá cama. Así le llama él siempre al sofá, «el clic clac» y ahora ella por fin entiende por qué.

Se quedan de pie con las nalgas pegadas al fregadero de la cocineta y a la puerta de la regadera, respectivamente, porque con el clic clac abierto no hay dónde más pararse. Cuando él vacía la bolsa sobre la cama, ella se promete otra vez doblar las cosas bien, como lo hacía su madre. Su madre solía trazar cada mañana un

surco perfecto en el cuero cabelludo de sus hijas, repartir en dos partes iguales el cabello y trenzar a cada lado del rostro con una simetría y una precisión que nunca han existido en las acciones de Vica. Cosa que ahora mismo corregirá.

O no. No lo corregirá, porque en lugar de elegir una prenda y empezar a doblar, Andreas salta como niño sobre el montón de ropa. Gime de placer. Luego, al verla todavía de pie, le toma la mano y la jala junto a él. La sensación se explica sola: es como un chocolate caliente, una sauna, una hamaca al sol. Un gozo esencial. Incluso ahora, en primavera tirando a verano, este tipo de calorcito hace bien. Y que Andreas corriera por la calle como un loco de pronto tiene todo el sentido. Vale la pena por este placer fugaz. Le vienen a la mente escenas de los cómics de su infancia, donde niños gringos daban un brinco para aterrizar en una montaña de hojas secas. En el DF no hay un otoño de ésos, pero sí hay brincos y caídas. Y aquí también hay caídas, aterrizajes sorprendentes. Hay este rendirse al tacto, cuando entre cuellos y mangas un dedo roza una mejilla, una pierna se enreda con otra, una boca encuentra otra boca. Una lengua otra lengua. Hay la humedad que se expande: una gota de agua sobre una carta, borrando lo que estaba escrito. Diluyendo lo que está permitido. Se desnudan fácilmente, sólo más ropa entre la mucha ropa y aunque la ropa se va enfriando el calor entre ellos crece, transformándose en fervor. Si sienten temor o vergüenza, el otro no lo nota entre las capas de toallas y camisetas, y mientras se besan y se exploran bien podrían estar acurrucados en una cueva oscura en algún bosque remoto: vulnerables, sí, pero no expuestos. Encubiertos por la tela y por el tacto. El tacto como bálsamo y como sed, la unión como remiendo. Cada caricia una sutura. Y hacen el

amor en silencio, como si nadie, ni siquiera ellos mismos, debiera enterarse.



Un golpeteo metálico en las persianas. Tor clava los dedos en el pecho de Andreas y se queda inmóvil, lista para fingir que no están. Pero él grita: C'est qui?

El calor del pleno verano les impide cerrar las ventanas de verdad, así que han estado durmiendo sólo con las persianas rotas cerradas, sostenidas por un sistema de cuerdas que cruza todo el estudio y se sujeta a la puerta principal, de modo que, desde el sofá, se siente como si estuvieran dentro de una telaraña.

C'est moi, dice una voz.

Cou-cou, toi!, grita Andreas, tan desnudo como desenfadado. Susurra: Es Fib, ¿puedes abrirle?

Ella quiere decir que no, pero él ya está aflojando las cuerdas y saliéndose al pasillo, donde está el baño compartido.

Tor se pone algo de ropa, dobla el clic clac y abre las persianas todo lo que puede, con la esperanza de que el aire de la calle se lleve cualquier vapor que los delate. Parpadea. Lo primero que ve cuando sus ojos se acostumbran a la luz del sol, es color mostaza. Es un turbante, el frente anudado en una especie de flor, dos aros dorados como aretes, un vestido de algodón blanco debajo de todo eso. Claudine se queda ahí de pie, con su típico porte de siempre, a la vez humilde y soberbio, sosteniendo las persianas con los brazos abiertos mientras Vica engancha las cuerdas para evitar que se azoten.

Cuando se saludan con un beso en cada mejilla, Tor nota que Claudine está mirando algo atrás de ella y teme que sea Andreas, que haya vuelto al cuarto sin ropa. Pero al girarse descubre que lo que Claudine mira es su coloraje.

Ya puedes soltar, dice Tor.

Claudine deja ir las persianas, entra por la ventana y va directamente al dibujo, que ahora vive pegado a la pared. ¿Tú lo hiciste?, pregunta.

Tor asiente. Andreas regresa vestido y la saluda. Por respuesta, Claudine dice: Voy a comprar tissus aquí a la vuelta. Pero lo dice con la nariz tan cerca de los pasteles que Tor temería por su vestido blanco si no hubiera rociado la obra con muchísimo spray de pelo. ¿Me acompañas?, pregunta Claudine.

Tor mira a Andreas, que vacía metódicamente la cafetera en un recipiente de plástico que luego llevará a una misteriosa composta a muchas cuadras de aquí. Pero él también la mira a ella, como esperando su respuesta. Es como una bola de billar que rueda lentamente entre ellos, chocando a los lados, golpeándola entre las cejas antes de que siquiera le pase por la cabeza no sólo que Claudine le está hablando a ella, no a Andreas, sino que además la está… ¿visitando? ¿Invitando a salir?

¿Tisús?, pregunta Vica.

Tela, traduce Andreas.

Ah oui, putain, tela. Es demasiado temprano para hablar otro idioma. ¿Vienes, V?

Tor asiente y luego pasa toda la mañana siguiendo a Claudine, a quien ya se anima a llamar Fíbula, por el Marché Saint Pierre, recorriendo más tiendas de telas de las que puede contar. Visitas

rápidas, enfocadas. Fib sabe lo que quiere. Wax, dijo a modo de explicación, sin añadir nada más, dejando que Tor observara el tipo de tela que toma, evalúa y descarta con un desdén casi doloroso, como si toda la industria textil la decepcionara. Fib también es tajante sobre qué tiendas evitar, cuáles venden porquerías, cuáles estafan, cuáles no tienen buena luz.

Mal eclairé, dice señalando la puerta de una, como si la falta de luz fuera una plaga, y siguen adelante. Tor se emociona de haber encontrado a alguien que se toma tan en serio como ella la iluminación: la mala luz arruina el color.

Unas horas más tarde compran sándwiches y se sientan en las escaleras del Sacré-Coeur. No en las principales, donde hay al menos cien personas más comiendo sándwiches. Claudine las guía a unas escaleras que suben a una puerta lateral.

Después de comer, Claudine echa la cabeza hacia atrás para vaciar las últimas gotas de su Coca-Cola, alargando el cuello de forma imposible mientras levanta la lata hacia el cielo. Luego eructa. Luego pregunta: ¿Qué pasa con Columna?

¿Qué pasa de qué?, dice Tor, sintiendo cómo su propio cuello se queda tieso.

¿Estás con él?, pregunta Claudine.

No estoy en contra de él, dice Tor, y luego se obliga a mirarla. Aunque se sonroja, necesita saber qué piensa Fib.

Claudine le sonríe como sólo ella puede: con una mueca que ilumina no sólo su rostro sino toda la habitación, en este caso la monumental sombra del Sacré-Coeur. Lluego le da unas palmaditas en la pierna y se levanta: On y va?

Para cuando Fíbula por fin encuentra lo que buscaba y compra un solo metro cuadrado, Tor ya va cargada de bolsas. Ha comprado más wax africano del que podrá meter en el estudio de Andreas. No pudo evitarlo: se enamoró. El wax es atrevido, valiente y lleno de vida. Es un rotundo fuck you al vestidito negro, a los cielos grises, al solipsismo europeo. Es una salida de la oscuridad. El wax, se miente a sí misma con grandilocuencia, es el principio del final del duelo.

En una tienda enorme llamada Tissus Reine, algo muy distinto a la orgía de color del wax hace que Tor se detenga en seco. Es una pared entera de telas blanquecinas, blancas y casi blancas. Se queda frente a ella varios minutos, tratando de clasificar mentalmente los diferentes tonos: 6. Blanco verdoso, Narciso de manojo. 7. Blanco leche desnatada, Ópalo común. 3. Blanco purpúreo, Unión del cuello y la espalda de la gaviota tridáctila.

¿Vas a comprar algo más, V?, la saca Fib de su reto privado.

Tor niega con la cabeza. A diferencia del wax, admira esta pared como se admira una obra en un museo: sin ninguna necesidad de poseerla.

De camino a La Fourche, con la ropa sudada y la piel pegajosa tras un día en la calle, cargando entre ambas las bolsas de wax y más wax, Tor dice: Debería existir un museo del tissu.

Hay muchos museos de telas, dice Claudine.

No.

Mais si, museos textiles, de artes y oficios, de diseño, el…

No, no, ya sé. Lo que quiero decir es… Se queda callada.

Claudine se exaspera, frena en seco: Bah, quoi?

Tor dice, por primera vez: Debería existir un museo del color.

Y

Encima, el cielo: un panel gris, bidimensional. Debajo, una colina cubierta de pasto que sostiene su cuerpo como un trono natural, como un punto de observación hecho a la medida. Está recostada boca arriba, recargada en los codos. A su lado, Andreas dibuja círculos en un cuaderno con un lápiz que sacó de donde saca todo: de su mochila sin fondo.

Al otro lado, Philip sostiene la flama de un encendedor bajo un centímetro cuadrado de pasta de hachís marrón oscuro. Cuando se calienta, la frota entre los dedos, dejando caer diminutas partículas en el tabaco de un cigarro que ha desmontado y vuelto a armar usando un boleto rosa del metro enrollado como filtro. Vica ha fumado marihuana antes, pero nunca hachís. Las drogas recreativas se fueron por el mismo tubo que el resto de la recreación cuando Mana… Basta, se reprende: No pienses en Mana ahora. Estate presente en el presente, como le gusta decir a Vladislav. Aquí estás ahora: entre el cielo y el pasto y el hachís. Decide que le gusta el hachís incluso antes de que Philip encienda y pase el porro, porque le gusta el aroma terroso y aprecia los requisitos artesanales.

¿Por qué no le cuentas a Philip sobre tu museo?, pregunta Andreas.

¿En el que trabajábamos mi mamá y yo?, pregunta ella.

No, ¡tu museo! El que quieres hacer.

¿Quieres hacer un museo?, pregunta Philip: Y luego dicen que *yo* soy ambicioso.

Ella se sonroja. Se encoge de hombros. Le da una calada al porro. Ha estado hablando de eso sin parar desde que se le ocurrió la idea.

Rad y Fib le prestaron la credencial de prensa de The Harriet y ahora ella se pasa todo el día entrando y saliendo de museos. Los visita en plan investigadora, por no decir espía. Toma notas, hace planes utópicos. Cada noche le cuenta todo a Andreas. Pero contarle a Philip es distinto. Él sabe más de arte que cualquier persona de su edad que haya conocido. Andreas la mira con su expresión de aliento, la que parece iluminarla y propulsarla al mismo tiempo, así que ella suelta el humo y se lanza a un monólogo.

Explica que habría colecciones permanentes (más científicas) y exposiciones (más artísticas). Habría una gran explanada al frente, con fuentes de agua teñida. Menciona su amistad con Iker Larrauri para reforzar su credibilidad, pero Philip no sabe quién es Iker. Así que pasa a la colección: dado que se trata de una fantasía tiene acceso a todo lo que quiera, con lo cual montaría exposiciones improbables donde la paleta fuera la reina, yuxtaposiciones de artistas que nos obligaran a verlos bajo una luz distinta: tan simple como que una pared amarilla parecerá más verde o más naranja según el color de la pared de al lado. Un af Klint, por ejemplo, expuesto junto a un Klimt. Y más baños para mujeres que para hombres, claro: eso es algo que todos los museos del mundo hacen mal.

Philip se ríe y responde: Bloody brilliant.

¿De verdad?, pregunta ella.

Es brillante, repite Philip: Me lo robaría sin pensarlo, si pudiera. Lo que quiero decir es que ojalá hubiera sido mi idea. ¿Fue tu idea?

Ella ríe también, asiente, se sonroja más, incapaz de ocultar cuánto le agrada su reacción. La validación exterior funciona exactamente como una droga recreativa.

¿Cómo es que a nadie se le ha ocurrido antes?, sigue Philip: ¡El Museo Internacional del Color!

¿Por qué internacional?, interviene Andreas: El color es universal.

¡No!, dicen al mismo tiempo Philip y Vica.

Andreas levanta las manos como si lo estuvieran asaltando.

El color es cultural, dice ella.

Nein, nein, replica Andreas: Es física, es biomecánica, son longitudes de onda y cerebro.

Bueno, pero la música también, dice Vica, y cualquier arte, ya que estamos. Eso no lo hace menos cultural. El color es como el gusto: es algo que se aprende. Es subjetivo. El verde y el azul son buenos ejemplos. Muchas sociedades no los distinguen.

¡Cierto! En galés «glas» es azul, pero también es esto, dice Philip, señalando el pasto a su alrededor.

Mmm, dice Andreas.

¡Míralo!, exclama Philip triunfante: Dejaste mudo a Luft, nunca había visto a nadie hacer eso antes.

Entonces Andreas hace su especie de visión en túnel, donde el mundo parece evaporarse a su alrededor sólo por lo intensamente que la mira. Y dice: Deberías hacerlo.

¿Hacer qué?, pregunta ella.

Tu museo sobre el color.

Sólo que los museos no los hace ni los posee la gente, dice Philip: Más bien los gobiernos, o grandes empresas, o fundaciones.

¡Compositores sordos!, dice Vica.

Ambos la miran. Está a punto de explicar la expresión, pero se detiene. No quiere hablar de Mana. No quiere que Mana le robe este momento, aunque podría decirse que ella misma le ha hecho eso a

Mana. Se ha metido en la vida de su hermana como una pieza faltante sustituta. Tiene una intuición compleja y resbaladiza de un rompecabezas a medio armar como metáfora de pérdida y traición. Ellos siguen mirándola mientras la idea oscurece su rostro.

¿Estás bien?, pregunta Philip.

Estoy pacheca, dice ella.

Yo también, dice Andreas.

Yo no, dice Philip, extendiendo un brazo para pedir el porro de regreso.

Andreas se lo pasa y dice: A mí estar pacheco me ayuda a visualizar algunas implicaciones de la mecánica cuántica.

¿Eso es lo que les vas a decir a tus alumnos cuando consigas ese trabajo?, pregunta Philip.

Pero Andreas ignora la pregunta y levanta su dibujo: ¿Estás listo para esto?

Sí, dale, dice Philip: Multiverso.

Nein, nein. No más multiverso, dice Andreas poniendo una voz como de maestro que ella nunca le había escuchado. Esto es otra cosa. Se llama «the many worlds interpretation».

Suena a película mala, dice Philip.

Explica el gato de Schrödinger, dice Andreas.

¿El gato de quién?, pregunta Vica, tratando de aferrarse a la conversación de ellos para salir de su espiral interior y, además, ¿no estaban hablando de su museo?

Es un experimento sádico que le encanta a Andreas, dice Philip.

Es un experimento mental, aclara Andreas.

Philip sigue: Se trata de matar a un gato dentro de una caja, pero luego no abrir la caja para asegurarse de que esté muerto, así que el

gato está técnicamente muerto y también técnicamente no muerto, lo cual es una paradoja infinita. Yo personalmente siempre he pensado que uno podría simplemente esperar a que el olor…

¡No se trata de matar!, dice Andreas. Excepto que la teoría de los many worlds sí mata la paradoja. ¡Ja, ja!

¿Cómo?, pregunta Philip.

Porque se divide el mundo. Y entonces hay dos mundos. Hay un mundo donde el gato está vivo y otro mundo completamente diferente donde el gato está muerto.

¿El mundo se divide?, pregunta Philip, con el hoyuelo desapareciendo y las cejas gruesas subiendo todo lo que pueden.

El. Mundo. Se. Divide, repite Andreas despacio, señalando su dibujo. Con la goma de su lápiz golpea en el centro de uno de los círculos, luego en otro: El mundo se divide y ahora hay dos mundos. Ambos son igual de reales, e incapaces de conectarse entre sí. Ésta es la única manera en que ambos estados pueden ser ciertos al mismo tiempo.

El corazón de Vica se acelera y no sabe si es por el hachís o por la teoría. ¿Cuántos mundos hay?, pregunta.

No lo sabemos, dice Andreas. Podría ser infinito. También podría ser finito, pero entonces sería un número tan grande que, pues, no hay suficiente hachís en este mundo para que yo lo pueda comprender.

El hachís es infinito, Luft, dice Philip: Es finito, pero es infinito, como el luft.

¿Eres infinito?, le pregunta Vica a Andreas.

Eso no tiene ningún sentido, le dice él a Philip. Y a ella le explica: Quiere decir como el aire. Luft significa aire.

El pensamiento es tan redondo y simple, tan satisfactorio. Claro. Él es como aire y por eso ella siente que ya no puede vivir sin él. Luego el pensamiento se vuelve aterrador. Claro que puede vivir sin él. ¡Debe! Andreas podrá sentirse como una bocanada de oxígeno ahora mismo, pero es oxígeno robado, no es suyo para respirar, amar, conservar. Ni siquiera sabía qué significa su apellido.

No lo sabía, dice ella, con la voz de pronto pequeñita.

Yo sólo me alegro de estar vivo en este mundo ahora mismo, aunque sea diminuto, dice Philip: Perdón, mini.

¡Many!, ríe Andreas. ¡No mini! Many worlds, la teoría de los muchos mundos.

Whatever, dice Philip.

Ninguno parece notar que ella se ha ido, que se está hundiendo. Se colocó en posición fetal y siendo arrastrada a un abismo oscuro. ¡Tiene que ser capaz de imaginar un mundo sin él! ¿A menos de que la teoría tenga razón? ¿Sería posible necesitarlo como oxígeno y al mismo tiempo no necesitarlo para nada, no haberlo ni conocido? ¿Y si ella pudiera seguir viviendo su propia vida y también de alguna forma seguir viviendo la de Mana? Mejor aún: y si Mana existe en algún lugar, sana y salva en una burbuja de aire muy lejana, completamente inalcanzable pero muy real, dibujada con lápiz por algún dios altísimo, y qué quiso decir Philip con «ese trabajo», y ¿existirá una burbuja donde ella no logra levantarse de esta cuna de pasto? Y el cielo, esa plancha de concreto sobre ella: ¿no está como bajando? ¿Cuánto falta para que la aplaste?

¡Vica!, dice Philip, rodando la planta de su pie sobre la pantorrilla de ella. Ella no se vuelve hacia él, pero abre los ojos justo a tiempo para ver aparecer los pies de Andreas frente a su cara: las suelas de

sus sandalias aplastando el pasto, los calcetines llenos de bolitas sin remedio.

Te vas a hiperventilar, dice él, acuclillándose.

Ahora también aparecen los pies descalzos de Philip sobre el pasto. Ella los observa, y usa esa imagen para anclarse en la realidad, porque no puedes inventar unos pies humanos, son demasiado raros.

Se reincorpora. Andreas la toma en brazos, le besa la coronilla, y el mundo, este mundo, vuelve a sentirse sólido.

No me gusta el hachís, dice ella: No combinado con ciencia ficción.

¡No es ciencia fi…!

¡Déjala en paz!, dice Philip: ¿Quieres que se malviaje?

Philip saca una botella de jugo de manzana y una bolsa de cacahuates salados de la mochila de Andreas. Vuelven a sentarse y comparten ambos durante un rato. Luego, Andreas prueba de nuevo: Pero es que no es ficción, es…

Esta vez, para callarlo, Philip se pone a cantar a todo volumen: Will you still love me, will you still feed me, when I'm sixty four…

Pero mientras canta, Andreas se le acerca a ella al oído y le susurra: No es ciencia ficción, es ciencia.

Luego se recuesta, jalándola junto con él hacia la horizontal y se quedan así: él boca arriba y ella de lado, con la cabeza recargada en el pecho de él. Como sigue pacheca, puede literalmente sentir cómo se derrite su mejilla en la camisa de Andreas y cómo, poco a poco, el ruido negro en su cabeza se sincroniza con el pum pum que emite ese pecho… y se silencia.

Y

Yo no te creo, grita Mandíbula desde la cocina, y todos lo abuchean.

Cuando Tor entró hoy a La Fourche, una mujer de cabello gris y labios rojos se levantó, caminó hacia ella, la apretó fuerte entre sus brazos y le dijo: Mi pobre niña. El abrazo duró lo suficiente para que Tor sintiera que, por fin, todos en la casa le habían dado sus condolencias. Ahora, una hora y un almuerzo después, Harriet acaba de anunciar que está por retirarse después de una larga carrera de periodista.

Te lo juro, dice Harriet: No más reportajes, no más deadlines. Tengo planes más elevados. Por fin me dedicaré a mi jardín, que he descuidado por décadas.

Mandi sale de la cocina con una hermosa tarta de frutas. Al sentarse le pasa a Tor un pequeño tenedor y le dice: fourchette. Se ha propuesto enseñarle francés. Ella no sabe si esto es caridad o alguna forma de competencia con Andreas, pero lo ha aceptado con gusto.

Si esto es fourchette, pregunta ella: ¿Qué significa fourche?

¡La Fourche!, dice Rad: Es el nombre de la estación de metro aquí al lado.

Nunca lo había pensado, dice Fib: ¿Cómo se dice La Fourche en inglés?

The fork, dice Harriet: Supongo que sí es confuso.

Pero La Fourche no es una fourchette, dice Andreas: es una bifurcación, como un cruce en el camino.

Como dijo el beisbolista, añade Mandi: Cuando en el camino llegues a una bifurcación, ¡tómala!

Todos ríen, pero Andreas sigue explicando: Como la letra Y, dice.

Tor asiente, ya entendió. Dice: Como un wishbone.

¿Qué es un wishbone?, pregunta Claudine.

Es ese huesito del pollo, dice Harriet: En mi país dos personas lo sostienen y piden un deseo y luego lo rompen, y sólo a quien se queda con la parte más larga del wishbone se le cumple su deseo. ¿En sus países hacen eso?

Todos asienten excepto Tor.

¿No en México?, pregunta Vla.

Ella duda. ¿Tal vez sí? Su información no viene de una costumbre nacional sino de una versión privada: la de su hermana, de cuando eran niñas. Pero es todo lo que tiene, así que lo extrapola a toda la patria. Dice: En México hacemos magia con ese huesito.

Ah, dice Harriet: Eso es mucho mejor que una persona obteniendo su deseo y la otra quedándose con el palito corto, ¿no? Más democrático, magia para todos.

Tor entiende por qué Harriet fue tan buena periodista. La forma en que te presta toda su atención hace que quieras abrirte, contarle todo y cualquier cosa, con tal de que siga asintiendo. Así que se sigue: Pero hay que tener cuidado con lo que se desea, porque nunca puedes pedir el mismo deseo dos veces.

¡Interesante!, dice Harriet.

¡Muy!, dice Tor: De hecho yo lo hice una vez, hice magia con un wishbone. Pero ni bien lo dice, se pone roja como tomate.

Asombroso, dice Harriet: Asombroso pero no imposible. Una vez conocí a un hombre en Panamá cuya cara quedó paralizada para siempre cuando una mujer pronunció una maldición y le sopló harina de ñame en la cara.

¡No lo encuentro!, dice Claudine desde la sala: ¿Cuál es el nombre científico?

Es fúrcula, dice Andreas: Pero no lo vas a encontrar ahí, Fib, los humanos no tienen wishbone.

Ah bon?, dice ella, y regresa a la mesa con los labios fruncidos. Había estado mirando un póster inquietante que Tor descubrió apenas hoy, después de que Harriet finalmente sacó sus muebles, dejando al descubierto paredes enteras del departamento: en este póster un esqueleto humano, a escala real, tiene en cada hueso un letrero con su nombre. Es de ahí que Radio saca los apodos.

Sólo las aves tienen fúrcula, dice Andreas: Y algunos dinosaurios.

Random, dice Mandi: ¿Por qué sólo aves y dinosaurios?

Por la evolución, dice Andreas.

Todos lo miran.

Las aves vienen de los dinosaurios, añade.

Un «¡aah!» colectivo se eleva de la mesa como el vapor de una sopa.

No creo que me enseñaron eso en la escuela, dice Mandi. Y luego a Harriet: Tal vez tengas que mandarme otra vez a la escuela.

Dudo que te acepten de regreso, querido, responde ella: Pero además, si me preguntan, el reino animal está sobrevalorado. Igual que la flora. ¿Saben de qué reino no hablamos nunca lo suficiente? ¡Del fungi!

La fúrcula o wishbone es lo que mantiene juntas las alas de un ave, sigue Andreas, sin dejarse distraer por el reino de los hongos: Los mamíferos, en cambio, tenemos un hueco entre las clavículas.

Todos se llevan los dedos a ese punto entre las clavículas: una desconexión, una ausencia.

Deberíamos hacer un octubramiento, dice Vla.

Toda la mesa sonríe de golpe.

¿Ahora mismo?, pregunta Mandíbula: ¿Quieres decir en este instante?

Vla asiente y se levanta. Mandi, Claudine y Andreas lo siguen por el pasillo bajo el tapanco. Completamente confundida, Tor se dirige a la única otra persona que quedó en la mesa: ¿Qué está pasando?

¡Un octubramiento!, dice Harriet, tomándole la mano: ¡Qué emoción! Es la primera vez que asisto a uno.

¿Qué es un octubramiento?

Oh, dice Harriet: Es un bautizo comunista en el mundo real, o solía serlo, pero aquí es cuando Radio le da un nombre de hueso a alguien. Como tu hermana, que era Cráneo, y Philip es Mandíbula, y…

Sí, conozco los apodos, pero ¿te van a bautizar ahora mismo?

¡Espero que sí! Yo encuentro a mis pómulos encantadores, pero Rad dice que uno no puede elegir su propio apodo. Ya le dije que tiene que relajarse o va a terminar dirigiendo una secta, y eso nunca acaba bien, ¿estás de acuerdo?

Unos momentos después, los demás regresan cargando telas de todos los colores. Le entregan un mantel floreado a Harriet, pero nada a Tor.

Primero, dice Vla después de guiar a todos a formar un círculo en medio de la sala: Vamos a rendir homenaje a la amiga que hemos perdido.

Saca su armónica y toca una melodía. Uno por uno, caminan hacia el póster del esqueleto, extienden la mano hasta el cráneo y se despiden en silencio. Cuando es su turno, Andreas apoya su frente

contra la de la calaca y se queda así un buen rato, susurrando. Tor encuentra la ceremonia tan conmovedora como absurda, por no decir bochornosa. Agradece el ritual pero también agradece que nadie le pida participar. Mana nunca fue Cráneo para ella.

Vla termina la canción y ella supone que todo ha terminado. Pero entonces él dice: Vica, Tor, ¿puedes sentarte en medio del círculo?

Ok… responde ella. Se sienta en el piso y los otros cierran el círculo a su alrededor. Intenta no reír. No llorar.

También hemos ganado una amiga, dice Rad.

Luego todo ocurre rápido, pero como en cámara lenta. Primero, Fíbula coloca su turbante color mostaza en la cabeza de Vica. Luego Columna le cubre los muslos con una manta de lana, metiéndola a los lados, bajo sus piernas, con una suavidad que le permite imaginarlo de mayor, casi como el padre de alguien. Pero no tiene tiempo de disfrutar el atisbo porque ahora Mandíbula le levanta la mano y le ata un pañuelo de seda en la muñeca, como si fuera una pulsera. Después Harriet, tras pensarlo con cuidado, le cubre los pies con la tela floreada, dándoles tres pequeñas palmaditas antes de regresar al círculo. Finalmente, Radio guarda la armónica en su bolsillo y se arrodilla. Se quita la bufanda y la coloca sobre los hombros de Vica-Tor, que ahora está envuelta como un bebé, como una momia, como un bienquerido tamal.

Todavía hincado, Radio toca con la yema de su dedo índice el espacio entre las clavículas de ella, y dice: Te nombro Wishbone.



Wishbone y Columna miran por la ventana: la gente entra y sale del encuadre como en una obra de arte móvil, mágica. No hablan casi, no queda nada por decir. Hace unos días, Andreas abrió el buzón y por fin encontró la noticia que había estado esperando: ese trabajo. En septiembre estará dando clases de física en un Gymnasium en Köln: una preparatoria en Colonia. Colonia está en Alemania, es donde él creció y donde aún vive su madre. Se irá en un par de horas.

Desde que llegó la carta han estado aquí metidos, enredados uno en el otro, tristes pero acordando, muy racionalmente, varias veces al día, no estar tristes. No hay necesidad. No hay razón. Han pasado por tragedias verdaderas; esto no es nada, esto es la vida. Son tan afortunados de tenerla: la vida. De todos modos yacen rendidos, como desplomados sobre el clic clac que plegaron en sofá para que él pudiera empacar.

De vez en cuando, un transeúnte mira hacia adentro y, al descubrirlos vivos entre los muebles, aparta la vista como si lo hubieran regañado. Ella se imagina cómo deben de verse: enmarcados, indiferentes, sin duda una pareja. Él está sentado con las rodillas huesudas sobresaliendo del sofá; ella está recostada de lado, con la cabeza en su regazo. Los dos vestidos de negro. Cabello grasiento, ambos. Barba nueva, él; ella: delineador de ayer. Tan quietos que, un segundo después, el transeúnte empieza a dudar: ¿eran reales? ¿Eran maniquíes? ¿Eran arte? Ella evoca la alucinación que tuvo en el parque y le resulta fácil replicarla. Fácil sentir su cachete fundiéndose en el muslo de él. Quedan unidos firmemente en cada punto de contacto: donde la mano de él descansa sobre la curva de su cadera, donde su codo roza el hueco de su cintura. Él no

puede levantar la mano y ella no puede levantar la cara. No pueden separarse en absoluto. Están tallados en la misma piedra.

Wishbone intenta transmitir con palabras la imagen de ellos como una escultura.

Él lo piensa un momento y luego pregunta: ¿Sabes qué es el entrelazamiento cuántico?

No.

Es cuando dos partículas no pueden describirse por separado, porque sus estados cuánticos han quedado vinculados. Lo loco es que esto puede ser cierto a pesar de estar a una gran distancia. Pueden estar muy lejos y seguir entrelazadas.

Interesante, dice ella.

Muy, dice él: Interesante como dato y también como metáfora.

Una niña aparece en la ventana, su adulto justo fuera del encuadre, hablando con alguien más. La niña los mira fijamente. De pronto, le brota una gran sonrisa. Vica levanta la vista y descubre que Andreas le está haciendo caras graciosas a la niña. Tiene que cerrar los ojos con fuerza para surfear la ola de sentimientos que la recorre, una violenta oleada de ternura.

Cuando los abre de nuevo, la niña ya se fue, y en su alma ha echado raíz una devoción que nunca podrá extirpar. Recordará este momento. No con frecuencia. Pero cuando, décadas después, se pregunte qué demonios sigue haciendo él en su vida, esto será la respuesta más verdadera. Este instante mínimo. El entrelazado cuántico. Los dos frente a la ventana: la gente afuera avanzando, ellos permaneciendo. Silenciosos. Juntos. Atados el uno al otro, cada uno una boya para el otro, su complicidad en partes iguales destino y coincidencia. Un universo en sí mismo, ellos como sus únicos

habitantes. Casi. Ellos dos y una ausencia primordial. Mana es el hueco de ambos, una herida para siempre abierta. Y sea lo que sea que ellos tejan juntos, inevitablemente brotará del agujero negro de su ausencia.

Wishbone no logrará superar esta fuerte sensación de pertenencia ni siquiera después de haber volteado todo de cabeza, vivido varias vidas, dejado a Andreas y vuelto a encontrarlo y perderlo y encontrarlo otra vez. Nunca se librará del todo de esta chispa secreta, esta fusión íntima de sentimiento y razón: su humilde modelo del Big Bang del amor, el descubrimiento de que, para bien o para mal, este hombre es ahora su familia.

Es hora de darnos los regalos de despedida, dice él, poniéndose de pie de golpe. La cara de ella aterriza en el calorcito que dejó su cuerpo sobre el clic clac.

Ay, dice ella: Yo no tengo ningún regalo.

Sí tienes, dice él, revisando el bote de yogur que ella usa para sus plumas. Saca dos marcadores permanentes y dice: Te voy a dejar mi cita favorita y tú puedes escribir la tuya.

Yo no tengo una cita favorita.

Algo te vendrá a la mente, dice él: Déjalo llegar.

Ella no se mueve, él insiste: Anda, esto es mi regalo de despedida para ti. Además, la pared se ve demasiado vacía sin el coloraje, te va a deprimir.

Es cierto. Anoche él pidió llevarse el coloraje y ella aceptó. Ahora está enrollado dentro de un tubo de cartón que asoma de su mochila, y sin él el estudio ha perdido su encanto. Así que acepta. Se levanta. Él sonríe y traza una línea vertical imaginaria en la pared. Dice: Yo de este lado, tú del otro. Luego, le da un marcador y tres

instrucciones: Usa letras grandes; hazlo bonito como es tu especialidad; prohibido espiar lo que escribe el otro.



Depresión posparto.

Tal es el diagnóstico de Philip, ofrecido a través de la ventana del estudio, más de un mes después de la partida de Andreas. Está de pie en la calle, con los brazos abiertos como un Cristo en la cruz, sosteniendo las persianas metálicas. Ella ha estado ignorando sus llamadas, pero ahora que está aquí no le queda más remedio que hablar con él. Pero primero tiene que lidiar con las cuerdas, para que él pueda bajar los brazos. La operación es aún más complicada que antes porque, ahora, entre la ventana y el clic clac plegado en sofá, hay una escultura gigante.

Para los demás, esta escultura es lo que la ha mantenido alejada del mundo; para ella, es lo que la ha mantenido en vida. Trabajó durante semanas en trance, volviéndose un espectáculo para los vecinos. Algunas tardes, una amable señora desdentada le llevaba qumbe, un dulce blando de coco, y se quedaba parada donde ahora está Philip, nomás masticando quién sabe cómo, viéndola trabajar y sonriéndole como para darle ánimos cuando sus miradas se cruzaban. Pero ahora la escultura está terminada. Supo que estaba terminada el día en que algo más sabio que ella pero que vive dentro de ella, le advirtió que si seguía trabajando iba a arruinar la criatura en vez de mejorarla.

La criatura está hecha de alambre, luego musculada con muchas capas de periódico y pegamento casero, y finalmente cubierta con

cientos de fragmentos de wax. Sus ojos son dos canicas negras que te miran quieras o no. Es tan grande que tiene la cabeza metida en la regadera.

¿Cómo te duchas?, pregunta Philip.

En la alberca pública, admite ella: Sólo como una vez a la semana…

¿Ves? Depresión posparto.

Ya puedes soltar, dice ella. Él suelta las persianas y ella sigue: Pues me parece una buena noticia, porque yo pensé que estaba enferma.

No, no, es muy normal, dice él: Le pasa a todos los artistas que conozco justo después de terminar una pieza. Y la mayoría nunca hará una tan impresionante como ésta.

¿Quieres un café?, pregunta ella, pero la mera idea le da asco. La forma en que ha estado alternando entre ayunar sin querer y luego darse banquetes de vino barato y comida para llevar, le ha dejado el estómago inestable esta última semana. Debería empezar a cuidarse otra vez, ahora que la criatura está terminada. ¿O agua?, añade.

Dame agua, dice él: Es importante hidratarse.

Si entras por la ventana, dice ella llenando dos vasos en el fregadero: Puedes sentarte en esa esquina.

Philip lo considera y decide quedarse afuera. Dice: Desde aquí veo mejor al pájaro.

Es una lagartija, creo, ¿a ti te parece un pájaro?

A mí me parece un milagro.

Se llama alebrije, dice ella: Es una artesanía tradicional mexicana, sólo que normalmente son de madera pintada, y mucho más chiquitos.

Un pájaro-lagartija gigante, hecho por un Wishbone humano. Un alebrije mexicano hecho con tela africana. Tenemos un mix de especies que también es una fusión cultural, resume él: Increíble.

Ella le pasa uno de los vasos por encima del alebrije. Él se inclina dentro del estudio para recibirlo, y sólo entonces nota que la cola se extiende hasta la puerta del estudio.

¿Cómo sales al pasillo? ¿O vas a la piscina pública cada vez que necesitas hacer pipí?

Ella se ríe. Confiesa: Tengo que sacar la cola a la calle cada vez que voy al baño.

El arte es sacrificio, ¿verdad? Por eso te sientes tan deprimida.

¿Y cansada?

Deprimida y cansada. Dejaste una parte de ti en el alebrije.

¿Te lo llevarías?, pregunta ella.

El tiempo se lo llevará. O algún otro proyecto. Es como el amor, ¿sabes? Un nuevo amor cura un viejo amor, y con el arte es igual: es todo parte del proceso creativo.

Me refería a la escultura, dice ella: Necesito espacio. Y si sigo metiéndole mano la voy a arruinar.

El arte nunca se termina, sólo se abandona.

Exacto.

Yo te puedo ayudar, dice él. Le devuelve el vaso y empieza a jalar el alebrije hacia la ventana.

¡No tiene que ser en este instante!, dice ella, pero él ya está sacándolo y si no lo ayuda lo va a dañar. Logran sacarlo y, quién sabe cómo, Philip se lo echa al hombro. Ella espera que lo apoye sobre un coche o algo así, pero él simplemente empieza a caminar, llevándoselo calle abajo. Ella lo mira hasta que gira la esquina.

Cuando queda claro que él no volverá, Wishbone afloja de nuevo las cuerdas y cierra las persianas. Por primera vez en semanas, hace clic y luego clac para abrir el sofá cama, y pasa el resto del día dormida sobre él, extendida como una estrella de mar.

Cuando Mandi vuelve a tocar la puerta dos días después, es como si hubiera hecho un pésimo truco de magia: donde antes tenía el alebrije, ahora tiene una botella de champaña. O quizá es una dimensión completamente nueva, porque cuando ella va a saludarlo con un beso en la mejilla, él le planta uno en la boca. Su entusiasmo no deja espacio para que ella se sorprenda: él entra, encuentra dos frascos pequeños de mermelada en lugar de copas y empieza a destapar la botella. Está igual de radiante que siempre. Igual de entrometido. Pero ella no puede evitar sonreír cuando resuena el pop alegre y el corcho cruza el estudio volando.

Vendí el alebrije, dice Philip.

¿Qué?, dice ella, sin aceptar el frasco que él le tiende: ¡Dije que te lo llevaras, no que lo vendieras. ¡Recupéralo!

Ja. Estás bromeando, ¿verdad? No puedo recuperarlo. Fue un pago en efectivo y la pieza ya va en camino hacia su nuevo hogar en un elegante departamento londinense. ¡Eres una artista internacional!

¿Se lo vendiste a The Harriet?

Sí, pero es una verdadera conocedora. Oye…

Las lágrimas le corren por la cara. Está roja, está blue, está furiosa. Su madre, su hermana, su amante, y ahora la única escultura que ha hecho en su vida. El universo no deja de quitarle cosas.

Él deja los frascos, le toma la mano y coloca ahí un fajo de billetes. Me quedé una comisión, dice en voz baja: Muy pequeña, solo el quince por ciento. Para que sigas queriéndome y podamos hacerlo otra vez.

¿Cuánto es esto?, pregunta ella entre lágrimas.

Catorce mil francos.

Las emociones se detienen lo suficiente para hacer algo de cálculo mental. Es más de un año de renta del estudio. Vuelve a llorar.

Wishbone, dice él, y le limpia las mejillas con los pulgares: Perdón, pensé que te haría feliz.

Me hace feliz, dice ella, toda mocosa.

Hazme otro alebrije, lo llevaré a una galería. O hazme un pulpo, como el de la pintura, pero en 3D. Haz lo que quieras, Tor. Invéntate lo que sea. Yo lo vendo por ti.

Yo no inventé el alebrije, dice ella: Yo sólo puse las manos y él solito vino a mí.

¡Oh, eso es oro puro, lo voy a anotar para futuros inversionistas!, dice Mandi y le tiende el frasco otra vez y luego dice, como si le hablara a una niña: No tiene que ser ahora. Puedo esperar. Podemos hacer esto. Tú puedes hacerlo, forjarte un nombre. Podemos convertirte en una artista de renombre. ¿No es eso lo que siempre has querido?

¿Lo es? Ella ya no sabe. Tal vez él tiene razón. Quiere hacer arte, de eso está segura, pero ¿es eso lo mismo que desear el renombre? Quiere a Andreas, de eso también está segura. ¿O no? No: era Mana quien quería a Andreas. Ella sólo se dejó absorber por un sueño prestado, eso es todo. Es hora de dejarlo ir. Philip, en cambio, está aquí mismo, ofreciéndole ánimo, dinero, champaña. Pero no es a él

a quien ella quiere. Pero él está aquí. Tor levanta la mano y acepta el frasco de mermelada.

¡Por el alebrije!, dice él: ¡Por el futuro!

Chocan los frascos y ella da un gran sorbo. Es delicioso y está lleno de promesa, este futuro burbujeante. Podría llenarla como un globo, elevarla, depositarla en un punto alto y lejano, donde empezar de nuevo… Sólo que dos segundos después, siente que regresa. Regresa inevitablemente: como el duelo, como las olas del mar. Wishbone se dobla sobre el fregadero, y vomita.



El frío se siente como una distancia. Como si no lograra acercarse bien a nada, ni siquiera a su ropa. Desde que él se fue, ella no entra en calor: hay una capa permanente de escalofrío, instalada entre su piel y todo lo demás. No ayuda que el baño está afuera, al otro extremo de un pasillo sin calefacción. Ni de chiste se va a quedar ahí los cinco minutos.

Hace un rato salió del estudio, fue a comprar arroz y verdura del chino, un pollo rostizado de la carnicería, una prueba de embarazo de la farmacia. En este momento, el frío del pasillo la asusta más que el resultado de la prueba. Porque en realidad ya conoce el resultado. No, no, no estás pensando bien, se dice: Tienes que confiar en la ciencia, en la caja blanca, en las instrucciones. Saca las instrucciones y las lee de cabo a rabo. Una sola cosa la sorprende, un método que no se le hubiera ocurrido: orinar en un vaso. Abajo del fregadero de la cocina diminuta hay una colección de platos que ya estaban ahí antes de que Andreas se mudara y que él abandonó

sin pensarlo. La orina es estéril. Este pensamiento se le ofrece entero, contundente, desde quién sabe qué resquicio de su cerebro. Tiene que ser cierto porque yacía archivado en un fondo antiguo, escolar, al lado de Pi es igual a tres punto catorce dieciséis. Cualquier vaso, entonces. Elige una taza floreada, con un borde dorado de la buena suerte. Se para y sale al pasillo, empieza a titiritar casi de inmediato. ¿Buena suerte? En este momento ni sabe qué significaría eso para ella.

Al volver se da cuenta de que tiene la taza entre las manos como si fuera un té recién hecho. Esto la hace sonreír y esa pequeña distensión le da fuerza y foco. Deja la taza en el fregadero y abre el paquete plateado con los dientes. Clava la prueba en la taza y se dispone a esperar los cinco minutos. Empieza a contar como cuando era niña: mil uno, mil dos, mil tres. En teoría insertar la palabra mil prolonga la enunciación hasta un segundo de verdad, pero quién sabe si funciona. Y si está embarazada qué, carajo, ¿así le va a enseñar a contar a un niño? ¿Y cómo darle la noticia a Andreas? ¿Le tiene que decir incluso si decide abortar? No se quiere imaginar el frío después de esa llamada.

Perdió la cuenta. Da vueltas por el espacio que hay cuando el clic clac está cerrado: tres pasos para allá, tres de regreso. Cuenta a lo loco: Mil cuarenta. Mil treinta y dos. Mil ciento veintiséis. Después de un rato simplemente saca la prueba de la taza y encuentras dos líneas claras, rosas, mirándola a los ojos sin ninguna ambigüedad. La confirmación se siente como un alivio. Al menos hasta que se siente como pánico.

Lava muy bien la taza, pero no tira la prueba. Abre las ventanas, doblas las cobijas, recoge el cuarto, decide hacerse una buena cena.

Desmenuza el pollo rostizado, primero con un tenedor y luego, como la carne se desliza tan fácil del hueso, con las manos. Pone todo en un plato, va tirando a la basura los huesos. Todos menos uno. Limpia y lava el wishbone con un cuidado casi arqueológico. Lo seca contra su playera y lo coloca al lado de la prueba con sus dos rayitas. Se limpia las uñas y hierve ejotes, pica jitomates, prepara una vinagreta, pone una mesa bonita junto a la ventana, como si esperara a alguien. Ya es como si fuera dos. Pero ¿quién es el otro? No el feto, que todavía no es persona, aunque quizá ya esté creciendo hasta diez mil veces su tamaño, leyó esa mañana en un café internet, expandiéndose. Ese pensamiento, el de crecer, el de otro ser, es lo que rebota en su cabeza como un péndulo. Una actuación neurótica, un debate en el que ella es al mismo tiempo la oradora, la espectadora y el saco de boxeo: No puedo tener un hijo, soy un desastre y estoy en duelo. Eso no es justo, yo puedo dar la talla, siempre lo he hecho: mantenerme fuerte, mantenerme flexible. Aunque debería hacer mi propia vida, no andar tomando el hombre, los amigos, el destino de Mana. Tengo el derecho a decidir, esto es mío, ¡mi cuerpo es mío!

Su cuerpo es suyo. Pero su mente se siente secuestrada.

Más tarde da vueltas en la cama, incapaz de quedarse dormida. Ha dormido tanto en las semanas pasadas que quizá ya nunca vuelva a dormir. El sueño fue causado por un repentino e inmenso aumento de hormonas, leyó esta mañana. Requiere mucha energía de la madre que esas primera células se multipliquen y crezcan hasta llegar a medir milímetros. La palabra «madre» en su cabeza la hace incorporarse como con resortes. Resortes disparados en partes iguales por el miedo y por la emoción. Esperanza y terror. La

oscuridad se siente aplastante. Pero no soporta la idea de encender el foco del techo. Mejor prende una vela. El estudio es tan pequeño que la llama lo ilumina bastante.

Se acuesta otra vez, pero al revés. Sube los pies en la pared y caen sobre la línea imaginaria que separa los regalos de despedida. Los lee en voz alta para callar su cabeza. El de él, primero: *De donde las cosas tienen su origen, hacia lo mismo se produce también su destrucción, por necesidad; pues se pagan unas a otras el castigo y la reparación de su injusticia, según el orden del tiempo*.

Ella no tiene la más pálida idea de qué significa eso.

Él no tuvo tiempo de explicárselo antes de irse. Son las palabras de Anaximandro, fue lo único que aclaró antes de salirse por la ventana con su mochila a cuestas, irse calle arriba con el brazo alzado, sacudiéndolo en despedida hasta que dobló la esquina.

Ahora, para sacarse de la cabeza la imagen de Andreas alejándose, lee la frase que escribió ella. Se obliga a leerla, a pesar de que se la sabe de memoria: *Una rosa es un secreto, una bella rosa es el secreto de una gran dama. Una cruz es la separación o la unión de los caminos*.

No es una plegaria pero es la única plegaria que conoce. Es el rezo hechizo de su madre, sacado de una novela escrita por su pintora favorita: Leonora Carrington. Se lo explicó rápidamente a Andreas, justo antes de que se fuera… no, ya está pensando otra vez en su partida. Para ya. Ya, ya.

Se obliga a leer las frases de nuevo para no ahogarse en la tristeza. Las lee una y otra vez, metiéndose con la puntuación, lo cual cambia el significado. Luego experimenta con leerlas ambas a la vez. Carrington trenzándose con Anaximandro en una canción sin

sentido pero con infinitas posibilidades. «Las cosas son una rosa. Una rosa produce también su destrucción. Un secreto por necesidad se paga. Una gran dama y la reparación de su injusticia. El orden del tiempo es el castigo. La necesidad es la unión. La orden es la separación de los caminos».

Esta última le provoca algo, la frena en seco. Se pone de pie. Recoge el wishbone y la prueba de embarazo, las coloca sobre la mesa, en un altar que improvisa con la cajita blanca de cartón, encima de un plato volteado. Se recarga en los antebrazos, el pecho plano sobre la mesa, sus manos un puño encima de otro y encima de estos, su barbilla. Se queda mirando al altar, en particular a la prueba, como si hubiera en ella algo más que el sí, como si pudiera leerse no sólo como ciencia sino también como metáfora. Como si contuviera no sólo la respuesta sino también los significados. Dos líneas. Dos líneas rosas, paralelas. Ella es el rosa, en su propio código. ¿Pero es dos líneas? ¿Es dos? Podría ser dos. Si fuera dos no tendría que decidirse por una. Podría ser ambas. Al menos según la teoría de los muchos mundos, según la cual en realidad ya es una de muchas, simplemente no sabe nada de las otras: dos líneas paralelas nunca podrán tocarse. ¿Qué dijo Andreas? El mundo se divide y del quiebre surgen dos mundos que no pueden comunicarse entre sí: esta es la única manera en que ambos estados pueden ser ciertos al mismo tiempo.

Mira las dos líneas y lo que ve son dos vidas. Dos caminos: tener al bebé o abortar. Una bifurcación. ¿Qué dijo Philip? Cuando llegas a una bifurcación, tómala. Tómala. Es la única manera en que ambos caminos pueden ser recorridos, ambas vidas ser vividas: como líneas paralelas que nunca van a reencontrarse.

Se asoma en ambas lo más lejos que logra imaginar, le vienen sombras, intuiciones, imágenes. Ser Vica y cargar al bebé ya fuera de su cuerpo, cerquita del pecho, construir un nido, buscar el calor, hacer una pequeña familia. O ser Tor y buscar el renombre, o por lo menos entregarse a la creación, hacer arte y dejar que Philip venda lo que ella pueda hacer. Dos vidas muy distintas. Teme y desea ambas en igual medida. Ambas son tan claramente suyas que le parece ridículo tener que decantarse. Elegir sería un absurdo, como cortarse una parte, casi peor que partirse a la mitad.

Mira fijo el fuego danzante de la vela, hasta que se funde con la ventana que tiene atrás. Las cuerdas están atadas, la luz de la calle entra sólo a través de los mil hoyitos de la persiana metálica cerrada. Puntos de luz: todo teñido como de estrellas. Le viene a la memoria un día lejano. Un día de antes de Andreas, de antes de perder a Mana, de cuando eran niñas. Un día feliz en el museo, jugando con su hermana, las dos teñidas de puntitos de agua: fue el día en que Victoria hizo magia con un wishbone. La regresa a su presente un recuerdo mucho más reciente, Harriet diciendo: Asombroso pero no imposible.

No imposible…

Al coro desordenado de su cabeza le gusta eso.

Se agarran a eso, todas las voces, por unanimidad. Por lo menos hasta que habla Mana. Tan claro y fuerte como si estuviera ahí mismo. Dice: Pinche supersticiosa.

El día que desapareció, Mana le pidió a Vica sus llaves, sólo iba rápido al mercado. Vica le entregó su llavero: una cola de conejo con un aro metálico. Mana se burló de este amuleto común. Ya en la puerta, lo levantó entre dos dedos y sentenció: Pinche supersticiosa.

Yo también te quiero, contestó Vica.

Y aunque lo dijo en el exacto mismo tono en que le hubiera pintado dedo, las palabras salieron de su boca, y por el resto de su vida estará agradecida por este accidente: que aunque fuera lo último que pudo decirle, se lo dijo.

Ahora le gustaría decirle: Estoy embarazada, Mana. Pero la mera idea le provoca una arcada, una ola de vergüenza o de duelo o de una mezcla de ambos, un golpe al vientre, que se le contrae cerrándose alrededor de ese puño invisible. La llama frente a los ojos se pone borrosa. Por suerte, después de un rato, de entre el llanto, la confusión y la catarsis, la voz de su madre se alza sobre todas las otras, diciendo, simplemente: Ya, ya.

Una frase tan simple, pero que siempre funcionaba. Cuando era niña y se sentía miserable, su mamá se la repetía al oído hasta que dejaba de llorar, como ahora. Inhala, exhala, le da hipo. Tiene que decidir. No es ciencia ficción, dijo Andreas: es ciencia. Tiene que ponerse científica.

Tiene que ponerse científica y tiene que hacer magia. Tiene que ser una pinche supersticiosa, pintarse de colores, pensar fuera de las reglas de la lógica. No necesita el wishbone del pollo, ella es un wishbone. Ya la bautizaron, la sentenciaron. Ha sido una por años y eventualmente va a ramificarse como la letra Y. Su destino es bifurcarse. Hay muchos mundos, inconexos, a cada rato partiéndose, reproduciéndose, ella es sólo una de muchas. No sabe qué es de las otras, no sabrá nunca. Pero no necesita elegir cuál ser porque todas existen a su manera, en su burbuja. Y entonces no necesita elegir nada. Llegó a una bifurcación y va a tomarla, eso es todo. Va a abortar y va a parir. Será Vica y, en otro lugar lejano, o simplemente

paralelo, pero en todo caso inalcanzable, será Tor. La orden es la separación de los caminos. Lo repite una y otra vez, como una orden pero también como un rezo: no para entender sino para acatar, y para creer.

Para conceder un deseo un wishbone tiene que romperse. Algo tiene que ceder. Doblarse hasta partirse en dos. La orden es la separación de los caminos. Para conceder un deseo, el wishbone tiene que quebrarse: lo acepta. Es hora. Hora de quebrarse. Inhala, no dolerá. Exhala, eso es todo, ya está. Ya, ya: allá.

Y allá.

COLORAJE
(Museo Nacional de Antropología, 1983)

Al principio, se reinventó en caracol. Se dobló sobre sí misma y se quedó quieta en una esquina. Pero ahora le está cansando la posición. Empieza a sentirse atrapada. Sus piernas piden estirarse. Le pica atrás de las rodillas. Quiere desenrollarse, salir a jugar. No cerca del caracol de bronce gigante, sino al otro extremo del enorme patio, donde hay una gran fuente que todos llaman el Paraguas, y que llueve por todos lados en una cortina esférica de agua. Esférico es una palabra elegante para decir redondo. La aprendió en la clase de dibujo. Si quieres dibujar una cara o un ojo o una manzana, empiezas con una esfera. Y si te acercas lo suficiente a la cortina redonda de agua del Paraguas, te cubre con unas gotas tan diminutas que casi ni lo notas, hasta que te sientes más fresca y entonces miras hacia abajo y ahí están: millones de puntos de agua sobre tu piel; estás cubierta de rocío, eres una flor de la mañana.

Pero Victoria no puede desenrollarse, no puede salir. Porque está escondiéndose y en el patio no hay donde esconderse. Aquí, en cambio, en las salas de etnografía, encontró un rincón perfecto dentro de una casa de paja de mentiras, detrás de una madre hecha de fibra de vidrio sentada ampliamente junto al comal, haciendo tortillas para toda la eternidad. Parece sólida pero es ligera, la madre, igual que su hijo, que gatea inmóvil un metro más allá.

Victoria no sabe qué tipo de vidrio es la fibra de vidrio, ni qué tan fácil se rompe, pero por si las dudas tiene mucho cuidado de no tocarla. Ojalá las tortillas sí fueran reales. De pronto desea que la mujer también fuera real, para poder platicar. Decide hablarle de todos modos.

Me estoy escondiendo de los guardias, dice: Y también estoy faltando a la clase de dibujo. Soy muy buena para esconderme, pero no tan buena para faltar a la clase, porque la clase de dibujo es mi día favorito de la semana. Suspira y mira fijo la parte trasera del vestido de la madre, que —a diferencia del frente, con su falso bordado bien hechecito— claramente fue pintada a la carrera y es un desastre de parches amarillentos descuidados.

¿Sabías que Mana, mi hermana, es muy mala para dibujar?, continúa Victoria: Dibujar es un poco como tratar de encontrar algo, ¿sabes? Es como si estuvieras buscando algo con la punta del lápiz. Como buscar un tesoro. Pero Mana no lo entiende. Sólo quiere que le salga todo bien a la primera, así que empieza a borrar y a dejar todo gris y luego ella se pone toda gris y luego yo también me siento gris. Por ósmosis. Ósmosis es una palabra elegante para cuando algo se vuelve igual a otra cosa sólo por estar pegadas… Se le ocurre de pronto que si se queda aquí mucho tiempo más, podría por ósmosis convertirse en una niña de fibra de vidrio, inmóvil, demasiado frágil para ser tocada. Retrocede unos centímetros.

Esta mañana, después de salir de la oficina de su mamá, en lugar de bajar dos pisos a donde sucede la clase de dibujo, Mariana convenció a Victoria de entrar a las salas de exposición. Lo llamó un plan perfecto: su mamá pensará que están en clase y la maestra asumirá que simplemente no vinieron hoy. A nadie le parecerá raro

verlas por el museo, que los fines de semana está lleno de niños sueltos.

Había un solo problema con el plan perfecto, Mariana notó de repente: el portafolios. El portafolios negro, blando y demasiado grande, que las hermanas comparten y se pasan la vida intentando encajarle a la otra para que lo cargue. Ni bien entraron a la sala 2, Poblamiento de América, Mana empezó a buscar dónde esconderlo. Victoria se había quedado mirando el enorme mural de la megafauna pintado por Iker Larrauri, que a veces visita la clase de dibujo, tan absorta que no notó cuando Mana deslizó el portafolios detrás de una serie de pedestales con cráneos prehistóricos. Problema resuelto. Luego Mana se le acercó a la oreja y le dijo: Ahora, ¡escóndete!

¿Quieres jugar a las escondidillas en la sala del mamut?, preguntó Vica.

No sólo aquí, dijo Mariana: ¡En todo el museo! Nomás no actúes sospechosa, y no dejes que te vean los guardias. Luego se dio la vuelta y empezó a contar en voz alta: Mil uno… Mil dos…

Todo el museo es demasiado grande, protestó Victoria: Nunca me vas a encontrar.

Mil tres… ¿Eres una collona?

Desde su escondite perfecto en las salas de etnografía, Victoria anhela las galletas y los plátanos que siguen dentro del portafolios negro, al otro extremo del enorme museo. Le gusta comerlos juntos, mezclando lo suave y lo crujiente en la boca. Mete las manos a los bolsillos. Un crujido parece prometedor por un momento, pero es sólo el envoltorio vacío de un dulce. También encuentra una goma de borrar, un botón y un pequeño hueso en forma de Y que sacó del

pavo de Navidad. Lo lavó con cuidado, usando un cepillo de dientes, como hacen los arqueólogos cuando encuentran dinosaurios o, más probable, jarras y jarrones de barro: los ha visto en las fotos explicativas del museo. Una vez seco, su hueso se volvió más pálido, casi blanco, y ahora parece antiguo y frágil. Sabe que no es realmente mágico como su hermana dice. Simplemente le gusta traerlo en el bolsillo, saber que está ahí para emergencias. Por si acaso.

¡Agh!, se queja Victoria en voz demasiado alta. Luego susurra: Se me durmió el pie.

Ya no aguanta más. Sale de detrás de la madre de fibra de vidrio y sacude el pie hasta que se le pasa el hormigueo. No hay nadie más aquí. Nadie de carne y hueso. Se despide de la madre con la mano, un gesto para el hijo, y se aleja de ellos, cojeando ligeramente.

Pasa junto a la música tropical que sale de una choza con techo de palma de plástico, donde un pescador de fibra de vidrio está destripando un pez de fibra de vidrio, y se dirige hacia el silencio del pasillo. Todo el pasillo en forma de U del segundo piso tiene unos ventanales hermosos, que le permiten una vista sin interrupciones del enorme patio de abajo: el caracol de bronce, el Paraguas al otro extremo, pero ninguna señal de Mana.

Sigue así por un rato, entrando y saliendo de las salas del segundo piso, hasta que, de pronto, un cuadro le llama la atención. Se acerca como hipnotizada. Cuando se para enfrente y lo mira bien, Victoria siente cosquillas por todo el cuerpo. Piensa: Esto es lo más bonito que he visto en toda mi vida. Se pregunta cómo es posible que nunca antes lo haya visto. Luego se pregunta si quizá acaba de aparecer, sólo para ella. Los colores son lo más loco. Este cuadro

tiene todos los colores normales, serios, pero también los colores neón de los marcatextos. Colores fluorescentes, Mariana le dijo que así se llaman. Y después nota la multitud de personajes que el cuadro contiene. A donde sea que mire hay otro detalle, todo está pasando al mismo tiempo. Es menos como una pintura y más como una película. Menos como un cuadro y más como la puerta a otro mundo. A un mundo de colores locos y paisajes raros. A un paisaje de colores, o a un color de paisajes, ¡a un coloraje!

Igual que para los murales de Iker que están abajo, no hay placa al lado de este cuadro. Pero la maestra de dibujo les enseñó un truco para saber, mirando la esquina de un cuadro, quién lo pintó. Así que se acerca a esa esquina y se inclina, más cerca de lo que sabe que debería. El nombre está escrito con trazos claros: LEONORA CARRINGTON.

El corazón de Victoria da un brinco. Vuelve a revisar. Leonora. Una mujer. ¿Una mujer pintó esto? Ella ni siquiera sabía, hasta este momento, que las mujeres podían ser pintoras. ¿Pueden? Si pueden, tal vez ella también pueda ser pintora. Cuando sea grande, claro. Tal vez a los doce. O, ya en serio, a los trece. Cuando sea adolescente, que es como se llaman las otras personas que toman la clase de dibujo. Para Victoria son como adultos, sólo que un poco más chaparros y un poco más tímidos que los adultos y, a veces, un poco más groseros. Pero ella no será grosera cuando crezca de ese tamaño. ¡Ella será pintora! Ella será una adolescente fluorescente.

A Victoria le gusta decir que tiene ocho años, aunque en realidad todavía le faltan unos meses para cumplirlos. Le entró la prisa de ser más grande sólo porque últimamente ha sentido que tiene un destino, que está destinada a dibujar, destinada a vivir en este

museo de alguna manera. Todavía va a la escuela, todavía toma el camión para ir y venir, pero toda la mañana lo único que hace es esperar a llegar aquí. Intenta recordar cómo era su vida antes de que su mamá las metiera a la clase de dibujo y no puede. Aquí esperará a Mana, decide. Mana tiene que ver esto. A Mana no le gusta dibujar, pero le encantan los colores: sus nombres y de qué están hechos y cómo cuando se combinan cambian, esas cosas son las que le encantan.

Como antes con la mujer de las tortillas, Victoria empieza a hablar. Leonora, dice: ¿Sabías que hay un museo en París que se llama Leluf? Es un museo muy grande y muy viejo, así que un día quisieron renovarlo. Renovar es una palabra elegante para decir hacer algo nuevo otra vez. Además querían conectarlo con el metro para que fuera más fácil que los visitantes entraran al museo. Porque a lo mejor llueve mucho en París.

Le cuenta a Leonora cómo se organizó un concurso internacional para decidir quién estaría a cargo de la renovación. Museógrafos y arquitectos de todo el mundo participaron, pero sólo cinco equipos llegaron a la final. Uno era un equipo mexicano, llamado Museográfica. El equipo eran en realidad Iker, el mismo que hizo los mamuts y el caracol gigante de aquí abajo, y su amigo Jorge. Como quedaron finalistas, Iker empacó a su familia y se mudaron a París. Así lo contó la mamá de Victoria y ella recuerda pensar que qué bonito debe de ser tener un papá que te empaca y te lleva a París. Pero debe de ser muy lento todo en París, porque todos los finalistas se quedaron un año, trabajando mucho en el concurso, que al final no fue un concurso justo. Museográfica ganó el segundo lugar pero ni los que ganaron el primer lugar ganaron de verdad porque, un

día, llegó el presidente de Francia y puso a un señor llamado Pei a que hiciera lo que quisiera con el museo. Y el señor llamado Pei dijo que él lo que quería era poner una pirámide de vidrio en la explanada del museo. Victoria se imagina la explanada idéntica al patio del que ahora está entrando y saliendo porque al final no logró quedarse quieta en el segundo piso.

En su cabeza, Victoria sigue contándole la historia a Leonora mientras recorre salas y más salas, buscando a su hermana. Leonora, a pesar de estar tan inmóvil como los personajes de su coloraje, está de lo más entretenida con la historia y le pide a Victoria que por favor siga.

Pero el señor Pei, sigue Victoria, no había pasado un año trabajando en su plan como los demás, así que, para conectar el metro con el museo, usó el plan de Iker. Es un plan hermoso, que se trata de dejar pasar la luz natural hasta el subsuelo, donde van a poner tiendas, cafés y un pasillo larguísimo para los miles de visitantes que entran y salen todo el día. Pero ninguno de ellos sabrá jamás que fueron estos mexicanos quienes planearon ese espacio.

¡Terrible!, dijo muy dramática la mamá de Victoria en la cocina, cuando terminó de contarles la historia.

La mamá de Victoria es muy dramática y muy chistosa. Y también es muy amiga de Mayán, la esposa de Iker, y hace un año todo era qué terrible que se fueron tan lejos pero que increíble que quedaran finalistas. Este año, en cambio, es qué increíble que ya volvieron pero qué terrible que nadie nunca sabrá lo que aportó el equipo mexicano. Pero a Victoria, en realidad, mientras más se imagina el asunto, menos terrible le parece. A ella le suena como un secreto precioso, como un tesorito escondido a plena vista, oculto en un

pasillo de techos transparentes, lleno de luz y encima, hasta arriba, como un sombrero: ¡una pirámide de vidrio! Debe de ser que, a veces, lo terrible y lo increíble se pueden mezclar, como si fueran colores.

Y ahí encima, hasta arriba, pregunta educadamente Leonora Carrington: ¿Qué quería poner el equipo mexicano?

Donde el tal Pei va a poner la pirámide espantosa, había dicho la mamá de Victoria: Iker quería poner un espejo de agua.

En este punto de la historia, Victoria siempre se imagina el plan de Museográfica como un espejo de cuerpo entero hecho de agua, en posición vertical. ¡Qué bonito! A quién le importa Leluf, decide ahora: deberían hacerlo aquí. Mentalmente planta en el patio, desde el caracol de bronce hasta el Paraguas, media docena de estos espejos. Son tanques verticales, parecidos a la pecera al final del pasillo en su casa, pero más flacos y mucho más altos, del tamaño de un adulto: un espejo en el que tu reflejo se distorsiona por el agua y la luz, las ondas y las sombras… Pasarán años antes de que Victoria se entere de que «espejo de agua» significa en realidad una especie de fuente, poco profunda: un estanque reflectante. Pero ese malentendido, la imagen de esos tanques verticales, nunca la abandonará.

¡Tengo que dibujarlo!, le dice Victoria a Leonora. Hace una reverencia educada dentro de su cabeza, para despedirse de la pintora, y empieza a caminar más rápido, de regreso a la sala 2. Necesita su portafolios. ¿Podría simplemente agarrarlo e irse a clase sola? La idea la tienta mientras su frustración crece con cada sala, llena de gente pero vacía de Mana, que recorre. Pero la idea también

le da algo como dolor de panza. No, no se vale, no sin Mana. Primero encontrará a su hermana.

Regresa a los mamuts y espía el portafolio detrás de los cráneos prehistóricos. Dentro está todo lo bueno del mundo: papel, lápices, comida. Aun así, siente que estaría mal, que sería alta traición, sacarlo antes de que se dé por terminado el juego. Vuelve a meter las manos en sus bolsillos, estruja la envoltura del dulce, deseando que no estuviera vacía. Algo le cae en la cabeza y da un brinco. Se agacha y sacude el pelo, y una arañita cae al suelo. Ahora, además de todo, siente miedo. El escalofrío de haber sentido un insecto en la piel se le esparce por todo el cuerpo. La incomodidad no desaparece cuando ve a la araña escabullirse bajo una vitrina: al contrario. No va a encontrar a Mariana, ya buscó por todas partes. La barbilla empieza a temblarle. La primera lágrima está bajando por su mejilla cuando sus dedos tocan el huesito. ¿Valdrá la pena intentar usarlo? Victoria no es tonta, no cree en la magia, pero sí está desesperada. La clase de dibujo terminará pronto, y luego tendrá que esperar una semana entera para la siguiente. ¿Y si su hermana se convirtió en araña? ¿Y si no puede encontrarla porque Mana se transformó? ¿O si alguien se la llevó? ¡Por eso su mamá siempre les dice que tienen que quedarse juntas todo el tiempo! Definitivamente esto es una emergencia.

Saca el huesito de su bolsillo. No es tan liso como lo recordaba. Lo sostiene con ambas manos, cada punta entre un pulgar y un índice. Cierra los ojos y se concentra todo lo que puede en su petición: que aparezca Mariana. Empuja fuerte hacia abajo y luego es todo sonido. Primero, el crujido seco y frágil del hueso al romperse; luego, de

inmediato, el pat-pat de los zapatos de su hermana sobre el parquet. Cuando abre los ojos, Mana está ahí.

¡No!, dice Victoria.

¿No, qué?, pregunta Mariana, como si nada hubiera pasado.

¡Magia!, dice Victoria.

¿Qué?

¡Hice magia, Mana! Pedí que aparecieras, rompí el huesito ¡y apareciste!

Mariana dice: No seas tonta.

¡No me crees!, protesta Victoria, con la barbilla temblándole otra vez.

Mariana se apresura a calmarla, diciendo: Sí te creo, sí te creo, nomás dije que es tonto porque ahora nunca podrás volver a pedir ese deseo, sólo se puede pedir una vez cada deseo.

Victoria no sabía eso. De todos modos, está demasiado emocionada por haber hecho magia como para pensar en las implicaciones. Por otro lado, le enoja que Mariana ahora está sacando el portafolios de su escondite sin consultarla. ¿El juego se acabó así nomás? ¿Y por qué parece valentía, y para nada alta traición, cuando lo hace Mana? ¿Por qué Mana siempre puede cambiar las reglas de todo y ella sólo debe acatarlas?

Quiero ir a clase ya, dice Victoria. Pero Mariana contesta con su peor cara de traviesa.

¿Dónde estabas, Mana? Te busqué por todas partes. Y ahora, ¿adónde vas?

¡Atrápame!, es lo único que dice Mana antes de salirse corriendo al patio.

Victoria la sigue unos pasos, lo suficiente para ver lo que hace, a través de las puertas de cristal. Se le abre la boca de sorpresa cuando la ve levantar el portafolios sobre su cabeza, dejándolo deslizarse hacia su espalda como una joroba de camello. Y luego, como un camello sediento que encontró un oasis, Mana corre directo hacia la cascada esférica del Paraguas.

Victoria ahoga un grito. ¡El papel, todos sus dibujos se van a echar a perder! Pero la risa de su hermana le trastoca algo por dentro. Y en un segundo siente cómo la rabia se derrite, se arremolina, se convierte en otra cosa: en miedo, no, en calor: un calor que le empuja las piernas hacia delante.

Victoria corre al patio tan rápido como puede, riéndose desde antes de llegar a donde está su hermana. Sabe que no tienen más que unos segundos antes de que un guardia las vea y las saque. ¡Pero qué segundos! Mana la agarra de la mano y la jala a través de la cortina de agua. Se abrazan por la cintura y, con la mano libre de cada una, jalan el portafolios hacia arriba, de las espaldas hacia las cabezas: pasa de ser capa a ser sombrero. Un techo para ellas solas, un caparazón compartido.

Acurrucadas así, abrazaditas bajo el portafolios, las hermanas parecen fundirse en una sola. Sus manos están mojadas, sus calcetines también, pero sus caras permanecen casi secas. Sólo unas cuantas gotas alcanzan sus cachetes enrojecidos, sus frentes tan similares, sus sonrisas idénticas. Están cubiertas de rocío: son una misma flor. Corren gritando de alegría cada vez que cruzan la cascada. El agua les pega tan fuerte que espumea, retumba sobre sus cabezas como un gong: una, dos, tres veces. Fuera de ellas, el mundo se acalla.

AGRADECIMIENTOS

Algunas frases juegan un rol importante en este libro y quiero dar aquí su contexto. El único fragmento escrito que sobrevive de Anaximandro ha sido traducido y discutido por siglos; yo utilicé la bella y clara traducción de Montserrat Jufresa. Entre muchas otras obras maravillosas, Leonora Carrington escribió una novela titulada *The Hearing Trumpet*, de donde tomé las líneas que mis personajes transformaron en un rezo. El genial catálogo que memorizan las hermanas es *La nomenclatura del color de Werner adaptada para las artes y las ciencias*, de Patrick Syme, traducida por Albert Vitó i Godina. Los epígrafes provienen del poema «Elegy with an angel at its gate», de Larry Levis, del libro *Elegy*, y de la novela *Hamnet*, de Maggie O'Farrell.

Laurence Laluyaux creyó en esta novela incluso cuando era sólo un revoltijo de ideas, idiomas y miedos. Le estoy profundamente agradecida, así como a todo el equipo de RCW.

Daniel Levin Becker fue el primer escritor que leyó *Wishbone*. Luego la adoptó y la limpió con precisión de relojero. Lo considero el padrino de esta novela.

Gracias a Random House por hacer real este hermoso objeto y llevarlo hasta tus manos. En especial a Roberta Gerhard, Lourdes

González, Carmen Carrión, Eloísa Nava y Nayeli García. Y gracias a Amy Ross por otra portada mitológica.

Gracias a Fabio Morábito y su tertulia, Mario Bellatin y su escuela, Víctor Hurtado y su agencia, por ayudarme a creer que podría hacerme un hueco a medida en este oficio raro.

Gracias por la escucha, sabiduría y amistad de tantos años a: Antonio Sierra Huelsz, Nydia Pineda, Valeria Luiselli, Giulia Liberatore, Sophie Hughes, Daniela Martagón, Juana Adcock, Mariana Palos, Abril Schmucler, Gabriel Martínez, Mariana Graciano, Xesca Román, Aída Novelo, Marjie y Lamar Van Gunten.

Gratitud infinita para cada una de mis compañeras de escribiresunlugar.com, por su presencia y confianza cotidianas. Juntas es más llevadero este virus feliz del desear escribir. ¡Seguimos!

Gracias a mi familia de aquí, allá y acullá, por no saber aburrirse. En especial a Claudia Álvarez, Ana Herrero y El Duende, por leerme siempre y por las porras; a Iker Larrauri y Mayán Cervantes, por contagiarme desde muy temprano el amor a los museos.

Selene Álvarez y Jorge Jufresa me enseñaron todo lo que aún considero importante. Les perdono haber pintado cada cuarto de la casa de un color distinto porque sin ésa y otras locuras suyas no existiríamos ni yo, ni *Wishbone*. Gracias con el alma.

Mi hija Olivia me enseña a diario a repensar los silencios y me recuerda lo poco y lo mucho que las historias aportan e importan. Te quiero, mi chiquita: ojalá nunca dejemos de inventar mundas juntas. Y gracias por tu comprensión sabia cada vez que me fui por días con este libro.

Y, por último, pero antes que nada (porque si llegaste hasta acá ya sabes que lo escribo todo al revés), gracias a Tod Van Gunten por su solidaridad de compañero de verdad. Esta novela no existiría sin las cenas deliciosas que me prepara ni las cosas extrañísimas que me cuenta. Te quiero, Tod: mucho más de lo que un libro sabría decir.

La nueva novela de Laia Jufresa después de *Umami*, que la confirma como una de las mejores escritoras latinoamericanas del momento.

«Todo está vivo en el deslumbrante *Wishbone* de Laia Jufresa. Personas, objetos y paisajes están igualmente imbuidos de una fuerza que ondula a través de las diversas líneas temporales, conectándonos profundamente con un mundo encantado y desencantado, lleno de personajes inolvidables. Una novela *tour de force* de una de las voces más cautivadoras y originales de mi generación». Valeria Luiselli



En Oaxaca, Tor Sima ha creado un museo dedicado al color. En Edimburgo, Vica Luft trabaja como secretaria y cría sola a su hija. Comparten una herida, un amante y una curiosa devoción por los pulpos. Lo que las une no es una anécdota, sino una corriente subterránea que atraviesa años y geografías.

A lo largo de dos décadas y siete ciudades, *Wishbone* retrocede en el tiempo para indagar en lo que permanece y en lo que se pierde. La maternidad y sus ambivalencias, la amistad como refugio y como tropiezo, la tensión entre el arte y la supervivencia. La parte de nosotros que se extravía cuando un ser amado desaparece y los lazos tentaculares que tejen las familias que elegimos.

Onírico y preciso, lúcido y vibrante, *Wishbone* es un hechizo narrativo que se despliega en un elenco de personajes irresistibles, una estructura que desafía las convenciones de la narrativa y una revelación final impactante. Con esta novela, Laia Jufresa se consolida como una de las voces más singulares de la literatura latinoamericana contemporánea.

La crítica ha dicho:

«Esta novela es un magnífico pulpo que, con sus tentáculos de palabras certeras y luminosas, une continentes, nacionalidades y vínculos profundos. *Wishbone* inventa colores nuevos hechos de felicidad y suerte e, incluso en medio de pérdidas irreparables y desapariciones forzadas, el lector nadará en un océano de belleza transformadora».
Agustina Bazterrica

«Laia Jufresa hace lo que se supone que deben hacer los escritores: poner de relieve la extrañeza de un mundo antiquísimo. Wishbone es un libro hermoso que te atrapa la mirada y no la suelta, para que experimentes nuevas formas de ver los placeres y las fechorías de nuestro presente».
Yuri Herrera

«Laia Jufresa construye una arquitectura narrativa deslumbrante: una novela que avanza hacia atrás mientras revela, con una precisión implacable, las fuerzas que sostienen y quiebran una vida. Su estructura invita a leer como quien desenreda un secreto. Laia Jufresa lleva el color hasta sus últimas consecuencias, convirtiéndolo en memoria y herida: una reflexión poderosa sobre el arte, la pérdida y la creación».
Fernanda Trías

«La ambición y la originalidad de *Wishbone* no provienen solo de su estructura y de la manera en que la historia se desplaza por el tiempo y el espacio, sino también de la exploración matizada, inteligente y a menudo humorística de sus personajes, que da lugar a una conmovedora meditación sobre el arte y el duelo que me dejó sin aliento».
Daniel Saldaña París

Sobre *Umami*:

«Señora Jufresa: ¿dónde chingados aprendió a contar una historia tan bien?».
Álvaro Enrigue

«Una pequeña obra maestra única».
Book Riot

Laia Jufresa creció en el bosque de la niebla de Veracruz y pasó su adolescencia en París. Cuando en 2001 se mudó a la Ciudad de México descubrió que no sabía cruzar la calle. Desde entonces escribe narrativa. Es autora del libro de cuentos *El esquinista*, el libro álbum *La apuesta* y el audiolibro *Veinte, veintiuno*.

Umami fue su primera novela. Se ha traducido a nueve idiomas. En el festival de Primeras novelas de Francia, en 2016, se le votó como la mejor primera novela en español de ese año. En inglés, traducida por Sophie Hughes, ganó el premio PEN Translates Award y fue finalista del Best Translated Book Awards 2016.

Se le ha nombrado como uno de los mejores escritores de Latinoamérica (Bogotá39) y de Mexico (Mexico20). Su ficción ha aparecido en *Vogue*, *Words Without Borders* y *McSweeneys*, su no-ficción en *El País*, *Netflix*, la BBC. Vive en Edimburgo, Escocia, donde cría una hija, escribe, y dirige *Escribir es un lugar*, un programa para escritoras hispanas de todo el mundo.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Laia Jufresa
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Esta obra fue realizada con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales de la Secretaría de Cultura de México.
También contó con el apoyo del Open Fund for Individuals de Creative Scotland.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Amy Ross

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4643-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Wishbone

Colorplay (Museo del Louvre, 2038)

También su destrucción (Oaxaca, 2018)

Una rosa es un secreto (Edimburgo, 2017)

La reparación de su injusticia (Distrito Federal, 2010)

El secreto de una gran dama (Londres, 2009)

La separación o la unión (Umbría, 2005)

Según el orden del tiempo (Colonia, 2004)

De donde las cosas tienen su origen (París, 2000)

Coloraje (Museo Nacional de Antropología, 1983)

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Laia Jufresa

Créditos